

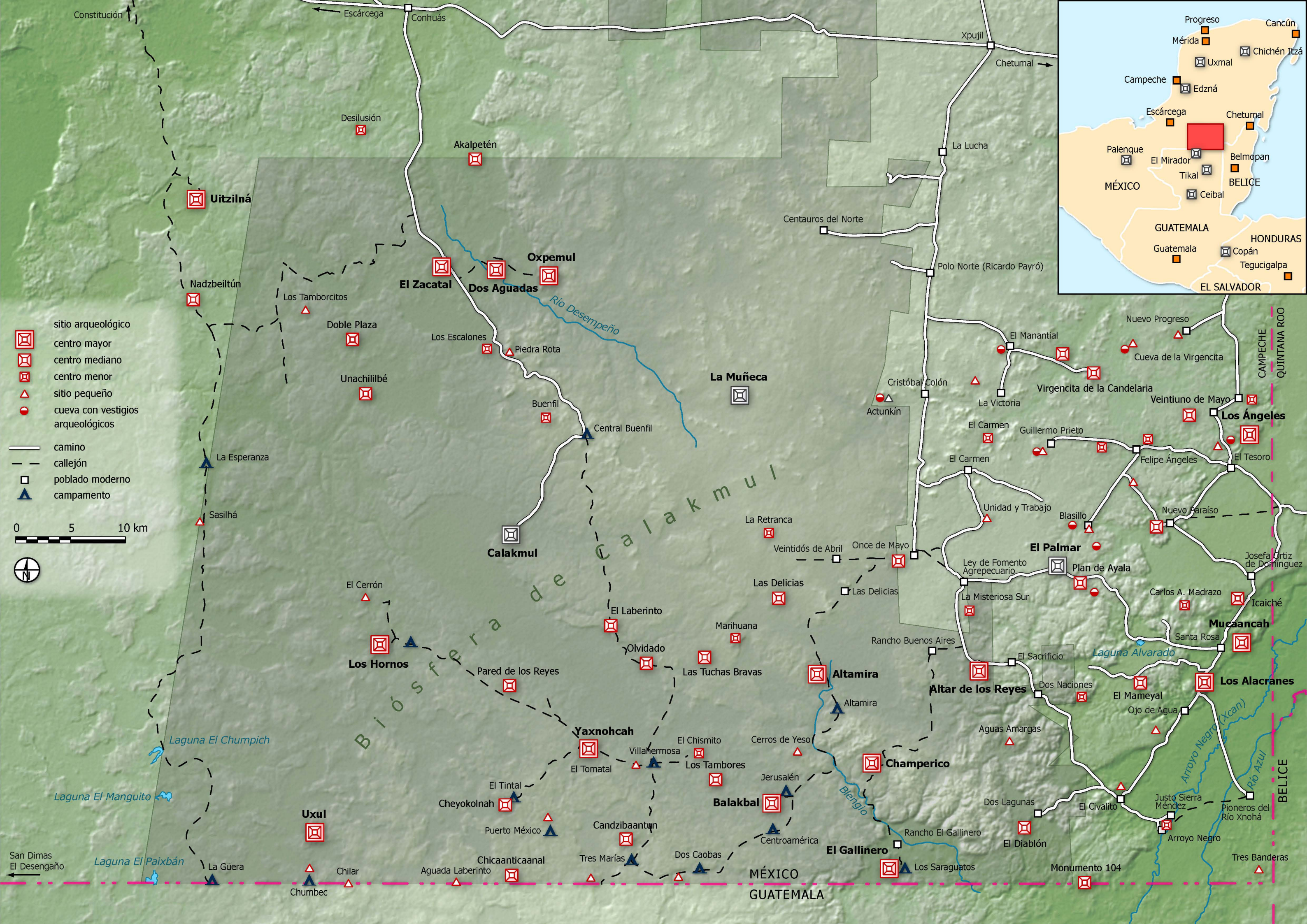
IVAN ŠPRAJC

CIUDADES PERDIDAS

*Búsquedas arqueológicas en
la tierra de los mayas*



Založba ZRC



Ivan Šprajc
CIUDADES PERDIDAS
Búsquedas arqueológicas en la tierra de los mayas



Založba ZRC

Ivan Šprajc

CIUDADES PERDIDAS

BÚSQUEDAS ARQUEOLÓGICAS EN LA TIERRA DE LOS MAYAS

Edición original en esloveno: Izgubljena mesta: arheološka iskanja v deželi Majev; Liubliana: Modrijan, 2009 [primera edición], Založba ZRC, 2019 [segunda edición]. La traducción se realizó a partir de la segunda edición.

© 2009, 2019 Ivan Šprajc

<i>Traducción del esloveno</i>	Ljudmila Šprajc
<i>Epílogo</i>	Aleš Marsetič
<i>Fotografías</i>	Ivan Šprajc, Adrián Baker Pedroza, Saša Čaval
<i>Diseño editorial y formación</i>	Brane Vidmar, Nina Semolič
<i>Mapas</i>	Žiga Kokalj
<i>Publicado por</i>	ZRC SAZU, Inštitut za antropološke in prostorske študije
<i>Editorial</i>	Založba ZRC
<i>Responsable</i>	Oto Luthar
<i>Director editorial</i>	Aleš Pogačnik
<i>Impresión</i>	Cicero, Begunje, d. o. o.
<i>Tiraje</i>	200

Primera edición, primera impresión.
Liubliana, 2026

La primera edición electrónica está disponible gratuitamente bajo los términos de la licencia Creative Commons CC BY-NC-ND 4.0: <https://doi.org/10.3986/9789610511557>

Katalogna zapisa o publikaciji (CIP) pripravili v Narodni in univerzitetni knjižnici v Ljubljani

Libro impreso
ISBN 978-961-05-1154-0
COBISS.SI-ID 287123971

Libro electrónico
ISBN 978-961-05-1155-7 (PDF)
COBISS.SI-ID 287142915

IVAN ŠPRAJC

CIUDADES PERDIDAS

*Búsquedas arqueológicas en
la tierra de los mayas*

Ljubljana 2026

A Silvia

Índice

Los mayas y su tierra	7
Estudiando a los mayas	13
Reunión	19
Becán	21
Justo Sierra Méndez	29
Profanadores de tumbas	39
Eminente comitiva	47
Los Alacranes	53
Ciudad enterrada	59
Las víboras no solo andan en la selva	67
Ahí viene el rey.	73
El estado y la federación	79
El comandante	89
Se acabó el monte...	95
La Pirámide del Brujo.	99
En el inframundo	107
Balakbal y Altamira	111
Altar de los Reyes	123
Olvidado	131
¿Dónde está Pared de los Reyes?	137

Equivocación.	.149
Oxpemul	.157
La ciudad de estelas y altares	.165
Miscelánea	.171
Árbol sobre la casa	.179
Largo camino	.189
De Paixbán a Uxul	.201
Cuatro estelas	209
Mucho esfuerzo y poca recompensa	.215
¿Adónde nos lleva el diario de Ruppert?	.219
Pared de los Reyes	.225
Lejos del camino	.235
Búsqueda infructuosa	243
Terra incognita	.251
Río Bec Dreams	.259
La piedra roja	265
Pozo profundo	.281
En las fauces del monstruo	287
La historia de Lagunita	.295
Nueva adquisición	299
Los mayas conocidos y desconocidos	307
Diluvio	.313
Salvados	.325

*Aleš Marsetič: Sobre el trabajo y la vida en
la selva, el mapeo de ciudades mayas e Iván* 331

Los mayas y su tierra

La selva tropical tiene un extraño poder. La infinita espesura verde obstruye la vista, dificulta el movimiento y genera una sensación de impotencia; las dificultades y los peligros acechan a cada paso. Pero el inconfundible olor a humedad, la exuberante vegetación, el aleteo de aves cuya diversidad y cantos superan toda imaginación, los gritos de los monos y sus traviesas acrobacias entre las ramas, incluso el zumbido constante de los insectos, son millones de estímulos que se arraigan en la memoria y dejan no solo una impresión profunda, sino también el deseo de regresar. Flores, hojas y frutos de las más diversas formas, colores y aromas; troncos podridos de árboles gigantescos que murieron de forma natural; animales de incontables especies: todo se combina en una belleza única que, al mismo tiempo, es salvaje, indómita, incluso agresiva. Como escribió en 1937 el escritor mexicano Ramón Beteta en su libro *La tierra del chicle*:

Las víboras se confunden con las innumerables raíces que serpentean por el camino; los millones de insectos, las hormigas, los chapulines gigantes, todos se defienden y atacan, hasta los árboles: los que no tienen espinas manan líquidos corrosivos, o su fruto es venenoso, o su contacto escuece, o su sombra produce sueño. La defensa es pasiva, pero terriblemente eficaz. Aquí el hombre es esclavo y extraño; es el intruso, el enemigo. Respírase sólo un olor fuerte de materia orgánica que se fermenta; no se sabe si ese olor es precursor de nuevas vidas, o síntomas de constantes muertes...¹

Así sigue siendo el bosque tropical en las regiones central y sur de la península de Yucatán. La cantidad de precipitaciones traídas por los vientos alisios del noreste aumenta de norte a sur; por ello, la vegetación es relativamente baja en la parte norte, mientras que al avanzar hacia el sur, la maleza baja se transforma progresivamente en una selva más alta. Las tierras bajas que se extienden desde Belice y el norte

1 Ubaldo Dzib Can, *Sicté: La tragedia del chicle de los mayas*, Campeche: Gobierno del Estado de Campeche – Instituto de Cultura de Campeche, 2000, pp. 19-20.

de Guatemala hacia el norte, a los estados mexicanos de Campeche, Yucatán y Quintana Roo, están hoy en día bastante pobladas, sobre todo en el norte, pero mucho menos en el centro y sur de la península. La selva tropical, por sí misma, no parece especialmente favorable para asentamiento humano masivo, pero este entorno es poco hospitalario también porque, salvo en la parte sur, prácticamente no hay corrientes de agua en la superficie. Sin embargo —o quizás precisamente porque la naturaleza no fue demasiado generosa—, fue en estas tierras bajas donde alcanzó su máximo esplendor una de las civilizaciones más interesantes de la historia de la humanidad.

Los orígenes de una cultura relativamente uniforme, creada por los pueblos a los que hoy en día denominamos colectivamente los mayas, se remontan al segundo milenio a. C. Originalmente, el nombre *maya* se refería al idioma que, en el momento de la llegada de los españoles, se hablaba —y sigue hablándose— en la parte norte de la península de Yucatán. Actualmente, el término tiene un significado más amplio, ya que se emplea para designar a todo el conjunto de pueblos que habitaron el territorio de lo que hoy es el sureste de México, Guatemala, Belice, El Salvador y el occidente de Honduras.

La cultura maya se desarrolló en el contexto de un área cultural más amplia conocida como Mesoamérica, que corresponde al centro y sur del México actual y al norte de América Central, y que se define por una serie de elementos culturales compartidos por los pueblos que habitaban esa zona en el momento de la conquista española. Los primeros rasgos característicos de esta tradición mesoamericana comenzaron a formarse en el segundo milenio a. C., cuando surgieron, a lo largo de la costa sur del Golfo de México, las primeras sociedades estratificadas. La evolución posterior llevó a la expansión de Mesoamérica y, pese a una gran diversidad lingüística y las variaciones regionales y temporales, a una creciente unidad cultural, fruto tanto de orígenes comunes como de una intensa interacción cultural. Esta unidad se manifiesta en la economía basada en la agricultura intensiva (sobre todo en el cultivo del maíz como alimento básico), en las similitudes de la arquitectura monumental (especialmente los templos en forma de pirámides escalonadas), así como en la organización social, el arte, la religión y el sistema calendárico.

La historia de Mesoamérica suele dividirse en tres grandes periodos o etapas de desarrollo: el Preclásico (ca. 2000 a. C. – 200 d. C.), el Clásico (ca. 200 – 900) y el Posclásico (ca. 900 – 1521). Al desarrollo

de las primeras sociedades estratificadas y urbanas durante el periodo Preclásico le siguió el florecimiento del periodo Clásico, especialmente notable en el arte, los logros arquitectónicos y el desarrollo de la escritura. El Posclásico, por su parte, se caracteriza por intensas migraciones, la difusión de nuevos elementos culturales, una marcada militarización y —sobre todo en la región maya— una creciente fragmentación política.

La tierra de los mayas, que abarca unos 400,000 km², consta de dos unidades geográficas fundamentalmente distintas: al norte, en la península kárstica y casi completamente llana de Yucatán, se extienden vastas tierras bajas; al sur, en cambio, se alzan cadenas montañosas de origen mayoritariamente volcánico que atraviesan Guatemala, El Salvador, Honduras y el estado mexicano de Chiapas. Las dos regiones difieren considerablemente en cuanto al clima, las características geológicas, la vegetación y la disponibilidad de recursos naturales.

Los primeros seres humanos, procedentes de Asia, llegaron al continente americano hacia el final de la última glaciación a través de un puente terrestre que, debido al nivel más bajo del mar en aquel entonces, unía ambos continentes en la zona donde hoy se encuentra el estrecho de Bering. La agricultura, que se desarrolló durante los milenios posteriores en el territorio donde más tarde se formaría Mesoamérica, gradualmente reemplazó el modo de vida basado en la caza y recolección y, adquiriendo cada vez mayor importancia como forma de subsistencia, condujo al surgimiento de asentamientos permanentes. Durante el segundo milenio a. C., aumentó el número de comunidades sedentarias en el sureste de Mesoamérica, especialmente a lo largo de las costas del Pacífico y del Caribe, es decir, en un entorno que, además del cultivo de maíz y otras plantas, permitía también la pesca. Las condiciones naturales favorables facilitaron el crecimiento demográfico, y cuando los espacios más aptos ya estaban ocupados, las comunidades, para poder sobrevivir, se vieron obligadas a organizar mejor la producción, el consumo y el intercambio de bienes: estos fueron los primeros pasos hacia la formación del Estado, un proceso que probablemente tuvo lugar de manera independiente en distintas regiones, aunque sin duda también influyeron los contactos comerciales y de otro tipo. Los inicios de la estratificación social se reflejan en las crecientes diferencias entre las viviendas y en los ajuares funerarios; asimismo, la presencia de edificaciones mayores —generalmente de



carácter ceremonial— revela que su construcción requirió trabajo organizado, algo que es poco común entre comunidades igualitarias.

Con el tiempo, los habitantes de las zonas costeras, debido a su creciente número, tuvieron que empezar a colonizar también el interior, las regiones menos hospitalarias que exigían una organización social aún más eficiente. Precisamente las condiciones más difíciles de estas zonas podrían explicar por qué, ya en el primer milenio a. C., tanto en las tierras altas del sur como en las tierras bajas de la península de Yucatán, surgieron junto a pequeños asentamientos los primeros centros mayores, cuyas características evidencian una estructura política cada vez más compleja. Además de la arquitectura, que en esta época se vuelve más monumental y variada, el desarrollo de la artesanía, el arte, el comercio y la escritura también refleja una creciente especialización para ciertas actividades, es decir, un alto grado de división del trabajo, posible únicamente dentro de alguna forma de organización estatal.

Paisaje típico en la parte central de la península de Yucatán.

Las ciudades más grandes del periodo Preclásico, centros de estados mayores y menores, surgieron en la segunda mitad del primer milenio a. C. precisamente en las tierras bajas de clima y vegetación tropical. En el mero corazón de la península de Yucatán, en el norte de la actual Guatemala, se encuentran los sitios arqueológicos de Nakbé, Tintal, El Mirador y Wakná, restos de extensos centros con imponentes templos piramidales, palacios y avenidas. En el más grande de ellos, El Mirador, se alza la pirámide Danta, la estructura de mayor volumen jamás construida por los mayas.

También más tarde, durante el periodo Clásico, la cultura maya alcanzó su máximo esplendor precisamente en las tierras bajas, pero fue allí mismo donde también sufrió su mayor crisis y colapso al final de esta época: mientras que la población de las tierras altas del sur y del norte de la península de Yucatán continuó viviendo hasta la llegada de los conquistadores españoles — pese a los destinos variables de diversos estados —, casi todas las otrora espléndidas ciudades en las tierras bajas centrales y meridionales fueron abandonadas entre los siglos IX y X. Las causas de este colapso siguen siendo objeto de intensos debates, pero no cabe duda de que los factores importantes fueron la sobrepoblación, el agotamiento de tierras cultivables y las prolongadas sequías durante el Clásico Tardío. La escasez generalizada, sumada a la incapacidad de las estructuras gobernantes para adaptarse adecuadamente a las nuevas circunstancias, provocó un aumento de las tensiones sociales, guerras destructivas entre estados cada vez más frágiles, el desmembramiento de las redes comerciales y, finalmente, el colapso total de las instituciones del complejo sistema político.

La desintegración de las estructuras políticas, sin las cuales la supervivencia de comunidades numerosas en condiciones naturales tan difíciles resultaba imposible, condujo a un drástico decremento demográfico. Las ciudades abandonadas fueron lentamente engullidas por la selva, y vastas extensiones del territorio permanecieron desde entonces casi completamente despobladas. En las tierras bajas centrales, los escasos asentamientos encontrados por los primeros colonizadores españoles no eran más que aldeas con una organización social simple y con vestigios apenas perceptibles del antiguo esplendor. Debido a los recursos madereros y a la explotación de otras riquezas naturales, estas regiones comenzaron a atraer el interés del mundo moderno apenas a partir del siglo XIX, cuando llegaron los primeros viajeros y exploradores.

Estudiando a los mayas

La historia de las investigaciones sobre la cultura maya comienza al principio del periodo colonial, cuando se realizaron los primeros estudios de fuentes escritas y se descubrieron algunos sitios arqueológicos importantes. Pero un interés más amplio por los mayas no surgió hasta los albores del siglo XIX, cuando los primeros reportes de viajeros y exploradores revelaron al público general la existencia de vestigios monumentales de una civilización desaparecida.

Un hito fundamental fueron los libros *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan* e *Incidents of Travel in Yucatan*, publicados en 1841 y 1843 en Nueva York por el abogado y diplomático estadounidense John Lloyd Stephens y acompañados por dibujos del arquitecto y artista inglés Frederick Catherwood. Los relatos de Stephens son descriptivos, carecen de especulaciones infundadas y su estilo resulta atractivo incluso para el lector actual, mientras que las ilustraciones de Catherwood —muy precisas para su época— están embellecidas con detalles que, en consonancia con el espíritu del siglo XIX, otorgan a sus representaciones artísticas de edificios y monumentos un palmario aire romántico. Por ello, las obras de Stephens, por un lado, marcan el inicio de la arqueología maya como disciplina seria y, por otro, constituyen la fuente principal de la fascinación que rodea a los mayas hasta el día de hoy.

Entre los pueblos precolombinos del Nuevo Mundo, los mayas fueron en muchos aspectos únicos. Aunque desde el punto de vista tecnológico vivían en la Edad de Piedra —pues los pocos metales que conocían no desempeñaban un papel importante en su vida cotidiana—, alcanzaron un nivel relativamente alto de desarrollo económico, social, artístico e intelectual, comparable al del antiguo Egipto, Mesopotamia y las etapas tempranas de la civilización china, culturas todas ellas basadas en el uso extendido del bronce y, en épocas posteriores, del hierro. El esplendor de la cultura maya, logrado sin animales de tiro ni herramientas de metal, sin el arado y sin el uso de la rueda, queda demostrado no solo en su arquitectura majestuosa, en la belleza de sus obras de arte y en la diversidad y elegancia de los objetos de lujo, sino también en el desarrollo de una verdadera escritura fonética, la más

avanzada de la América antigua. Tras la invención del sistema numérico posicional por parte de sus predecesores, los olmecas, los mayas lo perfeccionaron y lo utilizaron en su complejo sistema calendárico y en cálculos astronómicos, en los que alcanzaron una posición destacada entre los pueblos precolombinos.

Entre las razones del interés que despiertan los mayas, además de los hechos ya mencionados, cabe incluir también una opinión que permeó el estudio de su civilización durante varias décadas, incluso buena parte del siglo XX: se creía que los mayas eran fundamentalmente distintos de todas las demás civilizaciones antiguas; se les consideraba un pueblo pacífico de agricultores y artesanos, gobernado por una noble élite cuyas únicas preocupaciones eran los asuntos religiosos, la observación de los cuerpos celestes y la exaltación del espíritu.

¿Y cuáles fueron las causas de esas ideas románticas?

A finales del siglo XIX, los estudios se centraban en las fuentes escritas, entre ellas el *Popol Vuh*, el libro sagrado de los mayas del grupo k'iche', que habita en las tierras altas de Guatemala; la *Relación de las cosas de Yucatán*, un informe escrito (en su mayor parte) por el obispo Diego de Landa en el siglo XVI, que contiene abundante información sobre los mayas del norte de Yucatán; y los pocos códices conservados, es decir, manuscritos pintados. Estos estudios condujeron a los primeros descubrimientos importantes sobre el sistema numérico, el calendario y la astronomía de los mayas. También aportaron nuevos datos las primeras investigaciones arqueológicas a finales del siglo XIX, pero los resultados de quienes intentaban descifrar la escritura jeroglífica fueron durante décadas limitados únicamente a los glifos numéricos y calendáricos, a pesar del creciente corpus de inscripciones documentadas en diversos sitios arqueológicos. La abundancia de textos de carácter evidentemente calendárico y astronómico, el fracaso en la decodificación de otros jeroglíficos y la aparente escasez de datos que reflejaran la belicosidad de los mayas y develaran su verdadera naturaleza fueron las causas de una opinión que, por extraña que parezca, estuvo profundamente arraigada y ampliamente aceptada. Esta visión fue repetida incluso por eruditos tan destacados como el célebre Sylvanus G. Morley, quien escribió en su libro *The Ancient Maya*, publicado en 1946, que los textos mayas, completamente distintos de los del antiguo Egipto, Asiria y Babilonia, no contenían relatos de conquistas y victorias militares ni alabanzas a personajes individuales. En 1954, J. Eric S. Thompson, probablemente



La Estructura 1, de unos 40 metros de altura y la segunda más alta en Calakmul, se eleva majestuosa sobre la infinidad de la selva que hace siglos cubrió la otrora floreciente metrópoli, probablemente la ciudad más grande que jamás construyeron los mayas.

la mayor autoridad en arqueología maya de aquella época, expresó una opinión muy similar en su libro *The Rise and Fall of Maya Civilization*.

Esta imagen idealizada comenzó a cambiar apenas en la década de 1960, principalmente gracias a los avances en el desciframiento de la escritura maya. Se demostró que las inscripciones estaban dedicadas sobre todo a los acontecimientos en la vida de los gobernantes y sus familias. Antes se creía que las figuras ricamente ataviadas representadas en monumentos de piedra y en las fachadas de los edificios eran deidades, pero ahora empezaron a emerger del pasado sombrío los personajes históricos reales: señores altivos que celebraban sus nacimientos, entronizaciones, victorias en batallas y sacrificios de prisioneros. Algo que durante décadas había parecido inconcebible se hizo evidente: los mayas no se diferenciaban en ningún aspecto esencial de otros pueblos con un nivel de desarrollo comparable.

Hay que admitir, pues, que también los mayas eran simplemente seres humanos, con sus virtudes y defectos, fortalezas y debilidades. Aunque, por lo tanto, debemos negarles cualquier perfección sobrehumana, no por ello son ahora menos fascinantes para el estudio que antes. Al contrario: el hecho de que muchos restos de las otrora magníficas

ciudades —ruinas de espléndidos templos y palacios y monumentos decorados con relieves y enigmáticas inscripciones jeroglíficas— hayan sido descubiertos, o aún permanezcan ocultos, en lo más profundo de la selva, cubiertos por gigantescos árboles tropicales y envueltos en bejucos, precisamente este entorno exótico, aparentemente hostil al desarrollo de la civilización, sigue siendo una de las causas más poderosas del encanto romántico que envuelve a los mayas desde los días de los primeros viajeros y exploradores.

Y es precisamente ese irresistible atractivo el que, al parecer, es más fuerte que todas las dificultades que acechan al ser humano. Cuesta creer en qué andaban ocupados al principio muchos de los que más tarde se convirtieron en los más destacados expertos en arqueología maya. Así, el danés Frans Blom trabajaba inicialmente en los campos petroleros de México; durante sus viajes por la selva comenzó a interesarse por las ruinas y conoció a Morley, quien luego lo llevó a estudiar en Harvard. El legendario Edwin Shook, director y colaborador de numerosos proyectos arqueológicos en distintos sitios, había estudiado ingeniería en Washington. Gustav Strömsvik fue un marinero noruego que, una noche, cuando el barco en que viajaba se encontraba anclado a pocos kilómetros de la costa norte de Yucatán, se lanzó al mar con un compañero y ambos nadaron hasta la ciudad de Progreso; al día siguiente, el capitán informó a las autoridades que dos de sus hombres se habían ahogado. En una entrevista de 1990, el ingenioso Ed Shook continuó esta historia así:

Curiosamente, al día siguiente apareció un cadáver en las playas de Progreso, y sus rasgos coincidían más o menos con los de Stromsvik: cierta edad, cabello rubio, ojos azules. El cuerpo fue enterrado en Progreso, se colocó una pequeña cruz en la tumba con el nombre de Gus y la fecha de su ahogamiento. A veces, cuando Gus se echaba sus copas, íbamos a poner flores en su tumba.

Tan pronto como Gus y su compañero tocaron tierra, se internaron directamente en la selva y caminaron todo lo que pudieron para alejarse de la zona costera. Terminaron en un trapiche azucarero y encontraron trabajo, por el cual les pagaban alrededor de un peso y medio al día. Mientras trabajaban allí, escucharon rumores sobre un grupo de americanos que estaban excavando unas ruinas antiguas en un lugar llamado Chichén Itzá. Así que, hartos del molino de azúcar, caminaron hasta Chichén, que justo estaba en plena temporada de campo. En ese momento, Earl Morris trabajaba en el Templo de los Guerreros y Morley andaba corriendo de

un lado a otro tratando de construir una rampa para los escombros. Gus y su amigo fueron una verdadera bendición. Gus fue asignado como mecánico y el otro como carpintero. Tuvieron un enorme éxito porque los arqueólogos no eran precisamente hábiles en esas cosas.

Al final de la temporada, el amigo de Gus decidió regresar a Noruega, pero Gus se ofreció como cuidador de Chichén durante la temporada seca. Esto complació mucho a Morley, porque Gus era alguien en quien podía confiar. Y ocurrió algo extraordinario: Gus no tenía nada que hacer durante toda la estación seca, salvo cuidar el campamento. Como consecuencia, decidió leer toda la biblioteca del Instituto Carnegie en Chichén; una biblioteca de campo bastante completa. ¡Dios mío, para la segunda temporada sabía más sobre los mayas que la mayoría del equipo! Más tarde, se convirtió en el director del proyecto más grande de la Carnegie: las excavaciones en Copán.²

Fue durante los años en que Ed Shook, Gus Strömsvik, Eric Thompson y muchos otros arqueólogos reconocidos trabajaban en el marco de un programa de investigación de varios años, auspiciado por la *Carnegie Institution of Washington*, que probablemente desempeñó el papel más importante en la arqueología maya de la primera mitad del siglo XX. El alma del programa fue Sylvanus Morley, el famoso ‘Vay’, como todos lo llamaban, una persona carismática con extraordinarias habilidades para conseguir financiamiento, además de ser un investigador productivo y un incansable trabajador de campo. Él también había estudiado ingeniería civil por deseo de su padre. Aunque odiaba las condiciones de la selva y sufrió repetidos ataques de malaria, disentería amebiana y otras enfermedades, a las cuales finalmente sucumbió en 1948, regresaba persistentemente a esos lugares.

Uno de mis colegas me dijo una vez, cuando me acompañaba: “No sé por qué estoy aquí otra vez; odio la jungla y el calor.” Otro comentó que después de una temporada de campo especialmente larga, no soportaba ni el color verde y que durante varios días andaba vestido con traje y corbata, una indumentaria difícilmente compatible con la personalidad de la mayoría de arqueólogos (el ingenioso Paul Bahn escribió no sin razón: “Los arqueólogos son lo opuesto a los basureros,

2 Edwin Shook, as recounted to Stephen D. Houston, *Recollections of a Carnegie Archaeologist*, *Ancient Mesoamerica* 1, 1990, p. 250 (traducción: L. Š.).

aunque a menudo se visten igual”³). Yo mismo me he dicho varias veces que cierta temporada sería mi última, pero otras tantas veces he roto esta promesa. Y el regreso siempre es emocionante, incluso antes de llegar al destino. En varias ocasiones, cuando viajábamos desde la Ciudad de México, mi colega y amigo de muchos años, el topógrafo Pepe Orta, señalaba un gran letrero colocado sobre un cruce en el poblado de La Tinaja —donde desde la autopista que va hacia el puerto de Veracruz girábamos a la derecha rumbo al sureste— y decía: “¡Mira, palabras mágicas!” En la señal estaba escrito en letras grandes: *AL SURESTE*.

Seguro se trata de algún tipo de adicción. Pero, ¿no ocurre lo mismo con el alpinismo, por ejemplo, u otras actividades extremas? Cuanto mayores son los esfuerzos y las dificultades, mayor es la satisfacción cuando se alcanza el objetivo. ¡Cuántas veces vagábamos sin éxito por la selva durante días o incluso semanas, pinchándonos con espinas, tropezando con bejucos y raíces, arreglando vehículos y motosierras...! Pero cuando finalmente divisamos una majestuosa pirámide o un monumento con inscripciones, nos sentimos recompensados por todos esos problemas.

No sé exactamente hasta qué punto se remontan los orígenes de esta historia de adicción. ¿Quizá al lejano año 1974, cuando empecé a estudiar arqueología y etnología en la Universidad de Liubliana, anhelando en secreto ese tipo de aventuras? La primera vez que entré en un bosque tropical fue en 1977, durante un breve viaje por México, y algunos años más tarde en Sudamérica. ¿O comenzó todo apenas después, cuando en 1985 recibí una beca para estudios de posgrado en México y me adentré en la selva por primera vez con fines de investigación? ¿O incluso más tarde, en 1992, cuando conseguí el empleo en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México? En esos años estaba a cargo de la delimitación y el mapeo de los sitios arqueológicos que debían ser declarados zonas protegidas por decreto presidencial. Varias veces me enviaron a zonas remotas del sureste del país; para determinar la extensión de los sitios arqueológicos, tuvimos que inspeccionarlos y abrirnos paso entre la maleza que cubría las antiguas ciudades mayas...

Sin duda, todas estas experiencias fueron importantes, pero el verdadero desafío llegó después.

3 Paul Bahn, *Bluff Your Way in Archaeology*, Horsham: Ravette Books, 1989, p. 5 (traducción: L. S.).

Reunión

En 1992 se reformó el artículo 27 de la Constitución mexicana, lo que permitió la privatización de las tierras comunales, conocidas como ejidos, establecidas por la reforma agraria tras la Revolución de principios del siglo XX. En el marco de un programa gubernamental más amplio que buscaba implementar estos cambios en la propiedad, también el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH) recibió tareas especiales. Esta enorme institución está compuesta por numerosas direcciones, departamentos y centros regionales.

En 1995, durante una reunión de investigadores de nuestro departamento —la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas—, la directora explicó los trabajos previstos dentro de este programa. Entre otras cosas, era necesario realizar prospecciones de campo en regiones arqueológicamente poco conocidas del país, ya que, al pasar las tierras comunales a manos privadas, realizar estos trabajos sería mucho más difícil. Entre las regiones mencionadas por la directora figuraba también la parte sureste del estado de Campeche, en el corazón de la península de Yucatán.

¿El sureste de Campeche? Sabía que precisamente allí permanecían las mayores lagunas en el mapa arqueológico del área maya. En esa extensa región, el arqueólogo estadounidense Karl Ruppert había dirigido cuatro expediciones durante la década de 1930, registrando varios importantes sitios arqueológicos. Sin embargo, muchos de ellos ya no podían ser localizados con precisión; además, en su monumental obra *Archaeological Reconnaissance in Campeche, Quintana Roo, and Peten*, que publicó en 1943 junto con John Denison, especialista en la escritura maya, el propio Ruppert mencionó que sus expediciones habían documentado solo algunos de los sitios más grandes. Salvo raras excepciones, nadie volvió a explorar esa zona después de las expediciones de Ruppert, probablemente porque seguía siendo de difícil acceso y, en su mayor parte, cubierta por la selva. Aun así, era muy probable que la maleza ocultara mucho más.

“¿Significa eso que hay fondos disponibles para este tipo de investigaciones?”, pregunté.

“Sí. Desde la Dirección General informan que cualquiera dispuesto a encargarse de alguna de las regiones mencionadas debe presentar un proyecto de investigación. Si lo aprueban, también lo financiarán.”

Eso me bastó. A los pocos días, presenté mi propuesta de proyecto. Pasó un tiempo, hasta que un día entró a mi oficina la secretaria, visiblemente agitada:

“Tienes una llamada. El doctor Nalda quiere hablar contigo.”

También me inquieté. Enrique Nalda era el Secretario Técnico, la segunda persona en la jerarquía del Instituto Nacional de Antropología e Historia, justo debajo de la Directora General. Levanté el auricular.

“Hola. He leído tu proyecto para Campeche. Veo que todavía hay gente en nuestro Instituto que sabe escribir.”

“Muchas gracias”, respondí, aliviado.

“Muy bien. ¿Pero sabes cómo son las condiciones? ¿De verdad quieres hacer este trabajo?”

“Por supuesto.”

“De acuerdo. No será fácil, pero sin duda vas a encontrar cosas que ni te imaginas. No solo montículos, ruinas; también estelas, inscripciones...”

Nalda sabía de lo que hablaba. Llevaba años haciendo investigaciones en zonas vecinas.

“Espero que realmente haya algo interesante”, respondí con cautela.

“Entonces el proyecto es tuyo. El dinero va a estar disponible en cuanto se apruebe el presupuesto para el próximo año”.

Con agradecimiento y un saludo, colgué el teléfono. No sin una sensación de triunfo.

El dinero llegó, pero no fue sino hasta junio de 1996. Me fui al campo en julio, en plena temporada de lluvias, lo cual tuvo consecuencias bastante desfavorables. Pero el trabajo había que hacerlo. Necesitaba un colaborador. Florentino García Cruz y Héber Ojeda Mas, colegas del Centro INAH en Campeche, eran las personas indicadas. Aunque más jóvenes, tenían suficiente experiencia en campo y, sobre todo, ganas de colaborar. Florentino estuvo conmigo toda la temporada, desde principios de julio hasta finales de agosto, mientras que Héber, debido a otros compromisos, se nos unió más tarde.

Becán

Casi exactamente en el centro de la península de Yucatán, en el sureste del estado de Campeche, se encuentra Becán, un pequeño poblado fundado apenas hace unas cinco décadas. Anteriormente, aquí solo había extensos bosques tropicales, prácticamente abandonados durante más de mil años, desde el colapso de la cultura clásica maya. No fue hasta principios del siglo XX cuando comenzó a llegar más gente, no para establecerse permanentemente, sino porque la selva de la región se volvió atractiva para los productores, principalmente extranjeros, de la goma de mascar. La materia prima era el chicle, una savia resinosa extraída del árbol zapote o chicozapote⁴, abundante en las tierras bajas centrales y meridionales de la península de Yucatán. Los chicleros, recolectores de esta savia, establecieron sus campamentos, donde acumulaban el chicle, lo hervían y lo moldeaban en bloques que luego vendían en campamentos más grandes —las llamadas centrales chicleras—, donde también había tiendas con alimentos, ropa, herramientas y otros suministros necesarios. Además, tejieron una red de senderos a través de la selva, por los que las mulas transportaban el preciado material y que se conocían como caminos de arria.

Al internarse en estas tierras hasta entonces deshabitadas, fueron precisamente los chicleros los primeros en toparse con las ruinas de antiguas ciudades mayas y, al correrse la voz de sus hallazgos, inspiraron también las primeras investigaciones arqueológicas. Así fue como Cyrus Lundell, un botánico estadounidense que trabajaba para una empresa dedicada a la extracción de chicle, descubrió en 1931 Calakmul, una de las ciudades mayas más grandes que se conocen. Tras informar al famoso Sylvanus Morley, quien entonces dirigía las excavaciones en Chichén Itzá, al norte de la península de Yucatán, este visitó Calakmul y, maravillado por la grandeza de la ciudad y la abundancia de monumentos de piedra con relieves e inscripciones jeroglíficas, organizó varias expediciones para descubrir y documentar otros sitios arqueológicos en la región central de la península. La

4 *Manilkara achras*.



Árbol de zapote con incisiones características hechas antaño por recolectores de resina para la producción de chicle.

primera, en 1932, fue dirigida por el propio Morley y las siguientes, en 1933, 1934 y 1938, por su colaborador Karl Ruppert.

Estas expediciones dependieron en gran medida de la infraestructura de los campamentos y los caminos utilizados por los chicleros, así como de su conocimiento del terreno. Incluso los arqueólogos posteriores han contado con la valiosa ayuda de estos hombres, sin duda los mejores conocedores de la selva. Aunque la extracción de chicle no ha desaparecido del todo hasta el día de hoy, esta actividad decayó considerablemente en la segunda mitad del siglo XX, debido a la introducción de compuestos sintéticos para la fabricación de la goma de mascar. En su lugar, se expandió la explotación de maderas preciosas, en particular la caoba, lo que propició la aparición de los primeros asentamientos permanentes. En los años sesenta, cuando el gobierno mexicano comenzó a fomentar la colonización, se fundaron nuevos poblados por personas provenientes de otras partes del país, que llegaban buscando tierras cultivables. En 1972 se concluyó la construcción de la carretera pavimentada que cruza la península de Yucatán aproximadamente por el centro, conectando las ciudades de Escárcega al oeste y Chetumal al este. A lo largo de esta carretera surgieron varios asentamientos, entre ellos Becán.

El pueblo de Becán debe su nombre a un importante sitio arqueológico, hoy abierto al público, que se encuentra en las inmediaciones del asentamiento actual y que fue descubierto y nombrado en 1934 por la expedición de Ruppert. Algunos sitios recibieron simplemente los nombres de los campamentos cercanos de los chicleros, mientras que otros fueron bautizados con nombres inventados, muchos de ellos en lengua maya o, más específicamente, en lengua yucateca. Aunque este es solo uno de los aproximadamente 25 idiomas de la familia lingüística maya que aún se hablan en el sureste de México, Guatemala, Honduras y Belice, el yucateco es el más extendido. Además, muchos lugares y sitios arqueológicos en el norte de la península de Yucatán conservan nombres en este idioma desde la época prehispánica. Muchos de los chicleros que ayudaron a las expediciones de Ruppert también hablaban yucateco, lo que sin duda lo hacía especialmente adecuado para nombrar las antiguas ciudades. Los nombres aluden a alguna característica del lugar o a las circunstancias de su descubrimiento. Por ejemplo, Calakmul debe su nombre a dos grandes pirámides que dominan las ruinas de la antigua metrópolis: *ca* significa ‘dos’, *lak* es ‘adyacente’ o ‘cercano’, y *mul* es un término que puede traducirse

como ‘montículo artificial’, ya que los hablantes de yucateco todavía lo usan para referirse a las ruinas de edificios prehispánicos. El nombre *Uxul*, ‘el fin’, fue asignado por Ruppert al último sitio descubierto en su temporada de 1934, mientras que *Becán*, ‘foso defensivo’, recibió este nombre porque una de sus particularidades es un foso artificial que rodea el núcleo del antiguo asentamiento.

Aquel día de julio de 1996, cuando caminaba por una calle enlodada de Becán, fue especial. No era la primera vez que estaba allí, pero fue ese día cuando comenzó una emocionante historia que, al parecer, aún no ha terminado.

Me estaba dirigiendo a la casa del custodio responsable del sitio arqueológico cercano. Era el famoso, ya fallecido, Juan Briceño, quien durante años había trabajado como guardián, pero se convirtió en una leyenda. En su juventud, cuando trabajaba como chiclero en los vastos bosques de Yucatán, conoció al arqueólogo estadounidense Wyllys Andrews, quien le pidió ayuda para localizar sitios arqueológicos. Juan demostró ser un excelente guía. Desde entonces, otros arqueólogos que llegaban a la zona también buscaron su ayuda, y finalmente fue contratado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Yo lo conocí a principios de los noventa, cuando dirigía trabajos de delimitación en Becán y en los sitios arqueológicos cercanos de Chicanná y Xpuhil. Aunque los conocía por la literatura, en el terreno selvático no era nada fácil determinar la extensión de los antiguos asentamientos, por lo que la ayuda de Juan fue invaluable en todo momento. Pronto quedó claro que se merecía el apodo con el que todos lo conocían: Juan Ruinas.

Encontré a Juan en su cabaña.

“Buenos días”, saludé en voz alta frente a la puerta abierta. El hombre, ya canoso, pero aún robusto, se levantó de su hamaca y miró hacia la entrada. Su boca se abrió en una amplia sonrisa.

“¡Iván!”

Abrió los brazos, yo hice lo mismo y nos abrazamos como viejos amigos. Abrí mi mochila y saqué unas cervezas heladas. Conocía la debilidad de Juan (y la mía).

“¿Y qué tal el colmoyote?”, preguntó con una carcajada.

En las aguadas
cubiertas por
lechuga de agua
u otras plantas
flotantes, el agua
es especialmente
buena y fresca.
Estos estanques
tienen fondos y
orillas fangosos,
pero pequeños
puentes como
el de la imagen
permiten
recoger agua
en zonas más
profundas y
limpias.



El *colmoyote* es la larva de una especie de mosca efímera⁵; se entierra bajo la piel de humanos u otros mamíferos y se alimenta vorazmente de la carne. Al principio es delgada como un hilo, pero puede crecer hasta tener una forma ovalada y alcanzar más de un centímetro de largo. Unos años atrás, poco antes de terminar los trabajos de delimitación en Becán, uno de estos pequeños invasores me eligió como anfitrión en el lugar más incómodo posible. Las primeras sensaciones fueron similares a la picadura de una hormiga, pero como no cesaban,

5 *Dermatobia hominis*.



me fijé mejor y descubrí la verdadera causa. Como la larva necesita aire, de vez en cuando sale y puede verse con una lupa. El médico en Xpujil era un tipo muy amable, pero su intervención no lo fue tanto; cuando ya casi creí que me había castrado, me anunció triunfante que había extraído al bicho. Sin embargo, minutos después, sentí las mismas molestias que antes. Volví a la clínica y el médico dijo: “Ah, pues entonces había dos.” Tras nuevos intentos dolorosos, se rindió y me recomendó usar chicle, el remedio preferido en la región para estos casos. Un compañero topógrafo, casi local, me llevó a Becán, encontró un árbol de chicozapote, hizo un corte con machete y recogió un poco de savia en una hoja. Con el chicle ‘sellé’ al parásito, impidiéndole respirar. Menos mal que estos insectos no transmiten ninguna enfermedad.

“Todo bien”, respondí entre risas; el recuerdo era divertido, pero la experiencia en sí no tanto.

Nos sentamos en el umbral y le expliqué los motivos de mi visita esta vez. Como nuestra misión era buscar sitios arqueológicos en áreas remotas hacia el sur, Juan era la persona indicada para cualquier ayuda o consejo.

Restos de un
palacio con dos
torres en Becán;
al fondo se ve el
pueblo actual
que lleva el
mismo nombre.

“Iría con ustedes, pero no puedo. Tengo que quedarme aquí por los trabajadores”.

En Becán se estaba llevando a cabo un proyecto arqueológico de restauración de algunas estructuras, y Juan estaba muy ocupado.

“Pero te voy a encontrar a alguien que pueda ayudarte”.

A la mañana siguiente me buscó en la cabaña del campamento arqueológico, donde Florentino y yo habíamos pasado la noche.

“Entre mis trabajadores hay un joven del pueblo de Justo Sierra. Conoce las ruinas por ahí cerca y está dispuesto a ayudar. Por la tarde te lo envío”.

El pueblito Justo Sierra Méndez es uno de los asentamientos en el extremo sur del área que planeábamos inspeccionar.

Esa tarde, en efecto, apareció un joven, acercándose con pasos algo lentos que revelaban la inseguridad de alguien no acostumbrado a hablar mucho, y menos sobre los raros propósitos de los llamados hombres letrados.

“Hola”, le di la mano y le expliqué de qué se trataba. Escuchó atentamente y respondió que cerca de su aldea había muchas ruinas. Aceptó llevarnos a todas las que conocía y también hablar con sus vecinos, quienes seguramente sabían de otras.

Al día siguiente, partimos. En una camioneta pick-up Dodge, facilitada por mi instituto para el trabajo de campo, nos fuimos primero por la carretera principal hasta Xpujil, ubicado a siete kilómetros al este de Becán. Al igual que este último, Xpujil lleva el nombre de un sitio arqueológico cercano, registrado y descrito por la última expedición de Ruppert en 1938. La fundación del asentamiento moderno hace unas cinco décadas también estuvo relacionada con la construcción de la carretera que conecta el este y el oeste de la península de Yucatán. Otras dos carreteras conducen de Xpujil hacia el norte y el sur. A partir de 1996, cuando se convirtió en la cabecera del extenso y recién creado Municipio de Calakmul, Xpujil ha crecido rápidamente, llegando a ser un poblado con más de 5,000 habitantes.

Xpujil fue nuestro principal centro de abastecimiento. Florentino y yo compramos alimentos, machetes y otros suministros, y por la tarde partimos rumbo al sur.

Justo Sierra Méndez

La península de Yucatán consiste en tierras bajas y colinas suavemente onduladas que rara vez superan los 400 metros de altitud. Debido a su base calcárea, el paisaje se caracteriza por diversos fenómenos kársticos, entre los que destacan ríos subterráneos, cuevas y pequeños lagos intermitentes, conocidos como aguadas. En las regiones centrales de la península también son típicas las depresiones de mayor o menor extensión y con fondos planos, formadas por procesos prolongados de sedimentación. Se trata de los llamados ‘bajos’ (o akalché, en idioma yucateco); durante la temporada de lluvias, cuando estos humedales se inundan o empantanar, las gruesas capas de lodo pegajoso los convierten en áreas casi intransitables. En la parte norte de la península no hay corrientes superficiales de agua; el manto freático está relativamente cerca de la superficie y es accesible a través de pozos naturales llamados cenotes, formados por el colapso de cuevas kársticas. Hacia el sur, el nivel freático desciende y los arroyos y ríos más grandes solo se vuelven comunes en la parte sur de las tierras bajas yucatecas. De norte a sur también aumenta la precipitación anual, lo que provoca un cambio en la vegetación, desde matorrales y árboles bajos en el norte hasta la alta selva tropical en el sur.

La mayor parte del vasto territorio que se extiende entre la carretera que cruza la península de Yucatán, pasando por Xpujil y Becán, y la frontera con Guatemala pertenece actualmente a la Reserva de la Biósfera de Calakmul, un parque natural totalmente despoblado y protegido, establecido en 1989. Al este de la reserva, al sur de Xpujil y a lo largo de la frontera con Belice, hay una franja de terreno de aproximadamente 30 kilómetros de ancho, salpicada de numerosos pero pequeños poblados. Como resultado de un programa gubernamental de colonización, estos asentamientos surgieron después de la formación de Xpujil y otros pueblos a lo largo de la carretera principal. Precisamente para esta zona asumí la tarea de explorarla y registrar la mayor cantidad posible de sitios arqueológicos.

Aquí, en el corazón mismo de la península de Yucatán, con el clima tropical húmedo y con precipitaciones considerables, la vegetación es exuberante y diversa. En los terrenos elevados predominan bosques altos

y medianos, mientras que en los humedales (bajos) crece vegetación baja, densa y predominantemente espinosa, por la que estas áreas son difíciles de transitar incluso durante la estación seca, cuando no están anegadas.

El mundo animal incluye, además de una multitud de insectos, pavos silvestres, faisanes y diversas otras aves, monos, jaguares y otros felinos, venados, tapires, jabalíes, así como cocodrilos, lagartos y otros reptiles, entre los cuales no faltan serpientes venenosas. El manto freático en esta región central se encuentra a profundidades que generalmente superan los 100 metros. Las corrientes de agua superficiales son escasas y mayormente intermitentes, limitadas a la temporada de lluvias que dura de mayo o junio hasta octubre o noviembre. Las aguadas son las únicas fuentes naturales relativamente confiables de agua dulce, pero muchas también se secan durante la estación seca. Así como los antiguos mayas construyeron sus ciudades cerca de estos pequeños lagos, reforzando sus fondos con losas de piedra para evitar la filtración, siglos después los chicleros se vieron obligados a establecer sus campamentos junto a estos cuerpos de agua. Y en décadas más recientes, con el desarrollo de Xpujil y la colonización de la región hacia el sur, numerosos asentamientos surgieron en los mismos lugares. Los habitantes de estas comunidades subsisten casi exclusivamente de la agricultura de roza y quema (milpa), práctica que ha causado una considerable deforestación, frenada apenas en los últimos años con restricciones gubernamentales y el establecimiento de la reserva de la biósfera.

Hoy en día, estos poblados al sur de Xpujil están relativamente bien comunicados y en su mayoría cuentan con electricidad, pero en 1996 la situación era muy diferente. La mayoría de las aldeas solo estaban conectadas por caminos de tierra o callejones que, durante la temporada de lluvias, se volvían prácticamente intransitables para los vehículos. El suministro desde el ‘mundo civilizado’ era por tanto muy limitado y la electricidad solo llegaba a los pueblos situados a lo largo de los primeros kilómetros de la única carretera de terracería que conducía de Xpujil hacia el sur y que era transitable durante todo el año.

Como nuestro primer asistente era del pueblo de Justo Sierra Méndez, decidimos comenzar el trabajo precisamente allí, en el extremo sur del área que pretendíamos explorar. Aunque el pueblo estaba a apenas 90 kilómetros de Xpujil, el viaje por la destrozada carretera de terracería nos tomó más de cinco horas. Así que tuvimos tiempo de sobra para conversar durante el trayecto.

La casa de Miguel en Justo Sierra Méndez. Con paneles solares como el que está frente a la casa, las autoridades equiparon esta y otras comunidades que en 1996 aún no contaban con electrificación.

Miguel Cruz Montejo, el joven de 22 años que nos acompañaba, había llegado hacía menos de veinte años desde las montañas del estado de Chiapas, ubicadas unos 400 kilómetros al suroeste. A raíz de la insaciable codicia de los terratenientes que había provocado escasez de tierras cultivables en esa región, donde los agudos problemas sociales dieron origen al conocido movimiento guerrillero zapatista en la última década del siglo XX, numerosas familias indígenas empobrecidas se vieron obligadas a emigrar. Como muchos otros migrantes de comunidades hablantes de la lengua mayense *chol*, la familia de Miguel encontró un nuevo hogar en las tierras bajas del sureste de Campeche, cubiertas por la selva y despobladas desde el colapso de la civilización maya clásica.

En una curva del camino, Miguel señaló con el brazo extendido:

”El año pasado, aquí mismo, la policía interceptó a unos narcotraficantes que tenían cientos de kilos de marihuana listos para transportar. Se desató un tiroteo y murió un traficante, además de un policía”.

“¿Y cómo supo la policía sobre esto?”, preguntó Florentino.

“En esta zona muchos campesinos cultivan marihuana, y los distribuidores vienen periódicamente a recogerla. Es algo que todo el mundo sabe; alguien los delató”.

“Pero para una persona común que no se mete en estos asuntos, ¿no hay mayor peligro?”, especulé.



“¡Cómo no!”, respondió Miguel. “A veces asaltan ladrones armados. Tiran troncos o ponen piedras grandes en la carretera para que el vehículo se tenga que parar. Prefieren atacar camiones que reparten mercancía a las tiendas, pues llevan dinero; pero a veces también se meten con algún pobre diablo que apenas lleva algo consigo”.

Florentino y yo intercambiamos una mirada. La sensación no era nada agradable. Estábamos en una zona que quedaba lejos del alcance de la ley. Un territorio perfecto también para el contrabando de drogas duras procedentes de Sudamérica. Los traficantes ocasionalmente encuentran intermediarios en esta región: desde avionetas ligeras arrojan la mercancía en algún camino remoto, desde donde luego es transportada hacia otros lugares. El comercio ilegal de estupefacientes es uno de los problemas más graves que enfrenta México.

Alrededor de las diez de la noche, con la columna vertebral hecha añicos, llegamos a Justo Sierra. Muchos de los poblados en esta región llevan nombres de personajes relevantes de la historia mexicana. Justo Sierra Méndez fue un escritor, poeta e historiador que nació en Campeche, capital del estado homónimo, pero posteriormente vivió mayormente en la Ciudad de México y, a finales del siglo XIX y principios del XX, ocupó varios puestos políticos relacionados principalmente con el sistema educativo nacional.

Miguel dijo que Florentino y yo podíamos dormir en su casa, donde vivía con su esposa y su hijita de dos años. Era una humilde cabaña rectangular, con paredes hechas de palos de madera colocados uno junto al otro, y un techo de hojas de palma de guano⁶. En la única habitación había un fogón rodeado de piedras, colocadas sobre una estructura cuadrada de tablas rellena de arena y sostenida por cuatro postes. Así son los fogones en toda esta región: como están elevados, no es necesario agacharse demasiado para cocinar. El humo escapa directamente a través del tejado, elaborado con hojas de palma bien entrelazadas, el cual, aunque poroso, no deja pasar el agua. Además de una mesa de madera y dos sillas, había un banco simple junto a una de las paredes, hecho de dos troncos con una tabla encima. Unas tablitas colgadas con cuerdas de las paredes servían de estanterías, y unas pocas prendas de ropa colgaban de una cuerda atada a los palos en dos paredes que formaban un rincón

6 *Sabal* spp.

de la casa. En lugar de camas, en esta zona se usan hamacas; también Florentino y yo colgamos las nuestras.

Las casas como la de Miguel Cruz y su familia son las viviendas más sencillas de esta región. Más comunes son las chozas con paredes de tablas y, en lugar de techos de hojas de palma, suelen tener techos de lámina. Este tipo de techo es más seguro contra incendios y también más económico, ya que la palma de guano no se encuentra en todas partes; a menudo, hay que traer las hojas desde lejos, además de que elaborar el techo con ellas lleva bastante tiempo. Sin embargo, la hoja de palma es un excelente aislante térmico, mientras que en las casas con techo de lámina hace un calor insoportable durante el día, a menos que el espacio sea lo suficientemente alto o que haya un techo de tablas debajo de la lámina.

En los días siguientes, la esposa de Miguel nos preparaba el desayuno y la cena, mientras que durante el día, por supuesto, comíamos algo en el campo. Para la mayoría de la gente, la base de la alimentación es muy sencilla: tortillas y frijoles. Todas las familias crían pollos, pero como suelen ser numerosas, la carne rara vez está en la mesa.

Las tortillas, sin duda el alimento más característico de México, son una especie de crepas hechas de masa de maíz y desempeñan un papel similar al del pan en los países donde los cereales son tan importantes para la alimentación como lo es el maíz en México. En muchas zonas rurales se elaboran en casa, como lo hacía también la esposa de Miguel. Primero remojaba los granos de maíz en una cubeta con agua a la que añadía una cucharada de cal; después de dejarlos remojar toda la noche en esta solución, la cáscara que cubre los granos se desprende y puede enjuagarse, y los granos remojados se muelen en un molino manual. En algunos lugares todavía se utiliza el *metate*, una piedra de molienda cuya forma —según lo demuestran los restos arqueológicos— no ha cambiado mucho en los últimos milenios: una piedra plana, ligeramente cóncava y alisada sirve como base sobre la que se muelen los granos con otra piedra alargada y lisa que actúa como rodillo. Con la masa así obtenida se forman las tortillas con las manos, aunque hoy en día también existen prensas especiales, y se cuecen en un *comal*, una placa redonda de hierro o cerámica colocada sobre el fuego.

Al igual que el maíz, que fue domesticado hace unos ocho mil años precisamente en la región del actual México, el frijol, que suele comerse cocido en grano o machacado y refrito, también es originario de estas tierras. Además del maíz y el frijol, hoy el arroz también es un alimento muy común.

Justo Sierra se encuentra junto a uno de los pocos riachuelos de la zona, llamado Arroyo Negro. Por lo tanto, la escasez de agua no representa un problema especial para sus habitantes, especialmente durante la temporada de lluvias, así que había suficiente incluso para un baño nocturno, que venía de maravilla después de cada agotadora jornada. Eso sí, por los cocodrilos⁷ no era recomendable meterse directamente en el arroyo; sacábamos agua con cubetas y nos lavábamos en la orilla.

En los días siguientes recorrimos a fondo los alrededores. Miguel conocía varias localidades con antiguas ruinas, facilitaba el contacto con otros habitantes del lugar y, al mismo tiempo, ayudaba con entusiasmo a abrir caminos y desmontar las zonas que requerían una inspección más detallada. No era difícil encontrar trabajadores para este tipo de labores, ya que cualquier ingreso ocasional era bienvenido por todos. Pero Miguel sobresalía en todos los aspectos, por lo que nos acompañó también en las semanas siguientes, cuando continuamos con nuestro trabajo en otras zonas, aunque siempre fue necesario contratar a trabajadores del caserío más cercano, al que pertenecían los terrenos por los que nos desplazábamos.

Con el reconocimiento arqueológico, nombre con el que suelen denominarse las prospecciones de superficie en el campo, es posible descubrir muchas cosas en el área de la cultura maya, ya que la mayoría de las edificaciones fueron construidas con piedra. La arquitectura maya es muy variada y refleja la complejidad de su sociedad, cuya organización se asemejaba al feudalismo. En las ciudades, donde vivían los estratos más altos de la nobleza y el sacerdocio, así como importantes artesanos, se construían templos piramidales, palacios residenciales y otros edificios relacionados con la administración y los eventos públicos. Estas edificaciones eran construidas casi completamente en piedra: en los períodos tempranos, los techos se hacían de materiales perecederos, pero durante el período Clásico comenzaron a ser comunes las bóvedas, de modo que los edificios completos, incluidos sus techos, estaban hechos de piedra.

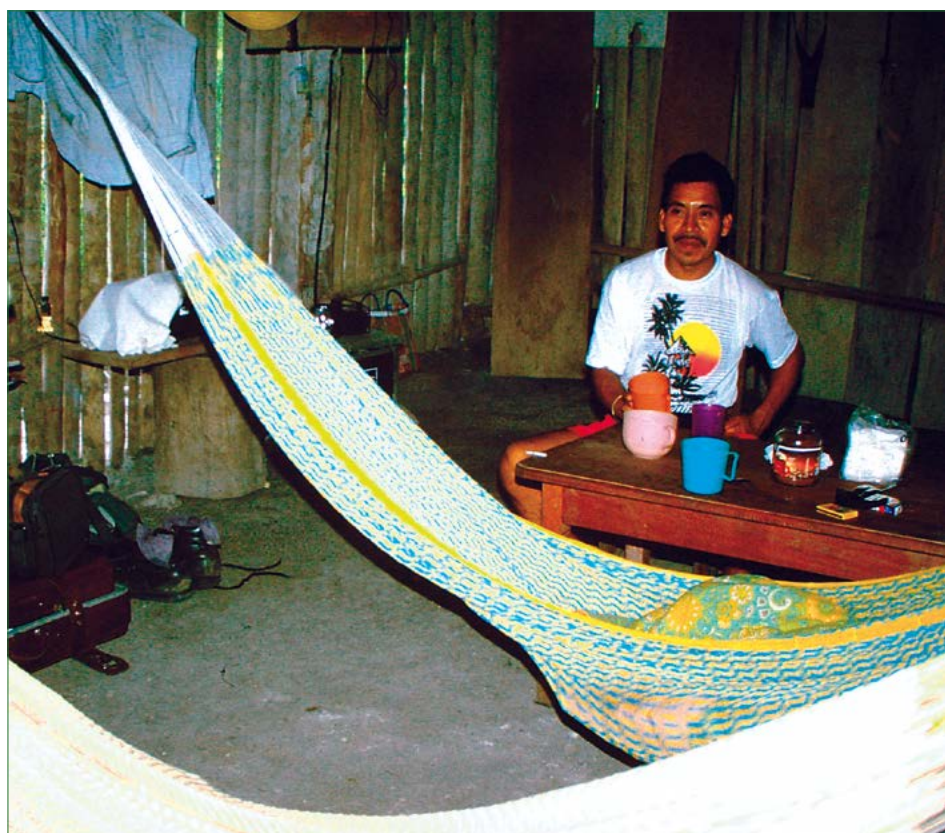
Típica de los mayas es la llamada bóveda falsa, que también era conocida en el Viejo Mundo hasta que fue reemplazada por la bóveda verdadera, más ampliamente utilizada a partir de la época romana. Mientras que en la bóveda verdadera las piedras se colocan formando un arco

7 En el interior de la península de Yucatán predomina el cocodrilo mexicano o Morelet (*Crocodylus moreletii*).

semicircular, lo que proporciona gran capacidad de carga, la bóveda falsa se construye prácticamente igual que los muros: las piedras se colocan sobre ambos lados del muro de tal manera que sobresalen ligeramente hacia el interior respecto a las piedras de la fila inferior. Así, la distancia entre las hileras opuestas de piedras se va reduciendo con la altura, hasta que ambas están lo suficientemente cerca como para colocar encima una fila de piedras más grandes que constituyen la tapa de la bóveda.

Las casas de la población común, que vivía en los alrededores de las ciudades y en asentamientos menores, eran más pequeñas que los edificios de los centros urbanos y estaban cubiertas con materiales vegetales, aunque muchas también tenían muros o al menos cimientos de piedra; de ello dan testimonio los restos de numerosas viviendas de este tipo. Además de estas casas, cuyas ruinas pueden detectarse mediante inspecciones de superficie, también se utilizaban viviendas como la de Miguel y muchos de sus vecinos.

Florentino y algunos enseres domésticos en la casa de Miguel.



Miguel y sus vecinos conocían muchas ruinas, y Florentino y yo queríamos verlas todas. La tarea no era sencilla, ya que el territorio perteneciente al poblado de Justo Sierra era bastante extenso y los restos arqueológicos estaban muy dispersos, tanto en la selva como en los campos de cultivo, ya sea en uso o en fase de descanso y cubiertos de vegetación secundaria. En todos los sitios registramos las coordenadas geográficas, medidas con un aparato portátil de posicionamiento satelital; donde los restos de edificaciones eran más grandes, también hicimos croquis de su distribución. No encontramos muros en pie en ningún lugar, solo montones de piedras que, sin embargo, formaban agrupaciones muy características: los mayas solían construir sus viviendas alrededor de patios cuadrangulares. Cuando hallábamos fragmentos de cerámica en la superficie, los recogíamos, ya que el análisis de cerámica proporciona los primeros datos sobre la época en que estuvo habitado un asentamiento, así como sobre sus conexiones con regiones vecinas.

También al inspeccionar los terrenos pertenecientes a los poblados vecinos de Arroyo Negro y El Civalito, quisimos ser exhaustivos. Pero con el tiempo, empezamos a cuestionar el sentido de esta estrategia. Llevábamos ya dos semanas en la zona, habíamos recorrido muchos kilómetros, pero sin encontrar nada especialmente importante; aquí y allá aparecía algún montículo cónico de varios metros de altura —en su tiempo seguramente un pequeño templo piramidal—, pero no había grandes edificaciones en ningún lugar.

Algo era evidente: la densidad de población durante el apogeo de la cultura maya fue aquí tan alta como en otras partes de las tierras bajas que han sido mejor estudiadas. Sin embargo, los mayas no vivían en asentamientos tan compactos como los que conocemos nosotros. Existían ciudades, por supuesto, pero solo los núcleos urbanos con los edificios más importantes estaban densamente contruidos. Las agrupaciones de casas sencillas estaban esparcidas por los alrededores, y entre ellas había espacios vacíos, grandes o pequeños, que probablemente eran jardines o campos de cultivo. Debido a esta disposición de las construcciones, es muy difícil establecer dónde termina una ciudad o el territorio que le pertenecía, y dónde comienza otro. Además, buscar ruinas dispersas por áreas tan extensas requiere mucho tiempo y esfuerzo. Si seguimos así —reflexionábamos Florentino y yo—, el trabajo avanzará muy lentamente; un reconocimiento minucioso de todo el territorio hasta Xpujil llevaría varios años, y no contamos con los fondos suficientes para tanto tiempo. Claro que había que

registrar la mayor cantidad posible de vestigios arqueológicos, pero las localidades más importantes debían tener prioridad, ya que es precisamente en ellas donde se puede obtener más información: las construcciones son más grandes, presentan elementos arquitectónicos expuestos que pueden ser especialmente interesantes, e incluso cabe esperar monumentos de piedra con inscripciones. Así que tendremos que ser más selectivos en la búsqueda; ya no iremos tras cada pequeña ruina que alguien nos mencione.

Mientras estábamos deliberando sobre estas cuestiones en la casa de Miguel, donde aún nos alojábamos, no sabíamos que un acontecimiento ese mismo día nos confirmaría la decisión de enfocarnos en adelante en sitios más grandes. Aquel día regresamos de las exploraciones ya temprano por la tarde. Pasó un vecino y mencionó que un camión había traído cerveza a la tienda de la aldea vecina, Arroyo Negro. No había mucho que pensar. La vereda hasta allá, a lo largo del arroyo del mismo nombre, tenía poco más de un kilómetro de largo.

Profanadores de tumbas

El dueño de la tienda en el pueblo de Arroyo Negro era un hombre corpulento, inmigrante de Tapachula, una ciudad en el extremo sur del estado mexicano de Chiapas. Confirmó que había recibido la cerveza. Con Florentino nos dimos cuenta de que, después de pasar dos semanas tomando solo agua tibia, hasta una cerveza sin enfriar sabe de maravilla. Al escucharnos, Miguel solo sonrió y bajó la mirada, como queriendo decir: aquí, incluso una cerveza tibia es un lujo que rara vez nos podemos permitir. Por supuesto, esta vez no tuvo que pagarla.

Sentados en el suelo y apoyándose contra la pared de la tienda, que era una casa de madera, estaban dos hombres con botas altas, del tipo que usan los chicleros. Tras intercambiar saludos al llegar, nos observaban con curiosidad durante nuestra conversación con el tendero. Sin duda, era yo el que más llamaba la atención: un güero de cara pálida que quién sabe cómo y por qué habrá llegado a aquellos parajes remotos. Finalmente, uno de ellos se armó de valor y preguntó:

“¿Vienen de paseo?”

Quién diablos vendría de paseo a este lugar olvidado de Dios, fue mi primer pensamiento.

“No, no, estamos aquí por trabajo”. Brevemente les expliqué lo que hacíamos. Escucharon con atención.

“A nosotros también nos interesan mucho las ruinas. Ya excavamos en varios lugares y encontramos cosas bonitas”.

“Ah, o sea que han trabajado con arqueólogos...”, comentó Florentino, aunque su tono no mostraba que realmente lo creyera.

“No, por nuestra cuenta. Hay gente que colecciona antigüedades, las compra y paga bien por ellas”, respondieron con franqueza y sin titubeos, confirmando nuestras sospechas. Eran, pues, saqueadores, depredadores de sitios arqueológicos.

Asentí con la cabeza, tomé un sorbo de cerveza y pregunté con indiferencia:

“¿Y dónde están excavando ahora?”

“No, no, ya hace mucho que no lo hacemos. Las leyes son estrictas y es demasiado peligroso. Nosotros somos de Guatemala y recolectamos

el chicle, aquí nomás, cruzando la frontera. Solo vinimos para tomar-nos una cerveza”.

Era imposible saber qué tan sincera fue esa respuesta. Lo cierto es que se podía llegar de Guatemala sin problemas; la frontera que separa el sureste del estado de Campeche de Guatemala no es más que una franja despejada de apenas 10 metros de ancho que atraviesa la selva en línea recta a lo largo del paralelo 17°49' de latitud norte, a unos cinco kilómetros al sur del pueblo de Arroyo Negro. Nadie la vigila, periódicamente solo la limpian para mantenerla desmontada. Pero esos cinco kilómetros son en línea recta; por los senderos, el camino es seguramente más largo. Además, estos hombres claramente no vinieron solo por una cerveza, pues no podían saber si realmente



El túnel de saqueo en el edificio frente al cual se alza una estela con relieves es uno de los muchos que los depredadores excavaron en el sitio arqueológico de Uxul, cerca de la frontera con Guatemala.

la encontrarían. El suministro aquí es más cuestión de suerte que de rutina. En cualquier caso, no quería ponerme en el papel de investigador, pero sí intenté sonsacarles algo más de información.

“¿Y cómo lo hacían? ¿Qué es exactamente lo que buscan?”, traté de sonar sinceramente curioso.

“Tumbas. En estos montes hay muchas ruinas. Antes eran casas, palacios y templos de la gente que vivía aquí... ¿los mayas, no? Y allí también enterraban a sus muertos. En las ruinas más grandes están las tumbas de los señores importantes, y en ellas hay vasijas pintadas, collares, máscaras de jade...”

Uno de los dos hombres se explayó especialmente y demostró ser un buen conocedor de su oficio. Fue casi didáctico, como si no estuviera hablando con arqueólogos. Tal como contó, los mayas enterraban a sus muertos bajo los pisos de sus propias casas. No tenían cementerios como tales. A los dignatarios y gobernantes los sepultaban con todo su atuendo ceremonial y en las tumbas colocaban también vasijas de cerámica pintada y otros objetos personales. Los difuntos más importantes, enterrados en palacios residenciales y templos, solían estar acompañados de collares, orejeras, máscaras y otros objetos hechos de jade.

“Pero no se puede vender cualquier objeto. Para que un plato o vasija de barro tenga valor, debe tener pintado al menos un indio; si son más, el precio sube, y más todavía si lleva alguna leyenda”.

Es cierto, las vasijas cerámicas finamente elaboradas, que se encuentran en las tumbas de élite, están decoradas con escenas mitológicas que incluyen figuras humanas, animales y representaciones de deidades. Y al mencionar la ‘leyenda’, nuestro interlocutor se refería, desde luego, a las inscripciones jeroglíficas que frecuentemente acompañan esas imágenes.

“Pero lo que más vale es el jade: collares, aretes, figurillas, máscaras...”

Aunque no hay yacimientos de jade en las tierras bajas de la península de Yucatán, los mayas de esa región con frecuencia depositaban objetos de este mineral en las tumbas de sus dignatarios. El jade lo obtenían a través de redes comerciales bien organizadas desde los altos de Guatemala, al sur. Así como el jade era el material máspreciado para los mayas antiguos, hoy sus piezas de este material alcanzan los precios más altos en el mercado negro. Mientras que, por ejemplo, un plato cerámico bien conservado y ricamente decorado puede alcanzar un precio final —digamos, en una subasta en Estados Unidos— de

unos 30,000 dólares, los objetos de jade son mucho más valiosos. Por supuesto, como suele ocurrir en este tipo de comercio ilegal, son los intermediarios quienes obtienen mayores ganancias; los saqueadores reciben mucho menos.

“¿Y cómo saben dónde hay que excavar?”, seguí preguntando.

“Todo chiclero conoce los montes donde trabaja in sabe dónde hay ruinas. Por todas partes hay montículos pequeños, estos no valen la pena. Pero si encuentras ruinas altas y amontonadas, entonces sabes que has llegado a un reinado; es allí donde vale la pena excavar”.

Al pronunciar *reinado*, al hombre le brillaron los ojos. Fue la primera vez que escuché esa palabra de timbre algo romántico, que usan especialmente los chileros. Al hablar de reinados, comúnmente se refieren a sitios arqueológicos de mayor tamaño, vestigios de ciudades mayas con sus altos templos piramidales y grandiosos edificios administrativos y residenciales.

“Hace años trabajé en Las Gardemias; ese era un reinado grande, puras ruinas altas, en algunas se veían los muros, las tumbas tenían las paredes pintadas...”

¡Las Gardemias! Con ese nombre los lugareños se referían al famoso sitio arqueológico hoy conocido como Río Azul, ubicado en el noreste de Guatemala, a escasos diez kilómetros de donde estábamos conversando. El arqueólogo estadounidense Richard E. W. Adams dirigió allí un proyecto de investigación durante varios años, después de enterarse en 1981 de que saqueadores habían descubierto tumbas singulares, con pinturas y textos jeroglíficos en sus paredes. ¿Habría estado nuestro interlocutor entre esos saqueadores que pronto fueron expulsados?

“Una vez”, continuó entusiasmado, “mientras recolectábamos chicle, dimos con un grupo de ruinas enormes; algunas eran altísimas, y además había muchas estelas... un verdadero reinado...”

El tipo, entonces, también conocía las estelas, bloques tallados de piedra que se alzaban en edificios o plazas de las antiguas ciudades. Muchas estaban decoradas con imágenes en relieve e inscripciones jeroglíficas que immortalizaban eventos importantes y gloriosas hazañas de los gobernantes y sus familias: victorias militares, capturas de prisioneros, nacimientos, entronizaciones, rituales, matrimonios que vinculaban linajes poderosos...

“¿También encontraron estelas?”

“Claro. También las estelas se venden bien, si tienen figuras y letras”.



Algunos fragmentos de cerámica polícroma que los saqueadores dejaron en el sitio Monumento 104, en la frontera con Guatemala.

“Pero, ¿cómo se las llevaban? Son piedras grandes y pesadas”.

“No nos llevamos la piedra entera. Con sierras cortábamos solo las superficies grabadas”.

Con Florentino mantuvimos la calma, aunque el relato nos provocaba una profunda incomodidad. Por supuesto, conocíamos la práctica de cortar estelas. Como la mayoría están hechas de piedra caliza relativamente blanda, no es una tarea especialmente difícil. En muchos sitios arqueológicos aún hoy pueden verse bloques de piedra con superficies claramente cortadas, un triste testimonio de la actividad de los saqueadores, que vendieron su botín a quién sabe quién y por cuánto dinero. Hoy, el paradero de muchos de estos monumentos se desconoce, con lo que se han perdido valiosos datos históricos contenidos en sus relieves e inscripciones.

“Pero aun así son piezas grandes. ¿De alguna manera tenían que llevarlas al comprador?”

“Eso no era problema. Alguien llegaba desde Ciudad de Guatemala, gente de cuello blanco; a esos nadie los revisaba”.

Así que llegaba algún personaje importante. La verdad es que, con la corrupción y lo recóndito de estas regiones, no sirven de mucho las leyes que prohíben el saqueo arqueológico y el tráfico de antigüedades.

Por desgracia, la depredación de los sitios arqueológicos es algo bastante común. Ya en aquellos primeros días de nuestro trabajo de campo vimos varias calas de saqueo, y más tarde descubrimos que casi no existía un sitio notable que fuera intacto. Esperando encontrar una tumba, los saqueadores suelen excavar una zanja o un túnel desde la base de una estructura hacia su interior. El daño que causan no solo radica en que, entre los objetos funerarios robados, predominan las piezas de alto valor artístico; para los arqueólogos y todos aquellos interesados no solo en los objetos en sí, sino sobre todo en comprender la vida de la gente en el pasado, el perjuicio mayor es que, cuando estos objetos aparecen luego en colecciones privadas alrededor del mundo, ya nadie sabe de dónde proceden ni en qué contexto fueron hallados. Además, los saqueadores comúnmente derriban muros y otros elementos arquitectónicos que estorban, causando así daños irreparables en las estructuras, cuyo deterioro se acelera debido a la pérdida de estabilidad.

Hace años, entre los saqueadores de ruinas predominaban los chicleros, que por regla general también eran ‘ruineros’ (como alguien los llamó). Mientras recolectaban chicle, una actividad que debe realizarse en la época de lluvias, llegaron a conocer bien los bosques donde trabajaban y así descubrieron también las ruinas, de modo que en la época seca podían dedicarse a las excavaciones depredadoras. Hoy en día, sin embargo, muchos habitantes de las aldeas de la zona que examinamos también se dedican a esta actividad. En muchos lugares observamos zanjas y túneles antiguos ya bastante colapsados, mientras que en otros sitios era evidente que habían sido excavados recientemente.

Las leyes mexicanas prevén penas bastante altas para el saqueo e incluso la posesión no registrada de objetos arqueológicos. Sin embargo, el brazo de la justicia rara vez llega a estos lugares remotos. En todos estos años, he hablado con mucha gente y sé que muchos, al menos ocasionalmente, han saqueado ruinas, aunque casi nadie lo ha admitido. En Guatemala, esta actividad está mucho más extendida y es más destructiva que en México, además de adoptar formas más agresivas. Allí, algunos grupos de saqueadores están armados, y ha habido casos en los que alguien ha muerto en enfrentamientos. Sin embargo, a los que he conocido personalmente, difícilmente los calificaría como delincuentes; en su mayoría son personas ‘normales’, algunas muy trabajadoras, confiables y honestas. Muchos se han

involucrado en esta actividad por necesidad económica; no la ven como delito. Excavar ruinas no es un trabajo fácil, sino más bien agotador e incluso peligroso; he oído de casos en los que, al cavar túneles profundos, los derrumbes han sepultado a algunos, convirtiendo su búsqueda de un antiguo entierro en su propia tumba. Además, los mayores beneficios se los llevan los intermediarios, mientras que el pago por el duro trabajo, también en este caso, es el más bajo. Precisamente por eso nunca he considerado la idea de denunciar a un saqueador. En cambio, siempre he intentado convencerlos de que, a largo plazo, es mucho más beneficioso preservar los sitios arqueológicos: en lugar de dedicarse a actividades ilícitas, pueden esperar que ellos o sus hijos, tarde o temprano, encuentren trabajo en excavaciones arqueológicas, que generalmente duran años y cuyos resultados a menudo contribuyen al desarrollo del turismo y otras actividades económicas.

Mientras nuestra conversación en Arroyo Negro continuaba, empezó a oscurecer. Al despedirnos con un apretón de manos, Florentino y yo teníamos sentimientos bastante encontrados. Los dos hombres nos habían parecido bastante simpáticos; además, dijeron que sus actividades de saqueo pertenecían al pasado, y quizá por eso hablaban con tanta franqueza sobre sus andanzas. Tal vez era cierto, pero apenas dos días después, cuando fuimos a inspeccionar un sitio al suroeste del pueblo de Arroyo Negro, casi en la frontera con Guatemala, nos topamos con cuatro saqueos frescos; en tres calas, evidentemente, los excavadores no encontraron nada, pero en uno probablemente dieron con una tumba rica, ya que dejaron atrás una gran cantidad de cerámica, incluso fragmentos pintados.

Al contemplar las zanjas, que daban la impresión de dolorosas heridas abiertas, a través de las cuales habían arrancado las entrañas de lo que alguna vez fueron majestuosos palacios y templos, sentí un nudo en el pecho. ¿Habrán sido nuestros conocidos los que trabajaron aquí?

De cualquier modo, Florentino y yo teníamos un motivo más para dedicarnos, a partir de entonces, a la búsqueda de sitios mayores. Dado que estos son el principal objetivo de los saqueadores, era importante estudiar y documentarlos lo antes posible, antes de que fueran dañados por depredadores. En los sitios grandes, además, es posible encontrar monumentos de piedra esculpidos en relieve, tanto estelas como altares cilíndricos que suelen estar colocados frente a ellas. En ambos frecuentemente aparecen representaciones de personas y eventos, así como inscripciones jeroglíficas con valiosos datos históricos.

Y puesto que estos monumentos también son muy codiciados por los saqueadores y en cualquier momento podrían desaparecer, era sin duda recomendable, antes de que eso ocurriera, fotografiar y dibujarlos con precisión.

También es conveniente publicar este tipo de hallazgos lo antes posible. Por lo regular, las antigüedades saqueadas terminan en el extranjero y aparecen en subastas. En tales casos, los vendedores intentan demostrar que las heredaron y que llegaron desde el país de origen hace mucho tiempo, antes de que este adoptara leyes que prohíben la venta y exportación de objetos arqueológicos. Sin embargo, si un informe publicado demuestra que dicho objeto estuvo hasta hace poco en un sitio arqueológico específico, es posible refutar tales afirmaciones y probar que su importación fue ilegal; así, puede iniciarse un proceso penal contra los implicados y exigir la devolución del objeto a su país de origen.

Eminente comitiva

Tras finalizar nuestro trabajo en los terrenos de Justo Sierra, Arroyo Negro y El Civalito, Florentino y yo tuvimos que dirigirnos a Xpujil para reabastecernos y recoger a Héber Ojeda, nuestro compañero que debía llegar desde Campeche. Ya estábamos en la segunda mitad de julio, en plena temporada de lluvias, y los aguaceros se volvían cada vez más intensos. Con Miguel acordamos vernos en unos días y partimos.

Pero al recorrer apenas unos cientos de metros, la camioneta quedó atascada en el lodo del camino encharcado. Sin preocuparme demasiado, activé la tracción a las cuatro ruedas, pero el vehículo seguía sin moverse. Florentino bajó y, mientras yo forcejeaba para liberarnos del lodo, observaba las ruedas.

“Las delanteras no dan vuelta”, dijo, negando con la cabeza.

¿Pero cómo? En la oficina me aseguraron que el auto estaba en perfectas condiciones. Hasta ahora no hemos tenido ni la necesidad ni la oportunidad de probar la doble tracción. Y ahora, en el peor momento posible, resulta que no funciona.

Afortunadamente, la ayuda estaba cerca. Con la oferta de pagarles el doble, conseguí a ocho personas de Justo Sierra, ya que no había otra solución más que empujar el vehículo y abrir desvíos alrededor de los tramos más difíciles del camino para llegar al pueblo de El Civalito, desde donde comenzaba el camino de terracería. ¡Para recorrer los escasos cinco kilómetros, nos tardamos seis horas!

Al llegar en la tarde, un lugareño —uno de nuestros colaboradores en días anteriores, cuando habíamos trabajado en su poblado— salió tambaleándose de la tienda local. Se acercó, me miró con los ojos nublados por una considerable cantidad de cerveza, y me dio una palmada en el hombro:

“Para la próxima vente en secas. Ahora no se puede trabajar”.

Pues sí, eso ya lo sabía yo. Ruppert siempre trabajaba entre febrero y abril, en la temporada seca. Pero, ¿cómo explicarle que la administración pública tiene su propia lógica y que solo puedo venir cuando me aprueban los fondos?



Al anochecer llegamos a Xpujil, donde Héber ya nos estaba esperando. Aparte de hacer las compras, había que resolver algo muy importante: reparar la doble tracción en la camioneta. No fue sino después de dos días de búsqueda que encontré a un mecánico dispuesto a enfrentar el desafío. Marín Yamá, del poblado cercano de Zoh Laguna, demostró que, con ingenio e improvisación, se pueden resolver problemas que los urbanos —con todas sus refacciones y herramientas— ni siquiera se atreven a abordar. Desde entonces, la doble tracción funcionó durante años, y don Martín nos sacó varias veces de otros apuros.

Cuando regresamos a El Civalito, el dueño de la tienda del lugar nos dio posada. En este y otros poblados cercanos continuamos trabajando durante los días siguientes, sin encontrar nada especial. Además de los lugareños, nos ayudaba nuestro fiel acompañante Miguel.

Un día alguien nos contó que había ruinas grandes en el pueblo de Los Alacranes, no muy lejos hacia el noreste. Por una brecha lodosa que serpenteaba entre varios caseríos, logramos llegar allá y acordamos con los lugareños que nos llevarían a las ruinas al día siguiente. De regreso a El Civalito, nos detuvimos en la aldea Ojo de Agua, donde

Empujar a través de este lodazal no servirá de nada. ¿Por dónde sería conveniente abrir un desecho?



Las ruinas de los edificios que se yerguen en el cerro al oeste del pueblo de Los Alacranes, cubiertas por pocos árboles y matorrales, se pueden distinguir desde lejos.

me acerqué a un grupo de vecinos junto al camino y les pregunté si conocían alguna ruina en sus terrenos. Les pedí que consultaran también con otros miembros de la comunidad y que, al día siguiente, cuando volviéramos a pasar, me dieran su respuesta.

Cuando arranqué, sus ojos curiosos no se despegaron de nosotros hasta que desaparecimos tras la primera curva. Unos momentos después, Miguel —quien iba sentado atrás en el borde de la caja de carga de la camioneta— se inclinó hacia mí y, a través de la ventanilla, comentó:

“Esto no estuvo bien”.

“¿Qué cosa?”, pregunté, sin apartar la vista de los enormes baches del camino entre los que se balanceaba el vehículo.

“Les dijiste que pagas por el trabajo y que mañana temprano vamos a pasar. Ahora saben que llevas dinero. Son justamente de este pueblo los que asaltan y roban en el camino”.

Sí que me comporté como un verdadero novato, me enfadaba en silencio. No dije nada, pero el resto del trayecto lo pasé mortificándome, pensando en cómo solucionar el problema. Al día siguiente teníamos que volver a Los Alacranes, pues ya habíamos quedado con la gente.

En El Civalito, en vez de dirigirme hacia la choza donde estábamos alojados, conduje directamente al campamento militar, donde ya nos habíamos reportado al llegar. Florentino me lanzó una mirada interrogante. Sin decir palabra, me detuve frente al soldado de guardia.

“Buenas tardes. ¿Se encuentra el teniente?”

“Sí”.

“¿Podría hablar con él?”

“Voy a ver si los puede atender”.

Se fue y en unos momentos regresó con el comandante, cuyos cabellos alborotados, camiseta y pantalones deportivos revelaban que había interrumpido su siesta de la tarde.

“¿Cómo está, arqueólogo? ¿En qué podemos ayudarle?”

Le expliqué que a la mañana siguiente teníamos que ir a Los Alacranes, es decir, pasar por Ojo de Agua, lugar conocido por los asaltantes...

“¿Así que quisiera escolta?” me interrumpió el teniente.

“Bueno, si fuera posible...”

“No hay problema. ¿A qué horas salen?”

“¿Podría ser a las siete?”

“A las siete los esperamos,” fue corto y contundente el comandante.

Cuando al día siguiente llegamos al campamento militar a la hora acordada, ya estaba rugiendo allí un *Hummer*, listo para salir.

“Ustedes van a ir adelante”, dijo el comandante.

Y nos fuimos. Nuestra camioneta Dodge se balanceaba sobre el lodazal como un bote en mar picado, mientras que detrás de nosotros, el *Hummer* militar con sus llantas anchas se mecía con suavidad y elegancia, como un transatlántico al que tales pequeñeces no logran afectar. Y lo más importante: en la caja del vehículo iban de pie nueve soldados, armas en mano y listos para disparar. ¡Qué sensación tan reconfortante! ¿Quién se atrevería a atacarnos?

Llegamos a Los Alacranes. Los lugareños con los que habíamos acordado trabajar nos esperaban sentados junto al camino. Al vernos, se pusieron de pie. Me detuve y le di las gracias al comandante.

“Ya sabe, siempre puede contar con nosotros”, se despidió y añadió: “Nos vemos en la noche. Ahora ya no hay ningún peligro”.

Al fondo vi a Miguel asintiendo. Claro, ahora que nos vieron con los soldados, estamos a salvo. Aun si piensan que en la noche regresaremos por el mismo camino, nadie se atreverá a tocarnos. Ahora todos saben que nos apoya el ejército federal. Y con ellos no conviene

meterse. Hasta para los narcotraficantes bien armados es un riesgo enfrentarse con el ejército.

También causamos impresión entre los habitantes de Los Alacranes.

“El ejército los protege”, se oyó murmurar. Pero rápidamente pasamos a nuestro tema.

“¿Adónde vamos primero?”, preguntó un muchacho llamado Esteban, que fue el primero en recuperarse de la sorpresa. “¿A ese cerro o al otro?”, señaló con la mano.

“Vamos primero al cerro oriente,” respondí.

Esta vez nos esperaba una verdadera sorpresa. En los cerros al este y al oeste del pueblo había dos grandes complejos de ruinas; ahí estaban, claramente visibles, los restos de pirámides y otros edificios acomodados alrededor de plazas en distintos niveles.

Los Alacranes

Al día siguiente volvimos al cerro oriente para hacer un croquis del sitio. Con Héber y Florentino nos dividimos el trabajo; con cintas métricas y brújulas en mano, cada uno se dirigió a una parte distinta del complejo arquitectónico.

Mientras estaba parado sobre una pequeña ruina, tratando de adivinar cómo habría sido el edificio hace unos mil quinientos años, antes de que fuera desfigurado por la destructora labor de la selva tropical que cubrió la otrora floreciente ciudad maya, de repente oí los gritos “¡Don Iván, don Iván!” y, al mismo tiempo, el susurro de hojas y el crujido de ramas bajo los pies de alguien que se estaba acercando a toda prisa, pero que aún no podía ver por la densidad de la vegetación. Finalmente llegó, jadeando: era Miguel.

“Encontramos una estela”, gritó, antes de detenerse y casi sin aliento.

“¿Cómo lo sabes?”, pregunté, tratando de mantener la calma, porque no quería hacerme ilusiones, aunque el corazón me empezó a latir con más fuerza.

“Es una piedra grande, como las que vimos en El Palmar, y en un lado tiene letras”.

Eso fue suficiente. Me lancé desde la ruina hacia donde corría Miguel. En ese momento aún no sospechaba lo importante que sería aquel 29 de julio de 1996, pero las palabras del muchacho definitivamente debían tomarse en serio. Pocos días antes habíamos visitado el gran sitio de El Palmar, ubicado unos 20 kilómetros al noroeste, descubierto en 1936 por Eric Thompson. Como los colegas de nuestro instituto iban a comenzar pronto investigaciones más intensas allí, no le habíamos prestado mucha atención, pero llegamos a ver casi 40 estelas; aunque muchas estaban erosionadas, en algunas aún se distinguían claramente restos de figuras talladas en relieve y textos jeroglíficos. Miguel, que nos acompañaba, observó con gran interés los monumentos de piedra y sus grabados, escuchando atentamente nuestros comentarios. Así que ahora, al mencionar una ‘estela’ y ‘letras’, sin duda sabía muy bien de qué hablaba.

Así pensaba mientras corría tras él. Tropezábamos con raíces y ramas que el equipo de trabajadores había cortado para despejar un



El primero en observar la Estela 1 en el Complejo Este del sitio de Los Alacranes fue Miguel Cruz (a la derecha).

poco el terreno y facilitar la elaboración del plano del sitio. Minutos después, llegamos sudorosos y jadeando.

“Aquí está”, fue breve Miguel, señalando con el machete un bloque de piedra, que con la superficie superior bastante plana sobresalía oblicuamente del suelo. Los demás trabajadores ya habían quitado la vegetación que lo cubría.

“¿Y las letras?”, pregunté, impaciente.

“Están abajo”, contestó.

Me agaché para examinar la cara inferior de la roca. A lo largo del borde superior redondeado, distinguí varios glifos tallados en un relieve relativamente alto y bien conservados.

No cabía ya la menor duda. Teníamos ante nosotros una estela maya. Yacía al pie poniente de una estructura bastante grande, cuyas ruinas formaban una especie de montículo alargado de unos ocho metros de altura, que en su día probablemente fue el palacio residencial de algún gobernante. Los siglos habían hecho lo suyo: la estela, originalmente erguida, estaba ahora inclinada hacia adelante y casi completamente cubierta por escombros, tierra y vegetación. Aunque las excavaciones no estaban planeadas, decidí retirar el material de derrumbe y desenterrar la estela lo suficiente como para poder levantarla y documentarla adecuadamente. No solo se trataba de impaciencia, sino también del temor a los saqueadores. No pudimos dejar la estela sin al menos fotografiar detalladamente su cara esculpida, que seguramente contenía datos históricos importantes. Tenía razón. Año y medio después quedaría claro que los temores sobre los expoliadores estaban más que justificados.

Desde luego, la tarea planeada no era nada sencilla. Habrá que encontrar herramientas adecuadas para levantar el pesado monolito y, antes de eso, retirar con cuidado todo el material que lo cubre. A este trabajo nos vamos a dedicar en los días siguientes, pero primero vamos a completar los croquis de los conjuntos en los cerros oriente y poniente.

Los terrenos en el cerro poniente estaban cubiertos de vegetación baja y densa, ya que hasta hacía pocos años habían servido como pastizal, propiedad de Rafael Castán, un campesino mayor de Los Alacranes. Don Rafa, como todos lo llamaban, nos contó que tiempo atrás había visto, frente a una de las ruinas en su terreno, una piedra plana con letras. ¿Otra estela? Nos acompañó hasta el lugar donde decía haberla visto, pero allí no había nada.

“Aquí la vi”, señaló don Rafa con la mano. “Aquí estaba parada, me acuerdo muy bien”.

“Tal vez se cayó y quedó cubierta por el derrumbe”, sugirió Héber.

De inmediato se acercaron algunos de nuestros ayudantes locales y comenzaron a quitar las piedras del lugar señalado por don Rafa. Pronto apareció la superficie bastante lisa de una piedra grande y evidentemente trabajada; en cuestión de minutos quedó completamente al descubierto. En efecto, era una estela, pero en su cara superior no había ninguna ‘letra’ ni rastro de relieve alguno. Evidentemente, la cara frontal estaba volteada hacia abajo. Así que también esta estela habrá que levantarla.

En Xpujil conseguimos hule espuma y cobijas para proteger ambos monumentos durante el levantamiento, mientras que en Los Alacranes nos prestaron herramientas de leñadores para arrastrar troncos.

Primero nos ocupamos de la estela en el cerro oriental, a la que asignamos el número 1. A medida que retirábamos con cuidado los escombros, iba revelándose la superficie trabajada inferior. Pudimos distinguir el tocado de la figura central, sin duda un gobernante, flanqueado por jeroglíficos excepcionalmente bien conservados que incluían fechas calendáricas. Una vez removido suficiente material, protegimos la estela y, usando la herramienta de los leñadores —una palanca con cable de acero—, la levantamos hasta ponerla en posición vertical, apoyándola contra las ruinas de la estructura ante la que alguna vez estuvo erigida. En comparación con la mayoría de las estelas mayas, era muy grande, con casi cuatro metros de altura.

Apenas ahora pudimos ver con claridad todos los detalles de la superficie trabajada. La parte central, que representaba al gobernante, estaba severamente dañada, pero se distinguía claramente el tocado de plumas en la cabeza, y colgando del lado derecho del cuerpo había una máscara con forma de rostro humano visto de perfil. En la parte inferior había dos figuras humanas sentadas, probablemente cautivos, ya que uno de ellos tenía las manos visiblemente atadas detrás de su espalda. A los lados podían verse también dos escenas mitológicas: rostros humanos emergiendo de las fauces de serpientes. Asimismo, pudimos constatar que los textos jeroglíficos junto a la figura central estaban extraordinariamente bien conservados.

Una maniobra similar la realizamos con la Estela 2, en la loma poniente. Don Rafa tenía razón. Aunque esta estaba algo peor conservada, con la luz adecuada también se podían distinguir restos del texto

Estela 2 en
el Complejo
Oeste de Los
Alacranes.



jeroglífico y la imagen de un gobernante adornado con un suntuoso penacho.

Fotografamos y dibujamos ambos monumentos, aunque sabíamos que los dibujos finales y precisos tendrán que ser realizados por un epigrafista, especialista en la escritura maya. La importancia de ambas estelas, que tras completar el trabajo devolvimos a su posición original y cubrimos con tierra, era indiscutible. Por eso, al finalizar la temporada de campo, propuse a mi instituto trasladar los dos monumentos al



Levantamiento
de la Estela 1 de
Los Alacranes.

actual poblado, donde serían expuestos y adecuadamente protegidos. Tal fue también el deseo de los habitantes del ejido de Los Alacranes. Regresé dos años después, al aprobarse los fondos para la operación de rescate. Pero de eso nos ocuparemos más adelante.

Ciudad enterrada

La temporada 1996 concluyó con otro gran descubrimiento. En el poblado de Santa Rosa, Heladio Peña Silva nos contó que en sus terrenos había dos grupos de ruinas grandes y que el edificio más alto medía unos 50 metros de altura.

La experiencia nos había enseñado que no se podía confiar mucho en este tipo de afirmaciones. Los lugareños no son precisamente buenos para estimar alturas. Varias veces nos hablaban de alturas de hasta cien metros. Aunque no les creíamos —la estructura maya más alta, el Templo IV en Tikal, Guatemala, alcanza apenas unos 70 metros—, tampoco esperábamos que la altura real fuera de apenas 10 o 15 metros, como tantas veces pudimos comprobar. Pero esta vez, no parecía que el hombre exagerara.

Don Heladio era un campesino emprendedor, dedicado principalmente a la ganadería, una actividad poco común en esa región, y también tenía una pequeña tienda. Era amable y abierto, como suelen ser los migrantes del estado de Veracruz, de donde él provenía. Más tarde lo encontramos varias veces y disfrutamos de su hospitalidad: su esposa era una excelente cocinera y en su tienda a veces incluso tenía cerveza.

Heladio primero nos llevó a través de los campos de cultivo al este del pueblo. Llegando al bosque alto, pasamos por varias ruinas menores, nos saludaron algunos monos traviesos, y de pronto se delineó ante nosotros la silueta de una imponente masa piramidal. Midiéndola con cinta métrica y clinómetro, calculamos que tenía unos 30 metros de altura! Era la estructura más alta de las encontradas hasta ese momento, sin duda un templo majestuoso en su tiempo.

Las pirámides son probablemente los vestigios más emblemáticos de los pueblos mesoamericanos. Cualquiera que haya oído hablar de los aztecas o los mayas, seguramente conocerá al menos las pirámides y, muy probablemente, también sabrá que suelen ser escalonadas. Los aztecas (o mexicas, como ellos mismos se llamaban), aunque los herederos muy tardíos de una tradición mesoamericana de miles de años (pues llegaron al centro de México desde el norte o noroeste relativamente tarde), parecen ser, junto con los mayas, el pueblo

mesoamericano más conocido, principalmente porque en tan solo cien años crearon un poderoso imperio, con el que se enfrentaron los conquistadores españoles a principios del siglo XVI. Es por ello que las fuentes escritas de la época de la conquista y del período colonial temprano describen con mayor detalle precisamente a los aztecas. Por supuesto, además de los mayas y los aztecas, también otros pueblos de Mesoamérica construyeron pirámides.

¿No fueron los egipcios los que llevaron la práctica de construir pirámides a América? Pregunta que he escuchado incontables veces. Considerando que se han realizado infinidad de investigaciones arqueológicas en todos los rincones del Nuevo Mundo, pero no han arrojado ninguna prueba convincente de contactos transoceánicos antiguos, resulta realmente sorprendente cómo estas especulaciones siguen alimentando la imaginación. Como si fuera tan fácil llegar desde un lugar lejano e imponer a la gente ajena costumbres que incluyeran nada menos que la construcción de pirámides. No es posible imaginar algo así sin una fuerte organización o, más bien, una conquista. Pero en aquellos tiempos, los ejércitos capaces de usar la fuerza no cruzaban los océanos. Ni el más ambicioso gobernante de Egipto o de cualquier otro estado antiguo, aunque hubiera tenido embarcaciones adecuadas, habría podido saber adónde y para qué enviar tal expedición. Y si, a pesar de todo, algo así hubiera ocurrido, tal proeza habría dejado huellas inconfundibles: la aparición repentina de pirámides y de otros objetos completamente ajenos. Pero la realidad es otra: el desarrollo de estructuras piramidales en Mesoamérica —y de la cultura en general— puede seguirse a lo largo del tiempo, desde los primeros montículos de tierra, pequeños y sencillos, hasta los templos altos, elegantes y ricamente decorados.

Claro, no es imposible que algunos náufragos o aventureros hayan sido llevados por corrientes o vientos al otro lado del océano, pero si quisieron sobrevivir en ese nuevo entorno, seguramente tuvieron que someterse y asimilarse. Imagínate que vives en un pueblo costero y, un buen día, llega un grupo de extranjeros raros, seguramente sedientos y hambrientos; tú y tus vecinos hasta les ayudan a sobrevivir, pero ellos, en agradecimiento, empiezan a pasarse de listos y tratan de convencerlos (suponiendo que, con algún talento lingüístico, ya superaron las barreras del idioma) de que deben construir algo como pirámide. ¿Cómo reaccionarían ustedes, dueños de su tierra y acostumbrados a su propia forma de vida? ¿Empezarían obedientemente a

Vista hacia el
sur a lo largo
de los restos
de la escalinata
que ascendía al
edificio este del
juego de pelota
en Mucaancah.
Uno de los dos
bloques de piedra
con relieves
se encuentra
en un extremo
del primer
escalón, en la
parte inferior
derecha de la
foto, mientras
que el otro yace
en el fondo a
la izquierda.



tallar piedras y apilarlas hacia el cielo? ¿O les aplicarían otra estrategia a esos desconocidos? Sabemos con certeza que los vikingos llegaron a las costas del noreste de América del Norte alrededor del año 1000, incluso hay restos arqueológicos que lo prueban. Y sin embargo, su visita no dejó rastro alguno en la cultura indígena, ni siquiera leyendas.

¿Por qué muchos piensan que solo en el Viejo Mundo la gente fue lo suficientemente inteligente como para inventar algo? ¿Por qué quieren explicar cada similitud entre culturas antiguas con la transferencia de ideas? Al fin y al cabo, el humano es humano en todas partes. Como especie biológica, funciona igual y, ante desafíos similares y en circunstancias parecidas, encuentra soluciones comparables. Las estructuras piramidales se construyeron en muchas partes del mundo, no solo en el antiguo Egipto o en Mesoamérica. En los estados tempranos, los gobernantes demostraban su poder de la manera más fácil con arquitectura monumental: cuanto más imponente fuera la construcción, más evidente era su control sobre grandes masas de población. Con suficiente mano de obra y una buena coordinación, es posible construir una gran estructura simplemente acumulando materiales, es decir, con el método más elemental de construcción. Y si además se busca altura y majestuosidad, las limitaciones de una tecnología simple llevarán inevitablemente a una forma cónica o piramidal. La pirámide, por lo

tanto, es una de las formas más simples de arquitectura monumental. Las diferencias en materiales disponibles, tradiciones locales, tecnología y desarrollo cultural en general dieron origen a las diversas variantes que hoy observamos en distintas partes del mundo. Mientras que las pirámides egipcias están hechas de bloques de piedra, las mesoamericanas son acumulaciones de tierra y piedra recubiertas con muros de piedra. En Egipto se construyeron como tumbas monumentales, mientras que en Mesoamérica eran principalmente basamentos para templos, a los que se accedía por escalinatas adosadas. Tal era también la función de las pirámides mayas. Es cierto que muchas sí contienen tumbas, pero su uso funerario —salvo en algunos casos— no fue el principal. Recordemos que en Europa también solían enterrar a reyes y dignatarios dentro de las iglesias. Los mayas, por su parte, no tenían cementerios especiales: enterraban a sus muertos bajo las casas, mientras que, para un gobernante, que encarnaba a una deidad, el templo era sin duda el lugar más apropiado para su descanso final.

La pirámide que descubrimos se alzaba en medio de una gran plaza, delimitada al este y al oeste por montículos alargados, mientras que al norte dominaba una enorme acrópolis: una plataforma cuadrangular de aproximadamente 150 metros por lado y unos 7 metros de altura. Sobre ella estaban varias edificaciones dispuestas alrededor de patios mayores y menores, seguramente los palacios residenciales de la élite y otras construcciones destinadas a eventos públicos, como reuniones con nobles de ciudades o estados vecinos. Con el paso de los siglos, la vegetación tropical ha transformado estos edificios en ruinas de diferentes formas y tamaños. No obstante, cabe señalar que en realidad suelen estar destruidas solo las partes superiores de las construcciones. Los escombros que caen y se acumulan alrededor de sus bases protegen las secciones más bajas de las fachadas, por lo que las excavaciones frecuentemente revelan segmentos notablemente bien conservados.

Al este y oeste de la acrópolis había otros conjuntos de estructuras, grandes y pequeñas. No se distinguían muros expuestos, tampoco había estelas, pero la impresión que dejaban aquellos grandiosos complejos arquitectónicos —aunque derruidos y completamente cubiertos por la vegetación— era sobrecogedora. Aunque las estructuras más grandes se encuentran a escasos dos kilómetros del pueblo de Santa Rosa, la exuberante selva tropical las oculta tan bien que se me ocurrió una idea: al sitio lo nombraremos *Mucaan cah*, que en maya yucateco significa ‘ciudad escondida’ o ‘enterrada’.

Los relieves en los dos bloques hallados en las ruinas del juego de pelota en Mucaancah muestran a jugadores con sus típicos aparejos.



El otro complejo arquitectónico estaba a dos kilómetros y medio hacia el suroeste, pero aquí Heladio tenía su rancho, por lo que las ruinas estaban cubiertas mayormente por arbustos y pasto. Una gran plaza estaba flanqueada al este y al oeste por dos acrópolis con múltiples estructuras, mientras que en el lado sur se encontraban algunas ruinas piramidales y alargadas.

En medio de la plaza había dos montículos alargados y paralelos entre sí. De inmediato pensamos que se trataba de una cancha para el juego de pelota ceremonial. A partir de la savia del árbol de caucho, que crece en las selvas tropicales, los mayas y otros pueblos mesoamericanos fabricaban pelotas macizas que pesaban varios kilos, usándolas en un juego que estaba ampliamente difundido en toda Mesoamérica desde épocas tempranas. Para practicarlo, construían canchas especiales que varían mucho en tamaño y detalles arquitectónicos, pero comparten una característica fundamental: el espacio de juego está delimitado por dos estructuras alargadas que normalmente tienen taludes más o menos inclinados en sus lados interiores. Las reglas del juego, cuyos detalles desconocemos, seguramente no eran iguales en todas partes. La versión más extendida, mencionada en fuentes coloniales tempranas y confirmada por muchas representaciones, era aquella en la que los jugadores solo podían golpear la pelota con las caderas, por lo que llevaban protectores alrededor de la cintura.

Aunque es probable que el juego de pelota frecuentemente se realizara con fines recreativos, los datos disponibles se refieren mayormente a la versión ceremonial, en la que el enfrentamiento entre dos equipos era, en esencia, un acto ritual de carácter mágico. De acuerdo con los principios de la magia imitativa, era necesario mantener la pelota en movimiento sobre la cancha, para que también los cuerpos celestes más importantes —el Sol, la Luna y Venus— se movieran de manera constante y regular. La repetición ordenada de los ciclos celestes era de vital importancia, ya que garantizaba la alternancia correcta de las estaciones y, con ello, la abundancia de agua, de cosechas y, finalmente, la supervivencia misma. Diversos relatos mitológicos y representaciones artísticas, que evidencian el propósito del juego de pelota y su relación con los astros, la lluvia, el maíz y la fertilidad en general, revelan también que el juego estaba vinculado con sacrificios humanos por decapitación. Que el sacrificio garantizaba la fertilidad y la continuidad de la vida queda claramente expresado en algunas

imágenes, donde del cuello del decapitado no brotan chorros de sangre, sino motivos vegetales y serpientes, también símbolos de fertilidad.

Sin embargo, también en el caso del juego de pelota, la religión fue instrumentalizada con fines políticos. Sabemos que los gobernantes mayas victoriosos solían enfrentarse en el juego contra sus enemigos capturados, pero el hecho de que el perdedor en la guerra fuera invariablemente derrotado también en el juego y finalmente sacrificado, desde luego, suscita sospechas en cuanto al comportamiento deportivo e imparcial de los participantes y árbitros.

Para confirmar nuestra suposición sobre las dos ruinas alargadas en medio de la plaza de Mucaancah, Miguel no tardó en aportar pruebas. Mientras se abría paso entre la maleza, notó un bloque de piedra con un relieve en su superficie superior. Cerca de este fue encontrado, poco después, otro bloque, parcialmente enterrado, que tenía un motivo esculpido en relieve en la cara orientada hacia el este. Detrás de este, en un nivel más alto, yacían parcialmente descubiertos otros dos bloques de dimensiones similares, pero sin decoración, que a todas luces formaban parte de un escalón. Resultó evidente, por lo tanto, que los bloques pertenecían a una escalinata que ascendía a la estructura oriental del juego de pelota desde el este, aunque uno ya no estaba en su posición original, o *in situ*, como decimos en el lenguaje arqueológico.

Los relieves en ambos bloques confirmaron sin lugar a dudas la función del edificio del cual formaban parte. En el primero, que evidentemente llevaba siglos volteado con su superficie esculpida hacia arriba, el relieve estaba ya bastante desgastado, pero aún se distinguía la figura de un jugador que, apoyado en el suelo con una mano y una pierna, tenía una pelota bajo su protector pélvico. En una superficie rectangular elevada, al lado izquierdo, probablemente hubo una inscripción jeroglífica, hoy desaparecida. El relieve del segundo bloque estaba muy dañado, pero al retirar la tierra que cubría su parte inferior, apareció una figura humana bien conservada, tendida boca abajo, extendiendo una mano hacia una pelota ubicada en la esquina inferior derecha. La cabeza era apenas reconocible, pero se conservaban claramente el cinturón protector, un ‘delantal’ decorado y la pierna derecha flexionada hacia arriba, con su respectivo protector para la rodilla. Nuevamente, en el lado derecho había un panel rectangular, tal vez destinado para un texto jeroglífico.

Las representaciones de jugadores con los característicos protectores de cintura y rodillas, en posturas típicas que reflejan las reglas del juego —en el cual solo se permitía interceptar la pelota con las caderas— son frecuentes en los sitios mayas mayores. Ante el riesgo de que los bloques desaparecieran, documentamos con precisión su ubicación, los trasladamos al poblado de Santa Rosa y los entregamos oficialmente a las autoridades locales, quienes asumieron la responsabilidad de su resguardo y protección.

Este fue un hallazgo importante. Los espacios para el juego ritual de pelota se encuentran predominantemente en sitios arqueológicos de mayor tamaño, que en su época fueron centros relevantes de organización territorial y política. Ahora ya nos quedaba claro que este complejo arquitectónico, junto con el ubicado no muy lejos hacia el noreste, formaba parte de un mismo asentamiento extenso; entre ambos detectamos numerosos restos de estructuras menores, vestigios de viviendas sencillas. También notamos depósitos de agua pluvial, que son muy comunes en los sitios mayas de las tierras bajas y suelen denominarse con el término maya *chultún*. Están excavados en la roca caliza y tienen forma de botella abultada con cuello estrecho: un pozo vertical cilíndrico, de aproximadamente un metro de diámetro, conduce a una cámara más amplia, cuyas paredes estaban originalmente impermeabilizadas con una capa de estuco. Alrededor de la boca circular, que estaba cerrada con una tapa de piedra —también estas a veces se encuentran—, una superficie ligeramente inclinada canalizaba el agua de lluvia hacia el depósito. Hoy en día, los chultunes están en su mayoría colmatados y pocos aún retienen agua, ya que el revestimiento se ha perdido y el líquido se filtra por la porosa roca caliza. Algunos de estos espacios, sin embargo, fueron utilizados como almacenes de alimentos.

Por las características arquitectónicas y la cerámica hallada en superficie, es posible deducir que los complejos más antiguos de Mucaancah se construyeron en el período Preclásico Tardío, es decir, durante los últimos siglos antes de nuestra era, pero el apogeo y mayor relevancia del sitio corresponden al Clásico. La forma y distribución de ciertas estructuras revelan, además, que sus constructores siguieron las tendencias que predominaban en el corazón mismo de la península de Yucatán, particularmente en la región guatemalteca de Petén, pero también son notables las influencias del este, de la región que hoy pertenece a Belice.

Las víboras no solo andan en la selva

En unos días terminamos los planos de ambos conjuntos monumentales. Mientras hacíamos el croquis del complejo norte, aproveché un breve descanso para explicar un poco a los trabajadores cómo debieron lucir antaño las estructuras de la acrópolis. De pronto, oímos un crujido sobre nosotros, tal como frecuentemente se escucha cuando cae una rama seca; pero esta vez no fue una rama: sobre mi brazo extendido, con el que estaba señalando el talud de la acrópolis, cayó una serpiente, de lo que me enteré apenas cuando ya reptaba en el suelo. Todos los que me rodeaban saltaron metros atrás en un instante —yo incluido— y solo entonces nos dimos cuenta de que la serpiente, que también huía, no era venenosa. Pues así es: ¡primero te quitas y luego averiguas!

En 1996, en general, no había escasez de serpientes, pero no todas eran tan tímidas e inocuas. Ya unos días antes, los trabajadores habían matado a una serpiente de cascabel al inspeccionar otro sitio arqueológico, y al día siguiente nos esperaba otro encuentro desagradable. Mientras yo tomaba medidas y hacía un croquis de una de las dos acrópolis en el complejo sur de Mucaancah, Cristóbal, un lugareño que cortaba la maleza para facilitarme el paso, de pronto brincó hacia atrás, soltó una maldición entre dientes, arrojó su machete y se secó el sudor de la frente.

“Una nauyaca”, dijo, señalando con la mano. A unos metros, en el suelo, yacía enrollada una serpiente de cabeza en forma de lanza y con el inconfundible patrón de triángulos a lo largo del dorso, aunque por su color predominantemente pardo era casi indistinguible entre las hojas secas.

La vi por primera vez, pero ya sabía bastante sobre ella. Por su aspecto también la llaman ‘barba amarilla’ y ‘cuatro narices’; este último nombre hace referencia a los cuatro orificios que tiene en la cabeza y, en realidad, no es más que una traducción del término *nauyaca*, proveniente del idioma náhuatl que hablaban los aztecas. Aunque no habita en el centro de México, los aztecas evidentemente



Nauyaca.

la conocían. Debido a la extensión de su imperio en el momento de la llegada de los españoles, el náhuatl aportó al español muchas más palabras que otras lenguas indígenas.

En el corazón de la península de Yucatán, además de muchas serpientes inofensivas, como la boa, hay cuatro especies venenosas, entre las cuales la nauyaca⁸ es sin duda la más peligrosa. Es difícil de detectar, al igual que la cantil⁹, más conocida por su nombre maya *uol*

8 *Bothrops asper*.

9 *Agkistrodon bilineatus*.

También a
esta cascabel
la despachó
Cristóbal.



poch, que significa algo así como ‘rollo de maldad’. La cascabel¹⁰ es más fácil de ver, además de que suele delatarse con su característico sonido. La coralillo¹¹ tiene un veneno potente, pero sus llamativos anillos de

¹⁰ *Crotalus durissus*.

¹¹ *Micrurus diastema*.

colores brillantes permiten identificarla fácilmente; además, su cabeza es pequeña y sus colmillos, relativamente cortos, generalmente no logran perforar el calzado. La nauyaca, en cambio, tiene un excelente camuflaje, incluso cambiante, es reacia a retirarse y, si percibe peligro, es extremadamente rápida y agresiva. Sus poderosos colmillos pueden atravesar el cuero, y a veces se levanta tanto del suelo que alcanza a morder incluso por encima de la rodilla. Su veneno es devastador: ataca principalmente los glóbulos sanguíneos, provoca necrosis de tejidos y graves hemorragias internas que también se manifiestan externamente con una serie de síntomas horrorosos. En el sureste mexicano, la nauyaca es responsable de la mayoría de muertes por mordeduras de serpiente. Incluso el antídoto, que por suerte teníamos, dista mucho de ser infalible.

Cristóbal tomó el machete, miró a su alrededor, cortó un arbolito de apenas cinco centímetros de grosor y se hizo una vara de unos tres metros de largo. Se acercó con cautela al ovillo y descargó un golpe brutal. La víbora, hasta entonces inmóvil, comenzó a retorcerse violentamente, pero sin fuerza; con unos cuantos golpes más, Cristóbal acortó su sufrimiento. Con un reptil tan peligroso, no pudimos tener piedad.

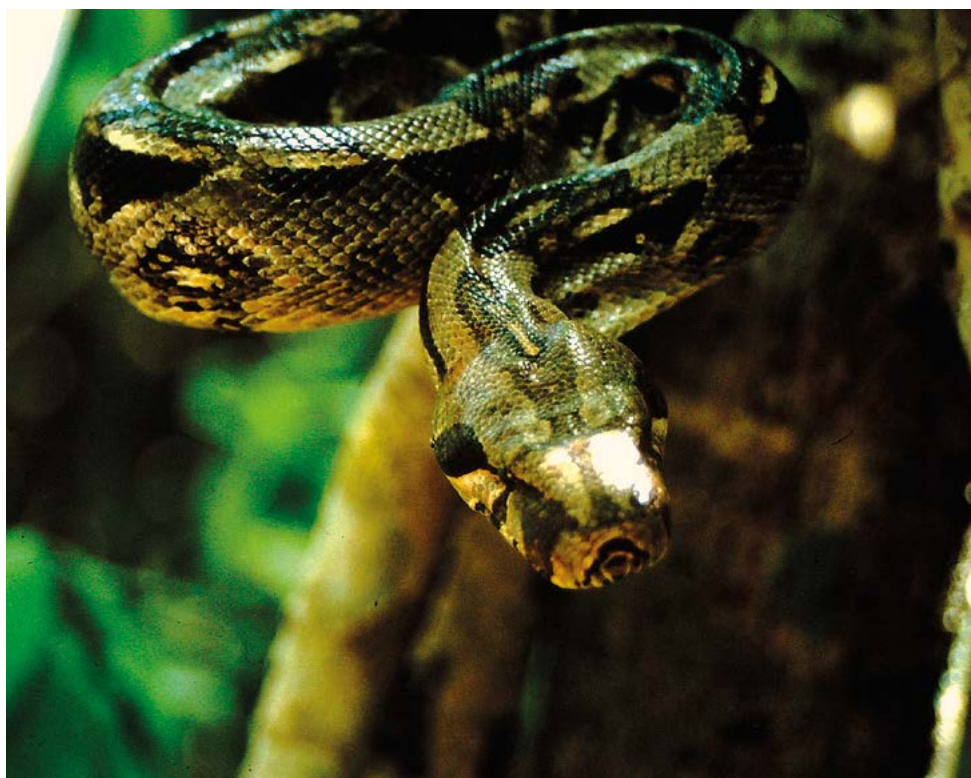
Cuando le pregunté por qué no había usado el machete, me dijo algo que ya había oído antes:

“Con el machete tienes que acercarte demasiado. Y si tienes mala suerte, puedes cortarla de tal forma que la cabeza sale volando y todavía te muerde. Si no tienes otra cosa a la mano, puedes pegarla con la parte plana del machete, pero lo más seguro es un palo largo y resistente: con un buen golpe le rompes la columna, así que ya no puede moverse ni perseguirte”.

Al final de la temporada de campo de 1996, cuando ya estaba solo en Xpujil y preparándome para regresar a la Ciudad de México, estaba cenando en el restaurante El Mirador Maya, en un espacio abierto con mesas y cubierto por un enorme techo cónico de hojas de palma. En la mesa de al lado, una pareja joven estaba inmersa en una conversación romántica y susurrante, pero de repente el muchacho se levantó de un salto y gritó, agitado, hacia las meseras que estaban recargadas en la barra:

“¡Ay cabrón! ¿Esto lo tienen aquí de adorno o qué?”

La mesa donde estaba la pareja me impedía ver la silla a la que señalaba. Además, yo estaba cenando y no me interesaba mucho. Los



Boa.

jóvenes han de ser ciudadanos, pensé, de visita o de paso por aquí, y a esta gente hasta un escarabajo grande o una cucaracha los pone nerviosos.

“¿Qué pasa?”, se oyó la voz aburrida de alguien al otro extremo del restaurante.

“¡Una víbora, aquí en la silla!”, gritó el joven.

Ahora sí me levanté y me acerqué. En la silla, entre las tablillas verticales del respaldo, estaba enroscada una serpiente pequeña, inmóvil, pero probablemente no muerta. ¿Quién la habría puesto ahí?

“¡Una cascabel!” comentó un hombre mayor que se acercó. Era conductor de un tráiler enorme estacionado frente al restaurante. De serpientes, obviamente, no sabía nada.

“No, es nauyaca”, me pareció necesario corregirlo. El patrón en su lomo no dejaba lugar a dudas.

“¿Alguien tiene machete? ¡Traigan un machete!”, dijo el trailero. Miré a los pocos comensales presentes, esperando que algún local supiera qué hacer. Pero todos solo se miraban entre sí y murmuraban ininteligiblemente, mientras las meseras observaban impotentes desde

una distancia segura. En mi camioneta, por supuesto, tenía machetes. Fui a buscar el más largo y regresé lentamente, pensando en cómo abordar el asunto. Del ovillo en el respaldo solo sobresalía la cabeza, y la silla estaba muy cerca de la mesa.

“Hay que mover la silla”, sugirió alguien.

“Eso sí que no”, me alarmé; “esta es demasiado rápida”.

“¿Entonces se va a escapar?”

“No, va a atacar al primero que encuentre”.

En lugar de la silla, movimos con cuidado la mesa. Todos se alejaron y un silencio tenso se apoderó del lugar. ¿Podré yo, que nunca he matado una serpiente, hacerlo bien? Ya no había tiempo para vacilar. Recordé los consejos de los expertos. Giré el machete con el lado romo hacia abajo, lo levanté, apunté y descargué el golpe justo junto al respaldo. La serpiente, hasta entonces quieta, y a la que había impactado en el cuello, justo detrás de la cabeza, demostró estar muy viva. Cayó al suelo y sus retorcimientos impotentes revelaron que el golpe había sido efectivo. Para finalizar su sufrimiento, le corté la cabeza.

No medía ni un metro, pero era una nauyaca, y aunque joven, igual de peligrosa. Seguramente había salido de la selva que crece exuberante justo detrás del restaurante. Llevé el cuerpo a un basurero cercano, guardé el machete en la camioneta y volví a la mesa. El chofer del tráiler disertaba con un comensal sobre serpientes venenosas y el peligro de sus mordeduras, pero el tema ya no me interesaba. Desde la penumbra, me sonreían las meseras agradecidas, y en la mesa me esperaba un tequila...

Ahí viene el rey

En 1998, los trabajos de campo se centraron en la operación de rescate destinada al traslado de las estelas desde el sitio arqueológico Los Alacranes hasta el pueblo cercano. Esta vez trabajamos en la temporada adecuada, de marzo a mayo. Me acompañaba mi colega Vicente Suárez Aguilar, arqueólogo del Centro INAH en Campeche. También se nos unió Ian Graham, el renombrado arqueólogo de la Universidad de Harvard, quien había leído la primera publicación sobre nuestro hallazgo y quería documentar con precisión las imágenes e inscripciones de ambas estelas. Como impulsor y director durante años del proyecto *Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions*, en el marco del cual se documentaron y publicaron numerosos monumentos de diversos sitios, Graham era sin duda la persona ideal

Las estelas de Los Alacranes fueron dibujadas en 1998 por Ian Graham. En los trabajos ocasionalmente ayudaban los integrantes del ejército. La Estela 1, cuya parte inferior se observa en la foto, fue fracturada por saqueadores



para este trabajo. Pero en el cerro oriental nos esperaba una triste sorpresa: la Estela 1 estaba partida en dos. Evidentemente, alguien había intentado levantarla en los meses anteriores. En el proceso se quebró y los malvados, por razones desconocidas, abandonaron su empresa. Afortunadamente, no se rompió en más fragmentos, así que la superficie esculpida quedó prácticamente intacta. Sin embargo, el transporte se volvió más complicado y aún más nos costó ensamblar los fragmentos y erigir la estela.

Con la ayuda de un buldócer, trasladamos las estelas al pueblo, donde habíamos acondicionado un espacio para colocarlas. Gracias a la intervención de las autoridades locales en Xpujil, la máquina nos fue prestada para dos días por el equipo que construía una carretera no muy lejos de la comunidad de Los Alacranes. Todos los habitantes sabían lo que representaban las figuras grabadas en las estelas. A quienes colaboraban con nosotros les expliqué en varias ocasiones que aquellas ruinas en los cerros junto al pueblo son los restos de una antigua ciudad maya, abandonada hace más de mil años, y que en esas piedras grandes que erigían en sus edificios y plazas, los mayas esculpían principalmente las imágenes de sus gobernantes, acompañadas de inscripciones que inmortalizaban sus hazañas. Lo que más les conmovió a los pobladores actuales de Los Alacranes, que en su mayoría provienen del estado de Chiapas, fue el hecho de que los textos jeroglíficos están escritos en una lengua prácticamente idéntica a la suya: el chol. Comprendieron entonces que esas piedras extrañas y, al principio, incomprensibles eran en realidad obra de sus lejanos antepasados. Y que, por tanto, merecen todo el respeto. Cuando, tras varios días de trabajos preparativos, el vehículo con la primera estela por fin estaba bajando del cerro, fue un acontecimiento memorable para la comunidad: caía la noche, los motores del tractor oruga rugían cada vez con más fuerza, y por toda comunidad resonaban gritos de júbilo y entusiasmo: “¡Ahí viene el rey, ahí viene el rey...!”

El chol es una de las lenguas pertenecientes a la familia lingüística maya que aún se hablan hoy en día. Existen escuelas y centros dedicados a enseñar estas lenguas originarias (en todo México se conservan más de 50), a escribirlas y preservarlas. Sin embargo, mucha gente actualmente siente vergüenza de su idioma autóctono, y muchos ni siquiera lo usan para hablar con sus propios hijos. Esto se debe, en gran parte, al hecho de que quienes tienen el español como lengua materna, sobre todo los niños en las escuelas, comúnmente tratan a

Antes del
transporte,
protegimos
las estelas con
cobijas, palos
de madera dura
y llantas viejas,
para evitar
contacto directo
con la cuchilla
del buldócer
y amortiguar
impactos.



los hablantes de lenguas indígenas como campesinos ignorantes. En más de una ocasión traté de convencer a la gente de que siempre es mejor que los niños hablen dos idiomas en vez de uno solo. La lengua española de todos modos la aprenderán en la escuela; ¿por qué no hablar otra más? Esto incluso puede ayudarles después a aprender otros idiomas. Además, como varias personas confirmaron, ¡qué privilegio poder hablar con tus amigos más cercanos en una lengua que nadie más entiende!

También en el año 2000, cuando llevé a Los Alacranes los paneles explicativos sobre el significado de las imágenes y textos de las dos estelas, los habitantes pudieron convencerse de que el chol no era tan inútil ni sin valor. Estas placas informativas, que el INAH instala en todos los sitios arqueológicos abiertos al público, normalmente están en español, inglés y la lengua indígena más difundida en la región. Por eso, para nuestro caso propuse que se usara el chol. La mayoría de los pobladores sabía leer y escribir, al menos a nivel básico, pero fue la primera vez que vieron con interés que no solo el español puede escribirse con letras latinas, sino también su propia lengua.

Las estelas captaron la atención no solo de Ian Graham, sino también de Nikolai Grube, de la Universidad de Bonn, uno de los principales expertos en la escritura maya. También él hizo dibujos detallados de los motivos e inscripciones en ambas estelas; y cuando logró descifrar los textos, por fin supimos de qué hablaban. Nikolai, quien después siguió colaborando con nosotros, descubrió que la Estela 1, trasladada del cerro oriente, contenía datos especialmente interesantes.

La fecha grabada en esta estela, correspondiendo al 8 de noviembre del año 504 d. C., marca el nacimiento de un señor llamado *Sak Witzil B'aab*, cuyo nombre significa 'la blanca cima del cerro' y quien gobernó la ciudad de *B'uuk*. Este topónimo, refiriéndose al sitio de Los Alacranes, también se ha identificado en otros sitios arqueológicos ya conocidos en la vecina Guatemala, lo que indica que Los Alacranes era un centro importante, aunque políticamente no del todo independiente: más adelante el texto menciona que la entronización de este gobernante ocurrió el 30 de abril del año 561 "bajo los auspicios del Testigo del Cielo, señor de la dinastía Kaan". En esa época, la dinastía Kaan (o Kaanul), una de las más poderosas en las tierras bajas mayas, tenía su sede en la ciudad actualmente conocida como sitio arqueológico de Dzibanché, en el estado de Quintana Roo, a unos 50 km al

noreste de Los Alacranes. Posteriormente, en el siglo VII, una parte de la dinastía Kaan se trasladó a Calakmul, uno de los sitios mayas de mayor extensión e importancia: ubicado a poco más de 60 km al oeste de Los Alacranes, cuenta con más de 100 estelas y alrededor de 6000 estructuras arquitectónicas.

La inscripción es relevante también porque contiene la mención más antigua conocida del rey apodado ‘Testigo del Cielo’ por los epigrafistas. Este gobernante es conocido sobre todo porque en el año 562, poco después de haber entronizado a su vasallo en Los Alacranes, derrotó a Tikal, otra gran capital maya localizada en el noreste de Guatemala. A partir de entonces, Tikal permaneció en posición subalterna durante casi siglo y medio. La revancha comenzó apenas en el año 695, cuando el rey de Tikal, Jasaw Chan K’awiil, venció a su rival Yuknoom Yich’aak K’ak’ de la dinastía Kaan, y continuó en el siglo VIII con guerras que debilitaron a Calakmul de manera definitiva.

El estado y la federación

En el lugar preparado en Los Alacranes, colocamos ambas estelas en posición vertical con la ayuda de un trscabo, que nos fue facilitado, así como el buldócer, por el equipo de obras viales. La Estela 2 era más pequeña y su colocación no presentó mayores complicaciones, pero la grande, que estaba en dos piezas, tuvimos que ensamblarla primero sobre una base construida con tablones gruesos. Después de que cubrimos las superficies de unión con un adhesivo especial de dos componentes, acercamos los dos bloques de piedra uno hacia el otro, utilizando palancas y calzas de madera. Nuestra intención era amarrar la base de madera con la estela ensamblada a la pala del trscabo para elevarla, pero antes de que la máquina pudiera acercarse lo suficiente, se le reventó una llanta; como no teníamos experiencia con la tecnología maya y no había tiempo para experimentar, tuvimos que posponer la maniobra para el día siguiente. Lamentablemente, para entonces el adhesivo ya se había secado demasiado, pero no había vuelta atrás. Por suerte, al levantarla en posición vertical, la parte superior de la estela encajó tan bien sobre la inferior que la estabilidad del monumento no se vio comprometida. Una vez que la estela quedó en posición vertical, la apuntalamos con estacas, volvimos a bajar la base de madera en posición horizontal y la retiramos, en lo que nos ayudó un Hummer militar que justo pasaba por ahí. Luego fue necesario rellenar con

Colocación de la Estela 2 en el pueblo de Los Alacranes; al fondo, la sencilla iglesia del poblado.





Elevación de la Estela 1, ensamblada sobre una base de tablonés resistentes, en el pueblo de Los Alacranes.

concreto las fosas en las que se encontraban las estelas; para evitar que el concreto se adhiriera de manera irreversible a las bases, las rodeamos primero con una capa de piedras y arena caliza.

Aquella tarde, cuando terminamos ese trabajo y las estelas ya estaban firmemente colocadas en su sitio junto a la carretera, Vicente y yo estábamos descansando en hamacas dentro de la cabaña que una familia del pueblo nos había prestado. Escuchamos voces abajo, junto al camino, y salimos a ver qué pasaba; allí estaba un vehículo de la policía y, junto a él, dos agentes uniformados que conversaban con dos pobladores. Uno de ellos se volteó y nos gritó que querían hablar con nosotros.

Cuando llegamos hasta ahí, se nos acercó un policía delgado con bigotes tupidos y lentes de sol:

“Estamos preguntando quién trajo esas piedras”, dijo, señalando las estelas, “y dicen que fueron ustedes”.

“Así es”, contesté.

“¿Y de dónde son, que están haciendo aquí?”

“Trabajamos para el Instituto Nacional de Antropología e Historia”. Le aclaré cuál era nuestra tarea.

“Les voy a pedir sus identificaciones. ¿Tienen permiso? ¿Quién es el responsable?”

Me presenté y tanto Vicente como yo le mostramos nuestras credenciales del instituto. Luego fui a la cabaña a buscar el oficio de comisión y la carta oficial dirigida a las autoridades civiles y militares, documento con el que el instituto siempre respalda a su personal cuando sale al

Estela 1, erigida
en el pueblo de
Los Alacranes.



campo; allí venía una breve descripción del proyecto junto con nuestros nombres.

El policía se dirigió al carro, donde junto con su compañero revisaron los documentos, murmurando algo. Al cabo de unos momentos, regresó y nos devolvió los papeles.

“Está bien”, dijo con sequedad, sin que se le quitara la cara de pocos amigos.

Cuando se fueron, Vicente y yo subimos a nuestra camioneta y fuimos con Heladio, en el pueblo vecino de Santa Rosa, a tomarnos una cerveza. Regresamos al atardecer y, para nuestra sorpresa, los dos polis y su patrulla nos estaban esperando otra vez.

El bigotón se acercó de nuevo, esta vez con más seguridad; como si hubiera obtenido información que le cambió la perspectiva. Con aires de importancia, se plantó frente a nosotros, se quitó los lentes oscuros y comenzó:

“Su permiso dice que el trabajo está limitado al estado de Campeche, pero Los Alacranes pertenece a la jurisdicción del estado de Quintana Roo”.

‘¡Ajá, de esto quieren hacer problema!’, me cayó el veinte. Quintana Roo es el estado más joven de México, nombrado en honor a Andrés Quintana Roo, un luchador por la independencia del país a inicios del siglo XIX. La región oriental de la península de Yucatán fue sacudida, en la segunda mitad del siglo XIX, por la llamada Guerra de Castas, una rebelión de los mayas contra los blancos y una lucha por la autonomía. Al finalizar las hostilidades, el dictador Porfirio Díaz estableció en 1902 el Territorio Federal de Quintana Roo, que obtuvo el estatus de estado en 1974. El nuevo estado heredó un problema de delimitación territorial que surgió debido a ambigüedades en la definición de la frontera con el estado de Campeche, creado en 1863. La disputa, que lleva décadas sin resolverse, se convirtió en 1997 en una controversia constitucional impulsada por el entonces gobernador de Quintana Roo. Aunque el desacuerdo persiste, Quintana Roo no reconoce el límite que para Campeche sigue el meridiano 89°09’ (como prolongación norte de la frontera entre Belice y Guatemala) y según el cual el pueblo de Los Alacranes se ubica seis kilómetros al oeste de esa línea. El gobierno de Quintana Roo ha intentado mover esa frontera hacia el oeste mediante acciones concretas, fundando nuevas comunidades y prestando ciertos servicios a las ya existentes.

Por supuesto, yo estaba familiarizado con el asunto y sabía que la situación de Los Alacranes tampoco estaba definida. La postura del policía era comprensible: las placas del vehículo eran de Quintana Roo. Traté de ser conciliador y calmado:

“Sé que existe una disputa por la frontera. No sé por qué en el permiso pusieron que se trataba del estado de Campeche, pero al final de cuentas, eso ni importa. Como usted sabe, los objetos arqueológicos son patrimonio de la Nación...”

Construcción
de la palapa
para proteger
las estelas en
el poblado de
Los Alacranes.



“No”, me interrumpió, “tengo órdenes de llevarlos a Chetumal, a la capital. Parece que la directora del Centro INAH allá quiere hablar con ustedes”.

“¿Adriana Velásquez Morlet?”

Hace pocos días hablé con ella. Está informada de lo que estamos haciendo. ¿Por qué querría hablar conmigo otra vez, y con tanta urgencia? Pues sabe que no estoy precisamente a la vuelta de la esquina. Chetumal está al menos cuatro horas de camino de aquí.

“No sé”, respondió el policía. “A mí sólo me dijeron que los tenía que llevar”.

“Disculpe, pero esto no va a ser posible. Ya es tarde y mañana tenemos que continuar con el trabajo”.

“Le repito que deben venir conmigo. Es la orden que tengo”, insistió el oficial, lanzándome una mirada penetrante desde lo profundo de sus cuencas.

“Mire, yo también tengo órdenes. Mañana viene mi jefe de la Ciudad de México para supervisar el avance de los trabajos. Difícilmente una reunión con la directora en Chetumal podría ser más urgente. La conozco, está al tanto de nuestro trabajo...”

“Lo siento”, dijo, sin que la expresión en su cara confirmara sus palabras en lo más mínimo. “¡Tienen que acompañarnos!”

“Con todo el respeto que usted se merece”, usé la clásica fórmula de cortesía mexicana, “pero estoy aquí por comisión oficial y no puedo hacerlo. A menos, claro, que me lleven por la fuerza. Si creen que tienen la autoridad para hacerlo, no me voy a resistir, pero esto podría tener ciertas consecuencias. Trabajo para el Instituto Nacional de Antropología e Historia, que es una institución federal, por lo que mi autorización está por encima de las atribuciones de los estados...”

Esto, como era de esperar, funcionó. Todo lo que es federal siempre infunde respeto a los funcionarios locales.

El tipo se movió incómodo, cambiando el peso de un pie a otro, y su actitud altanera se fue desinflando. Se acercó a su compañero y ambos cuchichearon algo, cabizbajos. Vicente y yo intercambiamos una mirada, tratando de mantenernos serios. Cuando volvió con nosotros, su mirada había perdido intensidad y filo.

“Bueno...”

Mirando hacia el suelo, alisó su bigote y continuó:

“Bueno. ¿Pero por qué no nos acompaña siquiera a la caseta de policía, aquí en el pueblo de Dos Aguadas, para levantar un acta?”

Esto ya fue algo diferente. Si él dio un paso atrás, también tuve que hacerlo yo. Dos Aguadas estaba a escasos 20 kilómetros. Nunca nos pudimos ayudar mucho con la policía, pero mantener una relación amistosa nunca está de más.

“Claro, esto sí lo puedo hacer. ¿Me llevan y también me traen de regreso?”

“Sí, sí, cómo no”, respondió, ahora ya casi amable.

Después de poco más de media hora de viaje ajetreado por un camino de terracería lleno de baches, llegamos a Dos Aguadas y nos detuvimos frente a una casa de madera que hacía las veces de estación de policía. Para entonces, ya había oscurecido. Entramos a un cuartito iluminado por el dispositivo de alumbrado más simple y práctico de la región, del tipo que también usamos en nuestros campamentos: un frasco de vidrio —que originalmente había contenido mermelada, mayonesa o algo similar— lleno de diésel, con un pedazo de tela, quizá de una camisa vieja, retorcido y pasado por una tapa metálica perforada, sirviendo como mecha. La llama de esa lámpara improvisada da más luz que una vela; también produce más humo, pero con la ventaja de que hay menos insectos alrededor.

En un banco de madera estaban, medio sentados, medio recostados, otros dos guardianes del orden que no se molestaron en cambiar de

La palapa con
las estelas fue
inaugurada
oficialmente el 5
de abril de 1998.



postura con nuestra llegada. En una esquina había una mesa cubierta de montones de papeles, con algunas sillas alrededor. El policía que había sido, y seguiría siendo, mi único interlocutor me ofreció una silla, se sentó también él y jaló hacia sí una máquina de escribir que, en otras circunstancias, bien podría tener un valor considerable como pieza de museo. Entre los papeles sobre la mesa encontró tres hojas blancas, insertó cuidadosamente dos hojas de papel carbón entre ellas y metió el conjunto en la máquina. Escribió los datos necesarios para el encabezado del documento, operación que le llevó unos diez minutos, y luego me pidió que le dictara una especie de informe sobre nuestro trabajo.

Tras unas cuantas preguntas, entendí lo que realmente quería y comencé a dictarle. Con el ceño fruncido y cara de concentración, buscaba las teclas con cuidado, y después de cada tres golpes con los dedos índices estirados, revisaba meticulosamente el resultado en el papel. Sonriendo para mis adentros, recordé un episodio de hace muchos años, cuando mi madre me sorprendió luchando con una máquina de escribir y teclas que no se dejaban encontrar. Me trajo un vaso con agua y, ante mi mirada interrogante, explicó con bondad que, con esa velocidad, seguramente necesitaba enfriar los dedos. La velocidad del policía al escribir era tal que se me olvidaba dónde había interrumpido la oración y qué seguía. Después de varios minutos de este esfuerzo, finalmente le propuse:

“¿Me permite? Tal vez puedo escribirlo yo mismo”.

Su rostro se iluminó, empujó la máquina de escribir hacia mí y dijo, acompañando sus palabras con un gesto ceremonioso:

“Adelante, por favor.”

Organicé mis pensamientos y redacté un breve resumen de nuestro trabajo, sin olvidar mostrar la debida humildad y consultarle de vez en cuando si tal o cual formulación le parecía adecuada. Estuvo de acuerdo con todo, incluso me trajo un refresco, y cuando el documento estuvo terminado y firmado, se soltó tanto en la conversación que de su rigidez oficial inicial no quedó ni rastro. Terminamos enfrascados en una charla amena, pero como ya era tarde y al día siguiente realmente llegaba mi jefe desde México, tuve que recordárselo y pedirle que me llevara de vuelta a Los Alacranes. Sin titubear, se levantó y me llevó. Nunca lo volví a ver, pero aquella vez nos despedimos casi como amigos.

A la mañana siguiente, después del desayuno que preparó doña Miquelina, la dueña de la casa donde Vicente y yo nos alojábamos, nos dirigimos a las estelas. Pero a la hora acordada no había ningún

trabajador en el lugar. Justo cuando me iba a ir hacia la casa cercana de uno de ellos, venía por la carretera Aurelio Castán, uno de los hombres más hábiles e influyentes del pueblo.

“¡Don Iván!”

“¡Don Aurelio, buenos días!”

“Vimos que se lo llevó la policía y dijimos: quién sabe en qué negocios andará don Iván, pero si se lo llevaron, seguro que ya no regresa”.

“¡Ah! ¿Qué pasó, don Aurelio? ¡Si ya me conoce y sabe quiénes somos y qué estamos haciendo! ¿De veras cree que cualquier policía puede llevarme así nomás?”

“¡Hasta el ejército nos apoya, ya lo vio usted! Estas son cosas federales”, añadió Vicente.

“Sí, sí, los vi llegar desde mi casa. Y también ya les dije a los demás: don Iván ya regresó. No tardan en llegar”.

Y así fue. Las estelas ya estaban erigidas; ahora tocaba construir el techo protector. Ya habíamos acordado que la estructura más adecuada sería de planta circular, con postes de madera para sostener una malla metálica, y encima un armazón cónico cubierto con hojas de palma de guano. Los lugareños, por supuesto, eran expertos en este tipo de construcciones.

Aún no habíamos colocado todos los postes cuando llegó un coche con placas del D. F. (Distrito Federal, como entonces se llamaba la entidad federativa con la capital mexicana). Bajaron mi jefe, Pedro Francisco Sánchez Nava, y su asistente, Mario Córdova Tello, ambos arqueólogos. Les conté lo sucedido en los días anteriores, incluyendo la anécdota del día anterior, que nos hizo reír a todos.

Al despedirse por la tarde, dijeron con un tono medio burlón:

“Tenemos prisa. En Xpujil nos espera una cerveza bien fría”.

“A Vicente y a mí nos sabrá mucho mejor después de todo esto”, repliqué en defensa propia, aunque para nosotros no fue un consuelo particularmente convincente.

En unos días quedó terminada la palapa para las estelas. El evento final fue una sencilla pero solemne inauguración oficial, organizada por funcionarios del Municipio de Xpujil. Hasta teníamos un micrófono con sistema de sonido a batería.

Pero nunca descubrí quién tramó aquel episodio con la policía ni cuál fue su motivo. Más tarde hablé con Adriana, la directora del Centro INAH en Chetumal, y por supuesto no sabía absolutamente nada del asunto. ¿Alguien llamó a la policía y les contó una historia falsa? Si con eso buscaba amargarme la existencia, desde luego no tuvo mucho éxito.

El comandante

En nuestros trabajos arqueológicos, nos ha ayudado en muchas ocasiones y de manera muy eficaz el Ejército Mexicano. Además de sus funciones de defensa, el ejército desempeña un papel muy importante en la sociedad civil, especialmente en zonas rurales. Participa de diversas formas en acciones para prevenir y mitigar los efectos de los huracanes, frecuentes en el sureste del país, ayuda en la extinción de incendios forestales e incluso proporciona servicios médicos en regiones remotas. También combate la delincuencia, particularmente el narcotráfico.

Por lo tanto, el ejército en muchas circunstancias representa una autoridad capaz de intervenir con eficacia y goza de respeto entre la población local. Ya en 1996 constatamos esta realidad, cuando los soldados nos escoltaron en el trayecto del pueblo de El Civalito a Los Alacranes, debido al peligro de asalto en el camino. Desde entonces, siempre informamos a la Secretaría de la Defensa Nacional (SEDENA) sobre nuestras actividades de campo, solicitando apoyo en caso de ser necesario. Dado que todos los trabajos se han realizado bajo los auspicios del INAH —una institución federal—, la Secretaría ha tomado nuestras labores con seriedad.

En Xpujil se encuentra un cuartel militar que controla la región donde llevábamos a cabo nuestras investigaciones, mientras que en otras localidades el ejército cuenta con pequeñas bases de operaciones. Una de estas estaba en el poblado de El Civalito, donde ya en 1996 habíamos buscado apoyo. En 1998, por orden directa del Secretario de la Defensa, mi colega Vicente Suárez y yo pudimos alojarnos en esa base. Antes de iniciar la operación de las estelas de Los Alacranes, permanecimos allí varios días, ya que queríamos examinar algunos sitios arqueológicos en los alrededores. Los soldados nos acompañaron en varias ocasiones y, más adelante, también colaboraron en el transporte y colocación de las estelas en el pueblo.

También en el campamento militar hubo vivencias graciosas. Una noche me desperté a medias, mientras me frotaba varias veces la cara, pensando que me molestaba algún mosquito. Pero el fastidio fue tan persistente que al final me levanté, encendí la lámpara y descubrí

que una hilera compacta de hormigas había decidido pasar justo por mi almohada. El soldado en la litera de al lado, medio dormido, me tranquilizó murmurando que las dejara, que ya se irían. Sin embargo, el desfile de hormigas parecía no tener ni principio ni fin. Subían desde el suelo, trepaban a la litera y luego desaparecían entre las tablas de madera de la pared a la que estaba pegada la cama. Por suerte, no picaban ni se alteraban por mi presencia, lo cual no se puede decir de otras especies, como la agresiva *xulab*¹², que aparece en grandes cantidades antes de la lluvia y puede amargar la vida en los campamentos en plena selva. Aunque al principio no lo parecía, el tránsito de hormigas efectivamente terminó poco después.

Una mañana se me acercó corriendo el chofer del Hummer que tenían en el campamento y me dijo que se le había descargado la batería. Como en cualquier momento esperaban la llegada del general y ya no había tiempo para recargarla, me pidió si podía prestarle la batería de nuestra camioneta. Le dije que con todo gusto. Enseguida la desmontó y la instaló en su Hummer. Cuando el general pasó a hacer su recorrido de inspección, los soldados estaban firmes en formación, mientras el Hummer, al fondo, ronroneaba sin fallas. Como en todo ejército (recordé mi propio servicio militar), todo tenía que estar, al menos en apariencia, impecable.

También en el año 2000, cuando fui a Los Alacranes únicamente para colocar las placas explicativas junto a las dos estelas, informamos a la Secretaría de la Defensa Nacional sobre nuestro trabajo. Sin embargo, no me reporté en la comandancia en Xpujil, ya que no me parecía necesario. Una tarde, el señor Aurelio Castán me invitó a comer y también me ofreció usar su baño. En una cabañita de madera, adaptada para ese fin, me estaba echando agua encima, cuando don Aurelio me llamó con voz algo preocupada:

“¡Don Iván, lo busca el ejército!”

Rápidamente me sequé, me vestí y salí al patio. Ahí estaban, frente a un Jeep militar y un Hummer, varios soldados con las armas en las manos. Hacia mí se acercó un oficial de porte imponente, más o menos de mi edad, con uniforme impecable y charreteras que indicaban su rango de teniente coronel.

“¿Doctor Iván Šprajc?”

12 Nombre maya para las hormigas de la especie *Eciton burchelli*.



Para el Hummer
militar, la
mayoría de los
obstáculos en
los caminos
abandonados
no representan
mayor problema.

“A sus órdenes”, le respondí, estrechando la mano que me ofrecía.

“Soy teniente coronel Alfonso Cristóbal García Melgar, comandante de la 25 Compañía de Infantería no Encuadrada en Xpujil. Me informaron que está usted realizando investigaciones arqueológicas en esta región, y tengo la orden de brindarle apoyo en caso de que lo necesite”.

“¡Muchísimas gracias, señor comandante!”, respondí sinceramente sorprendido. “Le pido disculpas por no haberme reportado, pero mi tarea este año consiste únicamente en colocar las placas explicativas junto a las estelas aquí en el pueblo. Por eso no creí necesario molestarlo”.

“No es ninguna molestia”, contestó.

Le conté brevemente en qué consistían nuestros trabajos. Me escuchó con interés y me invitó a que, cuando tuviera la oportunidad, pasara a visitarlo en la comandancia en Xpujil, sobre todo si se presentaba cualquier necesidad.

Los soldados se retiraron, mientras don Aurelio, que había estado escuchando la conversación con atención desde una distancia respetuosa, se ajustó el sombrero y asintió con aprobación:

“Muy bien, don Iván, muy bien...”

Al terminar los trabajos, efectivamente pasé por el cuartel en Xpujil, donde el comandante me recibió con cordialidad. Conversamos

largo y tendido sobre nuestra labor, pero también sobre las tareas que tenía su unidad militar. La impresión que el teniente coronel García Melgar me había causado en nuestro primer encuentro se reforzó en esta ocasión y, aún más, en los años siguientes, ya que siguió al mando de la unidad en Xpujil hasta el año 2004. Era un soldado ejemplar, hombre de honor y disciplina, entregado a su labor, exigente con sus subordinados, pero al mismo tiempo justo y comprensivo. Acataba las órdenes sin reservas, pero también sabía ser crítico ante la política y la situación del país. No se limitaba a las funciones estrictamente dictadas por el deber o por órdenes explícitas: dentro de sus atribuciones, hacía muchas cosas por iniciativa propia, guiado simplemente por su conciencia y humanidad.

En el año 2001 me invitó a uno de sus sobrevuelos rutinarios por la región en helicóptero. Durante el trayecto, me habló de la búsqueda de plantíos de marihuana —una de las misiones de su unidad era detectarlos y destruirlos—, pero también del problema mucho más grave que enfrenta el Ejército Mexicano: el combate al tráfico de drogas duras provenientes de Sudamérica, sobre todo de Colombia. Los traficantes a veces intentan transportar sus cargamentos en avionetas pequeñas, aterrizando en las pistas que antes habían usado los chicleros.

Por supuesto, también yo informaba al comandante sobre nuestro trabajo y le comunicaba lo que íbamos encontrando, dónde había restos arqueológicos importantes y en qué lugares la gente se quejaba de asaltantes en los caminos. También en estos casos el ejército puede intervenir y, de hecho, muchas veces lo hace con eficacia, aunque el propio comandante reconocía sus limitaciones: como pude comprobar yo mismo, a veces los soldados agarran a un delincuente, pero a los dos días tienen que entregarlo a las autoridades civiles. Lamentablemente, estas a veces lo dejan en libertad por falta de pruebas o por corrupción.

Muchas veces me han preguntado si andamos armados. Este tipo de pregunta casi siempre viene acompañada de una asociación típica: ‘Eres como Indiana Jones.’ Mi amigo Vaquero —de quien el lector sabrá más a continuación— una vez respondió a tal comentario de manera memorable: “Al revés. Él es como nosotros. Él es ficticio, pero nosotros somos reales. En realidad, se siente bien poder ser una fuente de inspiración para Hollywood”.

Aunque es una paradoja que el arqueólogo más famoso de todos los tiempos sea un personaje ficticio, también es cierto que fue inspirado en personas reales de una época en la que llevar pistola era algo

bastante común para los arqueólogos, al menos en América tropical y en entornos parecidos. Desde luego, esto no significa que realmente usaran armas para resolver conflictos. Y si las usaron —también hubo casos—, las consecuencias fueron mucho menos espectaculares que en las películas de Indiana Jones; a veces trágicas. La legislación mexicana actual prohíbe portar armas de fuego; por supuesto, sería posible contrabandear una entre todo nuestro equipo, pero usar un arma en un conflicto real no tendría nada de cinematográfico, sino que sería completamente contraproducente, sobre todo en algún enfrentamiento con los bien armados narcotraficantes.

Hoy en día, los pobladores en las zonas rurales pueden tener escopetas de caza, siempre que estén registradas ante el ejército. Así que le pregunté al comandante si nuestros trabajadores podían llevarlas consigo cuando nos acompañaran a la biósfera: el jaguar normalmente no ataca al ser humano, pero puede suceder; también el tapir puede ser un animal bastante incómodo, capaz de arrasar con todo lo que se le pone enfrente. El teniente coronel me respondió: “En cuanto al armamento, la máxima autoridad en la región soy yo, así que puedo darles ese permiso. Pero no vayan a matar animales, porque se les va a echar encima la policía ecológica... y en ese caso, ni yo les voy a poder ayudar”.

Se acabó el monte...

Cansado y a la vez furioso, blandía el machete, abriéndome paso y esperando ver por fin algo significativo frente a mí: una pirámide, una estela... A unos metros de distancia, Pepe Orta hacía lo mismo. Llevábamos todo el día abriéndonos camino en la selva que cubre los terrenos más occidentales del poblado de El Tesoro. El nombre suena bonito, pero no había tesoro en ningún lado. Habíamos escuchado de varios pobladores rumores que en esa zona había unas ruinas grandes, Los Charros, pero no encontramos a nadie dispuesto a acompañarnos. De hecho, teníamos la impresión de que no querían mostrárnoslas, quizá porque ellos mismos andaban escarbando por ahí. A partir de algunas pistas vagas dedujimos su ubicación aproximada, revisamos el mapa y nos aventuramos solos. Recorrimos todas las elevaciones —los lugares más probables para asentamientos mayas de mayor tamaño—, anduvimos de un lado al otro desde el amanecer, pero solo encontramos restos de viviendas modestas, dispuestas alrededor de típicos patios.

Así comenzó la temporada de 2001. Para entonces, ya trabajaba en el Centro de Investigaciones Científicas de la Academia Eslovena de Ciencias y Artes (ZRC SAZU) en Liubliana, pero por supuesto no había perdido el contacto con mis colegas mexicanos. Me acompañaba el topógrafo José Orta Bautista, mi excompañero en el INAH, gran amigo y excelente trabajador de campo. El arqueólogo Pedro Francisco Sánchez Nava, mi anterior jefe, con quien también seguía manteniendo una relación de amistad, le dio permiso a Pepe para acompañarme. Además, como siempre hasta entonces, apoyó el proyecto y nos facilitó un vehículo de campo: la ya conocida camioneta gris de marca Dodge. En esta ocasión, el trabajo fue financiado por la Fundación para el Avance de Estudios Mesoamericanos (FAMSI) en Estados Unidos.

Ya se estaba acercando la noche. Pepe seguía soltando sus comentarios ocurrentes, pero ese humor tan característico suyo, que rara vez le faltaba, empezaba a escasear. El sudor le chorreaba por la cara —a decir verdad, ya estábamos completamente empapados— y el mal humor empezaba a apoderarse de nosotros, sobre todo de mí. Era evidente que la gente nos estaba tomando el pelo, que ocultaban

algo, seguramente saqueaban las ruinas y se burlaban de nosotros a nuestras espaldas.

Al toparnos con una zona densamente enmontada que no podíamos evitar, me puse a machetear con rabia creciente. Y fue entonces cuando recibí una lección: nunca, ni siquiera cuando todo parece haber fracasado, hay que perder la cabeza ni dejarse llevar por emociones negativas. Uno de mis machetazos fue simplemente demasiado fuerte: las ramas que pensaba cortar ofrecieron menos resistencia de la esperada y el machete fue a dar directamente a mi rodilla izquierda; en realidad apenas la rozó, pero el filo del machete abrió la piel como si fuera un durazno maduro. La sangre empezó a brotar. Pepe corrió hacia mí, sacó el botiquín de su mochila y me vendó la herida lo mejor que pudo.

Hasta la camioneta que habíamos dejado en el camino, tuvimos que caminar como una hora. Manejamos hasta el pueblo de El Tesoro, donde buscamos el consultorio médico. Es un poblado pequeño y el médico no se encontraba, pero dimos con una enfermera, una joven que me cosió la herida. Por el momento, eso fue suficiente. Después nos dirigimos al pueblo de Josefa Ortiz de Domínguez, llamado así en honor a la luchadora por la independencia mexicana a principios del siglo XIX. Antes, este lugar había sido un campamento chiclero llamado Icaiché, nombre heredado de una antigua comunidad indígena abandonada en 1933. Ahí nos alojábamos en una casa destinada a reuniones de la comunidad, pero también conocíamos al médico del lugar. Osvaldo ya era prácticamente un amigo. Pepe lo encontró en la cancha de fútbol, en plena actividad que, además de la medicina, sin duda era su favorita, y lo trajo conmigo:

“¡Vamos a la clínica!”, me dijo Osvaldo, lleno de energía, como si estuviera a punto de meter un gol.

“Espera, Osvaldo”, traté de calmarlo. “Déjame terminar esta cerveza”.

“Ah sí, tómala, porque después, quién sabe...”

Osvaldo era un médico dedicado, y hasta cierto punto estaba bien equipado, pero no había electricidad. Pepe dirigía la lámpara hacia donde era necesario, Osvaldo examinaba la herida, las sábanas y el suelo estaban llenos de sangre, como si hubieran matado a un puerco, pero al final tuvo que admitir que no podía detener el sangrado. En la ambulancia del pueblo me enviaron a Xpujil. Pero allí también se dieron por vencidos y me mandaron a Chetumal. Pepe se instaló en

un hotel, mientras yo esperaba varias horas en el hospital hasta que apareció un médico a quien, sinceramente, no pondría como ejemplo de este noble oficio. Con expresión aburrida, me preguntó por qué me habían traído. Le resumí toda la historia, el tipo me quitó la venda y miró la herida que, curiosamente, dejó de sangrar, así que solo reforzó los puntos y me mandó ‘a casa’. A decir verdad, hay que reconocer que la atención médica básica que ofrece la Secretaría de Salud en México está disponible para todos sin costo, pero la calidad del servicio, como en todos lados, depende en gran medida de los individuos.

Así que Pepe me llevó ‘a casa’, al pueblo de Josefa Ortiz de Domínguez. A pesar de la situación, a los lugareños no les faltó el humor; de hecho, es característico que siempre tratan de quitarle peso a los acontecimientos con bromas, incluso cuando las víctimas son ellos mismos. Alguien me dijo: “¿Qué, se te acabó el monte?”

Al día siguiente, Pepe salió solo a hacer los recorridos. Eso no me preocupaba. Aunque era topógrafo, tenía mucha experiencia en arqueología y, sobre todo, una gran sensibilidad en el trato con la gente. Sabía reconocer y hacer croquis de las ruinas, identificar elementos constructivos, y siempre y en todas partes se ganaba a las personas con una combinación ideal de laboriosidad y empatía, reforzada por su ingenioso sentido del humor. Lo que sí me preocupaba era que, ya al segundo día, mi herida se volvió a abrir y empezó a supurar sangre medio coagulada, lo cual me daba muy mala espina.

Los días siguientes fueron agotadores. Los médicos que visité en varias ocasiones detectaron una infección, me recetaron medicamentos y me dieron instrucciones de guardar reposo. Sin embargo, no estaba —o al menos no me sentía— tan lesionado como para tener que suspender el trabajo. Así que pasé días y semanas en el campo, arrastrando la pierna lastimada. La herida no sanaba y el dolor era insoportable cada vez que tropezaba con algo. Con el tiempo, en vez de sangre, de la herida comenzó a salir un líquido amarillento. ¿Pus? ¿Líquido sinovial? Todavía no lo sé. Pasaron varias semanas hasta que, finalmente, le comenté mis problemas al teniente coronel, el comandante en Xpujil, quien de inmediato me mandó con su médico militar. Era un joven que, desde el primer momento, me convenció de que sabía lo que hacía. Apenas después de que le conté toda la historia y los tratamientos previos que había recibido, examinó la herida y determinó que no tenía una infección bacteriana, sino una

micosis. Hongos, pues. Tomando en cuenta las condiciones de mi trabajo, también fue razonable y práctico:

“Entiendo que no puede dejar de trabajar, pero será suficiente si procura no flexionar demasiado la rodilla. La herida está tratando de cicatrizar, pero con cada movimiento excesivo se vuelve a abrir, por lo que se está formando una cicatriz hipertrófica”.

Su medicina y las indicaciones que me dio funcionaron. Cuando nos volvimos a encontrar, ya casi al final de nuestra temporada de campo, en un poblado donde los soldados de Xpujil ofrecían atención médica a la población, comprobó que, a pesar de todo, la herida había sanado.

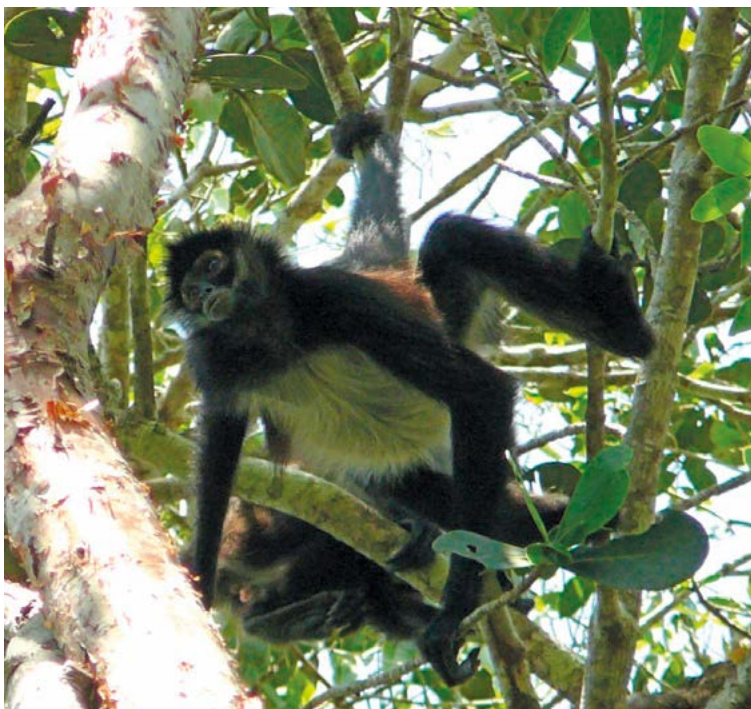
Pero antes de eso, ocurrieron muchas cosas más.

La Pirámide del Brujo

Uno de los principales objetivos de la temporada 2001 fue revisar y mapear un gran sitio arqueológico que habíamos visitado brevemente en 1998. Se encuentra casi en la frontera con Guatemala y lo nombramos simplemente El Gallinero, por el rancho cercano donde alguna vez vivió Alfredo Díaz Torres, un ganadero que después se mudó con su familia a otra propiedad cerca del poblado llamado Ley de Fomento Agropecuario.

Muchos de los pueblos al sur de Xpujil surgieron en los lugares de los antiguos campamentos chicleros. Por estar cerca de las aguadas, esos sitios resultaban ser los más adecuados también para asentamientos permanentes, pero los nombres pintorescos con los que antes se designaban esos campamentos y aguadas no siempre se conservaron; muchos fueron reemplazados por nombres bastante menos graciosos, incluso prosaicos. Así, en el lugar del campamento abandonado junto a la aguada La Misteriosa, se fundó el poblado Ley de Fomento Agropecuario; nada raro que la gente suele abreviar este nombre tan largo y poco práctico como Ley de Fomento o simplemente Ley.

A Alfredo Díaz lo encontramos en su rancho Buenos Aires, a unos kilómetros al suroeste de Ley de Fomento. Mencionó que conocía otro gran conjunto de ruinas cerca de la aguada Champerico, ubicado de paso a El Gallinero. Para llegar a ambas localidades, había que avanzar por un viejo camino que penetra lejos en el área protegida de la Reserva de la Biósfera Calakmul. Hasta entonces, habíamos trabajado en el área de pequeños poblados, donde nos ofrecían alojamiento en casas ejidales. Los caminos eran más o menos transitables y, en pueblos más grandes, había tienditas donde era posible abastecernos de lo básico. Pero dentro de la biósfera, la situación era muy distinta. Antes existía toda una red de brechas, utilizadas por madereros y chicleros. Estos caminos –que todos llaman callejones– fueron abiertos con buldóceres, o simplemente desmontando la selva con hachas, pero nunca se les dio ningún tipo de revestimiento o compactación. Al fundarse la Biósfera de Calakmul, en 1989, se prohibió la explotación de recursos naturales y los callejones, al quedar abandonados, volvieron a enmontarse. Solo unos pocos siguen siendo más o menos transitables, porque ocasionalmente los usan el



Mono araña.

ejército o los guardabosques. Por eso, una expedición hacia el interior de la biósfera requería preparativos especiales.

Don Alfredo nos ofreció alojamiento en su antiguo rancho El Gallinero (que tuvo que abandonar precisamente porque estaba dentro de la biósfera), pero por ahora solo acordamos la fecha de salida. Antes de partir, Pepe y yo tuvimos que abastecernos de comida y agua y conseguir una motosierra, herramienta prácticamente indispensable para despejar árboles caídos. Además, de la Ciudad de México llegaron Rubén Escartín, geógrafo, y Pascual Medina, asistente de topografía, dos excompañeros míos del INAH, para ayudar con el mapeo. Esta vez contábamos con una estación total, teodolito electrónico que permite un registro tridimensional preciso del terreno: el aparato emite un rayo láser hacia un prisma sostenido por un operador en un punto determinado; el rayo se refleja y regresa al aparato, que calcula la posición del punto medido a partir del ángulo y el tiempo de retorno del rayo láser.

Antes de salir de Xpujil, pasé por el cuartel para hablar con el comandante y explicarle nuestros planes. Me dijo que un grupo de soldados tenía programado un recorrido por esa zona y que seguramente nos encontrarían en El Gallinero; también me indicó que, para

cualquier tipo de apoyo, me dirigiera al oficial que estaría al mando. También visité la administración de la Reserva de la Biósfera Calakmul; su director, el ingeniero José Rodríguez de la Gala, respaldó nuestra expedición con una camioneta adicional y algunos de sus colaboradores.

El día acordado, don Alfredo nos llevó hacia El Gallinero. La primera sorpresa fue una estela junto al callejón, cerca de la aguada Champerico. Al quitar la hojarasca que cubría el bloque de piedra, de unos dos metros de largo, descubrimos una imagen tallada en relieve de un gobernante maya, con inscripciones jeroglíficas a un lado. Como no había restos arqueológicos visibles en los alrededores inmediatos, fue evidente que la estela había sido arrastrada hasta allí en tiempos recientes, seguramente desde el cerro cercano donde, según don Alfredo, estaba el complejo principal de ruinas. La tarea no pudo ser fácil, ya que tuvieron que jalarla al menos 700 metros. ¿Por qué la habrán dejado a la orilla del camino? En ese momento no resolvimos el misterio, porque continuamos nuestro viaje a El Gallinero, donde nos instalamos en el rancho abandonado de don Alfredo.

El callejón por el que nos llevó don Alfredo al día siguiente nos condujo hasta la aguada Saraguatos, donde los chicleros antaño tuvieron su campamento. Desde allí nos internamos en la selva rumbo al oeste. El terreno estaba densamente salpicado de pequeñas ruinas y, tras unos cientos de metros, llegamos al núcleo de la antigua ciudad, situada a poco más de un kilómetro al norte de la frontera con Guatemala. Mi colega Nikolai Grube me comentó más tarde que años atrás había visitado un sitio conocido como La Toronja, ubicado prácticamente en la misma longitud geográfica, justo al sur de la frontera. Lo más probable es que se trate del mismo asentamiento, que debió ser muy extenso. En el lado mexicano, además de numerosos vestigios de viviendas sencillas, encontramos al menos cinco grandes complejos de arquitectura monumental. En los días siguientes cartografiamos cuatro de ellos y los nombramos según distintos animales que nos acompañaron (no siempre de forma grata) durante la estancia.

Al primer grupo lo bautizamos con el nombre Abejas, debido a un árbol hueco que albergaba un enjambre de abejas silvestres. Estas, en México, ya están muy mezcladas con las africanas: son sensibles y agresivas, por lo que realizar mediciones topográficas cerca de ellas fue todo menos agradable. Con mayor frecuencia nos atacaban al abrir callejones enmontados; en esos casos, además de machetes, muchas



veces era necesario usar la motosierra, cuyo ruido no les agrada en lo más mínimo a las abejas.

Trabajando en el segundo complejo, nos topamos con una nauyaca y dos cascabeles. Tuvimos suerte porque el encuentro terminó con menos suerte para los tres reptiles, y el grupo arquitectónico recibió el nombre Víboras.

El grupo de animales que nos dio la bienvenida en el tercer conjunto fue más amigable. Ahí estaban los monos aulladores, más comúnmente llamados saraguatos.¹³ Ese era el nombre del antiguo campamento chiclero cerca de allí y así bautizamos también nuestro complejo arquitectónico. Los monos aulladores deben su nombre, claro está, a sus potentes vocalizaciones, capaces de meterle el susto al que no los conoce: suenan más como el rugido de una fiera enfurecida que como el llamado de un mono inofensivo de menos de un metro de altura. Otra especie de mono que vive en el sureste de México es el mono araña¹⁴, que es algo más pequeño, pero más inquieto e incluso molesto. Hábilmente brincando de un árbol al otro, los monos araña no toleran

Al pie de una de las pirámides de El Gallinero yacen bloques de piedra cuyas caras esculpidas en relieve fueron cortadas con sierra por los depredadores.

¹³ *Alouatta pigra*.

¹⁴ *Ateles geoffroyi*.



Una estela
cubierta de
vegetación
permanece
erguida frente
a uno de los
edificios en
Champerico.

a los intrusos y los bombardean con ramas, lo que puede ser peligroso, o bien con sus propias excreciones, lo cual no es precisamente peligroso, pero tampoco agradable, sobre todo si el material cae sobre un croquis cuidadosamente dibujado o queda embarrado en la estación total.

En el cuarto conjunto de ruinas nos saludaron enjambres de animales mucho más pequeños, nada peligrosos, pero ¡cómo fastidiaban! El complejo recibió el nombre merecido: Moscas.

Durante el levantamiento topográfico, confirmamos que el sitio de El Gallinero era muy extenso, y su importancia quedaba evidenciada por la presencia de estelas y altares de piedra. Sus superficies estaban muy erosionadas, pero en algún momento seguramente había monumentos mejor conservados: frente a una estructura encontramos varios bloques de piedra con superficies lisas, claramente cortadas con una sierra moderna de metal. Al igual que muchos otros sitios, El Gallinero ya había sido visitado por saqueadores profesionales, como lo atestiguan también los túneles excavados en muchas estructuras mayores.

Una vez concluido el trabajo en El Gallinero, don Alfredo nos llevó a Champerico, ubicado unos 10 kilómetros hacia el norte. Desde la estela que los saqueadores habían arrastrado hasta el camino, nos abrimos paso hacia el oeste. El terreno se elevaba suavemente y empezaron a

aparecer restos aislados de estructuras, hasta que finalmente alcanzamos el borde oriental de un conjunto compacto de ruinas, situado sobre la parte alta de una loma, en parte artificialmente nivelada; ahí se encontraba el centro administrativo y ceremonial del antiguo asentamiento.

Frente a un montículo relativamente grande, don Alfredo se detuvo y, con un manojo de ramas, limpió una gran piedra plana: ¡otra estela con un relieve bien conservado! Tampoco esta se encontraba en su lugar original. Debajo de ella y en sus inmediaciones yacían palos ya secos que alguien evidentemente había usado para moverla, pero —por razones desconocidas— de repente abandonó la tarea. En la parte superior de una estructura alargada cercana hallamos la tercera estela, aún parada y con una inscripción jeroglífica notablemente bien conservada. Los saqueadores habían dañado parcialmente su superficie esculpida, pero —para alegría de todos nosotros— tampoco en este caso completaron su fechoría.

Después de llevar más de una hora abriéndonos paso entre la maleza, que cubría las ruinas de edificios de distintos tamaños, de pronto apareció ante nosotros una imponente masa piramidal, frente a la cual Don Alfredo se detuvo:

“Esta es la más alta de Champerico. También trataron de saquearla, pero no pudieron”.

Al ver mi cara de pregunta, se acercó y me dijo con voz baja y expresión seria:

“Aquí espantan”.

“Así es”, agregó Javier, el hijo de 22 años de Alfredo, al notar mi mirada incrédula. “Hace unos años, cuando pasé por aquí en pleno día, escuché detrás de mí un escándalo espantoso, como si rodaran tambores metálicos vacíos por la pendiente de la pirámide a mis espaldas. Instintivamente me eché a correr, pero el ruido desapareció tan misteriosamente como comenzó. Cuando me volteé, no vi nada fuera de lo común”.

La pirámide, de veinte metros de altura, situada en el extremo suroeste del núcleo urbano, es la estructura más grande de Champerico. Una zanja poco profunda en su ladera revelaba que los saqueadores empezaron a escarbar, pero no llegaron lejos. Cuentan las historias que, lo que excavaron durante el día, misteriosamente se les volvió a llenar durante la noche; que en varias ocasiones los espantaron gritos aterradoros; que tuvieron que huir de avalanchas repentinas de piedras que caían sobre ellos...

“Dicen que aquí está enterrado un brujo que tiene mucho poder”, dijo don Alfredo. “Conocí a varios que excavaron en este lugar; en pocos años, todos murieron”.

Quién sabe qué pasó en Champerico y por qué a los saqueadores no les salieron bien las cosas. Pero nos pareció justo rendir el debido honor al posible protector de esa grandiosa estructura: la nombramos Pirámide del Brujo.

Varias veces escuchamos historias escalofriantes sobre fenómenos extraños en sitios arqueológicos: que se ven luces misteriosas, que se escuchan voces como si hablara gente, pero no hay nadie... Lástima que la mayoría de los saqueadores no creen en estos relatos, o saben cómo resistir al miedo.

Aunque todavía no sé qué ocurrió en Champerico, algo claramente frustró los planes de los depredadores. Movieron estelas, pero no se las llevaron. Al menos no todas. A una de ellas le falta la parte inferior, y más tarde descubrimos que una estela muy similar se encuentra hoy en el museo de Campeche, aunque sin datos precisos sobre su procedencia. Nuestro epigrafista Nikolai Grube, quien visitó Champerico en agosto de 2001, determinó que las representaciones de ambas estelas son muy parecidas y que los textos jeroglíficos incluso comparten fechas y fragmentos de nombres personales. Según algunas fuentes, la estela en Campeche habría llegado desde Zoh Laguna, un pueblo al norte de Xpujil, donde tiempo atrás funcionaba un importante centro maderero con aserradero. Lo más probable es, por lo tanto, que la estela fuera transportada hasta allá por los madereros que trabajaban en la zona de Champerico, y que luego llegara, por quién sabe qué caminos, al museo de Campeche. Como explicó Nikolai, los textos jeroglíficos en las estelas de Champerico mencionan el nombre del antiguo asentamiento, a sus gobernantes del siglo VII, sus ceremonias, entronizaciones y sus vínculos con los fundadores de la dinastía en el siglo IV d. C.

Cuando regresamos al rancho El Gallinero, ya nos esperaba allí un grupo de soldados que había acampado en las cercanías. Siguiendo las órdenes del comandante en Xpujil, el teniente al mando me ofreció su ayuda. Al día siguiente, sus soldados despejaron la maleza en Champerico, facilitándonos enormemente los trabajos de levantamiento topográfico.

En el inframundo

Una de las características distintivas de la península kárstica de Yucatán son las cuevas subterráneas. Muchas contienen también restos arqueológicos. Durante nuestras prospecciones de campo visitamos varias de estas cuevas, la mayoría precisamente en la temporada de 2001. En general son de difícil acceso e inadecuadas para la habitación; además, los vestigios arqueológicos indican que fueron utilizadas principalmente con fines ceremoniales.

Cerca del pueblo de Blasillo, los habitantes locales nos guiaron a una grieta entre las rocas calcáreas. A través de ella entramos a una amplia cámara subterránea, donde se conserva parcialmente una estructura de piedra con bóveda. Desde la cámara parten en distintas direcciones varios pasadizos estrechos, en los cuales encontramos gran cantidad de fragmentos cerámicos.

El descenso a otra cueva cerca del mismo pueblo fue más difícil: apenas logramos pasar por un angosto cuello hacia un interior estrecho, donde los murciélagos revoloteando aumentaban aún más la sensación de angustia: sus excrementos pueden portar los agentes transmisores de la peligrosa enfermedad pulmonar llamada histoplasmosis. Pero la curiosidad fue más fuerte que el temor. Nos cubrimos nariz y boca con pañuelos húmedos y pronto nos llevamos una sorpresa que recompensó todo el esfuerzo.

Un angosto conducto nos llevó tras varias vueltas a un espacio pequeño donde el haz de luz de nuestra lámpara nos permitió ver algo que nos dejó sin aliento: el suelo estaba cubierto por numerosas vasijas de barro, casi intactas, y una gran cantidad de fragmentos que evidentemente llevaban allí varios siglos. Algunas vasijas seguramente fueron volcadas y rotas por animales que se refugian en la cueva, pero los humanos con malas intenciones al parecer no habían pasado por allí. El joven que nos llevó contó que había descubierto la cueva por casualidad mientras cazaba, y que probablemente nadie más la conocía. Menos mal; tratamos de convencerlo de que así se quedara, al menos hasta que algún arqueólogo, motivado por nuestro informe, se dedicara a un estudio detallado del lugar. Nosotros no recogimos nada, ya que las excavaciones no formaban parte de nuestro proyecto.



También en otras cuevas encontramos objetos similares, aunque estaban por lo general fragmentados y dispersos, principalmente debido a la acción del agua. Además de fragmentos cerámicos, en algunos lugares hallamos puntas de lanza y de flecha hechas de pedernal y obsidiana, así como huesos humanos. El pedernal, materia prima básica para muchas herramientas, se puede encontrar en varias partes de las tierras bajas de la península de Yucatán, especialmente en las depresiones rellenas de sedimentos, conocidas como bajos. La obsidiana, en cambio, es un vidrio volcánico que llegaba a la región por rutas comerciales, mayormente desde las tierras altas de Guatemala.

Las cuevas tenían una gran importancia en la vida religiosa. Tanto los mayas como otros pueblos mesoamericanos las concebían como entradas al inframundo, espacio mítico del cual hablan los relatos del *Popol Vuh*, una colección de antiguos mitos del grupo k'iche' que vive en los altos de Guatemala. El inframundo era la morada de los muertos, así como de las deidades de la lluvia y la fertilidad. Tales creencias no sorprenden, ya que las encontramos en muchas culturas

Vasijas
cerámicas
en una de las
cuevas cerca
del poblado
de Blasillo.



Punta de lanza
de pedernal,
encontrada en
la cueva cerca
del pueblo de
El Manantial.

del mundo. El agua brota de la tierra y, además, muchas corrientes subterráneas atraviesan las cuevas, algo particularmente importante en el entorno kárstico de la península de Yucatán, donde las fuentes de agua superficiales son escasas e inestables. Por estas razones, las cuevas adquirieron también un gran significado simbólico. Durante los rituales para la fertilidad que se realizaban en las cuevas se depositaban vasijas ceremoniales y otros objetos. Allí también fueron enterrados algunos difuntos, probablemente aquellos que murieron en circunstancias especiales, de alguna manera relacionadas con el agua. Hasta el día de hoy, los descendientes de los mayas en muchas regiones siguen entrando a las cuevas en busca de agua virgen (*zuhuy ha*), llamada así porque proviene directamente de las rocas y no ha tenido contacto con la superficie ni con seres vivos, lo que le otorga un poder especial.

Teniendo en cuenta lo dicho, no sorprende que muchas cuevas se hayan encontrado dentro de antiguos asentamientos, a menudo bajo edificios de gran importancia. Debido a su relevancia en la cosmovisión mesoamericana, sobre todo por su conexión con el agua y la fertilidad,

las cuevas ocuparon un lugar central en la llamada geografía sagrada o geomancia, es decir, en el conjunto de creencias que influían en la planificación de las ciudades y la distribución de construcciones en el paisaje. Por ello, las cuevas, además de otros factores, jugaban un papel importante en la selección de los sitios donde se fundaban asentamientos o se construían edificaciones de especial significado. Y si no había una cueva natural cerca de un lugar que, por razones prácticas, se consideraba adecuado para establecerse, en muchos casos excavaron una artificial.

Las cuevas artificiales, que reflejan de manera particularmente elocuente la importancia de la relación entre las cavernas y los poblados, han sido descubiertas en varios sitios mayas y también en el centro de México. Una cueva excavada artificialmente se encuentra, por ejemplo, bajo la Pirámide del Sol, el templo más imponente de la enorme ciudad de Teotihuacan, la mayor urbe mesoamericana que floreció en el período Clásico y cuyos restos se encuentran al noreste de la actual Ciudad de México. Otro ejemplo prominente es la cueva artificial o modificada que forma parte del complejo arquitectónico central en Xochicalco, sitio del Clásico Tardío localizado al sur de la capital mexicana.

La conexión entre asentamientos y cuevas —tanto naturales como excavadas— está atestiguada en numerosos sitios arqueológicos mayas. Por lo tanto, sin duda, no es coincidencia que también en el sureste de Campeche, casi todas las cuevas con restos arqueológicos que descubrimos se encuentren en antiguos asentamientos o en su inmediata cercanía.

Balakbal y Altamira

En el año 2002, nuestro trabajo se centró en la parte sur de la Reserva de la Biósfera Calakmul. También esa vez me acompañaba Pepe Orta. Después de que los habitantes locales nos mostraran algunos sitios arqueológicos menores, el trabajo en la zona poblada al sur de Xpujil quedó prácticamente concluido; solo quedaba mapear un sitio grande, tarea que decidimos dejar para el final de la temporada.

El año anterior me habían hablado de un tal Mundo, de la aldea de La Victoria, quien supuestamente conocía bien la biósfera. Así que Pepe y yo nos dirigimos a ese pueblo: primero por la carretera desde Xpujil hacia el sur y luego hacia el oriente, pasando por el poblado de El Manantial.

En La Victoria, como siempre que nuestra camioneta llegaba a una aldea remota, las miradas curiosas no se apartaban de nosotros y, al detenernos, un grupo de niños rodeó el vehículo.

“¿Vive aquí un señor al que llaman Mundo?”

“Sí, Raymundo Sandoval. Pueden seguir por esta calle y luego doblan en la segunda calle a la izquierda”.

En realidad, las ‘calles’ no eran más que espacios sin construir entre las casas, sin pavimento ni ningún tipo de acondicionamiento. Sin problema encontramos la casa, que daba una impresión acogedora: un patio cercado, flores y una modesta pero bien cuidada cabañita de madera. Bajamos del vehículo y desde la cerca gritamos:

“¡Buenas tardes!”

Primero asomaron por la puerta varias caras infantiles y luego salió un hombre delgado, aunque musculoso, de unos 45 años, con un bigote poblado y el rostro anguloso. Su cabello ligeramente rizado y sus ojos vivaces le daban a su aspecto un toque especial.

“¡Muy buenas!”, respondió y se acercó con pasos ágiles. “¿En qué puedo ayudarles?”

“Estamos buscando al señor Raymundo Sandoval”.

“Para servirles. Pasen, por favor”.

Al contarle la ya muchas veces repetida historia sobre nuestros propósitos, recibimos una respuesta excepcionalmente positiva. Mientras mencionaba varias ruinas que conocía, Raymundo se fue entusiasmando cada vez más.

“Las ruinas que están aquí cerca del pueblo las podemos ver mañana mismo. Pero también conozco un reinado más grande dentro de la biósfera, cerca de donde vivíamos antes. Para llegar allá vamos a necesitar más de un día, habrá que acampar en el camino”.

Al día siguiente organizó a algunos acompañantes y visitamos un sitio ubicado al sur de La Victoria, en realidad en los terrenos de la comunidad vecina de El Carmen. Vimos una pirámide de casi 20 metros de altura y algunas estructuras menores. Nada extraordinario, pero me pareció bien verificar de qué se trataba, ya que el año pasado los habitantes de El Carmen se habían negado a llevarnos allí. Para el viaje a la biósfera, sin embargo, tuvimos que conseguir comida, agua y los trastes más indispensables.

Esta vez entramos a la reserva por un callejón que sale hacia el oeste desde el poblado Once de Mayo. Unos 15 kilómetros más al oeste se encontraba, tiempo atrás, un caserío donde vivió Mundo con su familia y que tenía un nombre similar: Veintidós de Abril. No recuerdo si alguien me explicó alguna vez por qué esas fechas eran importantes o qué relación



Pepe Orta y Raymundo Sandoval (primero y tercero desde la izquierda) con otros dos colaboradores frente a una casa abandonada en Altamira.

tenían con ambos poblados, pero evidentemente los fundadores o los que eligieron estos nombres no tenían mucha imaginación.

Los primeros kilómetros desde el poblado Once de Mayo fueron transitables sin dificultad, ya que los campesinos usaban esta parte del camino para llegar a sus milpas. Pero más adelante el callejón estaba cada vez más enmontado; tuvimos que ir cortando la maleza y avanzábamos a paso de tortuga. Cerca del mediodía, mientras el vehículo se bamboleaba lentamente entre los baches, nos sacudió un golpe: la camioneta se hundió bruscamente del lado delantero derecho y quedó parada. La rueda derecha había caído en una grieta entre las rocas que sobresalían del suelo. La situación no tenía nada de trivial. La hendidura era tan ancha que empujar el vehículo no servía de nada.

Empezamos a lanzar piedras en la grieta para rellenarla, pero pronto vimos que era pura pérdida de tiempo: a poca profundidad, la grieta se abría en una cueva en la que las piedras literalmente desaparecían. Tuvimos que sacar la motosierra y cortar varios troncos lo suficientemente largos y resistentes, de los que unos sirvieron como palancas para levantar el vehículo y otros para cubrir la grieta bajo la camioneta levantada. En realidad, tuvimos suerte: ¡a apenas un metro de allí estaba un hoyo aún más grande!

Antes de que llegáramos al lugar donde alguna vez estuvo el poblado Veintidós de Abril, ya había oscurecido, así que acampamos en el callejón. Mundo demostró todas sus habilidades para organizar el trabajo, tanto en el montaje del campamento como en la preparación de la comida. Los demás colaborábamos con lo que hiciera falta.

A la mañana siguiente avanzamos unos kilómetros más en la camioneta y luego caminamos por la selva hacia el noroeste. La vegetación era baja pero tupida y el avance era lento. Mundo tuvo que trepar a varios árboles para orientarse. Claro, hacía años que no pasaba por allí y en un paisaje tan monótono es fácil perderse. En el camino fuimos encontrando algunas ruinas menores y alrededor del mediodía finalmente dimos con la elevación que estábamos buscando. Sin embargo, al llegar a la cima nos esperaba una decepción. Los restos del antiguo asentamiento eran bastante modestos, distribuidos alrededor de algunas plazas y patios, y las estructuras más grandes no pasaban de 7 u 8 metros de altura.

Por la noche, en el campamento, le dije a Mundo que, por supuesto, valoro mucho sus esfuerzos, pero que nosotros en realidad estamos buscando cosas más grandes. Estuvo algo decepcionado, pero luego se le iluminó la cara:

“En la biósfera hay un gran reinado cerca de la aguada Jerusalén”.

Ya había escuchado varias veces sobre sitios grandes en la biosfera. La gente mencionaba distintos nombres, pero había uno que siempre repetían con el mismo énfasis: Jerusalén.

El nombre me sonaba familiar. Karl Ruppert menciona en su libro que su tercera expedición acampó el 25 de marzo de 1934 en la aguada de Jerusalén y que en sus alrededores visitaron un sitio arqueológico muy grande. Ruppert lo nombró Balakbal, ‘lo que está escondido’, porque la estela más importante fue hallada casi completamente cubierta por escombros. ¿Será que el reinado de Jerusalén es en realidad Balakbal? Sin duda, sería interesante averiguarlo. Después de la expedición de Ruppert, ningún otro arqueólogo volvió a visitar ese sitio, así que nadie sabía con certeza dónde se encontraba.

“Pero ¿cómo se puede llegar hasta allá? Hoy en día los caminos seguramente están enmontados”.

“¿Te acuerdas que ayer pasamos por un crucero, a unos kilómetros de Once de Mayo? Ahí sale un callejón hacia el sur. Ese pasa por Altamira, sigue hacia el arroyo Blengio y luego hasta la aguada de Jerusalén”.

Ese camino ya lo conocía: el año anterior habíamos recorrido varios kilómetros por ahí, hasta el pueblo abandonado de Las Delicias; cerca de ahí inspeccionamos y mapeamos un sitio arqueológico bastante grande. También recordé que el comandante en Xpujil me había mencionado los patrullajes que de vez en cuando hacen sus soldados por ese mismo callejón que pasa por Altamira, un antiguo campamento chiclero donde, según decía, todavía vive alguien. Era de esperar, entonces, que el camino no estuviera demasiado cerrado por la vegetación.

Por la mañana partimos de regreso hacia Once de Mayo y en el crucero giramos a la derecha.

“Por acá más adelante vive en un rancho aislado don Raúl con su familia”, dijo Mundo.

Una hora después, el bosque por el que serpenteaba el callejón empezó a clarear y se transformó en matorrales, señal de que ahí antes hubo milpas. A la derecha pronto dejamos atrás los restos de unas chozas de madera, lo que quedaba del antiguo poblado de Las Delicias. Volvimos a internarnos en el monte, hasta que de pronto vimos una gran planicie cubierta de pasto, en medio de la cual se alzaba una casa, con varios niños jugando al frente. Al detenernos, de la casa salió un hombre delgado, moreno y calvo, que compensaba la falta de cabello con una larga barba ya bastante canosa.

“¡Don Raúl!”, lo saludó Mundo, y nosotros hicimos lo mismo. Le expliqué nuestras intenciones y le pregunté por el camino más adelante.



Depósito de
agua (chultún)
excavado en
la roca.

“El callejón es bastante bueno”, dijo don Raúl. En ese lugar tan apartado vivía solo con su esposa y sus doce hijos, quienes no iban a la escuela, pero el padre intentaba educarlos por su cuenta, dentro de lo posible. Solo de vez en cuando iban a Once de Mayo o a algún otro pueblo, ya fuera a caballo o en bicicleta.

“Primero van a llegar a Unión 20 de Junio. Ahí hubo un poblado, pero lo desalojaron hace como ocho años. Después llegan a Altamira, cruzan el Blengio y siguen hasta la aguada Jerusalén”.

“Dicen que alguien todavía vive en Altamira”, comenté.

“Ya no. Cuando cerraron la central chiclera, por muchos años vivió ahí Maudaleno Milán con un amigo guatemalteco. Pero hace como un mes lo mataron. Unos migrantes indocumentados de Guatemala que pasaron por ahí lo encontraron muerto en su hamaca. El cuerpo ya estaba en descomposición y en los alrededores había cadáveres de sus caballos

que murieron de sed. Avisaron a la gente de Once de Mayo, que fueron a enterrarlo, pero su compañero guatemalteco desapareció. Algunos dicen que se pelearon, otros creen que fue por venganza, que dizque delató a alguien que sembraba marihuana. Otros más cuentan que él mismo estaba metido en negocios chuecos. Bueno, sí sabemos que andaba escarbando las ruinas; a lo mejor tuvo problemas con los compradores o con otros que andaban en lo mismo...”

A Altamira llegamos al mediodía: dos casas de madera medio podridas, con esqueletos de bestias esparcidos alrededor. El arroyo de Blengio lo alcanzamos con tiempo para montar el campamento aún con la luz del día.

El Blengio es uno de las pocas corrientes superficiales que conservan agua incluso durante la temporada seca. Aun así, no es continuo, ya que en muchos tramos desaparece bajo tierra y solo resurge kilómetros más adelante. El callejón por el que veníamos lo cruza justo en un punto donde había bastante agua, así que el lugar para acampar resultó ideal. Por saturada de minerales, el agua no es muy buena para beber, pero había más que suficiente para la higiene personal.

Al día siguiente, uno de los trabajadores se quedó en el campamento para encargarse de la cocina y cuidar las cosas: la brecha era bastante transitable y siempre alguien podía aparecer por ahí, tentado por llevarse algo de nuestro equipo. Los demás salimos temprano hacia el sur. En unas horas, el camino nos llevó a un desvío que conducía hacia el oeste. En un árbol junto al crucero, logramos distinguir una inscripción tallada hacía muchos años y casi borrada: ‘Aguada Jerusalén’.

El camino estaba muy enmontado, evidentemente abandonado hacía mucho tiempo, pero por suerte la aguada no quedaba lejos. Estaba seca, así que habíamos hecho bien al dejar nuestro campamento en el Blengio. Al sur de la aguada se extendía un espacio bastante amplio y plano, sin árboles grandes; en el suelo se veían restos de pailas de hierro, frascos de vidrio y latas oxidadas, señales inequívocas de que en ese lugar alguna vez hubo un campamento chiclero.

Ninguno de nuestros acompañantes sabía con exactitud dónde estaban las ruinas, pero estaban seguros de que no sería difícil encontrarlas. Así que acordamos dividirnos y reencontrarnos en la aguada dentro de una o dos horas. Pero cuando nos volvimos a juntar, comprendí cuánta razón tenía Karl Ruppert cuando escribió sobre su búsqueda de otro sitio: ‘La inutilidad de peinar la selva en busca de ruinas de las que habíamos

oído hablar, pero que nadie en el equipo conocía con certeza, pronto se hizo evidente'.¹⁵

Los rostros de nuestros acompañantes reflejaban cansancio y decepción, y el mío no era diferente. Pero aún quedaba una opción: en el GPS voy a ingresar las coordenadas de Balakbal que dio Ruppert; tal vez nos llevarán al lugar correcto.

El aparato nos guiaba de la aguada hacia el oeste. De paso nos topamos con algunos montículos pequeños, aquí y allá aparecía algún chultún, depósito de agua excavado en la roca, pero los vestigios de este tipo se encuentran en todas partes y no indican necesariamente la proximidad de una ciudad grande. La sorpresa llegó de repente: en la penumbra de la selva alta emergieron, a nuestra izquierda, las ruinas de una enorme estructura alargada de unos 20 metros de altura. Me quité la mochila y saqué la copia del plano de Balakbal publicado en el libro de Ruppert y Denison: en el lado este estaba dibujada una estructura alargada —y nosotros veníamos precisamente desde el oriente— que delimitaba una plaza con una gran pirámide al oeste. Nos lanzamos hacia adelante, rodeamos la estructura alargada por el norte y llegamos a un terreno completamente plano, que bien podría haber sido una plaza. La vegetación era tan densa que apenas veíamos unos metros adelante, pero tras dar unos pasos más hacia el oeste divisamos una grandiosa estructura piramidal de más de 20 metros de altura, completamente cubierta de árboles y maleza. Al inspeccionar los alrededores y comparar la disposición de los edificios con el plano de Ruppert, confirmamos que, en efecto, estábamos en Balakbal.

Las mediciones con el GPS revelaron que la pirámide principal se encontraba apenas a unos 400 metros al este de las coordenadas de Ruppert. Por suerte, llegamos justamente desde el este y por eso dimos con las ruinas antes de alcanzar el punto indicado por Ruppert. Si el error hubiera sido en la dirección contraria, no me atrevo a asegurar que nuestra búsqueda habría tenido éxito. Más adelante comprobamos en varias ocasiones que, en la selva tropical, un pequeño error puede convertirse en un gran problema.

Las coordenadas de Ruppert eran sorprendentemente exactas, considerando las circunstancias y los instrumentos disponibles en aquella

15 Karl Ruppert y John H. Denison Jr., *Archaeological reconnaissance in Campeche, Quintana Roo, and Peten*, Carnegie Institution of Washington Publication 543, Washington, 1943, p. 29 (traducción: L. Š.).

época. Karl Ruppert contaba en sus expediciones con un cartógrafo que determinaba las coordenadas geográficas de los sitios arqueológicos importantes mediante observaciones astronómicas, normalmente midiendo la posición de la Estrella del Norte o del Sol. No solo era un trabajo tardado: recordemos que un error de un solo minuto de arco —algo bastante fácil de cometer al leer los ángulos en los teodolitos de aquel entonces— significaba el error de una milla náutica en la latitud, es decir, ¡de casi dos kilómetros! Por eso no sorprende que las coordenadas de otros sitios registrados por Ruppert presenten errores más significativos.

No obstante, la precisión del trabajo realizado por las expediciones de Karl Ruppert sigue siendo digna de admiración y se refleja también en los planos de los sitios arqueológicos. Esto lo comprobamos también en Balakbal, aunque lamentablemente también aquí los saqueadores habían dejado su marca. De las cinco estelas descritas por Ruppert, vimos cuatro; en todas todavía se distinguían restos de figuras e inscripciones jeroglíficas esculpidas en relieve. Una yacía en la plaza principal y dos estaban paradas dentro de una estructura menor, al oeste de la pirámide más grande; una de ellas había sido ligeramente desplazada por los saqueadores, mientras que la otra permanecía apoyada contra el muro exactamente como la había fotografiado Karl Ruppert.

En la plaza al sur de la gran pirámide encontramos otra estructura similar, aunque más pequeña. En su lado norte, los saqueadores excavaron una enorme zanja y empujaron la Estela 5, la mejor conservada de Balakbal, desde la cima del edificio —donde la había visto la expedición de Ruppert— hacia abajo, así que se deslizó por la ladera sur, llegando casi hasta su base. Las enormes cantidades de piedra que extrajeron al excavar las amontonaron en la plaza, justo en el lugar donde, según el plano de Ruppert, estaba otra estela. Probablemente la dejaron ahí mismo y la cubrieron; si dejaron incluso la mejor conservada, que encontraron en la cima de la estructura, es evidente que las estelas no les interesaban. ¡Menos mal! La Estela 5 tiene una inscripción bien conservada: menciona a un gobernante que murió en el año 406 d. C., apenas 29 días antes del vigésimo aniversario de su reinado.

El éxito en la búsqueda de Balakbal con la ayuda de las coordenadas de Ruppert nos animó a intentar localizar también Altamira, otro sitio importante descubierto por la expedición de Ruppert en 1933, pero sobre cuya ubicación y estado actual ya nadie sabía nada. Sin embargo, esta vez los datos eran menos exactos.

Restos de
un cuarto
abovedado
en uno de
los edificios
arruinados
en Balakbal.

Desde el campamento junto al Blengio regresamos por el callejón hasta las casas abandonadas de Altamira. Karl Ruppert menciona que, para llegar a las ruinas, hay que caminar una hora por una vereda que sale del campamento de Altamira hacia el norte, y luego otros 15 o 20 minutos hacia la izquierda por la selva. Además, en su plano está marcado que el campamento de Altamira se encuentra a 1500 metros del sitio arqueológico, en dirección S32°20'E, es decir, hacia el sureste. Estos datos sugieren que la expedición de Ruppert encontró las ruinas al noroeste del campamento Altamira, pero no coinciden con sus coordenadas, que caen a unos 1100 metros al suroeste del antiguo campamento. Como lo más probable era que el error estuviera en las coordenadas y no en los demás datos, nos fuimos por el camino hacia el norte. Tras unos dos kilómetros llegamos a una estructura arruinada con varios muros expuestos; ya la habíamos visto al llegar, pero apenas ahora nos dimos cuenta de que había sido registrada por la expedición de Ruppert, ya que sus características coincidían con la descripción, el plano y el dibujo incluidos en su libro. También su



ubicación —al lado oeste del camino que va de Altamira hacia el antiguo poblado de Las Delicias— concordaba con lo descrito por Ruppert; evidentemente, el callejón actual sigue el trazo del antiguo camino de arria que usó su expedición. En ese punto abandonamos el callejón y exploramos la selva hacia el oeste, pero solo encontramos algunos montículos pequeños. Mundo subió varias veces a algún árbol para observar el panorama, pero no logró ver nada significativo en el paisaje circundante.

En esos momentos recordé que uno de los habitantes de Once de Mayo nos había mencionado unas ruinas grandes cerca del asentamiento abandonado La Unión 20 de Junio. Incluso dijo que ahí había estelas. Teníamos la intención de buscar ese sitio, pero apenas ahora se me ocurrió que tal vez se trataba precisamente de Altamira: el poblado La Unión 20 de Junio, abandonado desde hacía unos ocho años, estaba a escasos dos kilómetros hacia el norte.

Nos dirigimos hacia allá y, junto con Mundo, tratamos de reconstruir lo que nos había dicho el hombre en el pueblo Once de Mayo: hay que pasar por el asentamiento abandonado, dejando a un lado la aguada, cruzar un claro cubierto de pasto y después meterse al monte a la izquierda...

Dejamos la camioneta en el callejón y seguimos a pie, pasando junto a las casas derrumbadas del antiguo poblado y por la aguada, que estaba casi seca. Después de cruzar un tramo de monte, llegamos a una zona abierta cubierta de hierba alta. Según lo que nos habían dicho, las ruinas debían estar en el bosque, hacia la izquierda, así que nos adentramos en esa dirección. Pero ‘al monte a la izquierda’ era una indicación bastante vaga. La persona que nos la dio podría haber llegado a ese claro desde otra dirección, tal vez por una vereda que ya no existe —o al menos nosotros no la tomamos—, así que su ‘izquierda’ podía ser muy diferente de la nuestra. En todo caso, en el bosque al que entramos no encontramos nada. Caminamos para acá y para allá; en muchos lugares el monte daba paso al *acabual*, vegetación secundaria que en pocos años cubre los campos de cultivo abandonados. Como es baja, el sol pega sin piedad; pero como también es densa, apenas deja ver más allá de la punta del machete que va abriendo paso, lo que hace muy difícil avanzar. Cada vez que Mundo encontraba un árbol suficientemente alto, se subía para intentar divisar alguna elevación en el paisaje, algo que sobresaliera y pudiera parecer sospechoso, pues las ciudades mayas solían construirse sobre terrenos elevados.

Aunque agotados, persistimos hasta muy tarde, pero finalmente tuve que tomar la decisión de suspender ese vagar sin pistas ni esperanzas. Por suerte tenía las coordenadas del punto donde habíamos dejado el vehículo:

habíamos recorrido tanto terreno, en tantas direcciones distintas, que solo podíamos adivinar cuál era la dirección correcta para regresar. Sin instrumentos, la opción más segura habría sido orientarnos por el Sol, que se estaba acercando al horizonte poniente, y caminar hacia el este, porque de ese modo seguramente hubiéramos dado con el callejón por el que habíamos llegado. Pero eso habría implicado hacer mucha vuelta. Con la ayuda del navegador GPS, en cambio, pudimos regresar en línea más o menos recta.

Empezamos a caminar en dirección de la camioneta. Después de unos minutos, a nuestra izquierda brilló un claro: era el pastizal por el que ya habíamos pasado, aunque quién sabe en qué dirección, porque ahora estábamos regresando por otro camino. Unos momentos después, advertí un montículo bastante grande y alargado a la derecha; como era más grande que todos los que habíamos visto ese día, superamos el cansancio, nos acercamos, lo rodeamos y...

¡Aquí comenzaba el reinado! Siguiéron varias construcciones, cada vez más grandes, y pronto vimos también la primera estela. Al consultar el plano de Ruppert pudimos determinar que nos encontrábamos en el borde occidental de Altamira, pero para hacer algo más ese día ya no había tiempo. El Sol acababa de ponerse y —como sucede en esas latitudes tropicales— en media hora nos iba a agarrar la noche. Avanzar por la selva a la luz de las lámparas es tan lento como desagradable.

Al día siguiente inspeccionamos todo el complejo arquitectónico. En muchos edificios había calas de saqueo, pero por suerte todavía estaban allí las 16 estelas que había visto la expedición de Ruppert, probablemente porque los relieves en ellas apenas se distinguen. Toda la plaza principal estaba invadida por acahual; evidentemente, ese espacio plano, cuadrado y de casi una hectárea resultaba muy apropiado para la milpa, que tenían allí hasta hace unos años. Vimos que, con un poco de mala suerte, uno podría haber cruzado la plaza en diagonal, entrando por una esquina y saliendo por la opuesta, sin darse cuenta de que estaba en medio de una antigua ciudad: algunos edificios estaban lo suficientemente separados entre sí como para que, debido a la densa vegetación, hubiera sido imposible verlos.

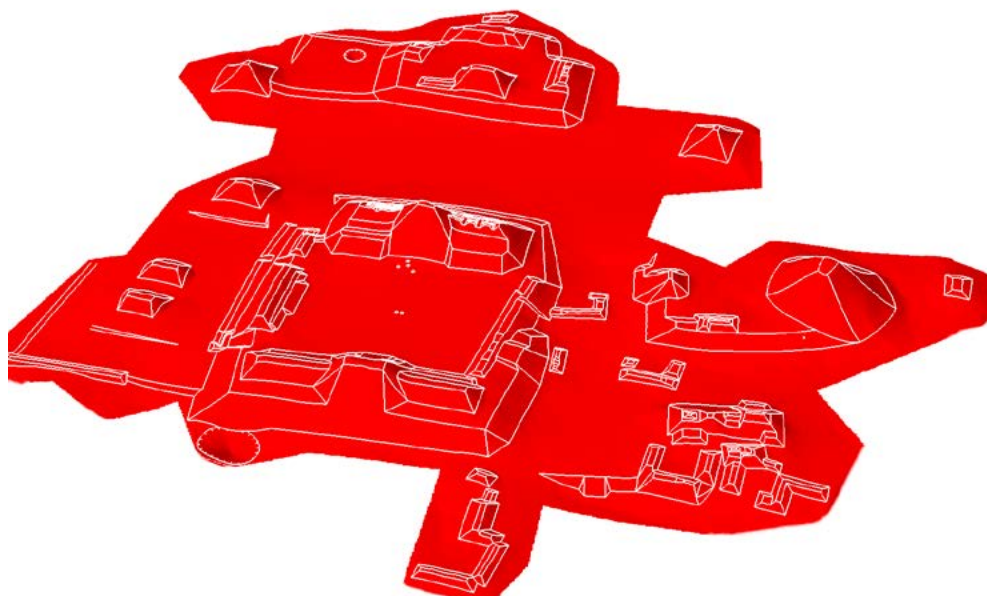
En el redescubrimiento de Altamira, sin duda tuvimos más suerte que cerebro. El sitio se encuentra a más de cuatro kilómetros al norte de las coordenadas que proporciona Ruppert y a unos tres kilómetros y medio al noroeste de lo que fue el campamento de Altamira.

Altar de los Reyes

Ya en 1996 oímos que cerca de la comunidad Ley de Fomento Agropecuario había un gran complejo de ruinas y que allí incluso había una estela, pero Avelino Díaz López, el dueño del terreno, de ningún modo quiso llevarnos hasta allá. Como muchos de sus paisanos, don Avelino también se había mudado a esta zona desde las tierras altas de Chiapas. Era chol y hablaba un español bastante limitado. Pero no solo por eso era difícil la comunicación con él: los indígenas choles son conocidos por ser reservados y desconfiados, algo que seguramente se debe en parte a siglos de opresión e injusticias, pero en parte también al carácter autárquico de sus comunidades, que viven más o menos aisladas en el remoto paisaje montañoso. Por ejemplo, la gente del norte de Yucatán, donde la población indígena sigue siendo numerosa, es diferente, mucho más abierta y amable, a pesar de haber sufrido un destino similar al de otros pueblos originarios.

Complejo principal de Altar de los Reyes, vista hacia el este (modelo tridimensional: Tomaž Podobnikar).

A esta falta de disposición a colaborar nos enfrentamos en varias ocasiones, a veces porque los lugareños saquean las ruinas y no quieren ‘competencia’, pero sobre todo por el temor de los campesinos a que



el gobierno les expropié las tierras donde hay restos arqueológicos. Yo trataba de explicarles que la ley mexicana no es tan arbitraria y que nuestro trabajo no tendría consecuencias negativas para ellos. Pero más que las palabras, lo que realmente ayudó fueron los hechos. En 1998, cuando llevamos las estelas de Los Alacranes al poblado, la hazaña fue tan complicada e impresionante que la noticia se corrió por toda la región. La gente vio que el hallazgo de las estelas dos años antes no les había traído nada malo a los habitantes del pueblo. Al contrario, en vez de quitarles algo, el gobierno incluso organizó la instalación de los dos monumentos en su comunidad. Esto, por supuesto, los llenó de orgullo y algunos comenzaron a ver el potencial turístico de esa acción.

Así también don Avelino, cuando lo volví a visitar en 1998, cambió de actitud y nos llevó a las ruinas en sus terrenos. El sitio resultó ser realmente grande. La estela en la plaza principal estaba partida en dos fragmentos; en el inferior también se notaba el corte de una sierra, pero afortunadamente los saqueadores no terminaron su trabajo. En la cara frontal de ambos fragmentos se conservaba el relieve de un gobernante sentado, mientras que en la parte trasera estaba grabado un texto jeroglífico. Ese año, mi colega Vicente y yo estábamos tan ocupados con el traslado de estelas en Los Alacranes que apenas pudimos hacer una visita rápida al sitio. No fue sino hasta el año 2002 que, junto con Pepe Orta, decidimos examinar el sitio a fondo y hacer un levantamiento topográfico.

El mapeo de los sitios arqueológicos inevitablemente trae sorpresas. Siempre resulta que el complejo de ruinas es más extenso y requiere más tiempo de lo que inicialmente supusimos; además, aparecen cosas que pasaron desapercibidas en el primer reconocimiento. Y así fue también en este caso.

Los edificios más importantes del antiguo núcleo urbano se encuentran sobre dos acrópolis, alrededor de las cuales hay varias estructuras menores. La estela que ya habíamos visto en 1998 se localiza en la acrópolis oeste, al pie de un gran edificio situado en el lado este de una amplia plaza. Muy cerca identificamos también dos altares cilíndricos. Al norte de esta acrópolis descubrimos los restos de un juego de pelota que, junto con la estela, revelaba el estatus importante que tuvo esta ciudad en la jerarquía regional. Una gran depresión en la esquina noroeste de la acrópolis oeste probablemente era un reservorio de agua, un rasgo común en las ciudades mayas. Otra depresión más pequeña, visible al norte de la acrópolis este, debió cumplir la misma

función. Don Avelino, que por supuesto conocía bien sus terrenos, nos comentó que ninguna de estas hondonadas retiene el agua por mucho tiempo. Sin embargo, aseguró que una depresión similar, ubicada entre estructuras menores al sureste del núcleo urbano, conserva el agua hasta marzo, es decir, ya bien entrada la temporada seca.

Al pie de la pirámide más grande, de unos 20 metros de altura, situada en el extremo sur de la parte central del antiguo asentamiento, encontramos un fragmento de estela con un adorno en relieve bien conservado. Mientras limpiábamos la maleza en la acrópolis occidental, noté que en medio de la plaza sobresalía del suelo una piedra de tamaño considerable. Las plazas de las ciudades mayas solían estar niveladas con piedras pequeñas y recubiertas con una capa de estuco relativamente espesa, por lo que la presencia de una piedra tan grande resultaba sospechosa. Les pedí a unos trabajadores que retiraran la hojarasca y el humus que la cubrían. Mientras tanto, me quedé cerca, donde Pepe estaba poniendo la estación total, y al poco rato escuché gritos de emoción que llegaban a través de la maleza desde el centro de la plaza. Corrí hacia allá y vi que los muchachos habían expuesto una parte considerable del fragmento de un altar redondo. En su

Transportar
el fragmento
grande del altar
con los glifos
emblemáticos no fue
cualquier cosa.





En la superficie lateral del altar encontrado en el sitio Altar de los Reyes se conservan los glifos emblema que corresponden a Tikal, Palenque (arriba), Edzná y Motul de San José (abajo).



superficie lateral había varios bloques jeroglíficos bien conservados; cuando me acerqué para examinarlos, la sorpresa fue total:

“¡Glifos emblema! ¡Y excelentemente conservados! Aquí está Tikal, Palenque, también Calakmul...”

Los llamados glifos emblema tienen siempre el mismo prefijo, que se lee *k'uhul ajaw* o ‘señor sagrado’ y representa un título real convencional, mientras que el elemento principal es variable y designa el nombre del lugar o de la dinastía gobernante. Para algunos de esos nombres aún no está claro cómo se leían, pero en la mayoría de los casos sí sabemos a qué ciudades o estados hacen referencia.

Junto a este fragmento del altar yacía otro más grande; al despejarlo lo suficiente, aparecieron otros dos glifos emblema. Era evidente que estábamos ante un hallazgo de gran importancia. El altar estaba fracturado y era muy probable que en las inmediaciones hubiera más fragmentos pequeños, con los que tal vez podría reconstruirse el altar y su inscripción. Así que decidí localizarlos y trasladarlos al pueblo Ley de Fomento Agropecuario. Esto, desde luego, implicaba realizar excavaciones menores y documentar meticulosamente la posición de cada pieza.

En esos días, trabajaban no muy lejos de nosotros Daniel Juárez Cossío, arqueólogo del INAH y amigo de muchos años, y Adrián Baker Pedroza, pasante de arqueología. Como parte de nuestro proyecto, asumieron la tarea de limpiar algunas calas de saqueo excavadas recientemente en el sitio de Mucaancah, que habíamos descubierto en 1996, registrar los datos arqueológicos y estabilizar, en la medida de lo posible, las estructuras dañadas. Cuando les informé sobre nuestro hallazgo, suspendieron sus trabajos en Mucaancah, se trasladaron a nuestro sitio y realizaron las excavaciones en el área del altar. Todos los trozos recuperados del altar, así como el fragmento de estela hallado al pie de la pirámide más grande, fueron trasladados a Ley de Fomento Agropecuario, a una choza que los pobladores habilitaron especialmente para este fin. Allí construimos un marco de madera y lo llenamos con arena, sobre la cual Daniel y Adrián emprendieron una ardua labor: el problema era que no sabían cómo debía verse la imagen final del rompecabezas. Sin embargo, a partir de los fragmentos disponibles lograron ensamblar gran parte del altar, cuyo diámetro era de aproximadamente 85 centímetros.

En la parte superior se podían distinguir los contornos de una figura sentada, pero lo más interesante era la inscripción en la superficie

lateral. Aunque no fue posible incorporar todos los fragmentos, resultó evidente, por la presencia de prefijos, que el altar tenía al menos nueve glifos emblema, de los cuales cinco eran perfectamente legibles. Correspondían a ciudades o capitales de antiguos reinos que hoy conocemos como los sitios arqueológicos de Calakmul, Palenque, Tikal, Edzná y Motul de San José.

¡Fue un hallazgo sin precedentes! Los glifos emblema aparecen con frecuencia en las inscripciones mayas, pero por lo general de manera individual. Hasta entonces solo se conocían dos monumentos que presentan varios de estos glifos juntos: la Estela A de Copán, en Honduras, y la Estela 10 de Ceibal, en Guatemala, pero en ambos casos solo hay cuatro. Aquí, en cambio, había al menos nueve, pero probablemente trece, como lo sugirió nuestro epigrafista Nikolai Grube. El texto no se conserva completo, por lo que desconocemos su contenido exacto. Sin embargo, además de los glifos emblema, la inscripción menciona ‘tronos reales’, por lo que ha de referirse a sedes de poder que eran especialmente significativas para nuestra ciudad. Además de Calakmul, situado a unos 40 kilómetros al oeste, y Tikal en la vecina Guatemala, a unos 90 kilómetros de distancia, se mencionan otros centros importantes del periodo Clásico. Particularmente interesantes son las referencias a lugares tan lejanos como Palenque (aproximadamente 300 km al suroeste) y Edzná (unos 200 km al noroeste), ya que sugieren la extensión de las conexiones reales o, al menos, el alcance del conocimiento que nuestra ciudad tenía sobre los reinos circundantes.

Como los glifos emblema mayormente contienen los nombres de las dinastías, y considerando que en nuestro altar se mencionan tantos, elegí para este sitio arqueológico el nombre Altar de los Reyes.

Don Avelino y su hijo Felipe querían mostrarnos otras ruinas en los alrededores. Las habían visto en la selva hacía años, pero esta vez les resultaba difícil ubicarlas. Mientras buscábamos, Avelino de repente se quitó la escopeta del hombro y empezó a mirar a su alrededor con visible preocupación.

“Mira”, dijo, “aquí acamparon los rateros que se andan escondiendo”.

Señaló un claro recientemente despejado, donde había algo de basura. Tenía en mente a los asaltantes que operan en caminos, de los que ya habíamos oído hablar y que recientemente atacaban cerca del pueblo de El Sacrificio, al sur de Ley de Fomento. La preocupación de Avelino

no era infundada: los delincuentes estaban armados. Avanzamos con cautela, pero los sentimientos de inquietud se disiparon al aparecer ante nosotros una gran pirámide. Se alzaba sobre una plaza, rodeada por varias estructuras construidas sobre una plataforma que ocupaba una terraza artificial en la ladera de un cerro, en cuya parte alta encontramos otro grupo de edificios. Era evidente que se trataba de una parte del asentamiento de Altar de los Reyes, cuyo núcleo urbano se ubica a menos de un kilómetro al noroeste.

Cuando hacia el final de la temporada pasé a saludar al comandante de la guarnición militar en Xpujil, me recibió muy contento:

“Agarramos a los que asaltaban en el camino cerca de El Sacrificio”.

“¿Pero tuvieron que entregarlos a las autoridades civiles?”, pregunté.

“Sí sí”, respondió el teniente coronel García Melgar. “Pero a estos no los van a soltar tan fácilmente, porque les dispararon a mis elementos. Atacar al ejército federal es cosa seria”.

También yo sentí alivio. Todavía íbamos a tener que pasar por ese camino.

Olvidado

En el año 2004, quería continuar con los recorridos de campo en la parte sur de la Biósfera de Calakmul. La experiencia adquirida hasta entonces mostraba que, para trabajar de manera eficiente y lo más económica posible en zonas remotas, un solo vehículo no era suficiente. Además de todo el equipo, era necesario transportar comida, agua, gasolina y, por supuesto, a los trabajadores. En una sola camioneta, como la que habíamos usado hasta entonces, apenas cabía todo, así que frecuentemente teníamos que interrumpir el trabajo para reabastecernos en zonas pobladas. El INAH me prestó nuevamente un vehículo. Otra vez fue la camioneta Dodge gris, que habíamos usado en temporadas anteriores y que ya estaba bastante desgastada. Con los fondos del proyecto —esta vez financiado por la *National Geographic Society*— y con la ayuda de un amigo, compré en Estados Unidos, en California, una camioneta GMC usada con doble tracción y la importé a México. *La gris y la blanca* fueron a partir de entonces los nombres habituales con los que nos referíamos a los dos vehículos. El INAH también me prestó un generador eléctrico, indispensable para el uso continuo de las cámaras fotográficas, los teléfonos satelitales y el teodolito electrónico.

De los colaboradores anteriores, que casi todos estaban ocupados por motivos de trabajo, solo respondió a la invitación para ir al campo Adrián Baker Pedroza, quien ya en 2002 había demostrado ser un excelente trabajador de campo, dispuesto a cualquier tarea y especialmente hábil para la documentación fotográfica, responsabilidad que también le asigné en esta ocasión. A pesar de su apodo Vaquero, que se le había pegado mucho más que su nombre real, no llegó con una vaca o un caballo, sino con su propio Jeep, que, a decir verdad, nos resultó mucho más útil. También se nos unió Atasta Flores Esquivel, egresado de arqueología, quien me fue recomendado por un amigo en la Ciudad de México como buen conocedor de los mayas y del trabajo de campo, especialmente del mapeo. En Campeche, además, encontré a Raymundo González Heredia, empleado en la universidad local, quien había participado durante varios años en investigaciones en Calakmul.

Raymundo sugirió que primero nos detuviéramos en el pueblo de Centenario, ubicado 50 kilómetros al este de la ciudad de Escárcega, junto



a la carretera que va a Chetumal, pues ahí conocía a algunas personas. Efectivamente, logramos reclutar a algunos locales que en su tiempo habían trabajado como madereros en la biósfera y sabían moverse en la selva, aunque no conocían sitios arqueológicos. Nos recomendaron que en Constitución, un pueblo 25 kilómetros más adelante hacia el este, buscáramos a un hombre llamado Ciriaco, quien supuestamente había sido chiclero y conocía bien la selva y, seguramente, también las ruinas.

Llegando a Constitución, nos dirigieron a una casa en el extremo norte del pueblo. En respuesta a nuestro saludo, salió de ella un hombre de unos 50 años, de cabello negro, piel morena, sin camisa, de rostro serio. Con Raymundo le explicamos nuestras intenciones. Ciriaco Requena Sandoval nos dijo que efectivamente había trabajado mucho en la selva y que conocía unas ruinas no muy lejos de la antigua central chiclera de Villahermosa, en la parte sur de la Biósfera de Calakmul. Hablaba despacio, con cuidado y mesura. Incluso parecía desconfiado y no mostraba ningún entusiasmo por colaborar con nosotros. Cuando tocamos

La fachada
sur de uno de
dos edificios
mayores en
Olvidado mira
al callejón
que conduce
de Buenfil a
Villahermosa.



En el lado norte de la crestería del segundo edificio mayor de Olvidado se conservan restos de elementos decorativos elaborados en estuco.

el tema del pago, simplemente respondió que por esa cantidad ya tenía suficiente chamba en el pueblo, pues lo buscaban para construir casas de madera y otros trabajos. Sin embargo, por sus palabras y las preguntas que nos hizo, se notaba que realmente conocía la selva y era consciente de las dificultades, pero que también sabía cómo enfrentarlas. Sentí que tenía que convencerlo. Cuando le ofrecí un pago mejor que al principio, y añadí que al pagar siempre tomo en cuenta la eficiencia de cada quien, accedió. Acordamos equiparnos con todo lo necesario y partir en dos días.

Fue hasta después que me di cuenta de que ese momento marcó el inicio de una estrecha y auténtica amistad que perdura hasta el día de hoy. Entre todos los lugareños que he conocido, Ciriaco Requena es sin duda el mejor conocedor de árboles, animales, las condiciones de la selva y las habilidades necesarias para sobrevivir y trabajar en este entorno; un hombre confiable, astuto, ingenioso y eficaz.

Del poblado de Constitución salimos por la carretera hacia el este y, en la comunidad de Conhuás, tomamos la única carretera pavimentada que

conduce hacia el sur, al corazón de la deshabitada Reserva de la Biósfera Calakmul. La carretera fue construida años atrás con el único propósito de permitir a los visitantes acceder al sitio arqueológico de Calakmul, ubicado a unos 60 kilómetros de distancia. Cerca del kilómetro 50, donde había dos cabañas de madera semiderruidas inmediatamente al este de la carretera —vestigios del antiguo campamento Central Buenfil—, giramos a la izquierda, entrando al callejón que iba hacia el sur.

Ese camino ya lo conocía. En 2002 habíamos llegado a Villahermosa y encontrado dos sitios arqueológicos, no muy grandes, al este del antiguo campamento. Después de que los chicleros lo abandonaran años atrás, el ejército estableció ahí su base temporal, y en los años noventa la administración de la biósfera comenzó a construir una especie de centro de investigación; levantaron algunas casas, pero el proyecto quedó inconcluso. Aunque el callejón, ocasionalmente utilizado por los guardaparques de la biósfera y por el ejército, no estaba muy enmontado, el avance era lento. Los camiones que antaño transportaban materiales de construcción a Villahermosa dejaron enormes hoyos en los tramos lodosos, y en muchos lugares sobresalen del suelo grandes rocas que había que pasar con mucho cuidado. Hacía dos años, en una de esas piedras rompí la carcasa del diferencial, lo que provocó la fuga del aceite. Ni siquiera los soldados que pasaron por casualidad pudieron ayudarnos. Por suerte, no se trataba del diferencial del eje principal de tracción, sino del delantero, usado solo al activar la doble tracción, lo que en esa ocasión no era indispensable, ya que el terreno estaba seco.

Después de dos horas de camino, el callejón giró hacia el este y, tras unos kilómetros, apareció a nuestra izquierda una estructura de unos 10 metros de altura, bastante deteriorada pero aún impresionante, con una altísima crestería, es decir, un muro decorativo perforado por estrechos nichos rectangulares.

Este lugar ya lo habíamos visitado en 2002, cuando quise verificar el informe de un grupo de arqueólogos mexicanos que, años atrás, habían identificado estas ruinas con el sitio Pared de los Reyes, visitado en los años 1930 por Cyrus Lundell y Karl Ruppert. Me parecía extraño que tanto Lundell como Ruppert mencionaran haber viajado desde Villahermosa hacia el oeste y noroeste, mientras que estas ruinas junto al callejón están a unos 10 km al norte de Villahermosa y 13 km al este de las coordenadas que Ruppert proporcionó para Pared de los Reyes. Al explorar la zona, descubrimos que se trataba de un complejo de ruinas bastante extenso y que, escondida en la maleza a unos metros de la estructura principal,

había otra edificación muy similar, pero con restos de figuras humanas y mascarones en la crestería. Aunque estos motivos, modelados en estuco, eran parecidos a los descritos por Lundell y Ruppert, quedó claro que ni la ubicación de estas estructuras ni su apariencia coincidían con las fotografías y el plano de Ruppert del sitio Pared de los Reyes.

Era evidente, entonces, que se trataba de otro sitio. Recordé que en el mapa arqueológico del área maya, elaborado en 1940 por el *Middle American Research Institute* de la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, estaba registrado un sitio al norte de Villahermosa con el nombre de Olvidado; en la ficha de ese sitio se indica que Lundell lo reportó, sin nombrarlo, en la página 158 de su artículo *Archaeological Discoveries in the Maya Area*, publicado en 1933.¹⁶ En el lugar citado, Lundell comenta que, tras descubrir Calakmul a finales de 1931, su expedición se dirigió a Central Buenfil, donde se abastecieron, y que la mañana del 3 de enero partieron hacia el sur por un camino muy difícil, que por la tarde se desvió hacia el este siguiendo la orilla del antiguo lago de Calakmul. La estructura más interesante en esa ruta, continúa Lundell, es un muro macizo que se eleva en tres niveles; los dos superiores tienen aberturas angostas que recuerdan a las de la estructura conocida como Paloma, en Uxmal.

Todo indica que el actual callejón hacia Villahermosa sigue el mismo trazo que el antiguo camino arriero utilizado por Lundell: desde la Central Buenfil se dirige hacia el sur, pero al llegar al Bajo El Laberinto gira hacia el este, bordeando la orilla noreste de esta extensa depresión que se extiende desde Villahermosa hacia el noroeste hasta Calakmul. Lundell creía que esta zona era el remanente de un antiguo lago (posiblemente tenía razón, pues investigaciones han demostrado que al menos algunos bajos fueron efectivamente lagos en el pasado). Además de la ubicación, las características arquitectónicas de la estructura junto al camino a Villahermosa coinciden notablemente con las descripciones de Lundell: la moldura que remata la parte inferior de la fachada sur y los orificios en dos niveles de la crestería crean efectivamente la ilusión de tres pisos y recuerdan a la estructura de El Palomar en Uxmal, importante centro del Clásico Tardío en el norte de la península de Yucatán.

Así que este sitio era Olvidado, pero el enigma de dónde estaba Pared de los Reyes no se había resuelto en 2002. Eso era lo que queríamos averiguar en esta temporada.

16 *Proceedings of the American Philosophical Society* 72, núm. 3.

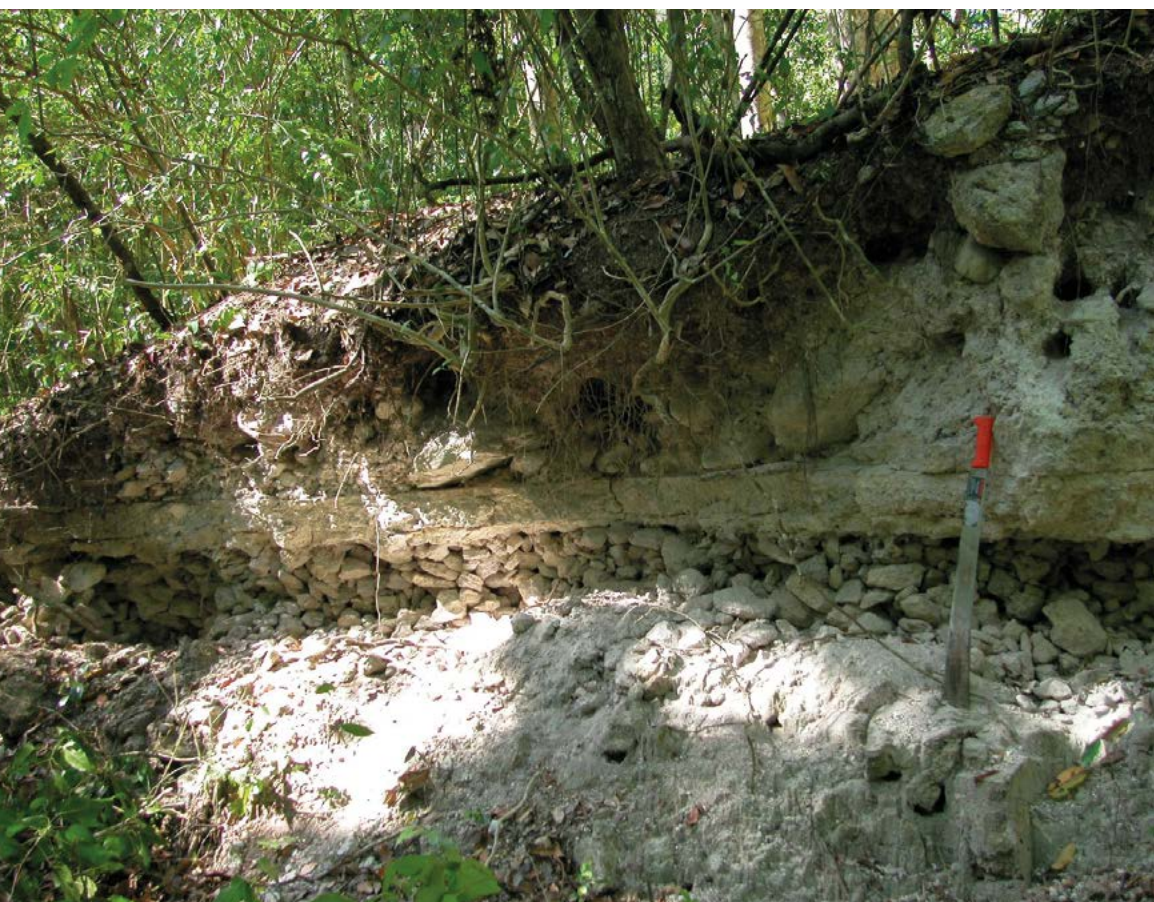
¿Dónde está Pared de los Reyes?

Poco después de dejar atrás Olvidado, el camino volvió a girar hacia el sur. El terreno descendió al Bajo El Laberinto, que estaba seco y no presentaba problemas. Tras unos kilómetros de matorrales densos y árboles bajos, superamos la última loma y, ya avanzada la tarde, llegamos a un claro cubierto de pasto alto: la antigua pista de aterrizaje de la Central Villahermosa.

El recorrido de Buenfil a Villahermosa tomó poco más de cuatro horas. Mi récord de tiempo para estos 40 kilómetros, que he recorrido en muchas ocasiones, es de tres horas con diez minutos, pero solo lo logré en las condiciones más favorables: cuando el vehículo no estaba demasiado cargado y no había obstáculos en el camino, algo que rara vez sucedía.

En su momento, Villahermosa fue una importante central chiclera, lugar de acopio del chicle y donde los recolectores podían abastecerse de todo lo necesario. Los intermediarios transportaban la valiosa materia prima en avionetas, para las cuales se habían preparado dos pistas de aterrizaje, abiertas en la selva en forma de cruz. El aspecto actual de Villahermosa dista mucho de justificar su nombre. Las pistas están cubiertas de pasto alto y matorrales. De las antiguas casas solo queda una, parcialmente de mampostería, pero ya muy deteriorada por el paso del tiempo. Otras construcciones, levantadas hace años para un supuesto centro de investigación, pero nunca terminadas, se alzan entre la maleza como incómodos recordatorios de una inversión fallida; alrededor de ellas se hallan dispersos tambores metálicos y de plástico, costales petrificados de cemento, tablas y otros cachivaches que dan testimonio de la abrupta interrupción de las obras.

Aun así, Villahermosa fue para nosotros un lugar favorable. En las inmediaciones se encuentra una aguada que casi nunca se seca. Nos instalamos en las casas y así tuvimos menos trabajo para acondicionar el campamento. También encontramos la tapa de un tambo metálico, que resultó muy útil como comal para calentar tortillas.



Como nos dijo Ciriaco, las ruinas que conocía estaban cerca de Villahermosa, a lo largo del callejón que antaño unía esta central chiclera con el campamento de La Esperanza, a unos 70 kilómetros al noroeste. Por lo tanto, a la mañana siguiente le encargué que, junto con otros dos trabajadores, empezara a limpiar este camino. Le advertí que, al cortar la maleza, no dejaran chuzos demasiado bajos que pudieran ponchar las llantas de nuestros vehículos. Pero antes de que terminara, me interrumpió:

“No, no; vamos a cortar alto, veinte o treinta centímetros, para que las llantas doblen las puntas”.

Sentí que Ciriaco hablaba como un experto, aunque en ese momento todavía no estaba consciente de lo bien que dominaba su oficio.

Los demás acondicionamos el campamento. Tomamos uno de los grandes tambores de plástico que encontramos en Villahermosa,

El callejón abierto a través de la antigua ciudad que llamamos Yaxnohcah expuso el perfil del piso estucado que cubría la plaza y de un edificio arruinado encima.

lo subimos a la camioneta blanca, fuimos hasta la aguada y lo llenamos de agua. Así, para el recorrido hacia el oeste, aumentamos las reservas, que hasta entonces se limitaban a dos bidones de cincuenta litros. Nuestro trabajador más veterano, don Germán, estaba encargado principalmente de mantener el orden en el campamento y de preparar la comida.

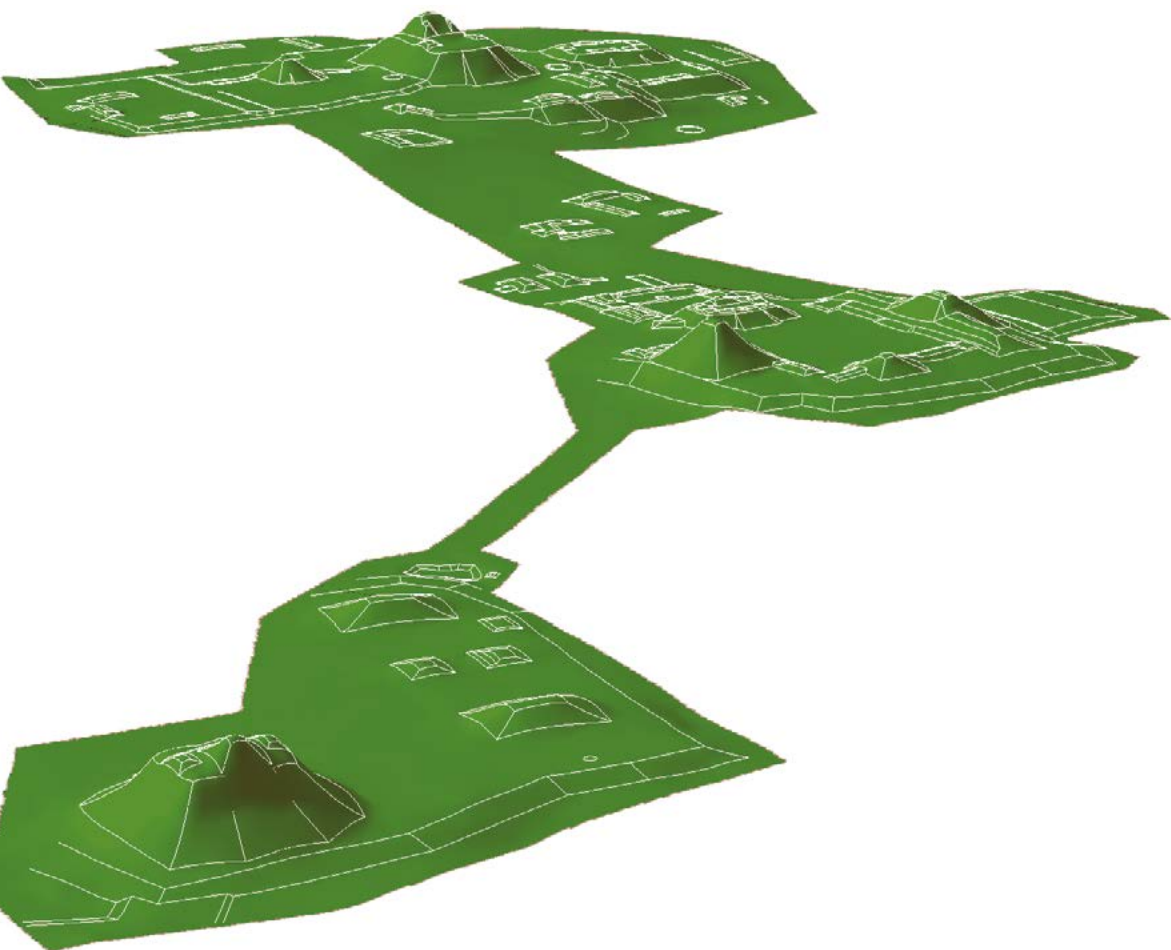
Ciriaco regresó con su equipo al anochecer. Todos estaban visiblemente agotados —nada raro, el día había sido muy caluroso—, pero Ciriaco se me acercó de inmediato para informarme sobre el trabajo realizado. Después de unas palabras, lo interrumpí:

“Más tarde. Primero coman y tomen, luego hablamos”.

Asintió y guardó silencio. Su mirada era completamente fría, pero apenas más tarde me pareció que, justamente desde ese momento, su actitud hacia mí cambió, volviéndose menos reservada. Tal vez vio por primera vez que, en nuestro equipo, las necesidades básicas de cada persona estaban en primer lugar: el trabajo por el que estábamos allí era importante, pero no más que la gente que lo realizaba. En nuestras expediciones siempre faltaba algo, pero lo que había estaba a disposición de todos: café, dulces, ron... o lo que fuera. El principio que procuraba establecer era: seamos racionales en el consumo, pero mientras haya provisiones, las compartimos todos, así como compartimos los esfuerzos y las molestias.

Después de la cena nos sentamos junto al fuego y Ciriaco comentó que en los primeros kilómetros no habría problemas, pero que después el camino estaba bastante cubierto de vegetación. En el cruce donde del camino principal, que va hacia el noroeste, sale otro en dirección suroeste, giraron a la izquierda y llegaron a la aguada de La Fama. Tomaron este camino porque la aguada de La Fama, como le había dicho a Ciriaco, era para nosotros un punto de referencia importante: Karl Ruppert menciona que Pared de los Reyes, que queríamos encontrar, se halla al noroeste del campamento de La Fama.

Al día siguiente partimos con los vehículos y todo el equipo por el callejón hacia al noroeste. Después de despejar cinco kilómetros, ya avanzada la tarde encontramos entre los árboles altos un lugar adecuado para acampar. Desde allí el terreno empezaba a descender hacia un bajo que, por su densa y espinosa vegetación, era completamente inapropiado para el campamento; además, faltaba menos de un kilómetro para llegar a las ruinas que conocía Ciriaco.



Cuando cruzamos el bajo la mañana siguiente, el terreno comenzó a elevarse y la vegetación baja dio paso a un ramonal, un bosque de árboles altos en el que predomina la especie ramón¹⁷. Este árbol tiene frutos comestibles y, curiosamente, las ruinas de las grandes ciudades mayas suelen encontrarse precisamente en los ramales. Sin duda existe una relación entre las propiedades del suelo, que son especialmente adecuadas para el crecimiento de estos árboles, y los terrenos elevados que los mayas preferían para sus asentamientos.

Vista hacia el noreste del núcleo urbano de Yaxnohcah (modelo tridimensional: Tomaž Podobnikar).

¹⁷ *Brosimum alicastrum*.

Los mayas
extraían el
material para
construir sus
edificios de la roca
calcárea, que en
muchos lugares
aflora del suelo.
Canteras grandes
y pequeñas se
encuentran en
muchos sitios
arqueológicos
o en sus
inmediaciones.
La cantera en
esta imagen nos
dio esperanzas
durante la
primera búsqueda
del sitio Pared
de los Reyes.



Las expediciones de Ruppert transitaban por los estrechos caminos de arria, utilizados por los chicleros y sus mulas. Apenas en la segunda mitad del siglo XX, cuando la explotación maderera se volvió más importante, fueron abiertos con máquinas los callejones por los que pudieron pasar los camiones. El buldócer que había raspado el camino que estábamos recorriendo pasó justo por el centro de la antigua ciudad maya. Tras notar algunas ruinas a la izquierda y a la derecha, entramos en una pendiente pronunciada, el callejón se hundió en una especie de cauce, y a ambos lados vimos los perfiles del piso de lo que había sido una plaza: capas de piedras pequeñas cubiertas por un grueso estrato de estuco.

Cuando el terreno volvió a nivelarse, Ciriaco señaló a la derecha: “Aquí está”.

Nos detuvimos. A pocos metros, entre los árboles, se veía la base y parte de la ladera de una enorme acumulación de piedras. Aunque nos acercamos, la vegetación impedía estimar el tamaño y la altura de la construcción. Subimos por el talud sur y llegamos a una plataforma bastante amplia, de la que sobresalían las ruinas de

tres edificios pequeños: uno más grande al borde norte y dos más pequeños al este y al oeste. Descubrimos que estábamos sobre una imponente pirámide truncada; una leve protuberancia a lo largo del talud sur indicaba que ahí había una escalinata que conducía a la plataforma superior, donde se alzaban tres templos. ¡Un conjunto triádico! Edificaciones con esa configuración fueron populares principalmente en el periodo Preclásico Tardío, es decir, entre los siglos III a. C. y III d. C. Muchas se encuentran en la vecina Guatemala, en la relativamente bien explorada región de Petén. Fue precisamente allí donde surgieron las primeras grandes ciudades mayas, entre las que destacan Tintal, Nakbé y El Mirador.

Una inspección rápida de los alrededores reveló que las construcciones de considerables dimensiones se extendían en todas las direcciones. A juzgar por la pirámide con el grupo triádico, era muy probable que estuviéramos en el centro de un importante asentamiento preclásico, cuyas características y extensión habría que estudiar. Esa tarea la dejé en manos de Atasta y Vaquero, mientras que con Ciriaco y Raymundo seguimos avanzando por el callejón hacia el noroeste. Nuestro objetivo era localizar el sitio Pared de los Reyes, que según los datos de Lundell y Ruppert debía estar a solo unos kilómetros.

Cyrus Lundell informa que su expedición partió al amanecer del 9 de enero de 1932 desde Villahermosa por un camino que conducía hacia el oeste a lo largo del borde suroeste del antiguo lago de Calakmul (Bajo El Laberinto). Después de pasar por el abandonado campamento de La Fama, donde en 1929 los chicleros de Campeche y Guatemala se enfrentaron con machetes y rifles, llegaron al mediodía —como dice Lundell— a una de las ruinas mayas más interesantes, adornada con figuras humanas en estuco que llevaban turbantes semejantes a coronas, por lo cual los chicleros la llamaron Pared de los Reyes.

Más tarde, en 1934, Pared de los Reyes fue visitado por la expedición de Karl Ruppert. Sus datos sobre la ubicación del sitio coinciden con los de Lundell, pero son más completos. Ruppert menciona que partieron con mulas desde la aguada de La Fama hacia el noroeste y tras dos horas llegaron a la aguada Unión; las ruinas de Pared de los Reyes estaban a 10 o 15 minutos a pie al noroeste de esa aguada.

Ciriaco y algunas otras personas con las que habíamos hablado conocían la aguada y el antiguo campamento de La Fama, pero nadie había oído hablar de alguna aguada llamada Unión. Esta vez llevábamos una computadora portátil con datos cartográficos que obtuvimos

del sitio web de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (CONABIO). Basándose en fotografías aéreas, esta institución gubernamental había elaborado mapas de caminos, aguadas, vegetación y otros elementos del entorno natural en la Biósfera de Calakmul. En esos mapas pudimos encontrar la aguada de La Fama, a la que Ciriaco y sus dos ayudantes ya habían llegado dos días antes, así como una aguada situada a 6.5 kilómetros en línea recta al noroeste de La Fama, una distancia que —considerando los sinuosos caminos de arria— corresponde bastante bien a las dos horas de caminata mencionadas por Ruppert. Además, comprobamos que esta aguada se encuentra a 2.3 kilómetros al este de las coordenadas que Ruppert dio para Pared de los Reyes, es decir, dentro del rango

En las raíces de algunas especies de árboles hay suficiente agua para casos de emergencia.



habitual de error en sus coordenadas de varios sitios arqueológicos. Por lo tanto, era muy probable que esta fuera la aguada Unión.

Para llegar a ella, introdujimos sus coordenadas en el navegador portátil y primero caminamos por el callejón abandonado hacia el noroeste; luego, en un crucero donde otro camino, mucho más enmontado, se dirigía hacia el norte, doblamos a la derecha. A lo largo del trayecto nos llamó la atención una pequeña cantera: en unos pocos metros cuadrados sobresalían rocas con varias superficies verticales lisamente cortadas. Las canteras de diferentes tamaños son muy comunes en los antiguos asentamientos mayas. El hallazgo nos dio esperanzas adicionales de estar en la ruta correcta: Ruppert menciona que, al caminar hacia la aguada Unión, pasaron por una cantera.

El trabajo de abrir el camino fue tan agotador que llegamos a la aguada ya entrada la tarde; estaba seca y cubierta de hierba alta. Tuvimos que regresar inmediatamente, ya que estábamos a más de ocho kilómetros de nuestro campamento. Volvimos en completa oscuridad y totalmente exhaustos. Al inicio de la temporada, cuando aún estábamos sin condición física, esta caminata fue devastadora. Unos sorbos de whisky nos ayudaron a recuperarnos, y el ánimo también se elevó gracias a Atasta y Vaquero: al inspeccionar el terreno al sur de la pirámide junto al camino, encontraron grupos de construcciones grandes; aunque no pudieron determinar hasta dónde se extendían, estaba claro que se trataba de un centro grande e importante. Como era el primer sitio de la temporada de un tamaño evidentemente considerable, surgió la idea de nombrarlo *Yaxnohcah*, o ‘Primera gran ciudad’. Decidimos estudiarlo con más detalle durante el levantamiento topográfico, en la segunda fase de la temporada. Por ahora, nos vamos a dedicar a la búsqueda de Pared de los Reyes.

Después de la cena nos quedamos sentados junto al fuego; no había moscos, la noche era casi romántica, y Ciriaco se soltó a hablar por primera vez. Contó que en realidad era de Guatemala y que había llegado a México siendo un joven chiclero. La frontera que atraviesa estos bosques despoblados ni siquiera hoy representa un obstáculo; en aquel tiempo, los chicleiros iban regularmente de un lado a otro. La selva se extendía de ambos lados, la gente hablaba la misma lengua y buscaba la misma valiosa materia prima. Ciriaco llegó un día a Villahermosa para abastecerse de víveres. Aunque en todas partes imperaba la ley de la jungla y del más fuerte, así que las disputas a menudo terminaban en asesinatos, sintió que el ambiente

era más tranquilo de este lado y decidió quedarse. A los compradores de chicle no les importaba de dónde eran las personas, sino qué tan buenos trabajadores eran.

Escuchamos su historia con interés, y la conversación inevitablemente derivó hacia el saqueo de ruinas, actividad a la que pocos chicleros se resistían. Contó que en Guatemala lo había hecho con frecuencia, pero nunca en el lado mexicano. Habló de varios sitios donde había ‘trabajado’, de las formas de excavar, de los objetos que había encontrado, de los compradores, de las ganancias, que no eran malas, pero se esfumaban tan rápido como llegaban... Dejando de lado lo ilegal de sus acciones, era un profesional admirable. Entre todos los locales que he conocido, Ciriaco es el único que habló de esto sin rodeos. Por supuesto, sabía que nadie podía perseguirlo por eso ni probarle nada. Sin embargo, tuve la impresión de que también empezaba a confiar en nosotros. Y más adelante, en incontables ocasiones, demostró que él también era digno de confianza.

A medianoche nos despertó una fuerte tormenta. Como no habíamos protegido las hamacas contra la lluvia, amanecimos empapados. Junto al fuego tratamos de calentarnos y secar nuestras cosas, aunque fuera un poco. Ciriaco comentó que, para la próxima, debemos conseguir lonas de plástico. Los chicleros se instalan en cada campamento por varios días o semanas, por lo que construyen palapas con techos de guano; en nuestro caso, sin embargo, ese trabajo no valdría la pena.

Para no gastar demasiada energía caminando todos los días en busca de Pared de los Reyes, Raymundo, Atasta, Vaquero y yo llevamos solo el equipo más importante y acampamos cerca de la aguada que habíamos encontrado el día anterior. Como estaba seca, acordamos que los demás trabajadores se quedaran en el primer campamento y nos trajeran agua cada día.

En los tres días siguientes recorrimos la zona al noroeste de la aguada. Encontramos varias ruinas pequeñas, algunas canteras e incluso los restos de un camino de piedra, de unos dos metros de ancho, que en algunos tramos se elevaba hasta metro y medio sobre el terreno circundante. Caminos como éste, llamados con el término maya *sacbé* (‘camino blanco’), conectaban asentamientos, así como distintos conjuntos arquitectónicos dentro de una misma ciudad. Aunque los mayas no usaban la rueda —ni siquiera en la alfarería— y, por lo tanto, no contaban con vehículos de ningún tipo, estos caminos o calzadas, en algunos casos construcciones realmente impresionantes,



facilitaban mucho el desplazamiento, sobre todo a través de los humedales (bajos), que en temporada de lluvias se convertían en zonas pantanosas. Nuestro sacbé, de unos 800 metros de largo, conectaba un grupo mayor de edificios derrumbados con dos canteras hacia el sur.

Nidos de aves
oropéndolas.

Ciriaco tuvo la oportunidad de mostrar varias de sus habilidades. Una tarde, cuando todavía estábamos lejos del campamento y se nos había acabado el agua, se puso a revisar los árboles con empeño y finalmente encontró lo que buscaba: un álamo cuyas raíces se extendían muy lejos. Escogió una que estaba casi toda en la superficie, le quitó un poco de tierra y, con golpes rápidos de machete, la cortó en dos puntos separados por unos dos metros; del trozo que arrancó se escurrió como para un vaso de agua blanquecina pero salvadora. Esta vez hubo suficientes raíces para calmar la sed al menos un poco, pero los árboles que almacenan agua en las raíces —como el álamo, la amapola y el matapalo— no se encuentran en cualquier parte.

En otra ocasión, mientras Vaquero y Atasta hacían el croquis de un pequeño grupo de ruinas, Ciriaco y yo revisábamos el terreno al oeste de nuestro campamento provisional cuando escuchamos el

canto de unas aves llamadas oropéndolas¹⁸, que hacen sus característicos nidos colgantes en los árboles. “Estas nunca están lejos del agua”, comentó Ciriaco, por lo que sospeché que, cerca de la aguada seca donde acampábamos, podría haber otra con agua. Queríamos encontrarla, no solo por el agua, sino también por la posibilidad de que la aguada seca junto al campamento no fuera la aguada Unión; de ser así, estábamos buscando en el terreno equivocado. Seguimos caminando y, después de un rato, Ciriaco señaló con su machete: “Aquí hubo un camino de arria”. Como yo no veía ningún sendero, me mostró las raíces de los árboles de ramón, roídas años atrás por las mulas. Estos caminos siempre conectaban una aguada con otra, por lo que lo seguimos, pero nos llevó a un bajo donde ya no era posible reconocerlo.

Las condiciones en las que trabajábamos nos agobiaban cada día más. Nuestra alimentación consistía principalmente en latas, pan tostado y galletas saladas, y el agua que con mucho esfuerzo nos llevaban cada día apenas alcanzaba para beber y para el café de la mañana. Para lavarnos las manos y la cara no podíamos usar más que cantidades mínimas y cada vez con menos efecto: por el sudor intenso de cada día, el agua simplemente resbalaba sobre la piel grasosa. No nos faltaba voluntad, pero después del cuarto día de rastrear la zona, tuvimos que admitir la derrota: había muchos restos arqueológicos, pero la famosa construcción con estucos no aparecía por ningún lado. Habíamos revisado un área extensa, alejándonos de la aguada junto a nuestro campamento mucho más de los 15 minutos a pie que menciona Ruppert. Incluso llegamos hasta las coordenadas que proporciona para Pared de los Reyes, ubicadas 2.5 kilómetros al noroeste de la aguada. Pero todos los esfuerzos fueron en vano. ¿Estará embrujado el lugar? ¿Es posible que, pese a todo, se nos haya escapado algo? ¿O será que la aguada junto a la que acampamos ni siquiera es la aguada Unión?

No fue hasta el año siguiente que obtuvimos la respuesta.

¹⁸ *Psarocolius montezuma*.

Equivocación

Las provisiones se nos agotaron y tuvimos que regresar a la civilización. Los vehículos también necesitaban mecánico, a no hablar del vulcanizador. Ciriaco mencionó que en Xpujil vivía Guadalupe Lozano, su amigo y antiguo compañero, que como buen chiclero seguramente podía sernos de ayuda. Don Guadalupe recordó que años atrás había visto unas ruinas grandes cerca del campamento El Tintal, al suroeste de la aguada de La Fama, y aceptó llevarnos allá. También llevó a su hijo Raúl, mientras Ciriaco, en lugar de los anteriores que no se animaron a salir de nuevo, consiguió en su pueblo a otros tres trabajadores.

Raymundo me contó que, hace años, junto con sus colegas de la universidad, llegó a Oxpemul, un importante sitio arqueológico descubierto en 1934 por Karl Ruppert. Al igual que varios otros, este sitio se consideraba perdido hasta su redescubrimiento, del cual hablaba Raymundo y sobre el que solo se había publicado un informe muy escueto. Por eso me interesaba, por supuesto, saber dónde estaba Oxpemul y en qué estado se encontraba. Me pareció extraño que Raymundo, según dijo, no hubiera visto ningún monumento de piedra, ya que Ruppert menciona nada menos que 19 estelas y 18 altares; incluso si los saqueadores habían estado allí, seguramente no se llevaron todos, pues normalmente solo cortan las superficies con relieves. Raymundo recalcó que visitaron el sitio muy de prisa y que, por lo tanto, sin duda no vieron todo. Así que valdría definitivamente la pena regresar para examinarlo con detenimiento.

Nos dividimos en dos grupos. Con Raymundo, Ciriaco y otros dos muchachos, Andrés y Gonzalo, acampamos junto a la aguada que está en el kilómetro 27 de la carretera de Conhuás a Calakmul, desde donde nos dirigiríamos a Oxpemul. Atasta y Vaquero, en cambio, continuaron con los demás trabajadores rumbo a Villahermosa, de donde Guadalupe los llevaría hasta El Tintal y las ruinas que conocía. Además de los tres vehículos que nos permitían trabajar en dos grupos, esta vez teníamos por primera vez también dos teléfonos satelitales rentados. No se trataba de estarnos llamando y conversando directamente: aun si mantuviéramos los teléfonos encendidos todo el tiempo, con lo cual las baterías se agotarían rápido, rara vez lograríamos comunicarnos, ya que la señal satelital no penetra el follaje de los árboles. Pero sí podíamos apoyarnos con mensajes

de voz: por lo menos una vez al día cada equipo procuraba encontrar un espacio lo bastante abierto para enviar, en caso necesario, un mensaje y verificar si el otro grupo tenía algo que comunicar.

Nuestro campamento estaba a solo unas decenas de metros de la carretera, en un bosque alto y agradablemente fresco junto a la aguada, que tenía bastante agua. Sin duda era uno de los campamentos más bonitos, casi romántico para nuestras condiciones. Pero para que no haya confusión: la idea de un picnic relajado junto a una laguna con playa de arena sería muy desacertada. Las aguadas son solo charcos más o menos grandes, con orillas fangosas donde crecen cañaverales, arbustos, hierba alta, muchas veces todo a la vez. Para poder sacar agua, es necesario colocar troncos que permitan llegar hasta un punto donde ésta sea suficientemente profunda. Al recogerla, casi siempre se enturbia y hay que esperar a que las partículas de lodo se asienten. Donde hay agua, naturalmente, también hay más fauna, y no solo mosquitos. El sitio para el campamento debe limpiarse con cuidado, para poder detectar más fácilmente alguna víbora. A las aguadas suelen llegar los jabalíes y puercos del monte, que no atacan porque sí, pero si algo los irrita, la única salvación es trepar rápidamente a un árbol. Otros grandes consumidores de agua son los tapires o dantos, en principio mansos, pero lo suficientemente fuertes como para no temerle a nada y arrollar todo lo que encuentren en su camino habitual. ¿Jaguares? Son sin duda los felinos más poderosos de la selva tropical centroamericana, pero prefieren evitar al ser humano. Hemos visto huellas varias veces, aunque solo en dos ocasiones tuve la suerte de mirar al rey de estos parajes cara a cara; en ambas se encontraba en el callejón, pero al cabo de unos instantes se dio vuelta con dignidad y desapareció en la espesura.

A pesar de las incomodidades, en nuestras expediciones siempre nos alegra encontrar una aguada con agua. En la temporada de lluvias, cuando trabajan los chicleros, las aguadas están llenas y el abastecimiento de agua no representa ningún problema. Pero como para nuestro trabajo solo es adecuada la época seca, cuando no se puede saber si alguna aguada tendrá agua, siempre hay que llevarla, pero en cantidades que por supuesto son limitadas. Aunque el agua de todas las aguadas tiene un olor y un color característicos, debido a la gran cantidad de sustancias de origen vegetal disueltas, es perfectamente apta para beber; los chicleros la toman directamente, mientras que nosotros, por precaución, la hervimos o la desinfectamos de otra manera. Además, si hay una aguada cerca, tampoco es necesario tomar medidas especiales de ahorro en el consumo

de agua para lavar la ropa o asearse. ¡Qué sensación tan divina es poder enjuagarse de pies a cabeza, después de un día caluroso y agotador, de las pegajosas secreciones del cuerpo! Bañarse en la aguada misma, sin embargo, no es recomendable; no solo por algún cocodrilo que quizá no haya tenido todavía su ración del día, sino también por el lodo, que enturbia el agua al instante y anula el efecto de la limpieza. Con una cubeta, en cambio, se puede sacar agua bastante clara que después, si es necesario, filtramos con una tela.

Cocodrilo en la
aguada junto
a la carretera
hacia Calakmul.

El lugar para nuestro campamento junto a la carretera lo revisamos con cuidado, barrimos las hojas con ramas y cortamos la maleza. No vimos serpientes ni huellas de animales grandes. En medio de la aguada descansaba un cocodrilo, que imponía cierta cautela, pero no nos prestaba atención. Solo una rama que Ciriaco le lanzó nos convenció de que estaba muy vivo.



Cerca de allí, junto a la carretera, se levantaba una torre metálica que de vez en cuando usaban los vigilantes de la biósfera y desde la cual se podía ver una protuberancia significativa en el horizonte oriental. “Esa es la pirámide principal de Oxpemul”, dijo Raymundo, “a unos cinco kilómetros de aquí”. Uno de los trabajadores se quedó en el campamento, y los demás nos dirigimos hacia allá. Encontramos la vereda que años atrás habían abierto Raymundo y sus compañeros; aunque ya estaba bastante enmontada, facilitaba el avance a través del bajo que teníamos que cruzar. Tras pasar el cauce seco del arroyo llamado Río Desempeño y una serie de pequeñas ruinas, el terreno empezó a elevarse. Subimos por terrazas evidentemente artificiales, vimos cada vez más montículos y finalmente llegamos al edificio piramidal más grande, de unos 30 metros de altura. Raymundo me mostró un anexo bajo y alargado que, según él, en el plano de Ruppert de Oxpemul aparece dibujado en el lado equivocado; estaba convencido de que el plano era una imagen en espejo de la realidad. Trepamos a la pirámide derruida, que en algunos puntos dejaba al descubierto partes de los muros, y comprobamos que estaba situada en el extremo sur de una loma bastante marcada, mientras que en el plano de Ruppert la pirámide mayor se encuentra en el extremo norte. ¿Entonces su plano no solo está invertido en espejo, sino que además tiene mal señalado el norte?

Bajamos a la plaza frente a la pirámide y, con el plano de Ruppert en la mano, comenzamos a recorrer las ruinas hacia el norte. No solo no apareció ninguna estela por ningún lado; cuanto más mirábamos, más nos quedaba claro que el plano no coincidía ni con la distribución ni con la apariencia de los edificios entre los que caminábamos.

“Raymundo”, dije, un poco vacilante, “o el topógrafo de Ruppert estaba hasta atrás o esto no es Oxpemul”.

Raymundo se detuvo, clavó el machete en el suelo y negó con la cabeza:

“No, no es”. Tomó aire, se quitó la gorra y se rascó la cabeza. “En aquel entonces estuvimos aquí muy rápido. Me pareció que el adosamiento de la gran pirámide era exactamente como en el plano, solo que en el lado equivocado. Eso nos fue suficiente. Pensamos que estábamos en Oxpemul”.

No fue fácil admitir el error, pero Raymundo era demasiado honesto para no hacerlo:

“La cagamos. Esto no es Oxpemul”.

El sitio arqueológico era sin duda grande y pensamos que tendríamos que regresar para examinarlo y cartografiarlo con detalle. Pero unos días después, cuando Raymundo viajó a Campeche, se enteró de que en realidad ya era conocido: el arqueólogo Agustín Peña había incluido la descripción y el plano de este sitio, al que llamó Dos Aguadas, en su tesis de maestría en 1986; aunque no está publicada, sí es accesible, por lo que un nuevo levantamiento cartográfico no tendría sentido.

Por supuesto, ahora nos quedaba la pregunta importante: ¿dónde está entonces Oxpemul? Las coordenadas de Ruppert caen en un bajo, a poco más de tres kilómetros hacia el sureste. Como ese tipo de terreno se encharca durante la temporada de lluvias y es completamente inadecuado para la ocupación —ninguno de los asentamientos mayas está en un bajo—, estaba claro que había un error en las coordenadas y que Oxpemul probablemente se encuentra en algún cerro cercano.

Para obtener algo de agua, Ciriaco cavó un hoyo en la aguada casi seca.



Subimos de nuevo a la pirámide, cuya cúspide no estaba demasiado cubierta de vegetación, de modo que pudimos observar el entorno. Hasta donde alcanzaba la vista, el paisaje estaba cubierto por una alfombra verde, pero aun así intentamos buscar en las elevaciones cercanas alguna señal que indicara la presencia de estructuras mayores bajo los árboles. El más sospechoso era un cerro situado a unos cinco kilómetros hacia el este. Las protuberancias notables en ella no parecían nada naturales. Para verificarlo, por supuesto, tendremos que ir hasta allí. Desde la loma en la que estábamos, se extendía hasta el cerro un bajo completamente llano y seguramente difícil de atravesar, pero la curiosidad superó la preocupación por las dificultades.

Regresamos al campamento junto a la carretera e hicimos el plan para la jornada siguiente. Al revisar el mapa de las aguadas en la computadora, noté que una de ellas se encontraba muy cerca de las ruinas que habíamos examinado ese día. Vamos a buscarla y acampar allí, para que, al abrir el camino hacia el este, nos ahorremos tener que regresar hasta la carretera.

Al día siguiente, Gonzalo se quedó en el campamento, porque alguien, por la cercanía de la carretera, debía vigilar la camioneta y el equipo que quedaba allí; además, acordamos que más tarde nos traería agua. Los demás tomamos solo el equipo imprescindible y algo de comida, y con las coordenadas ingresadas en el GPS, encontramos sin dificultad la aguada que buscábamos. Para nuestra gran alegría, comprobamos que no estaba completamente seca. Ciriaco cavó un hoyo en el lodo con un palo; esperábamos que para la noche allí se acumulara algo de agua. Enviamos a Andrés de regreso al campamento junto a la carretera para que se quedara allí y le explicara a Gonzalo la mejor manera de encontrarnos con agua y comida. Mientras tanto, Raymundo, Ciriaco y yo limpiamos junto a la aguada un lugar adecuado para acampar.

Con la ayuda del azimut que había medido con la brújula el día anterior, localicé en el mapa geográfico el cerro que habíamos visto desde la cima de la pirámide y que era nuestro objetivo; determiné las coordenadas del punto más alto de la elevación e ingresé los datos en el GPS. Alrededor del mediodía comenzamos a avanzar hacia el este. Cerca de la aguada nos topamos con un viejo callejón que conducía en la dirección correcta. Lo seguimos, pero era evidente que no se había usado en muchos años. Después de recorrer menos de dos kilómetros, cuando el terreno descendió al bajo, se volvió tan enmontado que ya no facilitaba el avance, por lo que comenzamos a abrir el camino lo más recto posible, siguiendo la dirección que marcaban la brújula y el GPS.

Alrededor de las cinco de la tarde interrumpimos el trabajo y regresamos al campamento a oscuras. Allí ya nos esperaba Gonzalo junto al fuego que crepitaba. Contábamos con trastes imprescindibles, así que pudimos preparar una cena caliente, aunque improvisada. Gonzalo había traído un garrafón de veinte litros de agua potable y, además, con alegría comprobamos que en el hoyo cavado por Ciriaco en la aguada se había acumulado suficiente agua también para necesidades higiénicas; el lodo se había asentado, el agua estaba clara y unas tortuguitas nadaban en ella. No habíamos traído cubetas, pero sí teníamos dos botellas de dos litros de Coca-Cola. Fue entonces cuando me convencí por primera vez de que cuatro litros de agua son suficientes para un baño completamente decente, con enjabonado y enjuague. Con una botella es posible dosificar el agua de manera económica y eficaz, minimizando las pérdidas.

¡Agua! Qué natural nos parece que fluya del grifo y que haya suficiente para ducharse, lavar ropa, automóviles, regar jardines, refrescar parques; qué poca importancia le damos en la civilización y qué preciosa se vuelve cuando falta. Solo en el trabajo de campo estoy realmente consciente de su valor. ‘El hambre es el mejor condimento’, dice un viejo refrán; solo en la escasez las cosas pequeñas pueden brindar gran satisfacción. Quien no haya vivido algo así difícilmente comprenderá el placer que pueden ofrecer, en tales condiciones, apenas cuatro litros de agua parduzca y con olor a descomposición de una aguada.

Que el agua sea casi sinónimo de vida se siente con mayor intensidad en la naturaleza, sobre todo en regiones donde la diferencia entre la temporada de lluvias y la seca es marcada, incluso en la selva tropical, que solemos imaginar como un eternamente húmedo biotopo de abundancia. Es cierto que la humedad está presente en muchas plantas y en el aire, pero la selva centroamericana no siempre es igualmente verde. Al inicio de la temporada de lluvias, los cambios son abruptos y evidentes: el sotobosque brota casi de repente, las copas de los árboles se densifican, las especies y cantidades de insectos se multiplican, las aves cantan con más fuerza, las ranas inician sus conciertos masivos... Y solo cuando comienzan las lluvias, también germinan los cultivos en los campos. Si la temporada de lluvias no llega a tiempo, esto sigue siendo motivo de gran preocupación para muchos campesinos, tal como lo fue para los antiguos mayas. Así nos queda completamente claro por qué, entre los elementos que decoran su arquitectura, los más frecuentes son justamente los grotescos mascarones de Chaac, dios de la lluvia.

Oxpemul

A la mañana siguiente, Gonzalo regresó al campamento junto a la carretera para relevar a Andrés, quien por la tarde nos traería agua; con Raymundo y Ciriaco nos dirigimos en la dirección opuesta. El día anterior habíamos abierto camino por un terreno elevado, descendimos y comenzamos a internarnos en el bajo, pero la parte más difícil aún nos esperaba; según el mapa, nos faltaban por lo menos dos kilómetros y medio para cruzar el bajo y llegar al pie del cerro al que nos dirigíamos.

Ciriaco iba adelante abriendo paso y cortando lo más necesario, mientras que Raymundo y yo caminábamos detrás de él ensanchando el sendero de manera adecuada. Todo bajo es incómodo para andar, pero este estaba especialmente feo. La vegetación era sumamente tupida, baja y sin ofrecer sombra alguna; las espinas nos arañaban a cada paso, y la mayor parte de la maleza estaba formada por especies con una madera tan dura que teníamos que estar parando a cada rato para afilar los machetes. De vez en cuando, Ciriaco se detenía para que yo, con la ayuda del GPS y la brújula, comprobara si la dirección en la que abría camino seguía siendo la correcta. Pero no podía más que admirar su habilidad, que después demostró muchas veces más. Rara vez hay que corregirlo. Aunque va girando ya a la izquierda, ya a la derecha, para evitar árboles y zonas de maleza densa, en promedio mantiene con mucha precisión el rumbo que debemos seguir. Yo también puedo hacerlo, siempre que me ayude con la brújula o que el sol esté lo bastante bajo como para orientarme por mi propia sombra. Ciriaco también se orienta con el sol; cuando le indico una dirección, la compara con la de su sombra. Lo sorprendente es que mantiene el rumbo casi igual de bien incluso en las horas cercanas al mediodía, cuando prácticamente no hay sombra —por lo alto que está el sol en las zonas tropicales—, o cuando el cielo está nublado. Y una habilidad así no es nada común entre los lugareños, ni siquiera entre los que llevan años trabajando en los montes.

Esta vez Ciriaco tuvo que dar rodeos especialmente grandes. En muchos tramos todo estaba tan enmarañado que le costaba decidir por dónde el paso sería menos difícil y cansado. Después de unas



La Estela 17 de Oxpemul fue la primera prueba de que redescubrimos la ciudad que había estado perdida por 70 años.

ocho horas de esfuerzos, por la tarde el terreno empezó a elevarse, la vegetación se hacía más alta, aunque seguía siendo muy densa y sin árboles grandes. Ciriaco comentó que ahora entendía por qué el callejón que habíamos seguido al principio estaba ya tan enmontado; calculaba que no se había usado en unos treinta años, seguramente porque en esa zona casi no había árboles aprovechables, ni para chicle ni para madera.

Hacia las cuatro de la tarde subimos al cerro, a un punto que parecía ser el más alto. Pero nos aguardaba una desilusión: no había más que algunas ruinas pequeñas. Ciriaco se trepó a un árbol para mirar alrededor.

“¡El terreno baja en todas direcciones!” gritó.

“¿También hacia el oriente?”

Trató de acomodarse para encontrar la posición que le permitiera, entre ramas y hojas, mirar hacia el este.

“Los árboles en esa dirección se ven altos; a lo mejor también el terreno sube”.

Ojalá que sí, pensé. El GPS me marcaba que hasta nuestra meta —la cima del cerro cuyas coordenadas había determinado en el mapa— todavía faltaban 900 metros. Así que seguimos hacia el oriente, pero el terreno descendía ligeramente, pero de manera constante, lo cual, ya de por sí cansados, nos llenaba de desánimo. Al cabo de un rato empezó a subir, pero en ninguna parte se veía ni el más pequeño montículo. Sólo había afloramientos de roca natural, y la vegetación seguía siendo inusualmente tupida: ningún árbol de gran altura, ningún ramonal como los que normalmente cubren las ciudades mayas. Y solo nos faltaban 300 metros para llegar al punto que era nuestro objetivo.

Seguimos subiendo durante algunos minutos más, cuando de pronto apareció ante nosotros una ladera empinada cubierta de piedras. Nos acercamos y vimos que no se trataba de un edificio, sino de una especie de muro de contención, de varios metros de altura, que se perdía en la maleza hacia la izquierda y hacia la derecha. Trepamos por él, llegamos a un terreno nivelado y —frente a nosotros se abultaba un montón de piedras, tan alto y enmontado que no alcanzábamos a ver la cima. Raymundo y yo nos detuvimos, mientras Ciriaco subió a la ruina y desde arriba gritó:

“¡Aquí hacia el norte hay otra, más alta!”

Saqué de la mochila la copia del plano de Oxpemul de Ruppert. La pirámide más alta está en el extremo norte. Nosotros llegamos desde el poniente; si esto es Oxpemul y si el plano de Ruppert es exacto, entonces ahora estamos al pie poniente de la pirámide sur, la Estructura VI. Y si es así, del otro lado debería estar, según el plano, una estela...

Raymundo y yo nos olvidamos del cansancio y nos lanzamos hacia la derecha, para rodear la pirámide y llegar a su lado oriente. La maleza, que dejaba ver apenas unos cuantos metros adelante, caía bajo los machetazos como si no lleváramos ya todo un día de cortar

y sudar. Mientras seguíamos la base de la ruina, primero teníamos el sol de la tarde a nuestra espalda, luego se movió a nuestra izquierda y finalmente se escondió tras la mole del edificio; unos pasos más hacia el norte y...

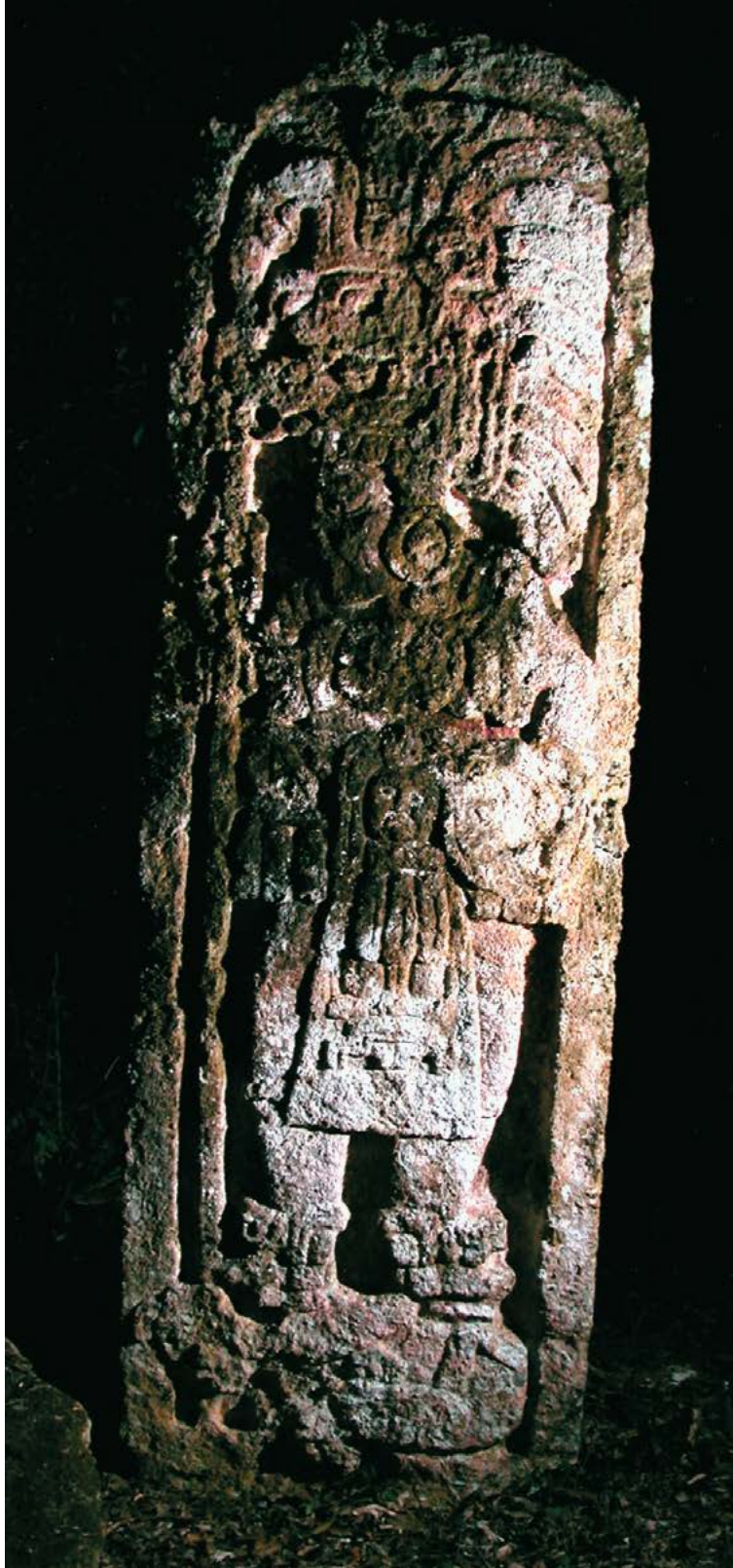
¡Ahí estaba la estela! Todavía estaba erguida, aunque ligeramente inclinada; en medio de la implacable vegetación, parecía algo melancólica, como si lamentara la muerte de la ciudad cuya grandeza había presenciado, hasta que siglos atrás fue devorada por la selva. Me acordé de John Lloyd Stephens, uno de los primeros viajeros que penetraban en los misterios de los mayas; en su libro publicado en 1841, esto es lo que escribió sobre el descubrimiento de Copán, el famoso sitio arqueológico en Honduras:

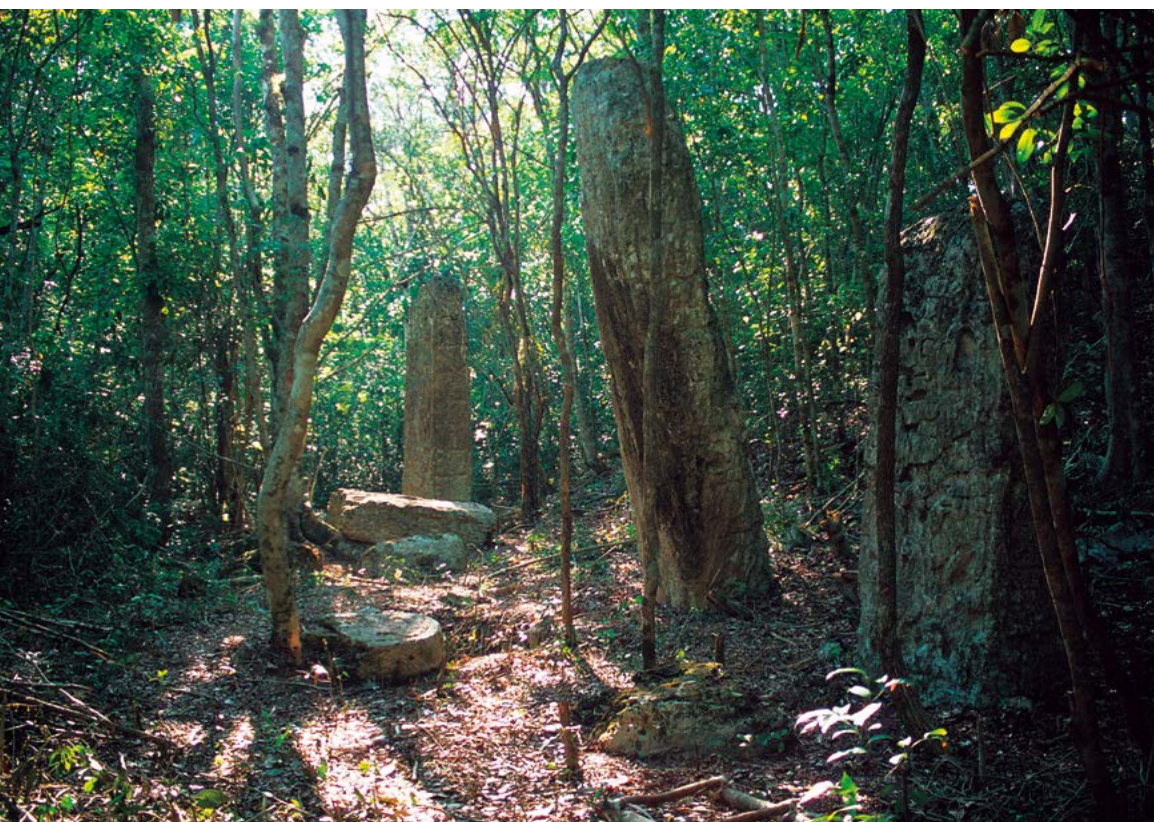
La ciudad estaba desolada. Ningún vestigio de aquella raza rondaba las ruinas, ni tradiciones transmitidas de padre a hijo, de generación en generación. Yacía ante nosotros como un barco destrozado en medio del océano, con sus mástiles perdidos, su nombre borrado, su tripulación pericida, y nadie que pudiera contar de dónde venía, a quién pertenecía, cuánto tiempo llevaba en su viaje o qué causó su destrucción [...]. Todo era misterio, un misterio oscuro e impenetrable, y cada circunstancia lo hacía mayor. En Egipto, los esqueletos colosales de templos gigantescos se alzan sobre arenas resacas, en toda la desnudez de la desolación; aquí, un bosque sin fin envolvía las ruinas, ocultándolas a la vista [...].¹⁹

La estela miraba con su cara frontal hacia el oriente, sobre lo que antaño fue una plaza, y mostraba un relieve bien conservado de un personaje de pie con majestuoso atuendo, evidentemente uno de los gobernantes de esta ciudad. Equipado con una lujosa placa pectoral y un delantal decorado, sostenía una lanza en la mano derecha y un escudo redondo en la izquierda. En la cabeza llevaba una máscara grotesca de una deidad y un exuberante penacho, mientras que con los pies calzados en sandalias pisoteaba a un cautivo encogido, con la cabeza vuelta hacia abajo y con las manos atadas a la espalda. Con Raymundo comparamos la imagen con la fotografía que tomó Ruppert de la

19 John L. Stephens, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatan*, vol. 1, New York: Harper & Brothers, 1841, p. 105 (traducción: L. Š.).

De noche, con
la iluminación
adecuada, los
detalles de la
Estela 17 se
apreciaban
mucho mejor.





estela que, según su descripción y su plano, estaba exactamente en el lugar donde nos encontrábamos.

Ya no había ninguna duda: ¡estábamos frente a la Estela 17 en Oxpemul!

Mientras tanto, Ciriaco también llegó hasta nosotros y, al ver la estela, se quedó boquiabierto de sorpresa. Frente a la estela había también un altar circular, aunque bastante dañado. Rápidamente nos dirigimos hacia el norte, porque queríamos ver la pirámide más alta, y nuestro júbilo se acrecentó cuando, en el camino, nos topamos con varias estelas más; en todas se apreciaban figuras e inscripciones bien conservadas. Al subir a la Estructura IV, de unos 25 metros de altura, la más alta de Oxpemul, se nos abrió un magnífico panorama sobre una alfombra verde y suavemente ondulada que se extendía en todas direcciones. Hacia el poniente destacaba la pirámide más alta del sitio Dos Aguadas, y en algún punto del fondo se alzaba, como en miniatura, la torre metálica junto a la carretera hacia Calakmul.

Estelas y altares
en la plaza frente
a la pirámide
más alta de
Oxpemul.

Según el GPS, nos encontrábamos aproximadamente a 2,5 kilómetros al noreste de las coordenadas de Oxpemul registradas por Ruppert. Raymundo no pudo contenerse: tomó el teléfono satelital y llamó al arqueólogo William Folan, su jefe en la universidad de Campeche:

“¡Doctor Folan, encontramos Oxpemul, el verdadero Oxpemul!”

Ciriaco no podía creer que nunca hubiera oído de ruinas tan importantes en esta zona. Bueno, en cierto modo era comprensible: la selva era tan poco atractiva para madereros y chicleros que, al parecer, habían dejado de venir hacía mucho tiempo; aquellos que alguna vez habían visto Oxpemul seguramente ya no estaban entre los vivos. Al menos ninguno de nosotros, ni siquiera Ciriaco, que entre colegas y conocidos cuenta con numerosos conocedores del monte, había escuchado jamás a alguien mencionar Oxpemul, aunque ya en tiempos de Ruppert los chicleros lo conocían por este nombre, que significa ‘tres montículos’ y hace alusión a tres grandes pirámides del sitio.

La recepción por el teléfono satelital era excelente y aproveché la oportunidad para revisar los posibles mensajes de los compañeros del otro grupo. Vaquero reportaba que estaban abriendo un callejón hacia el sitio conocido por don Guadalupe, pero que de nuevo tenían dos llantas ponchadas y problemas con la motosierras. En este momento no pude ser de ninguna ayuda, solo le envié un mensaje con mis mejores deseos y la noticia de nuestro descubrimiento.

El sol ya se acercaba al horizonte y tuvimos que posponer la revisión minuciosa para el día siguiente. El regreso al campamento, aunque gran parte del camino fue a la luz de las lámparas, resultó casi ligero, no tanto por el sendero ya despejado, sino por las emociones: aquel 22 de abril de 2004, casi exactamente 70 años después de que lo encontrara Karl Ruppert, redescubrimos Oxpemul, uno de los sitios arqueológicos más importantes de las tierras bajas mayas.

La ciudad de estelas y altares

A la mañana siguiente, Raymundo se fue al campamento junto a la carretera, pues tenía que regresar a Campeche, mientras que Ciriaco y yo volvimos a Oxpemul para examinarlo con más detenimiento. La tarde anterior, estando en la cima de la pirámide más alta, habíamos visto un cerro hacia el suroeste, en el que seguramente se encontraba Oxpemul Sur, un conjunto arquitectónico menor así llamado por Ruppert y situado a poco más de un kilómetro de distancia. Le propuse a Ciriaco que se abriera paso hasta allá y lo inspeccionara. Le di una brújula y el azimut de la dirección en la que debía caminar para llegar al cerro.

Mientras tanto, con el plano de Ruppert en una mano y el machete en la otra, empecé a inspeccionar de manera sistemática el complejo

En la Estela 5 de Oxpemul se aprecia una deidad o un gobernante con atributos divinos.



principal. No se veían elementos arquitectónicos expuestos, salvo partes de algunas escalinatas, pero los edificios, aunque sus formas originales estaban ocultas bajo capas de escombros acumulados, permanecían prácticamente intactos. Solo vi tres o cuatro calas de saqueo, todas ya muy antiguas, con perfiles derrumbados y gruesas capas de material de derrumbe acumulado por años de erosión. Era evidente que los chicleros y los madereros habían dejado de frecuentar esta zona hacía ya varias décadas, antes de que la actividad depredadora adquiriera mayores proporciones debido a las crecientes demandas del mercado negro.

El núcleo urbano de Oxpemul se encuentra sobre una elevación bastante marcada, ocupando una meseta relativamente plana, seguramente nivelada de manera artificial y rodeada por laderas abruptas reforzadas por muros de contención, cuyas partes ya habíamos visto el día anterior. Tanto la posición natural como las terrazas artificiales con pendientes escarpadas le daban a la ciudad un carácter claramente defensivo, pues impedían el acceso por todos los lados salvo por el sur, donde la plataforma superior se prolonga en una estrecha lengua de terreno que desciende de manera menos pronunciada; allí debió de encontrarse la entrada a la antigua ciudad. Las estructuras piramidales y alargadas de distintos tamaños —seguramente templos, edificios residenciales y administrativos— están dispuestas alrededor de dos plazas principales y de algunos patios menores.

Si bien el sitio no es particularmente grande, los monumentos de piedra dan testimonio de su importancia especial. La expedición de Karl Ruppert encontró nada menos que 17 estelas y 16 altares circulares y rectangulares en el grupo principal, y otras dos estelas con sus respectivos altares en Oxpemul Sur. En el complejo principal localicé todos los monumentos excepto la Estela 15, que era la más pequeña y, al parecer, había sido sustraída por saqueadores. Todos los demás monumentos estaban en los lugares marcados en el plano de Ruppert. La Estela 9 fue bastante dañada por los depredadores cuando intentaron desprender su relieve, pero el relieve frontal con la imagen del gobernante quedó casi intacto, con la excepción de un corte horizontal en la parte superior; cerca de allí dejaron, quién sabe por qué, algunos fragmentos del monumento con los que será posible recomponer gran parte del texto jeroglífico lateral. La mayoría de las estelas, así como algunos altares, conservan sorprendentemente bien las figuras en relieve y las inscripciones. Como ya señaló el epigrafista de Ruppert, John Denison, todas las fechas corresponden al periodo

La Estela 9 de Oxpemul, cuyo extremo superior fue dañado por saqueadores, muestra en el frente a un gobernante parado sobre una serpiente, con un hacha en la mano derecha y el rostro cubierto por una máscara con los rasgos de Chaac, dios de la lluvia. El texto en las caras laterales incluye la fecha correspondiente al 5 de mayo de 751.



entre los años 731 y 830 d. C., es decir, al Clásico Tardío. A finales del siglo VII y en la primera mitad del siglo VIII, el poderoso Calakmul, situado a 24 kilómetros hacia el sur, sufrió derrotas infligidas por su eterno rival Tikal, a raíz de las cuales perdió el control sobre una vasta región. ¿Estuvo el auge de Oxpemul relacionado precisamente con el declive de Calakmul y el desmoronamiento de su red de vasallos? Las características defensivas de Oxpemul, su extensión limitada y la época en que alcanzó su breve esplendor sin duda reflejan la turbulenta etapa del Clásico Tardío, cuando los grandes estados iban perdiendo poder y territorios, mientras surgían numerosas entidades menores entre las cuales las guerras se volvían cada vez más frecuentes y devastadoras.



El Altar 15 de Oxpemul representa a una deidad sentada con los brazos levantados.

A media tarde, cuando casi había terminado mi trabajo, regresó también Ciriaco. Había encontrado el complejo sur; dijo que no era particularmente grande y que, además de algunas ruinas menores, tenía una pirámide grande.

“¿Viste alguna estela?”, le pregunté.

“Dos están frente al edificio más grande, cada una con su altar. Las dos están bien conservadas, con una figura en el frente y con inscripciones en todos los demás lados”.

Así que también en Oxpemul Sur aún permanecen ambas estelas y ambos altares de los que habla Ruppert. Y ningún saqueo, recalcó Ciriaco. También subió a un cerro vecino y allí también encontró varias ruinas menores.

El gobernante
representado en
la Estela 12 de
Oxpemul luce
grandes orejeras,
un tocado lujoso
y un curioso
adorno nasal.



Por ahora vimos lo que queríamos. Sabíamos que Oxpemul era importante, pero ahora también estaba claro que se hallaba casi intacto —si se excluye la acción destructiva de la naturaleza— y que

aún conservaba prácticamente todos sus monumentos de piedra, en los que sin duda se encuentran datos históricos de gran valor. Karl Ruppert publicó fotografías y dibujos de solo algunas estelas y altares; el epigrafista Denison los describió todos, pero sus transcripciones de las inscripciones se limitan a los datos calendáricos, ya que en aquel tiempo solo se habían descifrado los glifos numéricos y calendáricos, y ni estos completamente. Dado que los monumentos con figuras y textos constituyen un botín atractivo para los saqueadores, que podrían llegar en cualquier momento, era urgente documentarlos con precisión lo antes posible.

Con Ciriaco regresamos al campamento, donde nos esperaba Andrés. A la mañana siguiente recogimos todo y nos fuimos al campamento junto a la carretera, donde Gonzalo estaba de guardia. Los llevé a casa, a Constitución, y acordé con Ciriaco que lo avisaría cuando todo estuviera listo para continuar con los trabajos. En Xpujil y Chetumal, además de las tareas habituales —lavandería, mecánico, banco, compra de gasolina y víveres—, tenía un montón de otros asuntos que atender.

Sobre el descubrimiento había que informar a varias personas e instituciones. Al INAH, a la *National Geographic Society* y al ZRC SAZU les envié solicitudes de financiamiento adicional necesario para documentar adecuadamente los monumentos de Oxpemul. Nuestro epigrafista, Nikolai Grube, me avisó desde Bonn que por el momento no podía viajar debido a compromisos docentes, así que pedí la intervención de William Folan, jefe de Raymundo en la Universidad Autónoma de Campeche; me prometió que encontraría a alguien y que también intentaría conseguir apoyo para abrir el camino hacia Oxpemul, donde se colocarían guardias.

Como también me preocupaba que la noticia del hallazgo pudiera llegar a saqueadores a través de nuestros trabajadores, me dirigí al comandante de la unidad militar en Xpujil. Seguía siendo mi viejo conocido, el teniente coronel García Melgar. Le expliqué la situación y le pregunté si podía, dentro de sus posibilidades, reforzar los patrullajes a lo largo del camino hacia Calakmul. Me aseguró que lo haría y que también informaría del asunto a su general, comandante de la 33 Zona Militar en Campeche. Como veremos más adelante, cumplió su promesa con una eficacia sorprendente.

Miscelánea

Todos estos quehaceres me tomaron dos semanas. Algo pude hacer en Xpujil y en Chetumal, pero la mayor parte del tiempo la pasé en el campo, lejos de la civilización, con la que podía comunicarme a través de un teléfono satelital, aunque las fallas de señal eran a veces insuperables. Sin toparnos con nada particularmente interesante, estos días estuvimos lidiando con problemas de todo tipo, que quizá se ilustran mejor con el resumen de mi diario de campo:

28 de abril. Vaquero me avisó que habían encontrado El Tintal, que el sitio era único —tiene una estela e incluso elementos arquitectónicos expuestos— y que más adelante tendríamos que revisarlo con detalle y mapearlo. Ciriaco llegó a Xpujil y me dijo que tenía unos asuntos urgentes y que por el momento no podía acompañarme. Me fui solo. En el camino hacia Villahermosa me llegó de frente el conocido Jeep negro; Vaquero llevaba al trabajador Teodoro, quien se había cortado la mano con el machete y necesitaba atención médica. A los demás los encontré en Villahermosa, adonde ya habían regresado de Tintal. Don Guadalupe estaba molesto porque llevaban dos días sin harina para tortillas; ahora que la traje, se tranquilizó.

29 de abril. Guadalupe mencionó que conocía otra pirámide cerca de Yaxnohcab. Fuimos allá y la encontramos a unos cientos de metros al sur del complejo que Atasta y Vaquero ya habían revisado. Tiene casi 30 metros de altura, también tiene un grupo triádico y pertenece al mismo asentamiento.

30 de abril. Abrimos el callejón desde Villahermosa hacia el sur. Una rama golpeó el parabrisas de la camioneta gris; se agrietó por todo el lado izquierdo y se dobló hacia adentro. Lo reforzamos como pudimos con cinta aislante. Llegamos a la aguada Dos Caobas, que está a 1 km al norte de la frontera con Guatemala; cerca de ahí deberían estar las ruinas mencionadas por Ruppert y en documentos de archivo de la comisión de límites [que se topó con estas ruinas durante las mediciones de la frontera en los años treinta del siglo XX]. Comprobamos que en la aguada hay suficiente agua, así que mañana nos vamos a mudar a Dos Caobas. Le mandé las coordenadas a Vaquero y le pedí



Guadalupe y Bacho en el campamento de Dos Caobas.

que buscara a un trabajador que sustituyera al lesionado Teodoro. Le sugerí a Baltazar Gutiérrez, más conocido como Bacho; la forma más segura de encontrarlo será en la cantina Rosita de Xpujil.

1 de mayo. Trasladamos el campamento a Dos Caobas y revisamos los alrededores, pero solo encontramos algunos montículos menores con saqueos y cerámica. Al anochecer llegaron Vaquero y Bacho con provisiones frescas de comida. [Bacho ya había trabajado con nosotros en 2002. Lo conocí en Xpujil, donde me comentaron que era chiclero y que conocía bien las ruinas en la biósfera. Cada vez que lo encontraba estaba tan borracho que nunca pudimos acordar nada. Pero como un amigo suyo me aseguró que en el pueblo siempre estaba así, y que en el monte se componía, un día simplemente lo subimos a la camioneta y lo llevamos a Villahermosa, porque supuestamente conocía un gran reinado cerca de ahí. En efecto, se repuso, encontró las ruinas y resultó ser un excelente trabajador y, como persona, un verdadero bonachón. También esta vez Vaquero lo recogió directamente en la cantina; sin dudar lo aceptó la invitación y, durante el largo viaje, también se le quitó lo borracho].

2 de mayo. Continuamos con los recorridos; nada especial. En las coordenadas donde, según los documentos de archivo, deberían estar las ruinas de Ruina Alta, solo hay pequeños montículos. Por la tarde nos sorprende un aguacero, regresamos al campamento. Todo está empapado porque no protegimos las hamacas con lonas. Menos mal que el comandante me prestó una tienda de campaña. No podemos encender fuego. Finalmente encontramos un montón de zacate seco; los trabajadores que limpian cada año la frontera lo habían acumulado recientemente al limpiar su campamento. Bajo la capa superior, completamente mojada, encontramos suficiente hierba seca para prender el fuego; partimos los leños húmedos, hicimos astillas de la madera seca interior y las colocamos sobre las llamas. Bajó mucho la temperatura, pero nosotros habíamos acabado la única botella de whisky ya la noche anterior.

3. de mayo. Vaquero se quedó en el campamento, encendió el generador, cargó las baterías y secó el equipo. Los demás continuamos la búsqueda en los alrededores. Ruppert menciona Maabal y proporciona coordenadas aproximadas, pero allí no hay nada.

4 de mayo. Desmontamos el campamento y nos dirigimos hacia el este por el callejón que recientemente habían limpiado los trabajadores de la frontera. En el primer cruce giramos a la izquierda hacia el norte, pasando la desviación hacia la aguada Jerusalén. El camino está en buen estado, ocasionalmente lo usa el ejército. Al cruzar el arroyo Blengio, nos atascamos en el lodo. La doble tracción de la camioneta gris no funciona; ya lo sabíamos, pero ahora también se descompuso en la blanca. Menos mal que don Martín reparó el winch hace unos días. Logramos salir del lodo y acampamos en el callejón, cerca de un cerro picudo que había visto en 2002 desde la pirámide de Balakbal. Por la noche vuelve a llover, pero las hamacas están bajo lonas de plástico.

5 de mayo. Nos abrimos paso hasta el cerro y lo inspeccionamos. Lo que desde Balakbal se veía como una pirámide bastante grande, resulta ser solo una cumbre puntiaguda de yeso, con un grupo de montículos pequeños. Por la tarde continuamos el camino. La camioneta gris se sobrecalentaba todo el trayecto; poco antes de Altamira, el agua hirvió y el vehículo quedó atascado en el lodazal; se había soltado la banda del ventilador. Pusimos otra banda, pero quedó muy floja. El remolque no es opción, porque la camioneta blanca también está en el lodo y además sin doble tracción. Pasamos el equipo más importante de la gris a la

blanca y al Jeep y para el anochecer llegamos a Xpujil, enlodados de los pies a la cabeza.

6 de mayo. Busqué al comandante en el cuartel y le pedí ayuda. Siempre me sorprende: me dijo que su mecánico estaba de vacaciones, pero enseguida añadió que regresaba al día siguiente y que podía enviarlo con algunos soldados para reparar y sacar la camioneta gris. “¿Estará bien?”, preguntó. Me quedé sin palabras: ¿cómo no iba a estar bien! ¡El ejército nos sacará de la mierda! No sabía cómo agradecerle. La camioneta blanca la llevé al mecánico Martín en Zoh Laguna para que compusiera la tracción 4x4. Vaquero llevó su Jeep al vulcanizador y ayudó a Atasta con el equipo y las compras. Por correo electrónico intento averiguar qué pasa con el dinero que el INAH iba a destinar para Oxpemul. El Coordinador Nacional de Arqueología me indica que contacte al director del centro regional en Campeche, pero este no está allí.

7 de mayo. Vaquero se fue con los soldados en el Hummer por la camioneta gris. Llamé a National Geographic y al INAH en Campeche sobre el dinero para Oxpemul, pero no encontré a los responsables. Folan en Campeche dice que la universidad dará algo de dinero. Con Atasta fuimos a Chetumal de compras; encargué una pieza de refacción que don Martín necesita para componer la doble tracción. Vaquero regresó con la camioneta gris y los soldados, que la habían remolcado con el Hummer; aunque el mecánico militar reparó lo más urgente, tuvieron que jalarla por el callejón enlodado.

Pero ya basta de este recuento telegráfico. En Xpujil tuvimos que quedarnos unos días más, tanto por la reparación de la camioneta blanca como para resolver los asuntos financieros y preparar la documentación de los monumentos de Oxpemul. Willy Folan informó que había encontrado a una persona dispuesta a llegar y dibujarlos, y finalmente todos los solicitados aportaron dinero: el INAH, la *National Geographic Society*, la Universidad Autónoma de Campeche y el ZRC SAZU.

Raymundo llegó a Xpujil la noche del 12 de mayo con un vehículo de la universidad. Con él venía Hubert Robichaux, un arqueólogo estadounidense que había trabajado con Richard Adams en el gran sitio de Río Azul en Guatemala, así como en otros lugares. Aunque ya estaba entrado en años, el redescubrimiento de Oxpemul lo entusiasmó tanto que aceptó de inmediato la invitación de Folan. Al día siguiente, recogimos a Ciriaco y a los demás trabajadores y nos



Hugh Robichaux,
dibujando los
glifos en la Estela
10 de Oxpemul.

fuimos hasta el kilómetro 27 de la carretera hacia Calakmul. En el campamento junto a la aguada se quedaron Raymundo y un trabajador; los demás nos fuimos con todo el equipo al campamento junto al sitio de Dos Aguadas, pasamos la noche allí y a la mañana siguiente llegamos a Oxpemul.

La documentación de los monumentos de Oxpemul requirió una organización compleja. Un teléfono satelital lo tenía Raymundo, quien desde el campamento junto a la carretera manejaba toda la logística, y el otro lo teníamos en Oxpemul. De los trabajadores, Ciriaco y Moisés se quedaron con nosotros; los otros ocho estuvieron encargados del abastecimiento en los días siguientes. Cada día debían traernos, además de la comida, al menos dos garrafones de 20 litros de agua. El sendero estrecho y serpenteante, abierto a machetazos desde la carretera hasta Oxpemul, tenía más de 10 kilómetros y estaba lleno de chuzos en los

que tropezaban, así como de ramas bajas y troncos que era necesario esquivar o agacharse para pasar por debajo. Incluso para el lugareño más resistente era demasiado recorrer esa distancia todos los días cargando, por lo que había que repartir el trabajo: un grupo estaba con Raymundo y llevaba comida y agua hasta los colegas acampados cerca del sitio Dos Aguadas, quienes luego las transportaban hasta Oxpemul. Cada día enviábamos a Raymundo mensajes sobre nuestras necesidades, y él conseguía todo lo necesario, organizaba el transporte y a veces incluso preparaba bisteces, los salaba, sazónaba y ahumaba...; cuando llegaban a nosotros, solo faltaba echarlos a la sartén.

La organización era buena, el teléfono satelital funcionaba. Raymundo podía captar señal satelital en la carretera y nosotros también en la pirámide más alta de Oxpemul. Acampamos en la plaza más grande, al pie de la pirámide principal. Llevábamos hamacas y una lona que Raymundo había conseguido, pero ya la primera noche, durante un aguacero, nos dimos cuenta de que tenía goteras. Además, en la depresión de la lona extendida se acumuló tanta agua que toda la estructura se derrumbó. La arreglamos de manera provisional, para que al menos el equipo más importante quedara seco, pero no dormimos nada. Hugh y Vaquero estaban en sus propias tiendas de campaña, pero en la de Vaquero también se filtraba el agua. Cuando por la mañana cesó la lluvia, Vaquero salió arrastrándose de la tienda y le preguntó a Ciriaco:

“¿Qué bicho es este?” Señaló a un insecto de unos tres centímetros de largo dentro de su tienda.

“Uuu, Vaquero, a ésa sí que no la debes matar”.

“¿Por qué?”

“Esa ahora es tu hermana de sangre”, sonrió Ciriaco con picardía.

“¿Cómo?”

Ciriaco sacó al insecto de la tienda y lo aplastó con el pie; salió tanta sangre que Vaquero dio un brinco y soltó una ráfaga de palabras nada decentes.

“Es una especie de chinche”, explicó Ciriaco, “que chupa sangre. Cuando te pica no sientes nada y tampoco después; por eso le dicen la chinche besucona. Pero aguas, porque transmite el mal de Chagas. Si la chinche²⁰ está infectada, la enfermedad puede manifestarse años

20 *Triatoma* sp.

Atasta y Vaquero
observan un
fragmento de
la Estela 3 de
Oxpemul, en la
que se menciona
la visita de tres
señores de Tikal.



después: ataca el corazón, los intestinos... a veces es mortal. Pero no te preocupes, de éstas hay más en Guatemala. Aquí nunca he oído que alguien se haya enfermado”.

Ya pasaron muchos años y Vaquero sigue vivo y sano. Esperemos que Ciriaco tuviera razón.

En los días siguientes, Hugh se dedicó a dibujar los monumentos; los demás ayudábamos donde hacía falta y por la noche los fotografiábamos con flash. Las imágenes en relieve y las inscripciones jeroglíficas las iluminábamos de lado, pues los contornos contrastados obtenidos de esa manera revelan muchos detalles que de día no se distinguen. Además de que aquel año había por todas partes cantidades inusuales de moscos, estos esfuerzos fueron amenizados por enormes mariposas nocturnas que revoloteaban furiosamente alrededor de cualquier fuente de luz, estrellándose sin piedad también contra nuestras caras con lámparas en la frente. ¡Qué bichos tan jodones!

Este trabajo fue de algún modo provisional, pero necesario, ya que en ese momento no sabíamos cuándo podría llegar nuestro epigrafista Nikolai Grube. Por suerte visitó Oxpemul en agosto de 2004 y documentó exhaustivamente todos los monumentos. Las inscripciones jeroglíficas confirmaron la hipótesis sobre el papel de Oxpemul en la agitada época del Clásico Tardío. Los textos mencionan los nombres de gobernantes, eventos importantes y fechas, y también revelan que Oxpemul asumió el lugar de Calakmul en la jerarquía política regional justo cuando el poder de este decayó notablemente: además de emplear el topónimo de Calakmul (*Uxtetun*), Oxpemul también tenía vínculos directos con Tikal, que tras sus victorias sobre Calakmul quedó como la única gran potencia en las tierras bajas mayas. También es interesante que en varias estelas los gobernantes estén representados de manera muy evidente como deidades: las máscaras grotescas y otros símbolos incorporados en su fastuoso atuendo, así como sus nombres, revelan que encarnaban sobre todo al dios del Sol y al dios de la lluvia.

Árbol sobre la casa

Después de tres días dejé al equipo que continuaba los trabajos en Oxpemul. Tenía que ir primero a Chetumal, para recoger a nuestro geodesta Tomaž Podobnikar, colaborador del ZRC SAZU. La camioneta gris necesitaba otra vez del mecánico, y con Tomaž también teníamos que hacer algunas compras. A Raymundo le mandé un mensaje por teléfono satelital, diciéndole que llegaríamos la mañana del 21 de mayo y que en su campamento a un lado de la carretera nos esperaran Atasta, Ciriaco y tres trabajadores más, porque empezaríamos el levantamiento de Yaxnohcah, mientras que Vaquero, Hugh y los demás terminarían su trabajo en Oxpemul.

En el día acordado partimos rumbo a Villahermosa, pero poco antes de llegar la camioneta gris empezó a carraspear y finalmente se detuvo. La dejamos ahí, seguimos hasta Villahermosa en la blanca y apenas al día siguiente logramos llevar también la gris, aunque quedó claro que sin una reparación no iba a llegar lejos. Comenzamos con las mediciones en Yaxnohcah y, mientras tanto, en Oxpemul también

Campamento
en Yaxnohcah.





terminaron su trabajo. Raymundo llevó a Hubert a Campeche y Vaquero trajo a Villahermosa al mecánico Martín, para que compusiera la camioneta gris. Lo hizo y Vaquero se lo llevó de vuelta, pero no regresó sino hasta tres días después, porque también tuvo problemas con su propio Jeep.

Mientras tanto, trasladamos el campamento a Yaxnohcah para ahorrarnos el viaje diario desde Villahermosa. El levantamiento lo dirigía Atasta: hacía el croquis y determinaba los puntos donde los compañeros colocaban los prismas, mientras Tomaž operaba la estación total. Entre tanto, Ciriaco y yo volvimos a buscar Pared de los Reyes. Alrededor de la aguada a la que ya habíamos llegado al inicio de esta temporada, revisamos todas las partes del terreno que no habíamos recorrido; también buscábamos otra aguada que suponíamos debía de estar en las cercanías. Pero todo fue en vano. La derrota fue amarga, pero seguir con la búsqueda que se parecía cada vez más a dar palos de ciego no tenía ya ningún sentido. Tuvimos que desistir.

Los trabajos en Yaxnohcah ya llevaban diez días. En la aguada de Villahermosa todavía había suficiente agua, pero la comida empezaba a escasear, así que Vaquero y yo nos fuimos a Xpujil. Las compras tomaron su tiempo y terminamos saliendo de regreso hasta la noche.

Atasta está revisando el plano de Yaxnohcah que Tomaž va elaborando en la computadora con los datos de las mediciones diarias.

Llegamos a Villahermosa cerca de las tres de la mañana y descubrimos que, mientras estábamos en Xpujil, el lugar había recibido nuevos visitantes: en el claro con pasto alto, por donde pasaba el camino hacia la aguada y más adelante hacia Yaxnohcah, estaban instaladas unas tiendas de campaña. Vaquero bajó el volumen de la música que, como de costumbre, resonaba desde el Jeep, y mientras bajábamos, varios muchachos y muchachas salieron tambaleándose de las tiendas, alumbradas por los faros de nuestro vehículo.

“Buenas noches”, saludamos. “O más bien, buenos días”.

Nos devolvieron el saludo, dijeron que habían venido a hacer investigaciones botánicas por la zona y preguntaron qué nos traía por ahí.

“Estamos haciendo un reconocimiento arqueológico en esta área. La hora no es precisamente la más adecuada, pero ¿podríamos pedirles que muevan tantito las tiendas para que podamos seguir?”

“¿Cómo? ¿Ustedes van más adelante? ¿Adónde?”

“Por este callejón, como seis kilómetros más hacia el poniente”.

Al parecer todavía no se habían dado cuenta de que desde la aguada salía un camino que seguía adentrándose en la selva. Sorprendidos, movieron las tiendas, nosotros les dimos las gracias y seguimos adelante. A Vaquero le hicieron el día:

“¿Viste sus caras? Nomás imagínate: eres estudiante de biología y te mandan a hacer trabajo de campo a Villahermosa. Llegas todo emocionado, armas tu tienda y te crees en el fin del mundo. Y luego, a las tres de la mañana, te despierta la música a todo volumen, te encandilan los faros y viene bamboleándose un Jeep con dos tipos que te dicen: ‘¿Se podrían mover tantito? Nosotros vamos más adelante’”.

La imaginación de Vaquero también despertó la mía.

“Sí, ya estás pensando cómo les vas a contar a tus amigos de esta selva perdida en medio de la nada, cómo caminabas por un terreno ‘por donde no ha pisado el pie humano’, te quedas dormido, pero de repente alguien interrumpe tus dulces sueños para decirte que tu tienda estorba porque la pusiste justo sobre el camino. Creo que sí les arruinamos un poco la aventura”.

Las mediciones en Yaxnohcah pronto concluyeron; ahora solo faltaba revisar el sitio cercano al antiguo campamento de El Tintal, adonde el chiclero Guadalupe había llevado a Vaquero, Atasta y a los demás varias semanas atrás. En aquella ocasión abrieron el callejón, pero no documentaron el sitio con detalle.





Vaquero y
Atasta, haciendo
mediciones en el
edificio principal
de Cheyokolnah.

El camino desde Yaxnohcah hasta allí llevaba aproximadamente un kilómetro por el callejón hacia el noroeste y luego unos diez kilómetros por el que se desviaba hacia el suroeste, pasando por el antiguo campamento junto a la aguada de La Fama. Aunque en la aguada había algo de agua, dejamos nuestro campamento en Yaxnohcah. Los puercos del monte y los dantos habían revuelto tanto la aguada que se convirtió en un lodazal; sacar agua medianamente limpia habría sido imposible. Además, por la gran cantidad de animales que acudían a la aguada —al parecer la única en varios kilómetros a la redonda que todavía retenía algo de agua—, se multiplicaron muchísimo las garrapatas. Estas ya de por sí son una molestia omnipresente, y no tenía sentido amargarnos aún más la vida. Por suerte, en esta región las garrapatas no transmiten enfermedades como la borreliosis o la meningoencefalitis.

Curiosamente, don Guadalupe y sus acompañantes, al limpiar el callejón hacia El Tintal, habían cortado la vegetación tan abajo que ya en aquella ocasión los chuzos habían ponchado dos llantas de Vaquero, y esta vez ponchamos otra más. No hubo de otra: tuvimos que cortar al ras del suelo todas las puntas peligrosas, lo cual nos llevó dos días.

El esfuerzo valió la pena. Tal como habían contado Vaquero y Atasta, el sitio era realmente único. El edificio principal, con muros expuestos y espacios interiores bastante bien conservados, estaba envuelto en las raíces de un árbol de álamo que crecía encima de él. El nombre más apropiado para el lugar saltaba a la vista: *Cheyokolnah*, ‘El Árbol sobre la Casa’.

La fachada frontal del edificio, mirando hacia una plaza al poniente, estaba derrumbada, dejando al descubierto el interior de los cuartos abovedados. Estos estaban dispuestos en dos pisos, lo cual es una rareza en los sitios mayas: si bien existen estructuras con múltiples niveles, por lo general los superiores están retraídos hacia el interior de la edificación y contruidos sobre un núcleo relleno, no uno encima del otro como en este caso. Igualmente únicos eran los nichos rectangulares que tenía la pared interior del cuarto central superior, en la cual se conservaba estuco blanco. En la pendiente de una ruina cercana yacían dos fragmentos de una estela con una parte del texto jeroglífico que —como más tarde determinó nuestro epigrafista Nikolai— habla del entierro de un gobernante, muy probablemente en el año 420 d. C. Es probable que fueran los saqueadores los que habían arrastrado la estela hasta allí; al excavar un túnel en el edificio,

llegaron a un cuarto con una interesante bóveda trilobulada, del tipo que hasta entonces solo se conocía en el famoso sitio de Palenque, en el estado de Chiapas. En el estuco del arco todavía se distinguían restos de pintura roja.

Cheyokolnah es un sitio bastante grande, pues alrededor de la plaza frente al edificio principal hay todavía varias estructuras dispuestas en torno a patios mayores y menores. Como en los últimos días la lluvia interrumpía cada vez con más frecuencia el trabajo, decidimos prescindir de un levantamiento topográfico detallado, que nos hubiera tomado bastante tiempo; la temporada de lluvias ya estaba a las puertas y, si las precipitaciones se intensificaban, los caminos anegados podían poner en serio riesgo nuestro regreso. Ya habíamos escuchado varias veces de vehículos que quedaban atascados en el lodo y no podían sacarse hasta la siguiente temporada seca.

Solo hicimos un croquis del sitio, lo documentamos con fotografías y dibujamos los detalles arquitectónicos del edificio principal. Mientras tanto seguíamos acampando en Yaxnohcah y las lluvias, efectivamente, no cesaban. Todos los días había tantos moscos que amargaban incluso las cenas junto a la fogata. Sobre el fuego echábamos termiteros, que por la mezcla de madera y tierra que compactan las termitas producen mucho humo. Así había menos moscos, pero nos lloraban tanto los ojos que ni ganas de platicar teníamos. Lo que más queríamos era refugiarnos lo antes posible en las casas de campaña o las hamacas, rodeadas de mosquiteros y cubiertas con lonas que nos protegían de la lluvia.

La última noche el aguacero fue tan fuerte y prolongado que la preocupación no me dejó dormir. Sentí el peso de la responsabilidad por toda la gente que, al fin y al cabo, yo había traído hasta aquí, pero no aseguré una retirada a tiempo. El mayor peligro lo representaba el Bajo El Laberinto, de varios kilómetros de ancho, que había que cruzar justo al norte de Villahermosa. Si allí nos atascamos en el lodo, ni el *winch* podrá ayudarnos mucho, pues no hay árboles grandes a los que fijar el cable. ¿Llamar al comandante en Xpujil? Imposible; debido a las densas nubes que cubrían todo el cielo, el teléfono satelital estaba muerto. Mientras tanto, la selva despertaba a una nueva vida traída por el agua: la vegetación se hacía más exuberante, los insectos se multiplicaban, de la tierra saldrán las serpientes...

Poco después de la medianoche, los relámpagos desgarraron el cielo, los truenos se volvieron cada vez más ensordecedores y empezó

a soplar un viento violento. Un árbol imponente, ya bastante seco, comenzó a crujir de manera amenazante. Salimos a toda prisa de las hamacas, huyendo a una distancia segura. El árbol se inclinaba, tronaba y gemía, hasta que finalmente se quebró y cayó al suelo con gran estruendo, a solo unos metros del campamento.

Por la mañana —ya era 13 de junio— levantamos el campamento, cargamos todas las cosas en los vehículos y emprendimos el camino. La lluvia había cesado, pero el callejón estaba ya bien fangoso. Pasamos por Villahermosa y nos detuvimos antes de que el terreno elevado descendiera al Bajo El Laberinto. Intercambiamos los últimos consejos, activamos la doble tracción y nos deseamos suerte: aquí empezaba la parte más difícil.

Con suficiente impulso, lancé la camioneta blanca al mar de lodo. Pisaba el acelerador sin piedad para mantener suficiente velocidad, pero las ruedas patinaban tanto que era necesario modular la presión sobre el pedal constantemente. El motor rugía, la camioneta brincaba de un

“Ya no se mueve”,
dice Atasta.



lado a otro y las bolas de lodo salían disparadas de las llantas en todas direcciones. En el espejo retrovisor, aparecía ocasionalmente el Jeep de Vaquero que detrás de mí libraba una batalla similar. Por suerte, en estos humedales no hay piedras. Bueno... casi no. En varios tramos quedaban las huellas de la agonía de quienes alguna vez —quién sabe cuándo— se habían quedado atorados: hileras de piedras grandes que habían tenido que traer desde el terreno elevado más cercano para reforzar, aunque fuera un poco, el suelo que se sumía. Con giros frenéticos del volante trataba de esquivarlas y al mismo tiempo mantener la dirección correcta. De vez en cuando, la camioneta rebotaba al golpear alguna roca, pero el lodo amortiguaba más o menos los impactos. En cualquier caso, no podía preocuparme mucho por eso; golpes más, golpes menos, una velocidad demasiado baja hubiera sido fatal. Bajo ninguna circunstancia debíamos detenernos.

Tras largos minutos de sudor y esfuerzo, las llantas finalmente agarraron terreno firme. Nos detuvimos en la primera pendiente suave, bajamos y, de pura alegría, hasta nos abrazábamos. Si superamos el Bajo El Laberinto, más adelante no debería haber mayores problemas. Revisamos los vehículos. El color de la camioneta blanca era difícil de adivinar, el Jeep de Vaquero ya tampoco parecía negro y sobre su toldo llevaba enormes masas de fango. Las llantas estaban recubiertas, hasta las altas salpicaderas, con gruesas capas de lodo compactado, que retiramos, pero por lo demás no se veían daños.

En comparación con lo que habíamos dejado atrás, el resto del camino fue mucho más fácil. En un tramo, mi camioneta había cavado y profundizado tanto el terreno que Vaquero quedó atascado detrás de mí. Pero yo ya estaba en terreno firme, al otro lado del lodazal: di la vuelta con la camioneta, saqué el cable del *winch* y logramos sacar el Jeep sin mayores problemas. A Buenfil, en la carretera Calakmul–Conhuás, llegamos apenas al anochecer, pero eso no importaba. ¡Ganamos la batalla!

Apenas unos kilómetros más adelante nos esperaba una última sorpresa. En la carretera, que a esas horas normalmente estaba desierta —pues incluso los pocos visitantes de Calakmul ya no circulaban de noche—, nos deslumbraron los faros de un Hummer militar que nos bloqueó el camino. De él saltaron los soldados, empuñaron sus rifles automáticos y nos rodearon. Uno de los trabajadores que iba conmigo en la cabina me miró con preocupación:

“¿Qué pasa ahora?”

“No te preocupes, nunca hemos tenido problemas con el ejército.”

Se acercó un teniente, saludó y me preguntó de dónde veníamos y a dónde nos dirigíamos. Le expliqué y le mostré el documento oficial que siempre llevábamos a la mano: en un papel con el membrete del Instituto Nacional de Antropología e Historia había una breve presentación de nuestro trabajo titulada ‘A las autoridades civiles, judiciales y militares del estado de Campeche’. El oficial encendió su lámpara, la apuntó hacia el documento y lo leyó con atención. Luego me lo devolvió y dijo:

“¿Así que ustedes son los que descubrieron un sitio arqueológico por aquí cerca?”

“Así es”.

“Nos enviaron a patrullar por los caminos en esta zona, por si hubiera saqueadores”.

No conocía al teniente; evidentemente no venía de Xpujil.

“¿De dónde vienen, si se me permite preguntar?”

“De Escárcega, por órdenes del general”.

Por supuesto, el teniente coronel Alfonso Cristóbal García Melgar, comandante de la unidad de infantería en Xpujil, cumplió su promesa: sobre el descubrimiento de Oxpemul informó a su general Héctor Sánchez Gutiérrez, comandante de la 33 Zona Militar en Campeche.

Por orden del teniente, los soldados volvieron a subir al Hummer y nos despejaron el camino. Un encuentro similar lo tuvimos un poco más tarde, al llegar a Conhuás. Los soldados que detenían vehículos allí eran de Xpujil, bajo el mando directo del teniente coronel García Melgar.

Después de nuestro exitoso regreso de la selva, fuimos recompensados con otra grata sensación: tanto el teniente coronel como el general tomaron nuestros esfuerzos y preocupaciones muy en serio.

Largo camino

En el otoño de 2004 me enteré de que el teniente coronel García Melgar había sufrido graves lesiones en un accidente con su Jeep militar y que, por ello, lo habían trasladado de Xpujil a la Ciudad de México. Allí nos encontramos antes del inicio de la temporada de campo 2005. Según me contó, su unidad había sido informada sobre una avioneta de los narcotraficantes que se había estrellado en una pista de aterrizaje antiguamente usada por los chicleros, junto a la laguna de Chumpich, en el borde suroeste de la Biósfera de Calakmul. Al parecer, la tripulación sobrevivió y huyó, mientras que el ejército tuvo que retirar los restos de la avioneta. En uno de los patrullajes posteriores que el teniente coronel tuvo que realizar en esa zona, conducía por las elevaciones rocosas en la frontera entre Guatemala y México, los frenos de su Jeep fallaron y el vehículo volcó. En ese accidente se había lesionado gravemente el tórax, pero ahora ya estaba mucho mejor y mantenía su optimismo habitual. No sabía mucho sobre el nuevo comandante en Xpujil, pero me recomendó que me presentara ante el general en Campeche.

Con base en las experiencias, empezábamos cada nueva temporada mejor equipados, aunque siempre limitados por los recursos disponibles. En 2005 introdujimos varias novedades. En la temporada anterior, Ciriaco y Guadalupe nos habían llevado a los sitios que conocían, pero no encontramos a otros conocedores. Quedó claro que las personas que alguna vez habían trabajado en la biósfera y que podrían conocer las ruinas estaban ya fallecidas o tan mayores que no podían acompañarnos. No era posible confiar en su memoria y sus indicaciones tampoco eran de mucha ayuda. Las conversaciones se desarrollaban más o menos así:

“Allá bajando de Villahermosa te vas por el callejón y llegas a un crucero”.

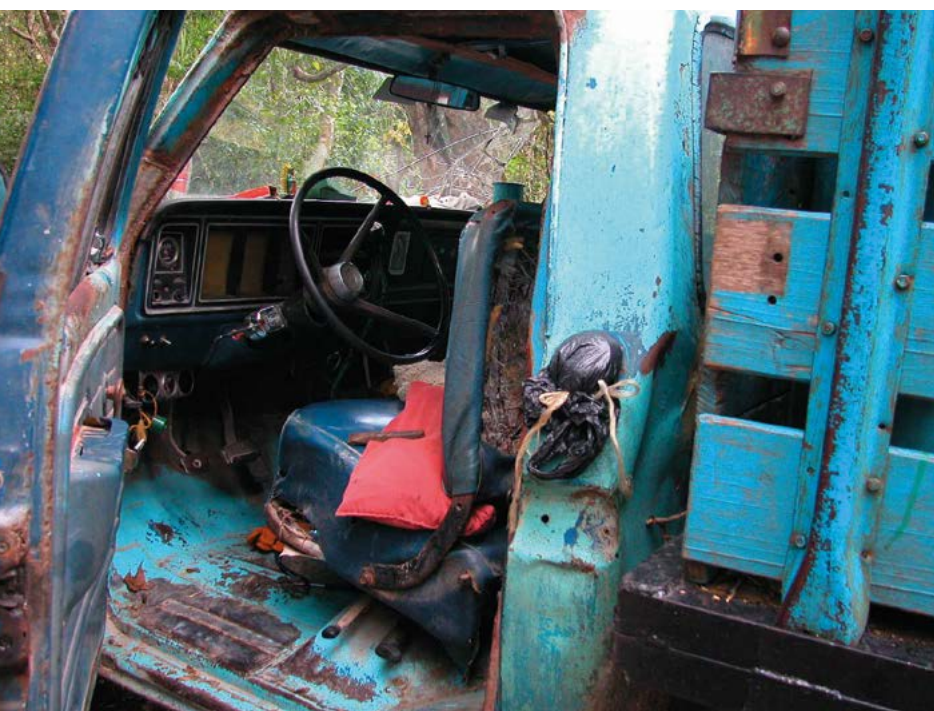
De Villahermosa salen varios callejones.

“¿Por qué callejón?”

“Por el que va hacia la aguada Jerusalén”.



El 'nuevo' Ford
de Ciriaco.



Hoy en día ningún callejón desde Villahermosa va hacia la aguada Jerusalén. Uno lleva al campamento Dos Caobas; quizá haya un cruce por ahí. Vamos a tratar de encontrarlo.

“Y luego llegas a un campamento, ¿cómo se llamaba...?”

Aunque supiera el nombre, no nos serviría de nada. Desde hace mucho tiempo, allá no hay ningún campamento.

“No me acuerdo, pero ahí está una aguada. Le das la vuelta y de este lado [señala con la mano izquierda] está un zapote grande...”

¿Dar la vuelta por dónde? ¿De qué lado? Conozco el árbol de zapote, pero hay muchos en todas partes. Además, ¿seguirá en pie? ¿Y dónde exactamente?

“De ahí sigues por el monte, dejas el bajo de este lado [otra vez señala con la mano] y llegas a terreno más alto. Cruzas un callejón que va a El Tigrito [¿y dónde rayos queda eso?] y ahí de ese lado [de nuevo la mano], ahí está una pared, bien alta, no te la puedes perder”.

¡Ah cómo no! Con indicaciones como esas nunca hemos encontrado nada. Incluso las personas que hace años caminaban por estos rumbos ya no se ubican; antes servían como referencias los callejones o caminos de arria, los campamentos, hasta algún árbol que sobresalía. Pero hoy todo es distinto, enmontado, la misma selva por todos lados. Hasta nuestro buen guía Guadalupe, buen chiclero y maderero con mucha experiencia, se perdió. Cuando con Vaquero y Atasta buscaban el campamento de El Tintal y llegaron a una encrucijada de callejones abandonados al sur de La Fama, agarraron el equivocado; lo estuvieron abriendo tres días, llegaron a una aguada y apenas ahí Guadalupe se dio cuenta del error: no era la aguada de El Tintal, sino la de Puerto México. Tuvieron que regresar al crucero; tres días de macheteo fueron en balde.

Si ya no podíamos esperar encontrar a conocedores del terreno, había que usar otros métodos. Mi colega Krištof Oštir, que en aquel entonces trabajaba con nosotros en el Instituto de Estudios Antropológicos y Espaciales del ZRC SAZU, es especialista en técnicas de percepción remota, que en arqueología ya habían dado buenos resultados en varios lugares. Él y su colaborador Žiga Kokalj revisaron imágenes satelitales de Landsat, Radarsat y Spot, en las que pudimos distinguir características de la vegetación que nos ayudaban a planear los recorridos, pero no descubrimos puntos ni zonas sospechosas que sugirieran la presencia de ruinas bajo la vegetación tropical. Así como en la temporada anterior, teníamos en la computadora portátil los datos cartográficos de la Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad;

además, para esta temporada habíamos conseguido fotografías aéreas a escala 1:20,000, tomadas hace algunos años por esa misma comisión. Al revisarlas estereoscópicamente, surgieron nuevas esperanzas: en las fotos era posible identificar protuberancias que, aunque cubiertas de vegetación, dejaban entrever que debajo del monte había estructuras prehispánicas de mayor tamaño. Determiné sus coordenadas y preparé el plan para la temporada. El primer objetivo era Uxul, descubierto en 1934 por Karl Ruppert. Sus coordenadas caen dentro de un bajo, pero cerca de ahí se podía distinguir, en la fotografía aérea, un terreno elevado con prominencias sugerentes.

Además de las fotos aéreas teníamos otra novedad importante, muy práctica y de gran utilidad para las necesidades de cada día: teníamos cocinera. A mí nunca se me había ocurrido que alguna mujer estaría dispuesta a venir con nosotros. Pero Ciriaco me recordó que en los campamentos de los chicleros siempre tenían cocineras y que sin duda encontraría alguna. Y así fue: convenció a su propia esposa, Laura. Después de unos días, nos acostumbramos tanto a una alimentación regular y relativamente variada que nos parecía incomprensible cómo habíamos podido arreglárnoslas solos antes. Como si no hubiera suficiente trabajo duro durante el día, en la noche siempre le tocaba a alguno de los trabajadores tortear y preparar lo que se pudiera. No es de extrañar que comer fuera más un mal necesario que un motivo de satisfacción. Ahora todo era diferente: doña Laura se dedicaba exclusivamente a la cocina y al orden en el campamento. El equipo masculino sólo tenía que recolectar leña, serrar algún árbol caído y preparar la fogata.

También hubo cambios en nuestro parque vehicular. Por varias descomposturas que había sufrido, ya no contábamos con la camioneta gris del INAH. Teníamos la camioneta blanca y el Jeep de Vaquero, pero Ciriaco, además, trajo su nueva adquisición: como la tala de árboles era una de sus actividades principales, hacía poco compró un camión Ford de tres toneladas, modelo 1964, bastante maltrecho, pero aún fuerte y eficiente, al menos eso aseguraba Ciriaco. Que le faltara parte del parabrisas delantero y una serie de otros detalles, pues, no tenía mayor importancia.

Así equipados, nuestro convoy salió del poblado de Constitución rumbo a Escárcega. El comandante de la 33 Zona Militar en Campeche —que seguía siendo el general Héctor Sánchez Gutiérrez— me informó que el ejército, tras el fallido aterrizaje de la avioneta de contrabando

Monumentos
marcados de
este tipo se
encuentran
a lo largo de
la frontera
entre México
y Guatemala.



del que ya me había hablado el teniente coronel García Melgar, había inhabilitado el camino que va desde Constitución hacia el sur hasta la frontera con Guatemala, el mismo que planeábamos usar para acercarnos a Uxul. Por ello decidimos hacer un gran desvío y llegar a la frontera por las carreteras que van al sur desde la ciudad de Escárcega. Una vez en la frontera, pensamos, no debería haber problemas, ya que a lo largo de ella hay un camino usado por la llamada CILA: con esta sigla de la Comisión Internacional de Límites y Aguas, creada por un acuerdo entre México y Guatemala para el mantenimiento de la frontera, la gente suele referirse también a la brigada de trabajadores que la comisión contrata para cortar maleza una vez al año y, cuando

es necesario, reparar y pintar los monumentos de concreto en forma de obeliscos, colocados cada pocos kilómetros a lo largo de la línea fronteriza. Un largo tramo de frontera que separa Guatemala del estado mexicano de Campeche corre en línea recta a lo largo del paralelo 17°49' de latitud norte.

Era justamente Viernes Santo, 25 de marzo de 2005, cuando emprendimos el camino, primero por la carretera principal hacia el oeste hasta Escárcega. La única razón del florecimiento de este pueblo, que apenas había crecido en las últimas décadas, es un importante cruce de caminos: aquí se desprende de la carretera principal, que va desde el centro de México hacia la ciudad de Campeche en la costa occidental de la península de Yucatán, la carretera que conduce a Chetumal. Difícilmente se podría encontrar algo de interés para un visitante promedio. Es cierto que los turistas suelen pararse aquí, pero únicamente porque todos los autobuses hacen una parada. Pero para nosotros, Escárcega tenía un significado especial: no hay mayores atractivos turísticos, pero sí abundan talleres mecánicos, vulcanizadoras, tiendas de refacciones y herramientas de todo tipo, sin mencionar los productos alimenticios. En esta ocasión, en Escárcega nos dimos el último lujo de comer en la civilización, y luego seguimos nuestro camino hacia el sur.

Pero no llegamos lejos. Detrás de mí, que iba al frente de nuestra caravana, se balanceaba el Ford de Ciriaco de color azul claro (o lo que le quedaba de pintura) y al final iba Vaquero con su Jeep. Sin mirar especialmente el retrovisor, de repente noté que del motor de Ciriaco salió una nube de humo, como si fuera por una explosión, y su camión se detuvo. Por supuesto, yo también paré. Constatamos que se había quemado todo el cableado eléctrico. Al parecer, se produjo un cortocircuito. Escárcega aún estaba cerca, y Ciriaco conocía allí a un electricista automotriz. Vaquero recibió indicaciones, se fue a la ciudad y regresó media hora después con el maestro.

México es uno de los países más católicos del mundo, pero el Viernes Santo claramente no era un impedimento para nuestro electricista: del Jeep bajó un hombre fornido, con un overol de trabajo apropiadamente sucio y una enorme caja de herramientas en las manos; incluso sus brazos engrasados revelaban que ese día definitivamente no éramos su primer cliente. Sin titubear se puso a trabajar: descubrió la causa del cortocircuito, retiró todos los cables quemados, sacó racimos de cables nuevos de su caja y los conectó uno a uno donde correspondía. Se revolcaba por la cabina y se contorsionaba en el compartimiento

del motor; el calor era implacable, pero en menos de una hora terminó el trabajo. ¿La cuenta? 300 pesos, poco menos de 30 dólares en ese entonces. Le di 400 pesos y comenté:

“Esto se veía horrible. ¡Muchísimas gracias, de veras! No pensé que esto pudiera resolverse tan rápido. ¡Y en la tarde del Viernes Santo!”

“Todo tiene solución, menos la muerte”, me respondió de buen humor y con sencillez, como si no fuera nada extraordinario.

Todo tiene solución, menos la muerte. ¡Qué palabras tan simples y a la vez tan verdaderas! Fueron como un consejo para todo lo que nos esperaba. Y de hecho, las recordé muchas veces; muchos problemas parecían insuperables, pero hasta ahora siempre hemos salido adelante. El optimismo puede hacer milagros.

Ahora vimos de manera muy concreta por qué los vehículos modernos y complejos no son para la selva: las reparaciones resultan demasiado complicadas. En el cofre del Ford de Ciriaco había mucho más espacio vacío que el ocupado por el motor, y la mayoría de las fallas las podía arreglar él mismo. Los problemas estaban lejos de terminar, pero nunca nos quedamos tirados de manera fatal.

Como ya era tarde, regresamos a Escárcega, pasamos la noche allí y al día siguiente emprendimos el camino nuevamente. Condujimos por varios pueblos, primero hacia el suroeste y luego hacia el sureste. Ya entrada la tarde llegamos a El Desengaño, que se encuentra cerca de la frontera con Guatemala. Ahí terminaba la carretera pavimentada. Nos acampamos en la cercana aldea de Santa Rosa, a menos de un kilómetro al norte de la frontera, pero no nos imaginábamos lo largo que sería todavía el camino hasta Uxul.

A la mañana siguiente pasó un muchacho de Guatemala, con un gallo en las manos que quería vender en el pueblo. Pronto regresó con él; como no encontró comprador, se lo compramos nosotros. Que la frontera aquí no era un obstáculo, lo descubrimos Vaquero y yo cuando queríamos encontrar el camino hacia adelante. El callejón nos llevó hasta una cabaña que estaba justo del otro lado de la frontera; en realidad, en parte estaba en México. El dueño nos explicó que el camino hacia el este sigue la frontera, pero pronto gira a la derecha hacia Guatemala. Tomamos esa ruta y nos encontramos con un camión cuyo conductor nos dijo algo diferente: debemos regresar a El Desengaño y desde allí seguir por terracería hacia el este, pasando por las poblaciones de Solidaridad y Julubal, hasta la aldea de San Dimas. Ahí, dijo, comienza el callejón que usa la CILA: primero pasa por la

abandonada ranchería Balamkax, tras algunos kilómetros llega a la frontera y luego continúa hacia el este, mayormente a lo largo de la misma brecha fronteriza.

Regresamos a El Desengaño. El camión de Ciriaco volvió a tener problemas. Por las ruedas traseras se había salido tanto líquido de frenos que casi no agarraban. Mientras el mecánico intentaba reparar la falla, Vaquero y yo aprovechamos el tiempo y nos fuimos en el Jeep hasta la aldea de San Dimas para comprobar que ese sería realmente el camino correcto. Al regresar nos esperaba la noticia de que no fue posible arreglar los frenos. ¿Nos atreveríamos entonces a continuar? No tiene sentido regresar, opinó Ciriaco, porque el aceite se pierde más al pisar los frenos, y en carretera se usan mucho más que en los callejones. La situación era preocupante: nos esperaba un camino muy largo a través de la biósfera, donde no habría un alma, mucho menos un mecánico. La decisión no fue fácil, pero la verdad es que, sin arriesgarnos, nunca hubiéramos hecho nada. Vamos a verificar si el viejo dicho latino *fortes fortuna adiuvat* (la fortuna ayuda a los valientes) sigue vigente. Compramos diez litros de líquido de frenos, nos pusimos en marcha y acampamos junto a una aguada entre las aldeas de Solidaridad y Julubal, donde nos alcanzó la noche. El pueblito de San Dimas, al que llegamos al día siguiente, está como al final del mundo: hacia el este solo se extiende selva despoblada; bueno, de vez en cuando uno se topa con algún alma perdida, pero eso lo descubrimos hasta más adelante.

En la aldea solo había unas cuantas casas sencillas, construidas con palos y techadas con hojas de palma, donde vivían cuatro familias. La gente nos recibió con curiosidad y nos permitió acampar junto al arroyo que corre al sur del pueblito. En estas zonas, en el límite oriental de la cuenca del río Candelaria que desemboca en el Golfo de México, todavía es posible encontrar de vez en cuando alguna corriente de agua superficial. Más al este, ya no las hay. Ciriaco no conocía estos lugares; sabía que la laguna El Paixbán —junto a la cual probablemente pasaría nuestro camino, ya que se encuentra justo en la frontera entre Guatemala y México— nunca se seca, pero de ese lago todavía nos separaban 25 kilómetros en línea recta.

Doña Laura preparó una cena muy sabrosa, realzada con el gallo comprado recientemente. Después de conversar sobre el plan para los próximos días, nos dormimos, pero ya temprano por la mañana nos despertó lo que parecía una competencia de los gallos de la aldea, cada quien tratando de superar el canto del otro. La mañana era hermosa;



Obstáculos
comunes en
callejones
abandonados.

junto al campamento murmuraba el arroyo que nos refrescó y, además del desayuno, nos llenó de optimismo, solo empañado por un detalle: una llanta de la camioneta blanca estaba desinflada. Pero bueno, no era ni la primera ni la última. Todavía teníamos dos de refacción; en el camión de Ciriaco cabían muchas cosas.

En los días siguientes abríamos el callejón hacia el oriente, viajando en la camioneta blanca y el Jeep, y cada noche regresábamos a San Dimas, donde doña Laura se encargaba de nuestra alimentación y del campamento: no tenía sentido moverlo antes de encontrar la siguiente fuente de agua. Pero todo esto tomó mucho más tiempo de lo que habíamos anticipado.

El primer tramo del camino fue bastante fácil. Ya el primer día el callejón, que serpenteaba a través de los terrenos cultivados de la aldea de San Dimas y luego por el bosque, nos llevó hasta la antigua

ranchería de Balamkax: unas cuantas chozas abandonadas en una loma cubierta de hierba alta. A partir de aquí, el camino continuaba por la selva; había más tramos cubiertos de maleza que había que despejar, pero el verdadero trabajo nos esperaba apenas cuando el día siguiente llegamos a la frontera. Ahora el camino iba por la brecha que separa México de Guatemala, pero estaba tremendamente enmontado. Claro, la brecha tiene 10 metros de ancho y, al no haber árboles que impidan que los rayos del sol lleguen al suelo, la vegetación baja prolifera en muy poco tiempo. La CILA limpia la frontera cada año, alrededor de abril, pero ese año todavía no había pasado por allí.

Llegamos a una aguada seca, junto a la cual el terreno estaba cubierto de hierba alta y seca, y luego nos topamos con un denso matorral. Si antes los surcos de ruedas eran relativamente visibles, ahora Ciriaco, por mucho que lo intentara, no los encontró. El camino no sigue por la frontera, concluyó. Unos cientos de metros atrás habíamos notado un camino que salía desde la brecha fronteriza hacia el norte. Nos metimos por él: pasaba por una ranchería que parecía abandonada desde hacía años, pero aquí y allá había excrementos de caballo algo frescos y parecía que alguien había usado el camino no hace mucho. Primero iba hacia el norte, pero después, alentadoramente, giró hacia el noreste.

Llenos de esperanza de que estábamos en el camino correcto, que seguramente en algún punto volvería a girar hacia la frontera, lo seguimos al día siguiente. Llegamos a un corral donde había algunas vacas y, poco después, saliendo de una curva, apareció un caballo, en el que estaba montado un hombre barbado. Aunque dijo llamarse Mateo, era imposible resistir la asociación que evocaba su apariencia: para nosotros era Osama bin Laden. Le interesaban todo tipo de detalles sobre lo que estábamos haciendo; le dimos toda la información, pero él no era tan locuaz. De ninguna manera pudimos obtener una respuesta clara sobre si la CILA realmente pasaba por allí o no. Sin embargo, enfatizó varias veces que el callejón que va desde su rancho hasta la laguna de Los Manguitos al oriente era transitable, porque el año pasado lo limpiaron los soldados, y que lo mejor para nosotros era ir hasta allá y luego bajar hacia la frontera. Ciriaco conocía Los Manguitos, que se encuentra unos 8 kilómetros al norte de la frontera, pero no sabía si de ahí era posible llegar hasta la frontera sin problemas; además, la laguna aún nos quedaba a más de 17 kilómetros de distancia en línea recta.

Fuimos a revisar el callejón, pero no parecía nada alentador. No solo estaba cubierto de maleza; por todas partes crecían árboles jóvenes

con tallos ya bastante gruesos. En un momento, cuando ‘Bin Laden’ se retrasó un poco, me volví hacia Ciriaco:

“Oye, tú dirás si me equivoco, pero a mí parece que por aquí no ha pasado ningún vehículo durante cinco o diez años”.

“Es lo que te iba decir”, asintió Ciriaco. “Este cuate quiere que le abramos camino a Los Manguitos”.

“¿Pero por dónde chingados pasa la CILA?”

No entendíamos nada, pero tuvimos que regresar. Antes de despedirnos, el barbudo nos mostró una ruina cerca de su casa: una pequeña pirámide, nada del otro mundo, además de que nuestra mayor preocupación era otra: ¿por dónde conduce el camino hacia el este?

Para regresar usamos el callejón que el dueño del rancho empleaba para comunicarse con la civilización y que nos llevó a El Desengaño. El camino estaba limpio; ¡ojalá lo hubiéramos sabido antes!

En una tienda, donde apagamos la sed, nos topamos con un hombre que nos dio nueva información: aseguró que el camino usado por la CILA sigue casi en su totalidad la frontera. Pasando la aguada a la que llegamos el día anterior, gira hacia el territorio mexicano, pero pronto vuelve a la brecha fronteriza.

Vaquero no se sentía bien y a la mañana siguiente se despertó con fiebre; evidentemente había contagiado la gripe de Ciriaco, que la había superado en días anteriores. Se quedó en el campamento, mientras los demás, con renovada esperanza, retomamos la búsqueda en la frontera, justo donde nos parecía que el camino no continuaba. Por el bosque a un lado de la frontera rodeamos el tramo cubierto de matorral denso y casi impenetrable; tras 200 o 300 metros regresamos a la frontera, a un terreno algo menos enmontado, y... ¡ahí estaban las huellas de ruedas! Entre la hierba las vimos con facilidad y ahora las seguimos de regreso. En el matorral espeso las perdimos otra vez, pero ni a la izquierda ni a la derecha había camino a través del bosque; quedó claro que el camino seguía la frontera, pero en un año se había cubierto tanto de vegetación que ya no era visible.

Limpiamos la vegetación y condujimos hacia adelante. Como nos había dicho aquel hombre el día anterior, el callejón pronto giró al territorio mexicano y luego volvió a la frontera. Ya entrada la tarde, a la hora de regresar, medí las coordenadas. Todavía faltaban ocho kilómetros hasta el lago de Paixbán, pero el regreso a San Dimas nos tomó casi tres horas. Por eso decidimos que al día siguiente desmontaríamos el campamento en San Dimas e intentaríamos llegar a Paixbán.

De Paixbán a Uxul

La suerte estuvo de nuestro lado. Avanzábamos con bastante rapidez; alrededor de las cuatro de la tarde, el callejón giró a la derecha, es decir, a Guatemala (nadie nos preguntaba por los pasaportes). Después de un rato nos condujo a un área que los limpiadores de la frontera aparentemente usaban como campamento: había restos de una fogata y de soportes hechos con estacas para colocar ollas y otro equipo. Hacia el norte se extendía un claro cubierto de pasto alto, entre el cual, a unos metros de distancia, se veía el brillo del agua: la laguna El Paixbán.

Cuando levantamos el campamento, empezó a lloviznar y la lluvia no cesó sino hasta el amanecer. El cielo se despejó y, al alba, apareció ante nosotros una escena casi romántica. El amplio claro que se extendía hacia el norte estaba cubierto de hierba y ocupado solo en parte por el agua, pues estábamos en plena temporada seca. A través del velo brumoso que pendía sobre la superficie de la laguna, se alcanzaban a distinguir a lo lejos los contornos de los árboles en la orilla. El azul intenso del cielo, ya claro y lavado por la lluvia, se transformaba hacia el oriente en un rojo vivo que iba aclarándose cada vez más, hasta que, detrás de las oscuras copas de los árboles que se dibujaban con nitidez en el cielo oriental, se derramaron sobre el paisaje los primeros rayos del sol.

Nada de baño, ninguna playa de arena, muchos moscos, pero para nosotros Paixbán fue la salvación. Para llegar al agua, aquí también hubo que cortar la maleza y colocar troncos sobre la orilla fangosa. Pero el agua era suficiente, y mientras no encontráramos otra fuente al avanzar hacia el oriente, este lugar resultaba más que adecuado para acampar.

Además, Paixbán era un lugar casi legendario. Hoy en día se extiende por todas partes la selva, pero en su momento hubo en algún lugar cerca del lago un asentamiento que llevaba el mismo nombre que el lago actual y fue encontrado por los primeros españoles que penetraban en estas tierras en el siglo XVII. Aunque la población tras el colapso de la cultura maya clásica disminuyó drásticamente, el territorio no quedó completamente despoblado. Los registros de



los primeros intentos españoles de cristianizar y someter las regiones remotas en la parte central de la península de Yucatán mencionan varios asentamientos, que debieron ser muy sencillos y con pocos habitantes, pues sus restos no se ven en la superficie; en ninguna parte del extenso territorio que exploramos encontramos vestigios de edificios del período Posclásico. Entre los poblados por los que pasaban las expediciones que, en la segunda mitad del siglo XVII, llegaban de Mérida —es decir, del norte de la península— y cuyo principal objetivo era el aún independiente reino de los itzaes en la región de Petén en la actual Guatemala, se mencionan también Chumpich y Paixbán. A partir de las descripciones de los lugares y de los caminos por los que transitaban estas expediciones misioneras y conquistadoras, se puede deducir que ambos asentamientos estaban junto a los lagos que conservaron estos nombres hasta hoy: la laguna

Neblinas
matutinas
sobre la Laguna
El Paixbán.

Chumpich se encuentra a 12 kilómetros al norte de Paixbán. Dado que las incursiones españolas contribuyeron a la disminución de la ya escasa población y al abandono de muchas aldeas, resulta interesante que, incluso después de que la zona quedara despoblada, ambos topónimos se hayan conservado entre los chicleros y madereros, que llegaban solo ocasionalmente y establecían sus campamentos temporales junto a aguadas y lagos.

Incluso la ruta que seguían las expediciones españolas, pasando por Chumpich y Paixbán, no ha cambiado de manera significativa hasta el día de hoy: fue descrita por algunos viajeros a finales del siglo XIX, entre ellos el célebre Teobert Maler, quien en 1895 viajó desde Yucatán a Petén y mencionó varias aldeas indígenas a lo largo del camino. Maler fue uno de los primeros investigadores que se dedicaron seriamente al estudio y la documentación de los sitios arqueológicos mayas. Nacido en Italia de padres alemanes, se trasladó de joven a Viena, donde adoptó la ciudadanía austriaca y, deseoso de viajar y conocer tierras lejanas, se unió al ejército del archiduque Maximiliano de Habsburgo, quien en 1864 se dejó coronar emperador de México como víctima de los juegos políticos de su hermano, el emperador Francisco José, y del emperador francés Napoleón III. Debido a que el presidente mexicano Benito Juárez, por la crisis financiera, decretó un moratorio de dos años en el pago de deudas a Francia, Inglaterra y España, los ejércitos de los tres países invadieron México en 1862. Las fuerzas británicas y españolas se retiraron pronto, pero los franceses continuaron la campaña y, tras sus primeros éxitos y con el apoyo de conservadores mexicanos, proclamaron un imperio católico. A iniciativa de Napoleón, le ofrecieron la corona a Maximiliano, quien la aceptó, pero a pesar de sus ideas ilustradas sobre el gobierno, le esperaba un destino trágico. El ejército de Juárez, con apoyo de Estados Unidos, finalmente derrotó a los franceses y estos se retiraron, pero Maximiliano, que se negó a hacerlo a tiempo, fue ejecutado en 1867.

En la aventura mexicana de la dinastía Habsburgo participaron también soldados eslovenos, conocidos como *meksikajnarji*, y es interesante que el joven Teobert Maler se uniera a los reclutas precisamente en Liubliana, donde se formó el cuerpo imperial mexicano de voluntarios bajo el mando del general Thun-Hohenstein. Muchos regresaron tras la derrota, pero Maler aprovechó la amnistía general otorgada por Juárez a los colaboradores del invasor y permaneció en



México, donde su intensa labor de investigación lo llevó también al corazón de la península de Yucatán.

Por el camino que describe Maler, en 1934 pasó la tercera expedición de Karl Ruppert, pero también lo sigue el callejón maderero trazado más tarde desde el poblado de Constitución, situado junto a la carretera principal Escárcega–Chetumal, hacia el sur. Hoy este camino es más o menos transitable hasta el antiguo campamento chiclero La Esperanza —donde se encuentra la estación de control de la Biósfera de Calakmul, que se extiende hacia el suroeste hasta la laguna El Paixbán— y luego continúa bordeando la laguna de Chumpich hacia el sur. Nosotros también habíamos planeado llegar a la frontera por este camino, pero abandonamos la idea y optamos por un desvío, ya que el general en Campeche me comentó que el ejército lo había inhabilitado.

Ya hace tiempo, muchas huellas de la turbulenta historia quedaron cubiertos por la selva. Hoy, sin realizar excavaciones, solo se pueden ver las ruinas de imponentes edificios de piedra construidos en la

Los trabajadores que limpian la brecha fronteriza a veces la usan también como cancha de fútbol. Así, cada partido se juega simultáneamente en México y en Guatemala, aunque seguramente sin porristas.

remota época del esplendor clásico maya; pero poco se sabe sobre los asentamientos posteriores de las empobrecidas y escasas comunidades que mencionan las fuentes históricas. Hasta los improvisados campamentos chicleros dejaron más vestigios: restos de pailas de hierro, recipientes de vidrio, y algunas pistas de aterrizaje que ocasionalmente intentan usar los narcotraficantes. Al pensar sobre las personas que alguna vez vivieron y caminaron por aquí, pero de las que no queda ningún rastro, el lago de Paixbán adquirió un toque místico. Lejos a la redonda, hoy no hay un alma viva; la exuberante selva tropical que se extiende en todas direcciones es la única vencedora sobre el tiempo. Los únicos visitantes regulares son los trabajadores que se encargan del mantenimiento de la frontera nacional, y aun ellos solo pasan una vez al año; instalan su campamento, limpian el tramo cercano de la brecha fronteriza y continúan su camino.

La idílica mañana en la selva junto al lago se vio estropeada por el ruido del generador, que tuvimos que poner en marcha para cargar las baterías de los teléfonos satelitales, las cámaras fotográficas y la computadora, en la que revisamos la cartografía y las imágenes satelitales de la zona, y evaluamos nuestra posición. Para llegar al objetivo —es decir, al punto donde debía estar Uxul— aún faltaban 15 kilómetros. Por el callejón, que bordeó el lago Paixbán por el sur y pronto volvió a la brecha fronteriza, ese día primero alcanzamos el siguiente campamento del equipo encargado de la frontera; como lo indicaba una inscripción tallada en la corteza de un árbol, el campamento se llamaba, quién sabe por qué, La Güera. Cerca había una aguada seca, junto a la cual salía del camino fronterizo otro callejón que conducía al noroeste: ¿sería este el camino hacia el lago de Chumpich y más allá, hacia el norte?

Continuamos el camino y llegamos al siguiente campamento: en un árbol estaban talladas las letras ‘Chumbec’. Decidimos dismantelar el campamento junto al lago de Paixbán y acampar aquí: además de contar con un espacio adecuado, este lugar ofrecía el punto de partida ideal para buscar Uxul, que según las coordenadas debía estar a poco menos de cinco kilómetros hacia el norte; y si nos faltaba agua, siempre podríamos regresar a El Paixbán para reabastecernos.

Así que, al día siguiente, estábamos de nuevo en camino. En este tramo había algunas pendientes empinadas con rocas que sobresalían de manera amenazante. Fue precisamente por aquí donde había tenido un accidente el comandante de la unidad en Xpujil, el teniente coronel



Después de mucho tiempo, la Estela 8 de Uxul volvió a tener visitantes.

García Melgar. La camioneta blanca y el Jeep de Vaquero, con la ayuda de la doble tracción, trepaban lentamente y sin mayores problemas sobre las piedras, pero el camión de Ciriaco generaba más preocupaciones. Se sobrecalentaba y los frenos no eran muy confiables. En la subida más difícil, di la vuelta con la camioneta blanca, desenrollé el cable de 50 metros del cabrestante frontal, lo enganché al camión de Ciriaco y lo jalé lentamente por la pendiente.

En el campamento La Güera comprobamos con satisfacción que nos íbamos a ahorrar la labor de abrir el camino por la frontera. Esperábamos que tarde o temprano nos encontraríamos con el grupo que cada año, por abril, limpia este tramo de la frontera entre Guatemala y México. Y ahora estaban allí: cincuenta hombres con machetes y, rugiendo delante de ellos, un pesado camión. Cuando bajé de la camioneta y me acerqué, el conductor me saludó, tan sorprendido como yo:

“¡Don Iván!”

“¡Don Alfredo!”

Era Alfredo Díaz Torres, quien en años anteriores nos había guiado hasta los sitios Champerico y El Gallinero. En la comisión encargada del mantenimiento de la frontera, tenía por segunda vez el puesto de conductor del camión que transporta equipo, agua y comida. Nos contó que el camino hacia el noroeste efectivamente lleva a la laguna de Chumpich, pero solo conocía los primeros seis kilómetros, hasta una pequeña aguada que nunca se seca. Así que allí había otra fuente cercana de agua, por si nos llegara a faltar.

Acampamos en Chumbec, desde donde no había callejón hacia nuestro objetivo, así que empezamos a abrirnos paso a pie. Por la tarde avanzamos unos kilómetros hacia el norte y al día siguiente, antes del mediodía, nos topamos con las primeras ruinas menores. El terreno ascendía gradualmente y el receptor GPS pronto nos llevó a un alto edificio piramidal. Esta era, por tanto, la estructura prominente que había visto en la fotografía aérea. A unas decenas de metros más adelante, frente a una pequeña ruina alargada, se alzaba una estela con un relieve bastante bien conservado en su lado frontal. Rápidamente revisamos la fotocopia del capítulo sobre Uxul en el libro de Karl Ruppert y su epigrafista John Denison; solo habían publicado fotografías y dibujos de los monumentos mejor conservados, pero uno de ellos era este, frente al cual estábamos parados: ¡era la Estela 8 de Uxul!

Revisamos el sitio y encontramos muchas calas de saqueo, pero las 15 estelas que registró la expedición de Ruppert en 1934 seguían en sus lugares. Comprobamos que el plano de Uxul de Ruppert era, como de costumbre, exacto, aunque faltaban algunos edificios grandes, seguramente porque tenían prisa: Ruppert se queja en su diario de campo de que en este sitio, que fue el último de su temporada 1934 (precisamente por ello lo llamaron *Uxul*, ‘El fin’), el tiempo los apremiaba y la lluvia no dejaba de obstaculizar los trabajos.

Los resultados de nuestra temporada anterior, especialmente el redescubrimiento de Oxpemul, despertaron tanto interés en la *National Geographic Society* que financiaron también esta expedición y acordaron con uno de sus fotógrafos que documentara nuestro trabajo. Como supuse que seguramente querría ir también a Uxul y que probablemente al mismo tiempo nos acompañaría nuestro epigrafista Nikolai Grube, pospusimos la documentación detallada del sitio y al día siguiente partimos desde Chumbec rumbo al este. Planeábamos regresar por Villahermosa y, de paso, revisar algunos puntos más que habíamos identificado en las fotografías aéreas.

Cuatro estelas

En la agradable aguada que había mencionado don Alfredo encontramos agua fresca y, en los días siguientes, exploramos dos conjuntos de ruinas; con uno dimos por casualidad, mientras que el otro confirmó nuestras expectativas basadas en fotos aéreas, por lo que lo llamamos Chicaanticaanal ('Visto desde arriba').

El callejón que conducía en parte por la frontera y en parte por el territorio mexicano, nos llevó el 7 de abril hasta un crucero donde antaño había estado el campamento chiclero de Tres Marías. Allí doblamos a la izquierda rumbo a Villahermosa y levantamos el campamento en un punto desde el cual, después de comer, nos dirigimos a pie por la selva hacia el oeste: en las fotografías aéreas se distinguía allí una elevación con un saliente puntiagudo; ¿una pirámide?

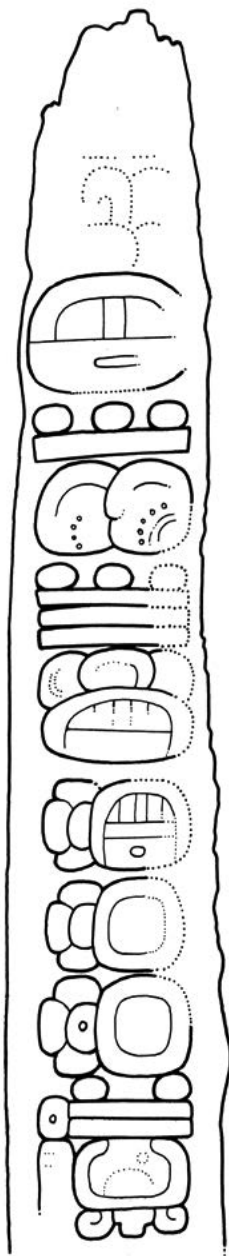
Tras poco menos de dos kilómetros de abrir camino, alcanzamos la colina. En la cumbre estaba una ruina de forma piramidal, a la que subimos. Apenas superaba los diez metros de altura, pero en su parte superior había una estela, expuesta por un saqueo. El relieve con la inscripción estaba mal conservado, pero la sorpresa nos la dio Pascual, uno de nuestros ayudantes, que fue el primero en bajar al otro lado de la pirámide.

“¡Aquí hay otras tres estelas!”, nos gritó.

¿Otras tres? En la foto aérea no se apreciaban construcciones mayores. ¿Será que un sitio así, claramente no muy grande, tenga nada menos que cuatro monumentos?

Bajamos con agilidad hacia Pascual y, al pie norte de la pirámide, vimos tres estelas erguidas, aunque algo inclinadas. Estaban alineadas y sus caras frontales miraban hacia una plaza al norte, delimitada por dos estructuras al este y al oeste, mientras que más al norte la espesura impedía la vista. Desde luego, la curiosidad nos llevó primero a las propias estelas. ¿Tendrán alguna inscripción?

A primera vista, las tres estaban muy erosionadas, pero llamó la atención el costado occidental de la más oriental: allí se distinguía claramente una fecha escrita en el sistema calendárico maya: 8.18.0.0.0 12 Ahau.



Los mayas utilizaban, al igual que otros pueblos mesoamericanos, dos ciclos calendáricos básicos. El año calendárico estaba compuesto por 18 periodos de 20 días, a los que seguían 5 días adicionales considerados de mala suerte. A este año de 365 días, nunca se le añadían días para mantenerlo en concordancia con el año trópico (como hacemos nosotros con los años bisiestos). El otro ciclo importante duraba 260 días y suele designarse con su nombre yucateco *tzolkin* ('conteo de los días'); a veces también se le llama ciclo sagrado o almanaque ritual,

En el lado derecho de la Estela 2 de Candzibaantún está grabada la fecha 8.18.0.0.0 12 Ahau (dibujo: Nikolai Grube).

porque desempeñaba un papel fundamental en la vida religiosa y en la astrología. Cada día tenía un nombre formado por uno de los números del 1 al 13 y uno de 20 signos que, en el momento de la conquista, en el norte de la península de Yucatán se llamaban Imix, Ik, Akbal, Kan, Chicchán, Cimi, Manik, Lamat, Muluc, Oc, Chuen, Eb, Ben, Ix, Men, Cib, Cabán, Edznab, Cauac y Ahau. Como los números y los signos se sucedían de manera continua y siempre en el mismo orden, eran necesarios 260 días para que aparecieran todas las combinaciones posibles de los 13 numerales y los 20 signos. Los ciclos sagrados se sucedían sin interrupción y de forma independiente del año de 365 días, así como en nuestro calendario se suceden sin pausa los días del ciclo semanal de siete días. Por ello, un mismo día del ciclo de 260 días caía en años distintos en fechas diferentes y, con frecuencia, aparecía incluso dos veces dentro de un mismo año de 365 días.

Cada día, por tanto, tenía un nombre del ciclo sagrado, pero además estaba marcado como día de un mes del año de 365 días. Como demuestra un cálculo sencillo, el mecanismo de entrelazado de ambos ciclos hacía que las mismas combinaciones de fechas de uno y otro se repitieran cada 18.980 días, o sea, cada 52 años de 365 días. Ambos ciclos se utilizaban en toda Mesoamérica, con certeza desde los últimos siglos antes de nuestra era. En todas partes también se conocía el ciclo de 52 años, que hoy llamamos Rueda Calendárica. Como las fechas se repetían en intervalos de 52 años y las Ruedas Calendáricas no tenían nombres distintivos, este sistema permitía datar un evento con precisión solo dentro de un mismo ciclo de 52 años.

La mayoría de los pueblos mesoamericanos conocía únicamente este calendario cíclico. Sin embargo, en el sureste de Mesoamérica surgió, antes del comienzo de nuestra era, un sistema que permitía una datación absoluta e inequívoca de los eventos, conocido hoy como Cuenta Larga. Este fue inventado por los llamados olmecas, que en la época preclásica habitaron el territorio a lo largo de la costa sur del Golfo de México y crearon la primera gran civilización mesoamericana. En períodos posteriores, sin embargo, la Cuenta Larga fue utilizada únicamente por los mayas.

La base de la Cuenta Larga es un sistema de numeración posicional. En los sistemas de este tipo, el valor de cada dígito depende de su posición dentro del número, lo que permite representar números grandes con relativamente pocas cifras y facilita enormemente las operaciones aritméticas. Un sistema así, desde luego, lo conocemos,

pero el nuestro es decimal, mientras que los mayas —y antes que ellos los olmecas— usaban uno vigesimal: tenían 20 cifras, del 0 al 19, y los valores posicionales eran potencias de 20. Dicho con mayor precisión, en los textos conocidos, todos relacionados de alguna manera con el calendario y la astronomía, empleaban un sistema vigesimal modificado, con los siguientes valores posicionales: 1, 20, $360 (= 20 \times 18)$, $7.200 (= 20^2 \times 18)$, $144.000 (= 20^3 \times 18)$, $2.880.000 (= 20^4 \times 18)$, etc. Este sistema vigesimal modificado sin duda refleja el uso calendárico, ya que el valor de la tercera posición (360) es el múltiplo de 20 más cercano a la duración del año trópico en días.

En la forma más sencilla, las 20 cifras se escribían con la combinación de puntos y barras: un punto o un pequeño círculo representaba una unidad, una barra tenía el valor de cinco, y el cero se escribía con el símbolo de una concha seccionada o con un signo parecido a un trébol de cuatro hojas. Los mayas también inventaron una forma más esotérica y difícil de leer: las cifras individuales se representaban mediante cabezas de deidades, mostradas de perfil.

Así como nuestro calendario, el sistema de la Cuenta Larga tiene un punto de partida que, en el calendario gregoriano —si lo reconstruimos para el pasado anterior a su implementación real— corresponde al 13 de agosto del año 3114 a. C. Esta fecha, por supuesto, no se refiere a ningún acontecimiento histórico real, ya que es tres milenios anterior a los primeros inicios del calendario y la escritura en Mesoamérica. Sin duda fue calculada de manera retrospectiva, a partir de criterios mitológicos y numerológicos, quizá también astronómicos. Las fechas de la Cuenta Larga expresan el número de días transcurridos desde el inicio del conteo en el sistema vigesimal modificado, pero al mismo tiempo indican cuántos ciclos han pasado; los valores posicionales corresponden a la duración de distintos periodos de tiempo: *kin* (día), *uinal* ('mes' de 20 días), *tun* (18 uinales, 360 días), *katun* (20 tunes, 7.200 días) y *baktun* (20 katunes, 144.000 días). Las fechas más antiguas conocidas (olmecas) son del siglo I a. C., cuando transcurría el baktun 7, y las más tardías son del siglo X y pertenecen al baktun 10. Se trata, por supuesto, solo de fechas relacionadas con eventos más o menos contemporáneos a las inscripciones que las mencionan. Además de estas, también hay fechas que no tienen relación real con acontecimientos contemporáneos, ya que caen hasta millones de años antes y después del presente histórico. Para escribir estas fechas,

que se refieren a diversos eventos mitológicos, se empleaban valores posicionales más altos y ciclos más largos.

Los mayas, por lo general, escribían en columnas dobles, de arriba hacia abajo y de izquierda a derecha. Muchos textos en estelas y otros monumentos comienzan precisamente con una serie de datos calendáricos: a un glifo introductorio le siguen la fecha en el sistema de la Cuenta Larga, las fechas en el ciclo de 260 días y en el de 365 días, y no pocas veces también otros datos calendáricos y astronómicos relacionados con el día del acontecimiento descrito a continuación.

Y justamente en ese sistema estaba escrita la fecha en nuestra estela. Arriba se encontraba el glifo introductorio, seguido por los números 8, 18 y tres ceros en forma de tréboles; abajo aparecía además la fecha del ciclo de 260 días, 12 Ahau. Los tres ceros revelaban que se trataba del final de un katún, es decir, de una fecha ‘redonda’, que los mayas solían conmemorar en monumentos y celebrar con ceremonias. En mi calculadora tenía guardado un programa para convertir las fechas mayas a nuestro calendario: el resultado fue el 7 de julio del año 396 d. C.

Quién y de qué manera celebró aquel día no lo pudimos saber: todo lo demás en esa estela estaba tan borrado que probablemente ni Nikolai podrá descifrar gran cosa. Sin embargo, la fecha en sí era interesante. En la Estela 5 de Balakbal —es decir, en el sitio de Ruppert que redescubrimos hace algunos años— está registrada una fecha correspondiente al año 406, que hasta entonces se consideraba la más temprana entre las fechas mayas conocidas en México. Pero nuestra estela ‘batió ese récord’ por diez años. La fecha más antigua conocida en monumentos mayas corresponde al año 292 d. C.; está inscrita en la Estela 29 de Tikal, en Guatemala. Pero la estela que encontramos aquel 7 de abril de 2005 tenía la fecha más temprana conocida hasta entonces en los sitios mayas de México.

El sitio no era especialmente grande: desde la plaza con estelas frente a la pirámide principal partía hacia el norte una especie de terraplén, probablemente una calzada ceremonial; hacia el noroeste había otro conjunto de edificios, seguramente residencias de la élite local. En los días siguientes también exploramos algunas lomas cercanas, en las que encontramos varios grupos de estructuras menores, así como algunas canteras.

La decisión sobre el nombre con el que bautizaríamos el sitio no fue difícil: *Candzibaantún*, o ‘Cuatro piedras inscritas’.

Mucho esfuerzo y poca recompensa

Ya no pudimos seguir posponiendo la salida a la civilización. En el motor de la camioneta blanca se escuchaba un ruido extraño; la maleza en los caminos enmontados llevaba tanto tiempo enredándose en los ejes de transmisión que quedaron desgastados los sellos de los diferenciales de la camioneta y del Jeep; el camión de Ciriaco gastaba, además del líquido de frenos, cantidades preocupantes del aceite de motor; y para colmo, empezaba a faltarnos comida. En Villahermosa nos abastecimos de agua, continuamos hacia el norte y acampamos en el antiguo campamento chiclero Central Buenfil, es decir, en el cruce con la carretera que conecta Conhuás con Calakmul. Desde allí queríamos revisar dos puntos observados en las fotos aéreas.

Cuando visitamos Calakmul el año pasado, desde la cima de la pirámide más alta observé una protuberancia puntiaguda en un cerro ubicado a unos diez kilómetros hacia el norte. Ni siquiera con binoculares era posible penetrar la espesura y ver más detalles, pero parecía tratarse de una pirámide. Medí el azimut con la brújula, localicé la elevación en el mapa y más tarde también en las fotos aéreas; incluso en estas podía verse lo que parecía una estructura piramidal en la cumbre. Condujimos hasta el punto más cercano en la carretera y, con las coordenadas del cerro ingresadas en el GPS, nos adentramos en el bosque hacia el oeste.

Después de avanzar aproximadamente un kilómetro, presioné quién sabe qué en el receptor GPS y, para mi horror, descubrí que había borrado todos los puntos grabados e ingresados. La mayoría de los registrados hasta entonces en esta temporada ya los habíamos transferido a la computadora, pero el problema inmediato era que también el punto que pretendíamos encontrar ahora había desaparecido. Por más que maldijera, obviamente no sirvió de nada; había que encontrar una solución. Estábamos en una loma y Pascual justo intentaba treparse a un árbol para orientarse, así que le pasé la brújula y, cuando divisó el cerro con la protuberancia, desde abajo le fui dando instrucciones sobre cómo leer el azimut. Nunca antes había

tenido ese instrumento en las manos, y la tarea tampoco era fácil por su posición: mientras con una mano estaba agarrado de una rama en lo alto de la copa, en la otra tenía la brújula y, buscando el cerro entre el denso follaje, trataba de determinar su azimut.

“El cerro está en dirección entre los números 220 y 240”, gritó.

Nos pusimos a caminar en esa dirección y llegamos a un callejón cubierto de maleza, evidentemente abandonado desde hacía mucho tiempo. Saqué de la mochila las fotografías aéreas de la zona y el estereoscopio. Con satisfacción, efectivamente detecté un camino que desde el oriente conducía hacia el cerro buscado y que, justo antes de alcanzarlo, giraba hacia el sur. Si lo seguimos, nos llevará a la base oriental del cerro, desde donde podremos subir. En la foto también intenté nuevamente determinar las coordenadas del cerro, lo cual, en medio del bosque, con insectos molestos y sin mesa, no era una tarea sencilla. Ingresé las cifras que obtuve en el GPS, pero el dispositivo me enviaba en una dirección completamente diferente a la que había señalado Pascual. Debido a los problemas con la determinación de las coordenadas, preferí creerle a Pascual.

Nos fuimos por el callejón que acabábamos de encontrar. Seguía en una dirección que parecía correcta, pero estaba tan enmontado que avanzábamos muy despacio. Después de caminar lo que pareció una eternidad y toparnos con una zona bastante extensa de ruinas medianas, de pronto descendimos a un bajo que parecía no tener fin. Hasta donde se pudo distinguir, no había ningún cerro, mientras que en las fotos aéreas el bajo más cercano estaba a unos dos kilómetros al suroeste del cerro buscado. Resultó evidente que andábamos totalmente perdidos.

Empezamos a regresar y llegamos al pie de un cerro que se alzaba hacia el norte. Pascual se ofreció a revisarlo. Una vez más consulté el GPS y confirmé que las coordenadas que había determinado en la fotografía aérea —aunque no les confiaba— efectivamente estaban hacia el norte, a apenas 600 metros de distancia. Ya era tarde y solo yo llevaba lámpara, así que envié a los demás adelante, mientras que Pascual y yo subimos al cerro. La terquedad y el coraje por haber vagado todo el día sin fruto me ayudaron a superar el cansancio; además, no podía rechazar la iniciativa de Pascual.

El cerro era el correcto, pero el sitio encima resultaba bastante modesto: solo había una pirámide de unos diez metros de altura, que miraba hacia el oeste sobre un terreno nivelado, seguramente la antigua

plaza, alrededor de la cual solo había algunos montículos bajos. Desde la pirámide, Pascual intentó orientarse. Reconoció la elevación desde donde había determinado la dirección aquella mañana y me la señaló.

“¿Estás seguro de que esa es la elevación?”

“Claro, de ahí llegamos”, extendió el brazo, “luego el terreno subió y en algún lugar de ese cerro me trepé al árbol”.

No había razón para no creerle. Ya en varias ocasiones había demostrado que tenía muy buen sentido de orientación en la selva. Tomé la brújula, apunté hacia el cerro y ... la causa de nuestro extravío quedó evidente.

“Mi querido Pascual, ya sé por qué nos perdimos”.

Me miró con incredulidad.

“Ese cerro se encuentra en la dirección de 144 grados. Eso significa que desde allí, la dirección hacia el cerro donde estamos ahora es de aproximadamente 324 grados. Tú me dijiste que lo veías por ahí entre 220 y 240 grados, ¡pero en realidad estaba entre 320 y 340!”

El dato no le decía mucho, pero no fue difícil explicarlo.

“En lugar de ir hacia el noroeste, caminamos hacia el suroeste”, le dije, mostrando con los brazos el error nada pequeño de dirección.

Se quitó la gorra y, apenado, se rascó la cabeza.

“Pues, ya sabes, un pobre campesino no sabe de estas cosas...”

“No te preocupes. Los dos tenemos la culpa. Primero yo hice la pendejada de borrar todos los puntos del aparato y luego tú leíste mal la dirección. Pero no pasa nada, nosotros cometimos los errores y también nosotros los corregimos. Mañana ya no tendremos que regresar aquí”.

“Pero en la mañana cuando pasamos por aquí abajo, te dije que le echáramos un vistazo a este cerro”.

Sí me lo dijo, pero no me pareció lógico porque estaba en una dirección completamente distinta a la que había indicado antes. En lugar de confiar en sus números, debí haber confiado en su sentido natural de orientación, así como en las coordenadas que había determinado en la fotografía aérea.

Satisfechos, aunque agotados, regresamos en plena oscuridad a la carretera, donde nos esperaban los demás. El día no fue perdido, los esfuerzos no fueron en vano.

Pero no fue así al día siguiente. Esta vez me quedé en el campamento para actualizar mi diario y hacer varias llamadas por teléfono satelital: tenía que contactar al mecánico para acordar las reparaciones

y a las personas que se unirían a nosotros en los próximos días: el fotógrafo de *National Geographic*, el epigrafista Nikolai y el geodesta Tomaž. Los demás fueron a revisar otro punto al norte de nuestro campamento. Los llevé por la carretera hasta el lugar más adecuado y quedamos en que los recogería allí por la tarde.

Regresaron alrededor de las seis, completamente acabados. Primero apagaron la sed con las bebidas frescas que traje; Vaquero se echó de un trago casi medio litro de líquido, se dejó caer jadeando sobre el asfalto y permaneció casi inmóvil durante unos diez minutos, con brazos y piernas extendidos, los ojos cerrados y sin pronunciar palabra, mientras los demás poco a poco empezaban a hablar. Habían recorrido más de 12 kilómetros a través de la vegetación muy difícil, pero prácticamente no encontraron nada. Había algunos montículos, restos de casas sencillas, pero aquello que en la fotografía aérea parecía una enorme pirámide resultó ser solo un cerro natural de yeso. Tales elevaciones son bastante empinadas y, debido al efecto exagerado de profundidad al mirar los pares de fotos aéreas con estereoscopio, parecen mucho más altas y puntiagudas de lo que realmente son. El año anterior nos engañó un cerro similar cerca del arroyo Blengio. Pero siempre es así: si no verificamos el asunto en campo, quizá nunca nos quitemos la duda: ¿y qué tal si allí sí hay algo?

¿Adónde nos lleva el diario de Ruppert?

En la civilización, como de costumbre, nos esperaba un montón de tareas. Además de diversas composuras de vehículos, había que volver a hacer compras e incluso resolver algunos problemas de salud. Nos presentamos en la clínica de Xpujil, cuyo director era el Dr. Ricardo Silva Alcántara. Lo habíamos conocido años atrás, cuando todavía era médico en el pueblo Ley de Fomento Agropecuario; siempre estaba dispuesto a ayudar de todas las maneras posibles, y como pudimos ver, no solo a nosotros. También hablé con el fotógrafo que iba a llegar. Se trataba nada menos que de Kenneth Garrett, uno de los mejores fotógrafos de National Geographic; venía acompañado por su asistente mexicano Jesús López, también fotógrafo, y Virginia Morell, quien escribiría una historia sobre nuestro trabajo. Faltaban todavía varios días para su llegada, así que en ese tiempo vamos a hacer más trabajo de campo. El epigrafista Nikolai me informó que podría llegar apenas en la primera mitad de mayo.

También pasé por el cuartel. El comandante no estaba, pero hablé con uno de los oficiales de mayor rango, quien me sorprendió con la información de que el camino desde el poblado de Constitución hacia el sur, pasando por el campamento La Esperanza hasta el lago Chumpich, era transitable; tras el incidente con la avioneta de contrabando, el ejército solo inutilizó la pista de aterrizaje en Chumpich. Así que el general en Campeche no estaba bien informado y nuestro gran rodeo por Escárcega fue innecesario; podríamos haber evitado el largo camino a lo largo de la frontera, por no hablar del desvío hacia un callejón sin salida y del ‘bin Laden’. Pero bueno, tampoco habríamos visto la Laguna El Paixbán. Es cierto que nadie sabía en qué estado estaba el camino más allá de Chumpich, pero de ahí la frontera ya no estaba tan lejos. Para la próxima visita a Uxul, sin duda tomaremos esa ruta.

Pero esta vez nos dirigimos a Villahermosa. Primero revisamos algunos puntos en los alrededores de Candzibaantún. Durante nuestra primera estancia allí, vimos desde la pirámide más alta hacia el suroeste

algo que parecía una pirámide. Pero solo eran árboles inusualmente altos: peinamos una zona extensa en esa dirección, sin encontrar nada que amerite mención.

Como yo tenía que ir a recoger al equipo de *National Geographic*, una noche les expliqué a Atasta, Vaquero y los demás el plan para los próximos días. Hay que preparar el camino hacia Cheyokolnah, adonde el fotógrafo Ken Garrett seguramente querrá ir. El callejón lo abrimos hace un año, pero ha de estar ya bastante enmontado, quizá también con algunos árboles caídos; cuando el fotógrafo esté aquí, no será conveniente perder tiempo limpiándolo. Además, les pedí que revisaran algunos puntos en los alrededores de Yaxnohcach. Les mostré las fotos aéreas en las que se veían dos grupos de estructuras mayores al noreste y al sureste del núcleo urbano, explorado y mapeado el año pasado: como a un kilómetro al sureste se observan dos protuberancias puntiagudas; otra similar sobresale de una elevación situada a una distancia parecida hacia el noreste, casi en el borde del Bajo El Laberinto; si se trata de pirámides, seguramente hay otras construcciones en los alrededores.

Mientras conversábamos así, Atasta, vacilante y reservado como siempre, me preguntó:

“Y... ¿Pared de los Reyes? ¿Ya no lo vamos a buscar?”

Ese misterioso sitio, que el año pasado buscamos con tanta insistencia pero sin éxito, dejó inquietos a todos. De inmediato intervino también Ciriaco:

“Sí, Pared de los Reyes. Pregunté a algunas personas que antes andaban por esta zona, pero nadie ha oído hablar de esas ruinas; tampoco de alguna aguada llamada Unión. Pero si Ruppert dice lo que mencionaste, Pared de los Reyes debe estar por aquí, desde La Fama hacia La Esperanza, adonde fue su expedición. No es posible que ese edificio se haya hundido en la tierra. Puede estar más derrumbado, pero algo seguramente queda”.

“Yo también lo creo”, respondí. “Si realmente quieren encontrar Pared de los Reyes, me alegra mucho, porque yo tampoco me he rendido”.

Traje la computadora y les mostré la imagen satelital de la zona. Repasé los datos que ya conocían. Ruppert dice que desde la aguada de La Fama fueron con mulas por un sendero hacia el noroeste y, después de dos horas, llegaron a la aguada Unión; el cuadrángulo de edificios, de los que el del lado poniente tenía figuras humanas

elaboradas en estuco, lo encontraron caminando 10 o 15 minutos al noroeste de esa aguada. El año pasado encontramos una aguada que, según pensamos, era la aguada Unión, porque estaba a la distancia y dirección adecuadas respecto a La Fama. Peinamos una amplia zona alrededor, encontramos muchas ruinas, pero no los edificios que describe Ruppert. Tampoco dimos con ninguna otra aguada.

“Pero ahora tengo datos nuevos. Las fotos aéreas ya las vieron. Nos han servido bastante bien; bueno, si excluimos aquel cerro de yeso...”

Vaquero puso los ojos en blanco y soltó algunas palabras que prefiero no escribir.

“En las fotos aéreas revisé los alrededores de la aguada a la que llegamos el año pasado y, al suroeste, encontré otra. Al menos parece ser una aguada. Si lo es, es muy pequeña, pero eso no significa que no haya sido importante...”

“No no”, coincidió Ciriaco. “A veces las aguadas pequeñas son más confiables que las grandes; pueden tener más agua o de mejor calidad. Muchos campamentos chicleros estaban junto a aguadas pequeñas”.

“¿Te acuerdas, Ciriaco? Cuando el año pasado caminábamos cerca de aquella aguada seca, dijiste que por ahí cerca debería estar otra; viste las huellas de un camino de arria, lo seguimos, pero luego lo perdimos...”

“Sí, y te dije que seguramente tenía agua: escuchamos aves, oro-éndolas, y esas nunca andan lejos del agua”.

“Exacto. Y tengo algo más”, continué. “En el museo Peabody de la Universidad de Harvard conservan los diarios de campo de Ruppert. Me enviaron fotocopias y... es increíble, el diario de Ruppert es tan exhaustivo y detallado... Por cierto, Atasta, ¿alguna vez has visto el diario de Ruppert?”

“No, ¿por qué?”

“Porque tu diario es casi una copia del de Ruppert; igual de cuidadoso, bien escrito, lleno de dibujos... Si alguien quisiera ver el mío... mejor no, solo yo lo entiendo”.

Atasta sonrió con incomodidad y bajó la mirada. Siempre era reservado, parco en palabras, a veces casi hosco; hablaba en voz baja y solo durante el levantamiento topográfico se esforzaba por gritarles a los ayudantes lo suficientemente fuerte para indicar dónde colocar los prismas. Por lo demás, vivía para la arqueología y los mayas. Su diario de campo era ejemplar: descripciones detalladas, oraciones completas, letra legible, dibujos; aprovechaba cualquier oportunidad para hacer

un croquis de la planta de alguna construcción, por pequeña o poco interesante que fuera. Más de una vez, ya por la noche y a la luz del fuego, añadía al diario datos que no había tenido tiempo de registrar durante el día.

“Entonces”, continué, “el diario de Ruppert es asombrosamente detallado. Anotaba incluso a qué hora se levantaban, a qué hora desayunaban, cuándo se ponían a trabajar y cosas por el estilo; y lo que en nuestro caso es particularmente importante, describe con detalle los caminos por los que andaban”.

Les mostré la copia del diario de Ruppert del año 1934.

“En este diario describe cómo llegaron a la aguada Unión. Dice que el 4 de abril de 1934, a las 8:20, salieron de La Fama con mulas rumbo al noroeste. Primero pasaron por un pequeño cementerio donde estaban enterrados tres mexicanos que habían sido asesinados en un enfrentamiento entre chicleros guatemaltecos y mexicanos algunos años antes; también Lundell menciona ese conflicto, que surgió por la cuestión de quién tenía derecho a recolectar chicle en el lado guatemalteco y quién en el mexicano”.

“He oído hablar de eso”, comentó Ciriaco.

“Una escena triste, dice Ruppert: las tumbas con cruces torcidas ya estaban cubiertas de maleza. Y luego continúa que a las 9:15 cruzaron un tinal...”

“Entonces cruzaron un bajo”, me interrumpió de nuevo Ciriaco, “solo ahí crece el palo de tinte²¹”.

“...así es, y que ahí el camino giró hacia el norte. A las 9:20 vieron, del lado derecho del camino, una cantera; a las 9:35 atravesaron otro tinal; a las 9:50 pasaron por un pequeño grupo de ruinas, todavía caminando hacia el norte, y a las 10:10 llegaron a la aguada Unión. Es decir, caminaron aproximadamente una hora hacia el noroeste y otro tanto hacia el norte. Este recorrido lo tracé sobre la imagen satelital de la zona, suponiendo que avanzaban, en promedio, cuatro y medio kilómetros por hora”.

“Es más o menos lo que se recorre en una hora”, confirmó Ciriaco, “si tomas en cuenta que el camino no es recto y que seguramente se detuvieron un momento en la cantera...”

21 *Haematoxylum campechianum*.

Ruppert. Luego la línea sigue hacia el norte y atraviesa otro bajo, lo que nuevamente coincide con lo que dice Ruppert. Si sus datos son correctos y realmente caminaban a una velocidad de cuatro y medio kilómetros por hora, recorrieron hacia el noroeste unos 4.1 kilómetros y después aproximadamente la misma distancia hacia el norte. Y cuando tracé esta ruta, me llevó a un punto que está a apenas 500 metros de la aguada que detecté en la foto aérea, mientras que la aguada alrededor de la cual buscábamos el año pasado está a casi dos kilómetros y medio hacia el este”.

“¡Súper!” gritó Vaquero. “Hay que encontrar esta aguada. Seguro que es la aguada Unión”.

“Ojalá. Si lo es —bueno, si lo que se ve en la foto es realmente una aguada—, entonces solo habría que revisar la zona hacia el noroeste. El año pasado no llegamos hasta allá. Pero primero sería prudente abrir algunos kilómetros más del callejón hacia La Esperanza. Así podremos acercarnos más a ese punto en vehículo, en lugar de caminar los ocho o más kilómetros desde el crucero para La Fama”.

En las fotos aéreas les mostré el callejón abandonado, claramente visible: desde Villahermosa conduce hacia el noroeste y, después de la desviación hacia La Fama, hasta donde lo limpiamos el año pasado, mantiene la misma dirección, acercándose a la supuesta aguada Unión a menos de un kilómetro.

“Anoten las coordenadas de esa aguada”, les dije a Atasta y Vaquero, “o de una vez métenlas en el GPS, y también las coordenadas de esos puntos alrededor de Yaxnohcah que valdría la pena revisar. Mañana en la noche recojo al equipo de *National Geographic* en el aeropuerto de Chetumal; mientras esté con ellos, podremos comunicarnos por el teléfono satelital”.

Pared de los Reyes

Virginia Morell, Ken Garrett y Jesús López llegaron a Chetumal la noche del 23 de abril. Nos alojamos en las modestas cabañas del hotel El Mirador Maya en Xpujil y conversamos. Virginia solo tenía una semana disponible; cuando se vaya, Ken y Jesús viajarán a Palenque para documentar otro proyecto arqueológico, y después regresarán con nosotros por unos días más.

El tema central de la historia que Virginia debía escribir era nuestro redescubrimiento de Oxpemul el año pasado. Ya entonces, poco después de concluir nuestros trabajos, el callejón que conduce desde la carretera hasta la base del cerro donde está Oxpemul fue abierto por el equipo de la Universidad Autónoma de Campeche, que también construyó ahí una caseta de madera para los vigilantes. El acceso, por lo tanto, era fácil; casi ya no era posible imaginar las dificultades que enfrentamos el año anterior para llegar hasta allí y luego documentar los monumentos. Ken tomó cientos de fotografías en dos días, Jesús lo asistía con entusiasmo, y Virginia me hacía preguntas y anotaba todo tipo de detalles sobre nuestro hallazgo, sobre Ruppert, los mayas... Mientras tanto, Vaquero me informó que habían despejado el callejón

Aguada Unión,
en estado seco.



a Cheyokolnah y también parte del que va hacia La Esperanza; además, ya encontraron la aguada que buscábamos —sí era una aguada— y estuvieron buscando Pared de los Reyes, pero sin éxito.

Llevé el equipo de *National Geographic* a Villahermosa, donde nos reunimos con los demás, y en los días siguientes visitamos Cheyokolnah y Candzibaantún. Tras terminar el trabajo, los llevé a Chetumal: a Virginia al aeropuerto, mientras que Ken y Jesús rentaron un auto para trasladarse a Palenque. Regresamos a Xpujil, donde por la noche revisamos las fotos en la computadora. Ken estaba muy contento, pero a mí me alegró especialmente un breve pero significativo mensaje que me envió Vaquero por teléfono satelital: “Hoy revisamos los puntos alrededor de Yaxnohcah; en todos los lugares que marcaste hay pirámides grandes. Mañana seguimos buscando Pared de los Reyes”.

Antes de que Ken y Jesús se fueran al día siguiente, 30 de abril, acordamos que regresarían el 8 de mayo, cuando también iba a llegar nuestro epigrafista Nikolai Grube. Compré los víveres que faltaban, llené el tanque de gasolina y me dirigí a Villahermosa.

Llegué ya entrada la tarde. Descargué la camioneta y doña Laura me sirvió la cena. Al caer la noche, regresaron también los muchachos del campo, sudados y cansados como siempre, casi sin palabras. Nos saludamos, y a mi pregunta sobre cómo les había ido, Vaquero negó con la cabeza y dijo:

“Creo que en esa zona ya no tiene sentido seguir buscando. Pero Atasta encontró algo y tal vez deberías checarlo”.

Sacó de su mochila una cámara digital y me enseñó una fotografía: un muro con una moldura; me parecía familiar.

“Espérame... ¿no es Pared de los Reyes?”

“¡ES Pared de los Reyes!”, respondió Vaquero despacio, con gran énfasis y el rostro radiante.

Grité de alegría, los felicité y los abrazos no tenían fin. No pudieron haber encontrado un mejor momento para celebrar: acababa de traer de la civilización cerveza fría, ron y otras cosas. Y luego me contaron la historia.

Hace unos días, con las coordenadas que les había dado, encontraron sin dificultad la aguada que esperábamos que fuera la aguada Unión; también recorrieron algo de terreno hacia el noroeste, pero sin éxito. Esa vez les faltó tiempo para una búsqueda más exhaustiva, pero antes del siguiente intento, Atasta estudió cuidadosamente el mapa. Marcó la ubicación de la aguada en el mapa topográfico —a escala 1:50,000, ya

Vaquero, Atasta
y Gerardo, al
descubrir Pared
de los Reyes.



que no existen mapas más detallados de esa zona remota— e intentó encontrar cualquier pista en la configuración del terreno. Notó que hacia el noroeste —más allá del área que ya habían recorrido, pero todavía dentro de la distancia de aproximadamente un kilómetro, que coincide con el dato de Ruppert sobre 15 minutos de caminata— se extendía un terreno ligeramente elevado. Conociendo las preferencias de los mayas en cuanto a la ubicación de sus asentamientos, dedujo que Pared de los Reyes, si estaba cerca, debía estar precisamente en esa pequeña elevación, cuya forma se parecía, según las curvas de nivel, a la letra L. Ideó un plan genial: a lo largo de la elevación encorvada marcó tres puntos que servirían de guía, determinó sus coordenadas y las ingresó en el GPS; distribuyó los puntos de manera que, al ir de uno a otro, recorrerían toda la cresta de la loma, asegurándose de que el sitio, si es que se encontraba allí, no podría pasar por inadvertido.

Los que habían hablado hasta este momento eran mayormente Vaquero y Atasta. Pero ahora también empezaron a animarse los demás.

“Y así, hoy volvimos a la aguada”, continuó Vaquero. “Ahí Ciriaco vio rastros de jabalí y dijo que los iba a seguir...”

“Porque quería ver si tal vez llevaban a otra aguada”, intervino Ciriaco.

“... mientras los demás nos dirigimos hacia el primer punto de referencia. Atasta iba al frente, llegamos a ese punto, miramos alrededor, pero no había nada. Pascual se fue por otro lado...”

“Bueno, pensé que no tenía sentido caminar todos juntos”, comentó Pascual.

“... y Atasta, Gerardo y yo seguimos hacia el segundo punto. Gerardo iba adelante abriendo camino con el machete y Atasta detrás de él, con el GPS en la mano, cuidando la dirección. Yo me quedé un poco atrás, pero de repente escucho los gritos: ‘¡Ahí está una pared...!’”.

“Justo estaba mirando el GPS y vi que faltaban menos de 100 metros para llegar al segundo punto”, volvió a incorporarse Atasta. “Cuando escucho a Gerardo delante de mí: ‘¡Ahí está un muro!’”. Con la mano me señalaba hacia adelante y un poco a la izquierda...”

“¿Cómo estuvo eso?”, me volví hacia Gerardo para escuchar también su versión de la historia.

Gerardo, uno de los hijos de Ciriaco, de 25 años, heredó muchas de las virtudes de su padre: tenía una extraordinaria capacidad de orientación, era trabajador, prudente, confiable y honesto de pies a cabeza. Una vez le pagué 2,500 pesos de más; la cantidad no era despreciable y muchos se la habrían quedado callados, pero Gerardo me señaló el error de inmediato. Me impresionó tanto que con gusto le dejé 500 pesos como gratificación. Normalmente era bastante reservado, pero esta vez también se contagió del entusiasmo y la emoción. Soltó la risa y contó:

“Pues yo iba abriendo camino en la dirección que me indicaba Atasta. Antes de llegar al segundo punto, vi una ruina frente a mí y grité: ‘¡Ahí está una pared!’”. Y entonces Atasta, que venía atrás, se lanzó para adelante, me rebasó y se metió al monte sin cortar nada, como un danto; en unos segundos llegó hasta la pared y empezó a gritar: ‘¡¡¡Encontramos Pared de los Reyes, encontramos Pared de los Reyes!!!’”.

“Cuando me acerqué, luego luego reconocí la estructura con el mascarón que publicó Ruppert”, añadió Atasta, y Vaquero continuó:

“Y para entonces yo también ya los alcancé. No te puedes imaginar la escena. Ya sabes cómo es Atasta, tranquilo, sereno, pero en ese momento estaba extendiendo los brazos y gritando al cielo como poseído: ‘¡Encontramos Pared de los Reyes, encontramos Pared de los Reyes...!’ ¡Hasta empezó a cantar! Gritaba tanto que pronto llegaron corriendo también Ciriaco y Pascual”.



De la decoración
de estuco en la
fachada poniente
del edificio por
el cual Pared de
los Reyes recibió
su nombre, solo
quedan partes
de un mascarón
en el extremo
norte de la
crestería (arriba
a la izquierda).

Después de una búsqueda tan larga y agotadora, el acontecimiento sacudió incluso al siempre equilibrado Atasta. Claro que yo también estaba emocionadísimo. Todos brindábamos, y hasta pudimos complacer a Atasta con un deseo musical. Vaquero, además de todo tipo de herramientas y otras cosas que llevaba en su Jeep, también tenía un reproductor de casetes y un MP3. El repertorio disponible era conocido y Atasta decidió sin titubear: Pink Floyd. Fue una de esas noches difíciles de olvidar. Sobre el claro de Villahermosa, lejos de cualquier luz artificial, se arqueaba un cielo despejado y atiborrado de estrellas; por el paisaje resonaba el canto de los grillos, y desde la casa deteriorada en medio de la selva se escuchaba *Shine on You Crazy Diamond...*; el siempre tan callado Atasta hasta se puso a cantar. El lugar desolado, que hacía mucho había sido testigo de bulliciosas transacciones comerciales y del rugir de los motores de las avionetas que transportaban

la preciada resina, volvió a tener visitantes; también estos, así como los chicleros de antaño, revivían sus aventuras del día junto al fuego. Pero la razón de su risa y alegría habría parecido sumamente extraña a cualquier observador que por casualidad pasara por ahí: celebraban el hallazgo de unas ruinas olvidadas hace mucho tiempo, restos de un asentamiento relativamente pequeño e insignificante, en el que la vida se extinguió hace por lo menos mil años.

En los días siguientes, examinamos Pared de los Reyes y documentamos todos los detalles. Karl Ruppert, quien visitó el sitio en 1934, escribió que consistía en un solo cuadrángulo de edificios que rodeaban un patio rectangular. Tampoco nosotros encontramos otras estructuras en las inmediaciones, pero era evidente que los numerosos montículos que habíamos visto el año anterior, al revisar el extenso terreno hacia el este, pertenecían al mismo asentamiento que, según la cerámica encontrada en la superficie, vivió en el período Clásico. El edificio mejor conservado del cuadrángulo es el que limita el patio por el lado oeste. El botánico Cyrus Lundell, que visitó Pared de los Reyes el 9 de enero de 1932, lo describió como un muro de unos 30 metros de largo, decorado a cada lado con un friso de estuco cuya parte inferior estaba formada por cinco grotescos mascarones; sobre cada uno sobresalía del muro una piedra que sostenía una figura humana sentada con las piernas cruzadas. En el pecho de cada una de estas figuras había una placa pectoral en forma de rostro humano, y en la cabeza un turbante, como si fuera una corona, por lo que los chicleros denominaron este monumento Pared de los Reyes. A partir de los restos de pintura roja, Lundell dedujo que el friso estaba originalmente pintado.

Como correctamente estableció Karl Ruppert dos años más tarde, el muro con estucos es en realidad la crestería decorativa de un edificio alargado. La descripción de Lundell y las fotografías de Ruppert revelan que los estucos ya en su época estaban muy deteriorados —Ruppert incluso anotó en su diario de campo que estaba algo decepcionado—, y nosotros vimos aún menos. La fachada poniente de sillares finamente labrados y con una moldura horizontal estaba bastante bien conservada, mientras que los cuartos abovedados, que tenían entradas desde el patio —es decir, desde el lado oriental—, se habían derruido casi por completo. Solo en el extremo norte de la crestería se conservaban, en los lados este y oeste, fragmentos de dos mascarones, representando a una deidad de la tierra o de la lluvia; también sobrevivieron partes del penacho que antaño adornaba la figura humana sobre el mascarón oriental. Hoy,

Fragmentos de
estuco también
se conservan
en la fachada
oriente del
famoso edificio.



por tanto, queda poco de lo que llevó a Lundell a considerar Pared de los Reyes como una de las más impresionantes ruinas mayas.

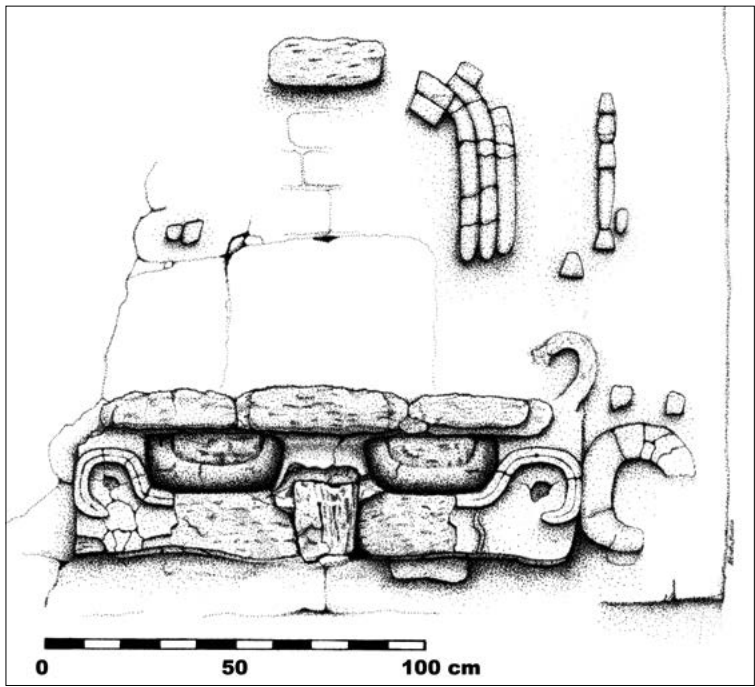
Sin embargo, y aunque ya habíamos encontrado varios centros grandes con edificios y esculturas mucho más impresionantes, incluso con inscripciones jeroglíficas, el redescubrimiento de este sitio fue para nosotros motivo de gran satisfacción y entusiasmo. Tras tantos días y semanas de búsqueda infructuosa, Pared de los Reyes llegó a ser un desafío especial, casi personal; no solo para nosotros, dedicados a la arqueología, sino también para nuestros fieles trabajadores: ellos también se contagiaron de la inquietud y del obstinado deseo de encontrar este lugar tan elusivo. Ahora, al haberlo hallado, sentimos la satisfacción de no haber sudado en vano. Hace un año, cuando rastreamos una extensa zona alrededor del cuerpo de agua que erróneamente creíamos que era la aguada Unión, llegamos también a las coordenadas que Karl Ruppert proporciona para Pared de los Reyes; no encontramos nada especial en las inmediaciones, pero no sospechábamos que el famoso edificio estaba a menos de un kilómetro hacia el oeste. Pero hay que decir que esta no fue la primera experiencia de este tipo. Ya

había sucedido algunas veces que deambulábamos por la selva sin tener la menor idea de que estábamos muy cerca del núcleo monumental de una antigua ciudad. Además de que los asentamientos mayas no eran compactos, sino que estaban compuestos por grupos de edificios separados por espacios vacíos, también los tamaños de las estructuras pueden variar mucho, independientemente de su distancia del centro urbano. Por ello, en medio de la selva resulta casi imposible determinar si los restos de casas sencillas por las que pasamos son la periferia de una gran ciudad o tan solo parte de un pequeño poblado, de los que había muchos por todas partes.

Al concluir el trabajo en el sitio de Pared de los Reyes, Atasta, Vaquero y los demás me llevaron también a los puntos que habían inspeccionado en los alrededores de Yaxnohcah. En este caso, la realidad superó las expectativas. Resultó que dos salientes puntiagudos visibles en las fotografías aéreas a aproximadamente un kilómetro al sureste del núcleo urbano eran en realidad dos grandiosas pirámides, dominando dos conjuntos de edificios contruidos sobre amplias plataformas. Una sorpresa aún mayor fue el punto prominente al noreste del centro de la ciudad. En las fotografías aéreas parecía una estructura piramidal contruida sobre una loma, pero en realidad la elevación que daba la impresión de ser un cerro natural era una enorme acrópolis de planta aproximadamente rectangular. La voluminosa plataforma sobre la que se alzan un templo piramidal y varios edificios menores mide casi 200 metros de largo y tiene una altura de alrededor de 7 metros. Por las características de los fragmentos cerámicos encontrados en la superficie fue posible inferir que las primeras fases constructivas de este complejo arquitectónico se remontan ya al Preclásico Medio, hacia el año 500 a. C. Al realizar las mediciones geodésicas, también quedó claro que todo el conjunto está orientado astronómicamente: hacia la salida del Sol en el solsticio de invierno (22 de diciembre) o hacia su puesta en el solsticio de verano (22 de junio).

Esta orientación concuerda con la antigüedad que sugiere la cerámica: entre las orientaciones astronómicas más tempranas en Mesoamérica, predominan precisamente las solsticiales, sin duda porque los solsticios son fenómenos que llaman la atención por sí mismos. Quien observa día tras día la salida del Sol, nota fácilmente que el punto por donde aparece se desplaza a lo largo del horizonte, hasta alcanzar en cierto momento su extremo norte, para luego comenzar a regresar y, medio año después, llegar a su extremo sur (desde luego,

Mascarón en la parte norte de la fachada oriente (dibujo: Atasta Flores Esquivel).



el mismo movimiento puede observarse también en el horizonte poniente). Precisamente por ello, los solsticios fueron las referencias más elementales para la orientación temporal en el año trópico, tanto en Mesoamérica como en otras partes del mundo, donde la base de subsistencia empezó a ser la agricultura, que requiere una planificación adecuada de las labores vinculadas a las distintas estaciones del año.

El día acordado nos encontramos en Xpujil con Ken y Jesús, quienes habían regresado de Palenque. Ya estaba allí nuestro geodesta Tomaž, y también llegaron Nikolai y su amigo suizo Marco Gross, quien vive desde hace muchos años en la ciudad guatemalteca de Melchor de Mencos, casi en la frontera con Belice, y que llegó en su vehículo todo-terreno. Partimos rumbo a Uxul, esta vez por el callejón que va desde el pueblo de Constitución hacia el sur. Ciriaco se había adelantado con los demás trabajadores temprano en la mañana para despejar el camino. Hasta el antiguo campamento chiclero La Esperanza, donde hoy se encuentra el puesto de control de la Biósfera de Calakmul, no tuvieron mayores dificultades, pero el tramo restante estaba bastante cubierto de vegetación, así que solo llegaron hasta la Laguna El Chumpich, donde los alcanzamos y acampamos. Al día siguiente, llegamos a la frontera, pasando por el campamento La Güera, y luego avanzamos hasta el campamento Chumbec, desde donde había que continuar a pie hacia Uxul.

Cuando Ken y Jesús terminaron su trabajo fotográfico, los llevé al aeropuerto de Chetumal y regresé a Uxul, donde Nikolai había dibujado todos los monumentos de piedra y ya contaba con varios datos interesantes. Entre otras cosas, en uno de los textos jeroglíficos leyó que los rituales realizados por el gobernante local en el año 662, al concluir un ciclo calendárico, fueron presenciados por el mero Yuknoom Ch'een II, un poderoso rey de la dinastía Kaan, que en esa época tenía su sede en Calakmul. Para su vasallo, el gobernante de Uxul, esa visita debió ser de enorme importancia, pues quedó inmortalizada en dos estelas.

Después de que Nikolai documentara también las estelas en Candzibaantún, él y Marco se marcharon, mientras que a nosotros nos esperaban unos días más de trabajo topográfico, del que estaban encargados Tomaž y Atasta: mapeamos Candzibaantún y los dos grupos periféricos de Yaxnohcah que descubrimos ese mismo año.

Lejos del camino

Siempre hace calor, pero hace mucho que no se sentía tanto como hoy. Tampoco tenemos razones para estar especialmente contentos. El sitio dista mucho de ser tan grande como parecía en la fotografía aérea. Además, ya es entrada la tarde y apenas empezamos a regresar. La brecha ya está abierta, pero el campamento parece infinitamente lejos y la caminata se vuelve un suplicio. Nos arañamos con plantas espinosas y tropezamos con todo tipo de bejucos, raíces de árboles y chuzos de arbustos cortados. La tarde es extremadamente bochornosa, sin la más mínima brisa que atenúe el sofocante calor. Estamos empapados de sudor, y el agua que nos queda está demasiado tibia para calmar la sed y el sobrecalentamiento del cuerpo. Por la mañana dejamos algo de agua en una cala de saqueo excavada en una ruina menor, a mitad del camino; se ha conservado relativamente fresca y nos devuelve un poco de fuerzas. Pero todavía nos esperan más de dos horas de caminata. El calor no cede, aunque el sol ya está bajo. Cuando se ponga, la selva en menos de media hora quedará envuelta en la oscuridad, y nosotros todavía estamos a casi tres kilómetros del destino. A la luz de las lámparas avanzamos penosamente por un sendero que se convierte en una pesadilla. Con la vista clavada en el suelo, esquivamos los obstáculos y esperamos no pasar por alto alguna serpiente venenosa. Nadie pronuncia palabra; solo se escucha el chasquido de las ramas secas y el susurro de la hojarasca bajo nuestros pies. Caminamos exhaustos quién sabe cuánto tiempo, como entumecidos, hasta que de pronto llega la salvación: entre los árboles distinguimos el parpadeo del fuego de nuestro campamento, donde nos espera doña Laura.

Antes de recuperarnos y acabar de cenar, el cielo es rasgado por relámpagos y a un estruendoso trueno le sigue una tormenta tropical. Con prisa guardamos todo el equipo que no debe mojarse y nos reunimos de nuevo bajo una lona extendida sobre el espacio que usamos como cocina y comedor. Aunque el fuerte aguacero no cesa, el ánimo mejora: hemos regresado sanos y salvos, hemos comido, y hasta tenemos reservas de cerveza y ron. El cansancio se desvanece, y



cuando poco a poco recuperamos el don de la palabra, Ciriaco brinda conmigo y dice con toda seriedad:

“En cuanto a Saša... ¡mis respetos!”

Saša, visiblemente aliviada, sonríe y alza su vaso:

“Oh, muchas gracias. ¡Salud!”

Era el 14 de abril de 2007, casi al inicio de la séptima temporada de nuestros trabajos de campo. Con nosotros estaba Saša Čaval, quien se había graduado en arqueología unos años antes y ahora era colaboradora en el ZRC SAZU. Al menos dos veces me había expresado su deseo de acompañarnos, pero yo no me atrevía a llevarla: me preocupaba cómo podría soportar una mujer todas las penurias, y además ya contaba con un equipo experimentado. Esta vez, sin embargo, Vaquero canceló su participación a última hora por la enfermedad de su madre, y decidí encargar a Saša su labor, sobre todo la documentación fotográfica. Durante las dos semanas que ya llevábamos en el campo, sin toparnos con mayores dificultades, Ciriaco expresó varias veces su preocupación por ella, preguntándome si sería capaz de aguantar. “Espero que sí; sé que tiene mucha experiencia de campo”, intenté

Uitzilná,
vista hacia el
suroeste (modelo
tridimensional:
Aleš Marsetič).

ocultar mi propio temor. Ese día pasó por una prueba de fuego que, evidentemente, también convenció a Ciriaco.

“Te lo dije. Yo ya sé a quién llevo al campo”, traté de sonar presumido, aunque también yo sentí alivio.

“Sí sí”, respondió Ciriaco. “Pero tú mismo lo viste. Ni Elías aguantó, y eso que es hombre, de nuestro pueblo, acostumbrado al trabajo”.

De hecho, Elías, uno de los trabajadores que había traído Ciriaco, dijo hace tres días que no podía seguir. Como justo teníamos que reabastecernos, ayer lo llevé de regreso a Constitución y traje en su lugar a Eric, uno de los hijos de Ciriaco.

“Conozco a Elías”, continuó Ciriaco, “y sé que no le rehúye a ningún trabajo. Pero es obvio que en el monte no tiene práctica. No sabía ahorrar energía; tú lo viste: cortaba más de lo necesario”.

Ciriaco tenía razón otra vez. En un entorno tropical es muy evidente que la intensidad y el ritmo del trabajo deben adaptarse a las condiciones específicas. A mediodía el calor es tal que el agotamiento aumenta mucho y el rendimiento disminuye. En nuestro trabajo no hay un horario fijo: trabajamos todo el día y descansamos de vez en cuando según la necesidad. Los campesinos, en cambio, se levantan muy temprano, de modo que ya al amanecer están en el campo y realizan las labores más pesadas por la mañana, cuando las temperaturas todavía son más o menos soportables; por la tarde se dedican a tareas más ligeras y al descanso. Tumbarse a la sombra, moverse despacio y otros rasgos de comportamiento en las regiones tropicales, que los visitantes ocasionales de climas templados suelen calificar de pereza, son en gran medida consecuencia de las condiciones. El trabajo en el entorno tropical cansa mucho más que en otros lugares; para que el organismo no ‘se queme’, se necesita más descanso, y también es fundamental ahorrar energía en el propio trabajo. También en eso, Ciriaco era un maestro. Hacía todo con reflexión, sin movimientos innecesarios, pero de manera eficaz. En los trabajos de levantamiento topográfico, por ejemplo, aunque le resultaban aburridos y prefería ofrecerse para cualquier otra tarea, lo usamos varias veces porque quitaba más rápido justo lo que estorbaba en las mediciones. Los trabajadores menos hábiles cortaban enormes cantidades de maleza entre el teodolito y el prisma, y aun así no se lograba ver el punto visado; Ciriaco, en cambio, primero observaba la situación, seguía con la mirada la línea del aparato al prisma, avanzaba uno o dos pasos y cortaba solo la rama que obstruía la visual. Sin duda, la experiencia fue

lo que más le enseñó a Ciriaco, aunque hay que decir que en estas habilidades tampoco Gerardo, su hijo, ni Pascual se quedaban muy atrás.

Elías, en cambio, se excedía; cortaba brechas más anchas de lo necesario, por lo que se fatigaba mucho más que los demás. En los días anteriores, Atasta y Saša, junto con dos trabajadores, revisaron algunas ruinas menores en los alrededores, mientras que con Ciriaco y Elías íbamos abriendo camino hacia un sitio que, según las fotografías aéreas, parecía ser bastante grande, pero estaba lejos del callejón junto al cual habíamos levantado nuestro campamento. Cuando, después de dos días de abrir la brecha, llegamos al punto en que aún nos faltaban 800 metros hasta el objetivo, Elías —quien además había empezado a tener problemas estomacales— expresó su deseo de regresar a casa.

“El monte es difícil”, continuó Ciriaco. “Y hoy nos cansamos todos, aunque estamos acostumbrados a este trabajo. Tú estabas viendo el mapa: ¿cuánto caminamos?”

En mi dispositivo GPS tenía guardados los datos cartográficos y podía seguir nuestros movimientos:

“La brecha que abrimos a través del monte hasta el sitio tiene unos 12 kilómetros. Luego caminamos allí un kilómetro más, hasta el grupo más lejano, y regresamos... En total recorrimos al menos 25 kilómetros”.

“¡Solo imagínate! Caminar 25 kilómetros por carretera o por una vereda trillada no es gran cosa. Pero aquí, te tropiezas constantemente y tienes que agacharte bajo las ramas que no cortamos. Normalmente yo me tropiezo, pero no caigo; hoy viste que hasta yo me caí, pero Saša ni una sola vez”.

“Cómo no, dos veces”, admitió Saša.

“¡Y qué! Tú te fuiste de trompa como tres veces”, me miró Ciriaco, con un toque de burla.

“Por lo menos”, asentí, medio molesto.

Claro, como nuestras brechas no están pensadas para un uso prolongado, limpiarlos a fondo no tendría sentido; requeriría demasiado tiempo y esfuerzo. No cortamos los arbustos hasta el suelo, ni las ramas más gruesas, así que hay que esquivarlas. Por eso, por un camino provisional abierto en la selva, uno difícilmente puede avanzar más que tres kilómetros por hora. La distancia era realmente grande, de hecho, la más larga hasta ahora, así que al nombrar el sitio no hizo falta mucha imaginación: *Unachililbé*, ‘lo más lejos del camino’.

Según lo que habíamos visto en la foto aérea, esperábamos más, y el acceso tan pesado no parecía del todo proporcional a la ‘recompensa’

En la parte
alta de uno de
los edificios
en Uitzilná se
conservan restos
de un cuarto
abovedado.



que obtuvimos. Pero ahora, con la cabeza fría y más o menos descansados, pudimos concluir que el sitio, al fin y al cabo, no era tan insignificante. No tiene estelas, tampoco edificios muy grandes, pero dos conjuntos arquitectónicos son bastante extensos y el templo piramidal más alto mide nada menos que 15 metros. Aquí y allá incluso hay muros expuestos que revelan la técnica de construcción con piedras toscamente trabajadas. Mientras los demás revisábamos los alrededores, Atasta tuvo tiempo suficiente para hacer un croquis del grupo arquitectónico principal, y Saša encontró algunos fragmentos de cerámica que revelan que el asentamiento vivió sobre todo en el periodo Clásico.

Antes de llegar a este sitio, que se encuentra a poco más de 15 kilómetros al noreste de La Esperanza, descubrimos otros en las primeras dos semanas de esta temporada. El más grande está a unos 30 kilómetros al sur del poblado Constitución y a unos cinco kilómetros al este del camino que va desde dicho poblado hacia el sur. El núcleo urbano está formado por templos piramidales de hasta 20 metros de altura y edificios alargados, seguramente residenciales y administrativos, distribuidos alrededor de plazas y situados sobre plataformas masivas construidas con bloques de piedra burdamente labrados. Una calzada de casi 200 metros de largo y 15 metros de ancho, que en algunos tramos se eleva hasta un metro sobre el terreno circundante, conecta el complejo arquitectónico central con un gran templo hacia el oeste. Al norte de esta avenida hay un conjunto de estructuras menores, y al sur un espacio ligeramente hundido que, por las características de la vegetación, parece retener agua en temporadas de lluvia; probablemente se trata de los restos de un reservorio, como los que tenían muchas ciudades mayas. La gran cantidad de cerámica encontrada en superficie indica que el asentamiento estuvo habitado desde los últimos siglos a. C. hasta el final del periodo Clásico. El núcleo urbano compacto se encuentra sobre un pequeño cerro rodeado de un extenso bajo por todos lados menos por el oriente. Aunque los bajos no son aptos para la ocupación porque se empantanar o inundan durante la temporada de lluvias, sabemos que los mayas situaron la mayoría de sus ciudades en las tierras bajas de la península de Yucatán cerca de estas depresiones llenas de sedimentos, seguramente porque conservan humedad incluso en la estación seca y son adecuados para la agricultura intensiva; en algunos se conservan canales que probablemente drenaban el exceso

de agua, de modo que los terrenos intermedios —posiblemente en parte rellenados— se volvían más apropiados para el cultivo.

Así que la ubicación de este sitio no es sorprendente, pero es interesante que la ‘península’ de terreno alto con el núcleo urbano tenga laderas muy empinadas que descienden hacia el bajo, mientras que una cañada la separa del terreno elevado que continúa hacia el este y donde se extienden las ruinas de templos y casas menores. Además, a lo largo de los bordes oriente y norte del núcleo urbano se conservan restos de un muro defensivo que, según puede inferirse por otros casos similares, alguna vez estuvo complementado por una empalizada. Estas particularidades del sitio, por las que lo llamamos *Uitzilná*, que significa ‘fortaleza’ o ‘castillo’, muestran que las consideraciones de defensa fueron un factor muy importante en la planificación de la ubicación y la configuración arquitectónica de la ciudad; nada raro si recordamos que los mayas vivían en varios estados más o menos independientes que a menudo se enfrentaban en conflictos armados. Hoy sabemos que las murallas no eran raras en las ciudades mayas, aunque también había muchas sin fortificación. Seguramente la importancia de la defensa dependía en cada caso de la posición central o periférica de la ciudad dentro de cada estado.

Búsqueda infructuosa

A la mitad de la temporada 2007, nos encontrábamos de nuevo muy al sur de la biósfera, donde aún nos restaban dos objetivos que nos llenaban de grandes expectativas. Nuestro campamento estaba junto a una aguada que, según recordaba Ciriaco, se llamaba Los Hornos, a poco más de 25 kilómetros al noroeste de Villahermosa y a un lado del callejón que conduce hacia La Esperanza. Durante la última semana lo limpiamos desde el punto hasta donde lo habíamos abierto en 2005, cuando encontramos Pared de los Reyes.

Después de haber hallado varios complejos de ruinas a lo largo de la carretera de Conhuás a Calakmul, también dimos con algunos menores en los últimos días, abriendo el camino hacia la aguada de Los Hornos. Aunque no todos los sitios cumplieron nuestras expectativas —como lo ilustra el nombre Desilusión, que escogimos para uno—, pudimos estar satisfechos con los resultados obtenidos hasta ahora. Uitzilná fue sin duda un centro sumamente interesante; Atasta dibujó varios croquis de los complejos arquitectónicos, Saša tomó muchas fotografías y, gracias a su entrenado ojo arqueológico, este año recolectamos más cerámica que nunca. Hasta ahora, hemos registrado y documentado 13 localidades previamente desconocidas, con lo que el número total de sitios descubiertos durante las siete temporadas de campo ha aumentado a unos 80, enriqueciendo significativamente el panorama arqueológico de las tierras bajas mayas centrales.

A pesar de estos logros, en aquellos días de mayo, mientras nos acercábamos a la aguada de Los Hornos, a veces nos invadía el cansancio y el hastío. Llevábamos casi dos meses prácticamente sin salir del monte. Al abrir el camino, nos atacó un enjambre de abejas silvestres, alteradas por el ruido de la motosierra; todos nos alejamos corriendo de inmediato, salvo Saša que, a pesar de nuestros gritos, se quedó en su lugar como petrificada. No sé cómo habría terminado si el siempre alerta Ciriaco no se hubiera dado la vuelta, la agarrara del brazo y saliera con ella disparado hasta la maleza cercana. Y justo unos días antes la había picado un enorme avispón; por suerte eligió un lugar menos delicado que el que picó a Gerardo bajo el ojo: la hinchazón le tapó la vista y le deformó la cara tanto que le dimos dos días de

incapacidad. Atasta se mantenía mayormente estoico, aunque a ratos malhumorado e insociable. Como el callejón cruzaba varios bajos, el hábitat favorito del árbol *chechén*²², cuya resina provoca una fuerte alergia, Eric, hijo de Ciriaco, estaba ya muy preocupado; el contacto de la resina con la piel afecta a cualquiera, pero Eric es tan sensible que ni siquiera puede acercarse a ese árbol. Finalmente le entró tal desánimo que quiso regresarse a su pueblo caminando. Uno de los motivos que dio fue que le pagaba menos que a los demás, incluso menos que a la cocinera, aunque cuando lo traje en lugar de Elías aceptó ese pago, porque no tenía experiencia y porque esa cantidad la recibían siempre los que venían por primera vez. Traté de hacerle ver que lo necesitábamos —lo cual era muy cierto— y que no podía caminar solo 70 kilómetros por la selva; desde luego, lo convencí sobre todo al asegurarle que ya había demostrado su valía y que a partir de entonces le aumentaría el sueldo. Incluso Pascual, que solía trabajar cantando, estaba menos inspirado y platicador que de costumbre.

Para los levantamientos topográficos, en esta ocasión estuvo a cargo el geodesta Aleš Marsetič, mi colaborador en el ZRC SAZU. El sitio Uitzilná ya había sido seleccionado para el mapeo preciso, pero lo dejamos para el final de la temporada porque, mientras yo fui por él al aeropuerto de Chetumal, los demás ya habían empezado a abrir el callejón hacia La Esperanza; esperábamos que los dos sitios a los que queríamos llegar fueran lo suficientemente grandes y valieran la pena ser cartografiados con estación total. Sin embargo, Aleš ya llevaba con nosotros casi diez días y la apertura del camino a través de la tupida y espinosa vegetación parecía no tener fin. Todos blandíamos incansablemente los machetes, y como Aleš no se quedaba atrás, nuestros trabajadores lo aceptaron de inmediato como uno más del equipo. Solo esperábamos que, después de tantos días de trabajo maderero —que dominaba cada vez mejor—, no hubiera olvidado para qué vino ni cómo manejar el teodolito y el tripié.

Cuando por fin llegamos a la aguada de Los Hornos, decidimos de común acuerdo que ya habíamos tenido suficiente de limpiar el camino y que iríamos a los dos sitios a pie. Uno lo había identificado yo en la fotografía aérea, a unos tres kilómetros al oeste de la aguada en línea recta, y del otro tenía datos Ciriaco; un colega le había dicho

22 *Metopium brownii*.

Saša y Aleš
durante los
trabajos de
levantamiento
topográfico.



que, junto al camino hacia La Esperanza, cerca de la aguada Clarín, se encontraba un gran complejo de ruinas, con muros expuestos y estelas.

En la aguada de Los Hornos no había agua; durante todo el trayecto hasta acá, regresábamos de vez en cuando a Villahermosa para conseguirla. El monte era relativamente bajo y no ofrecía buena sombra para el campamento, que además nos deparó unas cuantas sorpresas. Al anochecer, tarde o temprano oíamos un zumbido sordo, como si algún avión estuviera dando vueltas en lo alto, pero en realidad lo producían millones de una especie de chinches verdes que justo a la hora de la cena descendían y revoloteaban obsesivamente alrededor de nuestras lámparas. Una que otra se chamuscaba en las llamas de los mecheros improvisados —frascos de vidrio con económico combustible diésel—, pero muchas más aterrizaban en nuestros platos. También solían pasar justo por el campamento columnas de

hormigas, a las que ni siquiera echarles gasolina las disuadía mucho de sus propósitos. La pierna humana que se interponía en su camino era invadida y cubierta de mordidas en unos instantes, por lo que todo el tiempo presenciábamos espectáculos de baile con frenético zapateo. Y las garrapatas, como siempre, eran responsables del ritual nocturno que cada quien realizaba en la intimidad de su hamaca o tienda de campaña y que bien podría calificarse como entrenamiento de contorsionista: la iluminación y revisión de todos los lugares donde pudieran haberse metido los huéspedes no invitados iban acompañadas de posturas sumamente curiosas, a veces francamente acrobáticas.

Pero, a pesar de todo, el optimismo y el sentido del humor no se nos acabaron por completo. Una noche, cuando Aleš agarró ya su segundo flan, doña Laura le gritó:

“¡No, Aleš, esto es para todos!”

Y cuando Aleš le contestó, sin titubear y con toda seriedad: “Pues sí, yo me llamo Todos”, esto dio pie a risas y comentarios que animaron notablemente una velada por lo demás bastante aburrida.

Al abrir la brecha desde la aguada de Los Hornos, seguimos el callejón que iba hacia el noroeste y, tras casi dos kilómetros, llegamos a un cruce. Allí el callejón hacia La Esperanza giraba al norte, mientras que nosotros continuamos por el que se dirigía al suroeste. No muy lejos del cruce había una pirámide bastante grande sobre una elevación y algunas construcciones menores en los alrededores. Después de haber seguido el callejón durante dos días, nos desviamos hacia el noroeste a través del monte y alcanzamos las ruinas buscadas.

El sitio estaba compuesto por dos grupos arquitectónicos y era lo suficientemente grande e importante como para que Aleš por fin pudiera dedicarse a la labor por la que había venido. El complejo sur estaba completamente rodeado por un muro defensivo y consistía en edificios arruinados, en su mayoría residenciales, dispuestos alrededor de plazuelas y patios menores. En el lado norte se alzaba una estructura piramidal de unos 7 metros de altura, con un saqueo en el que se veían muros de piedra finamente labrada; sobre una estructura menor cercana estaba recostada una estela, desafortunadamente sin relieves. En el derrumbe de uno de los edificios también encontramos bloques de piedra con ornamentos geométricos tallados en relieve, claramente fragmentos de una antigua fachada. El complejo norte, situado a menos de medio kilómetro hacia el norte, era más grande y evidentemente más importante; edificios de distintos tamaños y

formas, algunos de más de 10 metros de altura, se distribuían alrededor de varias plazas, y en algunos lugares se veían restos de cuartos abovedados. Entre ambos grupos arquitectónicos encontramos dos pequeñas aguadas, probablemente artificiales. Alrededor de la loma sobre la que se asienta el sitio, al que llamamos simplemente Los Hornos, se extiende un amplio bajo en todas las direcciones excepto hacia el suroeste.

Después de examinar minuciosamente el área de las ruinas, recoger la cerámica y documentar los detalles arquitectónicos, Atasta, Aleš y tres trabajadores se dedicaron a las mediciones topográficas, mientras que los demás quisimos ir en busca del sitio del que había oído hablar Ciriaco. Aseguraba que la aguada Clarín era la primera que, a lo largo del callejón hacia La Esperanza, seguía a la aguada de Los Hornos. Efectivamente, en la foto aérea se veía una aguada a poco más de cuatro kilómetros al noroeste. Salimos todos juntos del campamento, hasta que en el cruce al oeste de la aguada de Los Hornos el grupo de mapeo giró a la izquierda, mientras que los demás nos fuimos hacia el norte, por el callejón que pasaba en su mayor parte por un hermoso bosque alto y que, para variar, estaba menos enmontado de lo habitual. Llegamos a la aguada, pero ahí estaba otro crucero: mientras que un callejón seguía hacia el norte, el otro iba hacia el oeste. Se suponía que el sitio estaba junto al camino a La Esperanza, pero ¿cuál de los dos era el correcto? Después de tantos años, ni Ciriaco lo recordaba.

Regresando al campamento aquella tarde, nos detuvimos en el cruce al oeste de la aguada de Los Hornos. Durante un breve descanso, Ciriaco comentó:

“Aleš, Atasta y los demás no han regresado todavía”.

“¿Cómo lo sabes?” le pregunté.

“No han pasado por aquí todavía. Mira esas hierbas largas que se asoman sobre el camino. Si ya hubieran regresado, estarían dobladas hacia allá, rumbo al campamento, pero todavía están apuntando en la dirección contraria, tal como quedaron cuando pasaron por aquí en la mañana”.

El dato en este caso no era de mayor importancia, pero Ciriaco demostró una vez más sus habilidades de rastreador. En efecto, cuando llegamos al campamento, nuestros compañeros todavía no estaban allí.

Son pocos los conocedores que saben leer huellas en el suelo y la vegetación y, a partir de ellas, incluso localizar a una persona perdida. En 2005, cuando Ken Garrett estaba tomando fotos en Cheyokolnah,

su asistente Jesús se perdió al adentrarse demasiado en el monte por la necesidad más cotidiana y común. Al notar que faltaba, alguien recordó en qué dirección se había ido; Ciriaco buscó sus huellas, las siguió y finalmente encontró a Jesús, quien, por suerte, se había detenido al darse cuenta de que estaba perdido, y esperó allí (sus gritos ayudaron apenas cuando Ciriaco estuvo lo suficientemente cerca). Por el bosque alto que rodea Cheyokolnah es muy agradable caminar, pero también es muy fácil perderse: hay relativamente poca maleza y casi no es necesario cortarla para abrir camino, por lo que, al regresar, uno puede en cualquier momento desviarse y caminar en dirección completamente equivocada. Para evitarlo, los conocedores del monte siempre, incluso cuando no es necesario para facilitar la caminata, cortan ramitas de árboles jóvenes a intervalos adecuados para marcar así la ruta por la que regresarán. Pero incluso seguir estos caminitos, llamados *picados*, requiere atención y experiencia.

En los días siguientes revisamos los alrededores de la aguada que habíamos encontrado el día anterior. Primero seguimos el callejón hacia el oeste, varios kilómetros, examinando el terreno a izquierda y a la derecha, pero solo encontramos algunos montículos pequeños. Además, el camino estaba muy cubierto de maleza, con rodadas apenas visibles, por lo que Ciriaco concluyó que ese no podía ser el callejón principal hacia La Esperanza, por el que el tráfico intenso había cesado apenas hacía un par de décadas. Por tanto, el callejón junto al cual supuestamente estaban las ruinas debía ser el que desde la aguada iba hacia el norte. Ese también estaba bastante enmontado; cruzaba un extenso bajo, en el que no podíamos esperar encontrar algún sitio arqueológico.

Ciriaco ya no estaba seguro de que la aguada en la que nos encontramos fuera realmente la aguada Clarín:

“¿Qué tan lejos está la siguiente aguada?”

“No sé. El callejón hacia el norte solo puedo seguirlo en las fotos aéreas a través del bajo, luego se pierde en el monte alto y no sé cuál de los caminos que aparecen más adelante hacia el norte y noroeste es el callejón a La Esperanza”.

“¿Y no se ven ruinas por ningún lado?”

“Ya revisé todo, pero en esta área no se ve nada de mayor tamaño. Claro, esto no significa que realmente no haya nada. Ya sabes, a veces incluso ruinas bastante grandes no se ven. ¿Te acuerdas de Olvidado? Sus dos estructuras principales tienen unos 10 metros de altura, sabemos

exactamente dónde están en la foto aérea, pero allí solo se ven árboles, nada sobresale”.

“Hay que seguir el callejón hacia el norte”, opinó Ciriaco.

“Podríamos ir, pero primero tendríamos que mover el campamento hasta aquí; ya estamos a más de cinco kilómetros de la aguada de Los Hornos, y si seguimos a pie, cada día vamos a perder mucho tiempo solo en ir y venir. Pero para mover el campamento, antes tendríamos que abrir el callejón para vehículos. Además, en esta aguada tampoco hay agua; para conseguirla, tendríamos que estar yendo hasta Villahermosa. Otro problema es que se nos está acabando el tiempo, o mejor dicho, el dinero; espero que Atasta y Aleš terminen pronto”.

Ciriaco sabía todo esto, pero no quería rendirse:

“¿Sabes qué? Mañana me voy solo por este callejón, hasta que encuentre la siguiente aguada. Si esta no es la aguada Clarín, debe ser la siguiente”.

Ciriaco hablaba muy en serio. Su orgullo estaba herido; rara vez se equivocaba. El desafío era similar al que enfrentamos cuando buscábamos Pared de los Reyes; pero no pude aceptar su propuesta.

“No, para nada, no vas a andar solo. Quién sabe qué tan lejos está la siguiente aguada, no puedes llevar tanta comida y agua, y además la hamaca; podría pasarte algo...”

Apenas logré convencerlo. Se sentía culpable. Antes había afirmado que entre las aguadas de Los Hornos y Clarín no había otra, pero ahora tuvo que dudar de su memoria.

“Ese cuate me dijo que las ruinas están a un lado del callejón y cerca de la aguada Clarín. Pero aquí ya revisamos el terreno al sur, de ambos lados del camino, y no encontramos nada; y hacia el norte está ese bajo grande. Entonces, o esta ni siquiera es la aguada Clarín, o...”

“... o el sitio no está tan cerca de la aguada como te dijo. ¿Tal vez ni siquiera lo vio él mismo y solo escuchó hablar de él?”

“Bueno, no es imposible”, trató de consolarse Ciriaco.

¿Cuál es la aguada Clarín? ¿Dónde están las ruinas de las que le habló su conocido a Ciriaco? ¿Será cierto que allí hay edificios bien conservados, estelas, quizás incluso con inscripciones legibles que contengan información interesante? Las preguntas no dejaban de inquietarnos, pero esta vez tuvieron que quedar sin respuesta.

Terra incognita

Ciriaco estaba arrodillado en el lodo, atando sogas gruesas a las ruedas traseras del camión de tres toneladas. Estábamos frente a un cauce de unos 50 metros de ancho, por el cual fluía perezosamente una corriente de agua. Ciriaco acababa de cruzar su pick-up, equipada con doble tracción y cabrestante, pero el camión grande no contaba con nada de eso, así que no era de esperar que pudiera atravesar el arroyo fangoso tan fácilmente. Pronto quedó claro que ni siquiera las cuerdas en las ruedas ayudaban. El camión quedó atascado en medio del arroyo, tan hundido que sus ruedas ya no eran visibles; y mientras tanto ya cayó la noche.

“¿Y ahora?” le pregunté a Ciriaco.

“Mañana lo sacamos”, dijo con indiferencia, se dio la vuelta y se fue caminando al otro lado del arroyo. No me quedaba claro cómo iba a hacerlo, pero evidentemente no estaba de humor para dar explicaciones.

No lo seguí, porque mi camioneta todavía estaba de este lado de la corriente. Guindé la hamaca y me quedé dormido, no precisamente despreocupado, ya que la situación parecía bastante desesperanzadora.

De la solución me convencí a la mañana siguiente, cuando muy temprano me despertaron voces optimistas. Ciriaco y sus muchachos estaban escarbando el lodo y despejando las ruedas del camión.

“Vamos a usar el yo-yo”, me gritó Ciriaco.

Esa técnica ya me la había mencionado alguna vez, pero nunca la había visto en acción. El camión tenía llantas traseras dobles. Los muchachos, usando dos sogas largas y gruesas, ataron un extremo de cada una al eje, entre cada par de rines gemelos, y el otro a un árbol firme de este lado del arroyo. Lo que más tardó fue quitar el lodo alrededor de las ruedas, pero una vez colocadas las sogas todo terminó en menos de un minuto: el chofer arrancó en reversa y, al girar las ruedas motrices traseras, las sogas se fueron enrollando en el espacio entre ambos pares de llantas, sacando así el vehículo del fango. Con esta técnica no era posible jalar el vehículo hacia adelante, hasta la otra orilla de la corriente, y además estaba claro que no llegaríamos muy lejos. No quedó más opción que continuar el camino solo con la pick-up de Ciriaco y la mía. Me senté al volante y la metí al arroyo; quedé atascado antes de llegar al otro lado, pero Ciriaco, con su vehículo ya en terreno firme, me remolcó sin problema. Al fin y al cabo, las sogas son parte indispensable del equipamiento...

Era a principios de julio de 2012. En la parte sur de la Biósfera de Calakmul habíamos concluido nuestro trabajo en 2008, cuando, durante la filmación de un documental, registramos algunos sitios más. A juzgar por lo que se veía en las fotografías aéreas, allí ya no podíamos esperar mucho; en cambio, la parte norte de la biósfera seguía siendo un gran espacio en blanco en el mapa arqueológico del área maya. Sin embargo, pasarían varios años antes de que nos ocupáramos también de esa zona. Primero fue necesario publicar todos los resultados del trabajo realizado hasta entonces; después, con mi amigo Pedro Francisco Sánchez Nava —mi anterior jefe en el INAH, desgraciadamente fallecido hace algunos años— iniciamos una extensa investigación arqueoastronómica, midiendo las orientaciones arquitectónicas en numerosos sitios de Mesoamérica. Mientras tanto, un equipo alemán de la Universidad de Bonn, bajo la dirección de Nikolai Grube, comenzó excavaciones intensivas en Uxul; en Oxpeul trabajaban arqueólogos mexicanos de la Universidad Autónoma de Campeche, y la arqueóloga canadiense Kathryn Reese-Taylor, de la Universidad de Calgary, inició las excavaciones en Yaxnohcah. A mis colegas, por supuesto, les recomendé a Ciriaco, así que estaba cada vez más ocupado con la arqueología, lo que también le permitió mejorar su parque vehicular: cambió su viejo Ford por uno más reciente y además compró una pick-up Chevrolet. Lamentablemente, durante ese periodo también sufrió una trágica pérdida: su esposa Laura, nuestra anterior cocinera, falleció a causa de graves lesiones en un accidente de tráfico.

Las partes norte y sur de la Biósfera de Calakmul se extienden al norte y al sur de la carretera Escárcega–Chetumal; una estrecha franja de terreno que las conecta cruza la carretera unos 10 kilómetros al oeste de Xpujil. Becán, Chicanná y muchos otros sitios arqueológicos en los alrededores de Xpujil se destacan por su refinado estilo arquitectónico, que se desarrolló durante el período Clásico Tardío (aproximadamente entre los siglos VII y X) y que recibe su nombre del sitio Río Bec, ubicado 15 kilómetros al sureste de Xpujil. El área de este estilo ya está bastante bien investigada, al igual que el territorio aproximadamente 100 kilómetros al norte, que se caracteriza por un estilo arquitectónico similar y más o menos contemporáneo, denominado Chenes. Sin embargo, una vasta área entre ambas regiones, de unos 3,000 km², cuya mayor parte se encuentra dentro del sector norte de la Biósfera de Calakmul, permanecía totalmente inexplorada desde el punto de vista arqueológico.

Los estilos Río Bec y Chenes se distinguen por fachadas elaboradas con piedras finamente talladas. Los adornos geométricos y los motivos

que representan deidades estilizadas se componen, como mosaicos, de bloques de piedra cuidadosamente trabajados. En ambas zonas son comunes los templos con imponentes fachadas: la entrada representa las fauces abiertas de una deidad de la tierra. En la arquitectura del estilo Río Bec son especialmente características las edificaciones con dos torres laterales, que imitan templos piramidales, pero que no son funcionales: al santuario en la cima, que es simulado y carece de espacio interior, se accede mediante una escalinata empinada que no es utilizable, ya que los peldaños son demasiado estrechos. Aunque los sitios de las zonas con los estilos Río Bec y Chenes difieren en muchos aspectos, también hay numerosas similitudes en la arquitectura. ¿Qué significan estas semejanzas? Ambos estilos fueron contemporáneos; por lo tanto, ¿es probable que ambas regiones estuvieran más estrechamente conectadas entre sí que con las áreas vecinas, quizá incluso políticamente? De ser así, ¿podríamos esperar arquitectura similar y formas de transición en el territorio intermedio?

Así reflexionaban varios investigadores. No había respuestas, ya que en el territorio intermedio no se conocía ningún sitio arqueológico, pero las preguntas no eran irrelevantes: al ignorar lo qué sucedió durante el Clásico Tardío en esta región, en el mero corazón de la península de Yucatán, la imagen sobre los mayas y su desarrollo estaba muy incompleta.

Continuar con la investigación en esta zona representaba, por lo tanto, un desafío especial. Al revisar fotografías aéreas, también en esta región observé una serie de sitios arqueológicos, de los que uno parecía particularmente grande. Así, a principios de julio de 2012, cuando Pedro y yo terminamos el trabajo de campo y ahorramos algo de dinero, decidí revisarlo, aunque fuera de manera rápida y preliminar.

Le pregunté a Ciriaco qué opinaba. Aunque la temporada de lluvias ya había comenzado, las precipitaciones intensas aún no, por lo que consideré que podíamos intentarlo. Reunió a algunos muchachos, compramos los víveres necesarios y salimos. Además de la Chevrolet y la Ford de tres toneladas, ambas de Ciriaco, teníamos nuestra pick-up Toyota con tracción en las cuatro ruedas, que había estado en uso desde 2007, cuando reemplazó a la ya deteriorada camioneta blanca GMC. Desde Xpujil, condujimos por la carretera hacia el norte, pasamos por la comunidad de Zoh Laguna y luego giramos al oeste por un callejón abandonado que, según las fotos aéreas, nos acercaría al sitio.

Ya después del primer kilómetro, nos topamos con el primer obstáculo serio. En esta región, por supuesto, no hay corrientes de agua permanentes, pero muchos cauces se llenan durante la temporada de lluvias. Aunque

ese año aún no había llovido mucho, frente a nosotros corría lentamente el agua por un lecho apenas visible y lleno de lodo.

Como el camión grande tuvo que quedarse de este lado, trasladamos el equipo a la otra orilla a pie y allí montamos el campamento. En los siguientes días abrimos unos ocho kilómetros del callejón, abandonado años atrás y muy enmontado, que nos llevaba casi exactamente hacia el oeste. Cuando empezó a girar hacia el sur, seguimos a pie por el bosque rumbo al noroeste, hacia el sitio que estaba a unos cinco kilómetros de distancia.

Cuando nos acercamos al objetivo ya entrada la tarde, el terreno empezó a subir. Justo cuando entre la vegetación avistamos dos imponentes moles piramidales, Ciriaco, que iba al frente, dio un salto brusco: por poco pisa una serpiente de cascabel. Así que primero hubo que encargarse del reptil. Después, llegamos a una superficie nivelada entre ambas pirámides, evidentemente una antigua plaza. Giramos a la izquierda y dimos con una estela que sobresalía parcialmente del suelo y tenía algunos jeroglíficos. Además de las dos estructuras piramidales que cerraban la plaza por el

Mientras caminábamos entre las ruinas, nos encontramos con una oruga de la mariposa nocturna *Automeris metzli*. Sus espinas urticantes provocan, al contacto, un sarpullido ardiente en la piel.



lado oriente, en su lado sur se alzaban otras dos, igualmente majestuosas; en el lado occidental había una construcción masiva y alargada, otras en los alrededores, también había algunos altares, uno con relieves...

Ya era tarde y tuvimos que regresar al campamento, pero ni de lejos habíamos visto todo. Toda la noche y el día siguiente llovió intensamente, así que pudimos volver apenas dos días después. Hasta las primeras ruinas llegamos sin dificultades porque la brecha ya estaba abierta. Luego avanzamos hacia el noroeste, rumbo a otro complejo arquitectónico. Este era aún más grande, con edificios más voluminosos; de una plaza nos abrimos paso a otra, pasando por varios altares cilíndricos y estelas. Por la creciente emoción y curiosidad nos dispersamos, pero de repente alguien corrió hacia mí:

“¡Víctor encontró algo!”

Corrimos a través de una plaza, luego otra y una tercera, y finalmente vimos a Víctor, parado triunfalmente junto a su hallazgo. Frente a un edificio piramidal estaba una estela, ligeramente inclinada; en la superficie frontal no se podía distinguir mucho, pero en la parte posterior había varios jeroglíficos grandes y bien conservados. Considerando la anchura de la estela, la inscripción probablemente tenía solo dos columnas, de las cuales la mejor conservada era la izquierda: en la parte superior se veía claramente el número 9, abajo un cero y más abajo otro, pegado a un glifo *kin* —el signo para los días— muy bien conservado. “¡Una fecha!”, exclamé. Por supuesto, porque más abajo estaba también la fecha 2 Ahau del ciclo de 260 días. De la columna derecha solo se veía el número 13, que seguía al glifo *kin* en la tercera línea; seguramente marcaba el día del mes de veinte días.

Recordemos que las fechas de la Cuenta Larga están escritas en la versión maya del sistema vigesimal, y que los valores posicionales (1, 20, 360, 7,200, 144,000) corresponden a la duración de cada unidad de tiempo: día o *kin*, ‘mes’ de 20 días o *uinal*, ‘año’ de 360 días o *tun*, período de 20 tunes o *katún*, y período de 20 katunes o *baktún*. En nuestra estela se veía, en la tercera fila, un cero acompañado del signo de los días; de la disposición de los glifos también se podía deducir que el número 9 en la esquina superior izquierda indicaba los baktunes, mientras que el cero justo debajo, en la segunda fila, correspondía a los tunes. Faltaban, por tanto, los katunes y los uinales, que debían estar inscritos en la columna derecha. ¿Podemos, a pesar de las partes faltantes, reconstruir la fecha?

Dado que los mayas con frecuencia conmemoraban los finales de los katunes, lo más probable era que también el número de uinales en nuestra fecha fuera 0. El final de un katún cae en la misma fecha del ciclo de 260 días

solo cada 13 katunes, es decir, cada 93,600 días. Con la calculadora resolví rápidamente el problema: en el periodo del baktún 9, el final de un katún coincidía con el día 2 Ahau y el día 13 de algún mes en la fecha 9.16.0.0.0 2 Ahau 13 Zec 0, en nuestro calendario, el 5 de mayo del año 751 d. C.

No solo la fecha causó entusiasmo, al indicar que la ciudad fue un centro importante en el período Clásico Tardío. Cuando examinamos los glifos más detenidamente, nos quedamos boquiabiertos: ¡no estaban grabados en la piedra, sino modelados en una gruesa capa de estuco, en la que aún se conservaban manchas de pintura roja. Con estucos elaborados a base de cal, arena y otros agregados, los mayas decoraron muchos edificios; con capas delgadas incluso cubrieron algunas estelas, pero yo no conocía ningún caso en que se hubieran hecho glifos u otros motivos con estucos aplicados a monumentos de piedra.

Nuestra exploración del sitio fue muy superficial; no teníamos la menor idea de su extensión, pero estaba claro que era muy grande. Lo más sorprendente fue que nos encontrábamos a menos de 30 kilómetros al norte de Becán, la ciudad más grande con arquitectura del estilo Río Bec, también del periodo Clásico Tardío, pero nuestro sitio era diferente. En lugar de fachadas finamente decoradas y torres gemelas, vimos imponentes pirámides de unos 20 metros de altura y varias estelas con inscripciones. En la zona de Río Bec, las estelas con inscripciones son raras y prácticamente no hay pirámides: el único templo piramidal verdadero es la grandiosa Estructura 9 en Becán. Nuestro sitio, por lo tanto, se parecía más a aquellos que habíamos visto en años anteriores más hacia el sur. ¿Qué significan estas particularidades para entender las conexiones comerciales y la organización política en las tierras bajas centrales durante el Clásico Tardío?

Había razones suficientes para fundamentar una investigación más detallada. Logré convencer nuevamente al Comité de Investigación de la *National Geographic Society* de que financiara la expedición. Para apoyo adicional se encargó Martin Hobel, un esloveno de Carintia, en Austria, a quien había conocido recientemente. A finales de 2012, me pidió que preparara una conferencia sobre los mayas para la asociación eslovena en Celovec (Klagenfurt), en particular acerca de las supuestas profecías de los mayas sobre el 21 de diciembre de 2012. Como ese día no ocurrió nada, la historia hoy está casi olvidada, pero en ese entonces los mayas estaban en el centro de atención: ¿realmente predijeron eventos catastróficos, incluso el fin del mundo, como proclamaban unos, o quizás un período de renovación espiritual, como anunciaban otros? Incluso si quisiéramos creer en algún vidente maya, el problema —que la mayoría de los ‘creyentes’ no

Estela con los
glifos modelados
en estuco.



quería ver— era que en realidad no predijeron absolutamente nada para nuestro tiempo, ni desgracias ni cambios positivos. Todo lo que diversos profetas modernos atribuyeron a los mayas eran sus propias invenciones, que resultaron extremadamente lucrativas: sobre este tema se publicaron más de 1000 libros, solo unos pocos serios, sin mencionar la multitud de artículos, publicaciones en línea y películas. Como tantas veces antes, en Klagenfurt pude tranquilizar a quienes tal vez estaban genuinamente preocupados, pero al mismo tiempo tuve que decepcionar a los que quizás esperaban que el mundo finalmente fuera mejor.

Una consecuencia importante de esa conferencia fue que entablamos amistad con Martin Hobel, a quien los mayas le interesan desde hace tiempo. Cuando le hablé sobre los objetivos de nuestra próxima expedición, logró que la empresa Villas en la que trabajaba asegurara fondos adicionales.

Además de Atasta y Aleš, esta vez se incorporó al equipo de colaboradores el joven arqueólogo mexicano Octavio Esparza Olguín, quien desde hace varios años se dedica especialmente a la epigrafía. La suerte que tuve al encontrarlo se reveló más tarde: Nikolai Grube, con quien habíamos acordado que participaría, estaba tan ocupado con su proyecto en Uxul que ni siquiera pudo visitarnos.

Así que, a finales de marzo de 2013, todo estaba listo para la expedición. Bueno, casi todo. Cuando llegué a Chetumal, donde mi amigo Bibiano Gómez se encargaba de nuestra pick-up Toyota, me enteré de que el motor se había desviado recientemente, al parecer porque no se había reparado correctamente tras una avería anterior. Esto significaba que habría que conseguir un motor nuevo o componer el viejo; en cualquier caso, la reparación iba a tomar tiempo.

No podíamos esperar. Con Ciriaco, que ya tenía listo a su equipo de trabajadores, acordamos partir solo con su pick-up y el camión de tres toneladas. Pero esta realmente no era la solución. Antes de que yo me pusiera de acuerdo con él, ya se había comprometido a apoyar al equipo alemán en Uxul. Como Nikolai lo había nombrado jefe de cuadrilla, no podía faltar e iba a estar con nosotros solo unas cuantas semanas; al irse, por supuesto, también se iba a llevar su camioneta. ¿Estaría la nuestra reparada para entonces?

Río Bec Dreams

U nos diez kilómetros al poniente de Xpujil y a un lado de la carretera hacia Escárcega se ubica el hotel Río Bec Dreams, establecido hace años por Richard Bertram y Diane Lalonde. El lugar que le arrebataron a la selva es, gracias a sus esfuerzos, casi de ensueño, y no es casualidad que el sitio arqueológico de Río Bec forme parte del nombre del hotel: Rick, canadiense, y Diane, inglesa, son grandes apasionados de la arqueología maya, por lo que no es de extrañar que nos conociéramos ya hace años. No solo nos ofrecieron precios accesibles para hospedarnos; durante largas conversaciones surgió una amistad y una confianza mutua, al grado de que con frecuencia dejábamos con ellos equipo que no necesitábamos en el campo. Su hotel se convirtió, literalmente, en nuestro campamento base.

Cuando la noche del 3 de abril de 2013 Ciriaco nos llevó desde Chetumal, entramos en su restaurante al aire libre y, después de los saludos iniciales y los abrazos, Diane preguntó:

“¿Y dónde está tu camioneta? ¿Quién los trajo?”

En la oscuridad, Rick y Diane no habían visto a Ciriaco, quien nos había dejado en el estacionamiento y partido hacia su pueblo, Constitución.

“Malas noticias”, me puse serio. “Mi camioneta está descompuesta”. Les expliqué lo que le había pasado a la pick-up. “Nos trajo Ciriaco. Mañana viene con los trabajadores y salimos. No puedo esperar a que la reparen. Por ahora solo tendremos la pick-up de Ciriaco y su camión de tres toneladas. Pero Ciriaco tendrá que ir pronto a Uxul y realmente no sé cómo le vamos a hacer con un solo vehículo. Y menos con el camión grande, que no es precisamente fácil de maniobrar...”

Rick, al ver mi cara preocupada, pronunció con toda seriedad y sin vacilar una frase breve, tan simple y directa que se me quedó grabada en la memoria:

“Well, take the Rodeo!”

Tenía en mente su Isuzu Rodeo, pero su expresión y tono eran como si estuviera hablando de un encendedor, un desarmador o cualquier otro objeto igualmente intrascendente.

“What?”, lo miré asombrado. “¡Pero ustedes lo necesitan!”

“Para nada, tenemos otros dos vehículos”, añadió Diane sin pensarlo un momento.

Una oferta tan desinteresada realmente superaba todas mis expectativas. Llegó como una salvación.

“Si es así... No sé ni cómo agradecerles...”

“El Rodeo acaba de salir del taller, puedes usarlo el tiempo que necesites”, remató Rick.

No recuerdo qué más les dije de agradecimiento; pues, amigos así son difíciles de encontrar. Pero Rick simplemente hizo un gesto con la mano, diciendo: “No te preocupes”.

Pedimos la cena y seguimos hablando de nuestros planes. Apenas después de un rato me di cuenta de que en otra mesa, a unos metros de nosotros, estaba sentado un hombre que me sonreía amablemente. Su rostro me resultaba familiar, pero en la penumbra del restaurante discretamente iluminado no lo reconocí de inmediato. Me levanté y me acerqué:

“¿Ken?”

Era Ken Jones, un estadounidense al que había conocido hacía unos años.

“¿Te acuerdas de mí? Nos encontramos en Santa Elena cuando tú y Pedro andaban midiendo las orientaciones; yo estaba celebrando mis cincuenta años, ustedes se unieron y Pedro incluso me cantó algunas canciones”.

“¡Cómo no me voy a acordar!”

Fue un día de marzo de 2011. Como parte de nuestro proyecto arqueoastronómico, Pedro y yo estábamos realizando mediciones en el famoso Uxmal, al noroeste de la península de Yucatán. Durante la cena en un pequeño hotel de la cercana localidad de Santa Elena, donde nos alojábamos, se nos acercó Stephan Merk, un periodista alemán y viejo conocido, desde hace años un investigador aficionado de los mayas. Nos invitó a su mesa y nos presentó a la compañía en la que estaban Ken Jones y su esposa Julie. Al igual que Stephan, Ken, un empresario de los Estados Unidos, llevaba varios años interesado en los mayas; en aquellos días recorrían sitios arqueológicos menos conocidos de la zona y también localizaron uno que no había sido reportado. Ken mencionó que conocía nuestro trabajo en Campeche y que había oído hablar de mí en el poblado de Los Alacranes, que había visitado tiempo atrás. Esa noche celebraba su cumpleaños y, para la ocasión, contrató un trío musical local. En el ambiente relajado, Pedro,

que tocaba la guitarra y además era un excelente cantante, entendió mi guiño, se dirigió al líder del conjunto y señaló su guitarra:

“Maestro, ¿me permite?”

El hombre, evidentemente contento de poder tomarse un breve descanso, enseguida le pasó el instrumento a Pedro. La aprobación que Pedro recibió fue tal que, desde ese momento, solo él siguió tocando y cantando.

Ahora rememoramos los eventos y Ken me recordó que en aquella ocasión habíamos hablado sobre la posibilidad de que apoyara nuestras investigaciones en Campeche con una donación. Es cierto, habíamos hablado de eso, pero después perdimos contacto. Ken volvió a expresar su interés y su deseo de visitar nuestro nuevo sitio. Acordamos que yo pasaría a recogerlo en unos días, cuando nos acercáramos lo suficiente a nuestro objetivo; hasta entonces, él planeaba visitar algunos sitios cercanos.

Sin embargo, el trabajo en los días siguientes se desarrolló de manera diferente a lo previsto y no pude cumplir con el acuerdo. Mala suerte, pensé; conseguir financiamiento para nuestras investigaciones siempre es difícil, y si Ken hubiera visto el sitio, tal vez realmente se habría animado a apoyarnos económicamente. Por supuesto, más tarde le escribí para disculparme. Aunque respondió con comprensión y sugirió que lo mantuviera informado sobre nuestro trabajo —pues quizás podría venir hacia el final de la temporada—, tuve la impresión de que la oportunidad ya se había perdido; apenas semanas después se hizo evidente cuán importante había sido precisamente aquel encuentro casual para nuestro trabajo futuro...

A la mañana siguiente llegaron Ciriaco y su equipo en su Chevrolet y su Ford de tres toneladas, y Rick me entregó su Rodeo. Partimos y acampamos en el callejón, no muy lejos de la carretera. Hasta donde lo habíamos abierto el año pasado, no había mucho trabajo: solo aquí y allá había que retirar algún árbol caído o maleza que había crecido desde entonces. Por lo tanto, ya al día siguiente trasladamos el campamento al punto de donde el sitio arqueológico se encontraba a cinco kilómetros hacia el noroeste y donde el callejón se desviaba hacia el sur. Aun así, tuvimos que seguirlo: en las fotos aéreas se veía que, a unos kilómetros más adelante, estaba un crucero de donde otro camino se dirigía hacia el norte, rumbo al sitio. En unos días llegamos al punto donde supuestamente estaba la intersección, pero de ninguna manera pudimos encontrarla.

“¿Estás seguro de que el crucero está aquí?”, preguntó Ciriaco, incrédulo.

Volví a verificar las coordenadas en las fotografías aéreas.

“Por aquí debe estar, no más de cien metros atrás o adelante”.

El estereoscopio de bolsillo siempre lo llevaba conmigo, y Ciriaco pudo ver por sí mismo las fotos en las que se distinguía el crucero.

“Sí, se ve claramente un callejón que va hacia el norte, pero ese era obviamente más pequeño; el principal es el que sigue hacia el sur y hasta éste ya está muy enmontado; lleva al menos 20 años abandonado. A veces no se puede ver un crucero desde el camino, porque es a lo largo de sus orillas donde más crece la vegetación. Vamos a tener que meternos al monte para buscarlo”.

Para no perderlo, avanzamos lo suficiente hacia el sur y luego nos adentramos a la derecha en la selva; tras unos 50 metros, giramos nuevamente hacia el norte y caminamos paralelos al callejón. Pero ni esta búsqueda fue tarea fácil. Los antiguos caminos se pueden reconocer por las características de la vegetación: sobre las rodadas, la vegetación es más baja y los tallos más delgados, pero en muchos lugares los árboles que cayeron sobre el callejón arrastraron consigo enormes cantidades de maleza, haciéndolo prácticamente imperceptible. Vimos señales sospechosas en varios puntos y seguimos un supuesto camino, pero después de unos metros resultó que el patrón en la vegetación era casual. Apenas después de varias horas encontramos lo que realmente fue el callejón. Lo despejamos hasta el crucero y luego continuamos limpiándolo hacia el norte.

Atasta y Octavio examinaron en esos días varios grupos de ruinas a ambos lados del callejón e hicieron algunos croquis. Tras abrirnos paso a través de un bajo cubierto de vegetación muy tupida, llegamos a una aguada, que era nuestra gran esperanza, pues en las fotos aéreas parecía bastante grande. Movimos el campamento, pero pronto descubrimos que el lugar era todo menos favorable. Había enjambres de mosquitos, por la vegetación baja casi no había sombra y la aguada estaba llena de lodo; por las huellas se podía decir que era un lugar de reunión predilecto de jabalíes y dantos, que la usaban no solo como fuente de agua potable, sino también como baño y letrina. Había muy poca agua y, además, estaba intolerablemente sucia y apesosa; incluso los trabajadores, acostumbrados a todo, concluyeron que no servía ni para lavarse. Quedó claro que, para reabastecernos cuando fuera necesario, tendríamos que ir a Xpujil; afortunadamente, para

este propósito llevábamos en el camión de tres toneladas una cisterna de mil y dos tambos de doscientos litros.

Desde la aguada hacia el sitio arqueológico conducía un sendero apenas visible, probablemente utilizado en el pasado solo para arrastrar troncos; el bajo por el que pasaba estaba inusualmente accidentado: los bultos de tierra compacta son comunes en los humedales, pero estos eran tan grandes que tuvimos que usar el pico para allanarlos un poco. Finalmente, el terreno se elevó y el camino terminó. El GPS mostró que estábamos a poco más de un kilómetro del sitio. Encontramos un espacio con árboles altos que proporcionaban suficiente sombra y trasladamos el campamento allí. Era ya el 20 de abril. Tan solo para limpiar el callejón —su longitud total era de unos 16 km, pero su primera mitad ya la habíamos abierto el año pasado— nos tomó más de dos semanas. Y era tan escabroso que, aun completamente despejado, no podía recorrerse en vehículo en menos de dos horas.

El Rodeo de Rick nos fue de gran ayuda para transportar equipo y personal. Desde luego, no todo transcurrió sin problemas: las llantas estaban muy desgastadas y no soportaban bien lo abrupto de los caminos; una molestia para nosotros, aunque no tanto para las vulcanizadoras de Xpujil.

Al llegar al sitio arqueológico, pronto quedó claro que era más grande de lo que habíamos imaginado el año anterior. Aleš y Atasta comenzaron con el mapeo, mientras que Octavio se dedicó a documentar los monumentos de piedra.

La piedra roja

La cuadrilla trabajaba de manera coordinada y eficiente; Ciriaco reunió a excelentes colaboradores, sus compañeros del pueblo de Constitución, que dominaban su trabajo y nunca le sacaban la vuelta, ni siquiera cuando era necesario trabajar de noche. Al cabo de un mes, Ciriaco nos dejó para unirse al equipo alemán en Uxul, pero para entonces, por suerte, mi camioneta ya estaba reparada. El camión de tres toneladas lo manejaba Enrique, campesino y apicultor, pero también hábil para todo tipo de trabajos; entre otras cosas, se encargó de corregir una serie de detalles en mi camioneta.

Todos, por supuesto, manejaban el machete con gran destreza, pero destacaba especialmente Mario, a quien por el ímpetu con que tumbaba y despejaba todo lo que se le ponía enfrente le apodamos *terminator*. Miguel, hijo de Ciriaco, sin que lo hubiéramos acordado de manera explícita, transportaba la estación total y se encargaba del generador eléctrico: Aleš descargaba cada noche los datos del aparato a la computadora, los

Octavio y Aleš
trabajando en el
campamento.



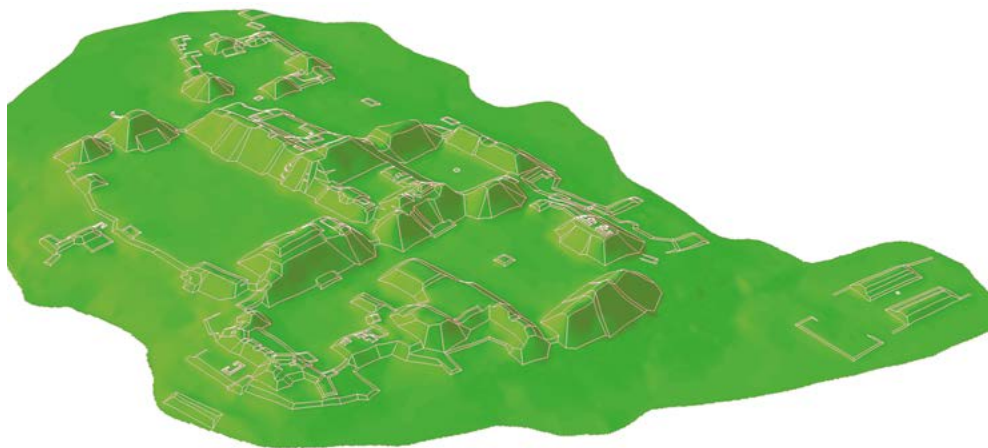
procesaba y revisaba los resultados junto con Atasta, mientras Miguel encendía el generador, se aseguraba de que no se quedara sin gasolina y permanecía de guardia —aunque dormitando en la silla— hasta que Aleš terminara su trabajo.

También nos acompañaban José y su padre Lencho, a quien en las últimas semanas sustituyó Moisés, o simplemente Moi, un viejo conocido que ya había estado con nosotros en Oxpemul. La cocinera Magda, siempre dispuesta y jovial, era una maestra de la improvisación en campo y hasta nos consentía con sus platillos. Para facilitarle el trabajo y evitar que tuviera que agacharse al cocinar, los muchachos le construyeron un armazón de madera sobre el que echaron tierra como base para el fogón (en muchas casas se usan ‘estufas’ similares hechas con tablas). También armaron repisas para los trastes y las provisiones, mientras que las mesas y sillas de plástico las llevamos nosotros: nos las prestó nuestro amigo Bibiano, que tiene un local de comida en Chetumal. Este era el lujo que permitía el camión de tres toneladas, en el que podíamos cargar muchas cosas, incluidos los tambos de agua y el generador eléctrico que nos prestó el INAH.

Revisando el sitio arqueológico, constatamos que el núcleo urbano estaba compuesto por tres complejos de arquitectura monumental. En los alrededores nos topamos con diversos grupos de estructuras menores, sin que pudiéramos estimar la verdadera extensión del antiguo asentamiento: había demasiado trabajo en la parte central.

En el conjunto poniente, el más grande, las edificaciones se distribuyen en unas 12 hectáreas de superficie, alrededor de siete plazas situadas en distintos niveles; la mayor, al noroeste, mide más de 100 metros de

Chactún,
Complejo Oeste,
vista hacia el
noreste (modelo
tridimensional:
Aleš Marsetič).



En la Estela 1 de Chactún, Octavio señala dónde estuvieron originalmente el glifo para uinal y el cero correspondiente.



largo y poco más de 60 de ancho. Además de las macizas construcciones alargadas —antiguas residencias de élite y edificios administrativos—, registramos varios templos piramidales, entre los que el más alto alcanza los 23 metros. En una ciudad de tanta importancia, por supuesto, no podía faltar el espacio destinado al juego de pelota: lo localizamos fuera del terreno elevado donde se asienta la mayoría de las construcciones, hacia el sureste. Junto a la cancha observamos dos hileras paralelas de piedras que, separadas entre sí por unos diez metros, seguramente eran restos de una avenida que en su día conectaba el complejo oeste con el sureste, ubicado a unos 300 metros de la cancha.

En las fotografías aéreas se apreciaba, a unos cientos de metros hacia el oeste, una aguada situada en la parte sureste de una mancha cuadrangular con vegetación completamente distinta a la de los alrededores. Las fotos

daban la impresión de tratarse de un *acahual*, es decir, un campo de cultivo abandonado recientemente y cubierto por vegetación secundaria. Sin embargo, al inspeccionar el terreno, resultó que el espacio cuadrangular y algo hundido no era un acahual sino un tinal: el lector quizá recuerde que los árboles de tinto suelen crecer en humedales, es decir, en terrenos bajos y ocasionalmente inundados. Comprobamos que la aguada —que al momento de nuestra visita estaba seca y cubierta de hierba alta— era la parte más baja de la depresión rectangular, por lo que se llena de agua con frecuencia. Sin embargo, a juzgar por la presencia del tinal, también el resto del cuadrilátero se inunda o encharca ocasionalmente. Su forma regular —e incluso su orientación, que aproximadamente coincide con la traza urbana de todo el complejo occidental— indicaban que se trataba de una formación artificial, sin duda un reservorio de agua perteneciente al antiguo asentamiento. Otros sitios mayas, como Calakmul, Uxul y Becán, también contaban con depósitos de agua de planta rectangular, probablemente aguadas naturales artificialmente ampliadas y remodeladas. Por sus dimensiones, eran obras titánicas. Aleš calculó que el volumen total de todas las estructuras de nuestro complejo oeste supera los 100,000 metros cúbicos; para excavar la depresión cuadrangular, que mide unos 220 metros en dirección norte-sur, 170 en dirección este-oeste y tiene alrededor de tres metros de profundidad, los mayas tuvieron que remover una cantidad igual o incluso mayor de material, el cual acumularon en los bordes del reservorio.

El conjunto sureste es más pequeño que el oeste, pero aquí también se alzan cuatro pirámides de casi 20 metros de altura en los lados este y sur de la plaza principal. A una de las dos pirámides que delimitan la plaza por el sur está adosada una cancha para el juego de pelota, y alrededor de la plaza central hay varias construcciones organizadas en torno a patios y plazas menores. El conjunto noreste, separado del occidental por unos 200 metros, es el más pequeño, pero también cuenta con una plaza dominada por dos templos piramidales, de más de 15 metros de altura, y rodeada por otras estructuras menores. Los tres núcleos con edificios monumentales abarcan en total una superficie de más de 20 hectáreas.

No faltaban motivos para el entusiasmo: por su extensión y por el tamaño de sus edificios, nuestro sitio era comparable a Becán, El Palmar, Nadzcan y otras ciudades mayas de las tierras bajas centrales. Mientras Aleš y Atasta realizaban las mediciones y cada noche verificaban los resultados en la computadora, Octavio tenía las manos llenas estudiando los monumentos de piedra, que pronto aportaron datos no menos



Lado derecho
de la Estela 1
de Chactún.

emocionantes. Los fragmentos cerámicos que recogimos en superficie pertenecían en su mayoría al periodo Clásico Tardío, época en la que la ciudad, según la información en las estelas, alcanzó su apogeo.

Octavio se dedicó primero a la estela recubierta de estuco y le asignó el número 1. Mientras retiraba el material de derrumbe que a lo largo de los siglos se había deslizado desde el edificio cercano, descubrió no solo cerámica, sino también fragmentos grandes de estuco desprendido. Ya no cabía ninguna duda de que la fecha era efectivamente 9.16.0.0.0: encontró el glifo de uinal con el número 0, así como un fragmento del número 16 correspondiente a los katunes. Entre la cerámica, que en su

mayoría pertenecía al Clásico Tardío, había también varios fragmentos de incensarios modelados de un tipo especial llamado Chen Mul. Este hallazgo era particularmente interesante, pues tales incensarios estuvieron en uso en el Posclásico Tardío, es decir, en los últimos siglos antes de la llegada de los españoles. Para entonces, en esta región ya no existían estados poderosos; nadie construía edificios suntuosos ni erigía estelas con ostentosas imágenes e inscripciones. Sin embargo, los restos del incensario frente a nuestra estela revelaban que el territorio no estaba completamente despoblado; todavía vivía gente aquí, probablemente grupos pequeños y empobrecidos que habitaban aldeas modestas. Los datos arqueológicos indican que, en algunos sitios, se asentaban en edificios todavía utilizables de sus antepasados y ocasionalmente honraban sus obras con ofrendas y rituales; tal como lo hacían los lacandones en Chiapas hasta mediados del siglo XX, por ejemplo, en las ruinas de Yaxchilán.

La cara frontal de la Estela I estaba muy dañada; solo se conservaban las partes inferiores de una figura humana, sin duda un gobernante, y también estas estaban elaboradas en estuco. En las superficies laterales se observaba una mezcla extraña: los glifos fueron primero tallados en la piedra y luego rehechos en estuco, que solo se conservaba en algunas partes. A la luz del día no se podía distinguir gran cosa, pero un día después de la cena regresamos al sitio provistos de cámaras fotográficas y lámparas potentes; cuando iluminamos las superficies trabajadas desde distintos ángulos, comenzaron a aparecer glifos que antes no era posible reconocer. En el lado derecho se repetía la fecha de la rueda calendárica, 2 Ahau 13 Zec —es decir, la fecha que en la parte posterior de la estela no estaba completamente conservada, pero que habíamos reconstruido correctamente—, seguida por otros dos bloques jeroglíficos. Como explicó Octavio, la inscripción dice que en ese día fue erigida la piedra roja.

“¿Piedra roja?”, le pregunté.

“Sí. Aquí está la expresión *tz'apah*, que significa ‘fue colocada’ o ‘fue erigida’.”

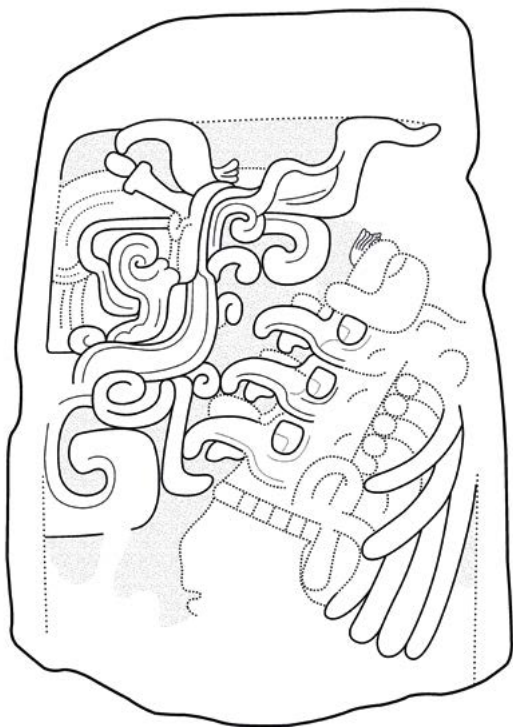
También estaba con nosotros la cocinera Magda; después de la cena tenía tiempo y en esa ocasión la llevamos a las ruinas por primera vez, para que también ella viera qué estábamos haciendo y por qué. Magda había llegado de niña desde Chiapas y hablaba el idioma chol.

“¿Cómo dicen ustedes ‘hincar’ o ‘clavar’ algo?”, le preguntó Octavio.

“*Tz'pé*”, respondió Magda.

“Bueno, en ese tiempo decían *tz'apah*”, explicó Octavio. “Y eso es lo que está escrito aquí”.

Fragmento superior de la Estela 12, colocado al revés en la esquina del juego de pelota del Complejo Oeste de Chactún. El relieve muestra el rostro de un gobernante con su tocado y las fauces abiertas de una serpiente (dibujo: Octavio Esparza).



“¿De veras?”, empezó a interesarse.

“Sí, sí, ellos escribían en el idioma que hablan ustedes. Bueno, ha cambiado un poco, pero ¡han pasado más de mil años desde que se levantó esta estela!”

“¿Y qué más dice?”, preguntó Magda, curiosa.

“Abajo dice que entonces fue colocada o clavada la piedra roja”. Señaló con la mano: “Este signo es *tun* o ‘piedra’...”

“Ah sí, piedra; algunos dicen *šablēl*, otros *tun*...”, se fue entusiasmando Magda.

“... y delante está un glifo que leemos como *chac*, que significa ‘rojo’ o ‘grande’”, continuó Octavio. “Un nombre muy apropiado para la estela, porque no solo es grande, sino que evidentemente también era roja: en la parte trasera, en las capas de estuco, todavía se conserva el color rojo en muchos lugares”.

“Entonces, ¿*chactún*?”, intervine. “¿Aquí dice que fue colocada la piedra roja, *chactún*?”

“*Tun* está claro; el prefijo está bastante erosionado, pero por lo que se alcanza a ver no tengo una explicación mejor. Sí, *chactún*”, confirmó Octavio. “¿Tal vez así podríamos llamar a este sitio?”

Enrique y José durante la excavación de los fragmentos de la Estela 18 en la esquina del juego de pelota en el Complejo Sureste de Chactún.



Ya durante varios días estábamos cavilando sobre cuál sería el nombre más apropiado para un lugar tan espléndido.

“¡Excelente idea!”, concordé de inmediato. “Esta estela es sin duda una de las características más destacadas del sitio. Es única; tiene glifos hechos en estuco. ¿O conoces algún otro caso similar?”

“Hasta donde yo recuerdo, no hay monumentos así en ningún otro lugar”, respondió Octavio.

“Además, aquí hay restos de pintura roja, y la inscripción misma menciona la piedra roja. Y, que yo sepa, no existe ningún otro sitio que se llame Chactún”.

“No”, reflexionó Octavio, negando con la cabeza. Atasta también estuvo de acuerdo, así que ya quedó decidido: el sitio se va a llamar *Chactún*.

Los glifos en el lado izquierdo proporcionaron otro dato interesante. Allí estaba el nombre *Aj K'inich B'alam*; teníamos, pues, el nombre del gobernante que, con la erección de la estela, conmemoró la terminación del katún.

La Estela 1 era tan singular que informé del hallazgo al Instituto Nacional de Antropología e Historia y propuse que, mediante intervenciones de conservación, se frenara el deterioro de los estucos. El Instituto reaccionó sin demora: desde el Centro INAH en Campeche enviaron a un equipo de restauradores que realizó los trabajos más urgentes, mientras que nosotros construimos un techo para proteger el monumento.

Durante el mapeo y la inspección del sitio y sus alrededores contamos un total de 20 estelas, así como 15 altares de formas cilíndricas y ovaladas, aunque el número real seguramente era mayor, porque no se podía determinar a cuántos monumentos originales pertenecían los fragmentos que yacían en muchos lugares. Entre los altares, solo dos estaban decorados con relieves. Varias estelas estaban muy erosionadas, o nunca habían sido trabajadas en relieve. Numeramos y documentamos todos los monumentos, pero Octavio prestó especial atención a algunos, no solo por sus relieves sino también por las posiciones en que se encontraban.

En la esquina noroeste del juego de pelota en el complejo oeste, sobresalía del suelo una piedra en la que se veían motivos trabajados en relieve. Estaba bastante cubierta por escombros, que Octavio y sus dos colaboradores comenzaron a retirar, documentando cuidadosamente todos los estratos y perfiles. Cuando alcanzaron el borde inferior de la piedra, quedó claro que se trataba de un fragmento de estela; en sus superficies laterales había números, pero de ningún modo pudimos

adivinar qué representaba el bien conservado relieve en su lado ancho, que miraba hacia la cancha.

La noche volvió a mostrar su poder. Desde todos los ángulos posibles iluminábamos la estela, que recibió el número 12, durante mucho tiempo sin éxito; Octavio murmuraba con desagrado, movía la cabeza de un lado al otro, hasta que finalmente tuvo la revelación:

“¡Ya lo sé!”, exclamó con una voz como la que debió tener Arquímedes cuando gritó su famoso *heureka*. “¡La estela está colocada al revés! En realidad, es solo su fragmento superior”.

Todos empezamos a ladear la cabeza y poco a poco pudimos reconocer el motivo: el relieve mostraba un rostro de perfil con un elaborado tocado compuesto por tres máscaras divinas, apiladas una sobre otra, y un penacho; el personaje, seguramente un gobernante, miraba hacia la izquierda, hacia las fauces abiertas y muy estilizadas de una serpiente. Escenas similares también están representadas en otras estelas, aunque los investigadores difieren en la interpretación de su significado. En una de las superficies laterales se conservaban los números 9 y 16, y en la otra algunos glifos con datos astronómicos sobre la Luna, que con frecuencia acompañan las fechas en las estelas. La fecha, por supuesto, no estaba completa porque faltaba la parte inferior de la estela.

“Si aquí también conmemoraron el final de un katún, lo más probable es que la fecha sea 9.16.0.0.0, es decir, la misma que está inscrita en la Estela 1”, reflexionaba Octavio. “Y si es así, en este fragmento ha de estar representado el mismo *Aj K'inich B'alam*, cuyo nombre aparece en la Estela 1”.

Obviamente, no fue Aj K'inich B'alam quien mandó poner la estela en la esquina del juego de pelota. Aquí solo se encontraba su fragmento superior, y aun ese estaba colocado al revés. La parte inferior no la encontramos. ¿Dónde estuvo originalmente la estela, cuando a mediados del siglo VIII fue erigida para celebrar el final de un período calendárico? ¿Cuándo y por qué la rompieron y utilizaron su parte superior como esquinero del juego de pelota? En el material que Octavio retiró durante la excavación estaba mezclada la cerámica del Clásico Temprano y del Clásico Tardío. El juego de pelota, por lo tanto, probablemente ya existía antes de que se consagrara la estela, y su fragmento superior fue incorporado en alguna remodelación posterior. ¿Cuál fue la relación entre quienes lo hicieron y el gobernante representado en el monumento? ¿Vivía aún en su memoria? ¿Le eran hostiles y por eso lo colocaron boca



Fragmentos
ensamblados
de la Estela 18
de Chactún.

abajo? ¿O simplemente no les importaba? ¿Tal vez ya ni siquiera sabían leer los glifos?

Son preguntas para las que todavía no tenemos respuestas. Pero también muchos otros monumentos de Chactún revelan que, tras el período de esplendor reflejado en las estelas con inscripciones, la ciudad experimentó discordias y rupturas; quizá incluso cambió la población.

También el juego de pelota del complejo sureste tenía fragmentos de estelas en tres de sus esquinas. La piedra en la esquina noroeste era el fragmento inferior de una estela con restos de relieve; la parte superior no la encontramos. Durante la excavación, Octavio y su equipo se toparon con casi 300 piezas de pedernal trabajadas, que probablemente fueron depositadas allí como ofrenda. La piedra en la esquina noreste

también resultó ser un fragmento de estela, esta vez el superior, en el que se alcanzaba a leer el inicio de una fecha de Cuenta Larga, aunque no era posible reconstruirla. Pero la mayor sorpresa nos esperaba en la esquina suroeste. Allí se utilizaron como piedras angulares dos fragmentos de una misma estela —a la que se le asignó el número 18—, con el superior colocado al revés. Cuando los muchachos los ensamblaron, pudimos observar en las caras frontal y posterior dos figuras bien conservadas y ricamente ataviadas, ejecutadas en relieve. No es posible afirmar si se trata de la misma persona, ya que la inscripción en los lados contiene únicamente la fecha y datos astronómicos sobre la Luna. Una vez más se trata del final de un katún, solo que en este caso la fecha es 9.15.0.0.0 4 Ahau 13 Yax (18 de agosto de 731), es decir, dos décadas anterior a la registrada en las Estelas 1 y 12.

La misma fecha está inscrita también en la Estela 14, igualmente en el complejo sureste. En la masiva plataforma frente a una pequeña estructura piramidal, apenas sobresalía unos 70 centímetros del suelo y tenía glifos claramente visibles en sus lados. Cuando Octavio comenzó a excavarla, aquí también esperaba encontrar solo un fragmento, pero se equivocó. La estela estaba completa; además, encontró un muro que cubría parcialmente su cara frontal, en la que se conservaban restos de la figura de un gobernante modelada en estuco adherido a la piedra. La estela se extendía tan profundamente que ni siquiera pudo llegar a su extremo; se hubieran requerido excavaciones más extensas, para las cuales no teníamos ni tiempo ni permiso. Aun así, pudo leer la fecha, pero se quedó con la pregunta: ¿por qué, quién sabe cuánto tiempo después de su erección, adosaron a la estela un muro —o una estructura de la que el muro formaba parte— y más tarde rellenaron todo, dejando que solo una pequeña parte del monumento sobresaliera de la plataforma recién formada?

También hubo otros casos de remodelación y reutilización de monumentos. La Estela 3 fue hallada en varios fragmentos en una de las plazas del complejo oeste: tres piezas que conformaban la parte inferior yacían a unos 15 metros de la sección superior, que estaba erguida, apenas enterrada en el suelo de la plaza. En la plaza principal del complejo sureste sobresalía del suelo un fragmento de la Estela 15 con algunos glifos ilegibles; había sido intencionalmente colocado allí, ya que lo sostenía un pequeño bloque de piedra trabajado. En esa misma plaza también se encontró un fragmento de la Estela 16 en una posición similar, así como varios fragmentos de un altar cilíndrico que en su perímetro mostraba

Cuando
encontramos
la Estela 14 en
Chactún, solo su
parte superior
sobresalía
del suelo.



prisioneros reclinados y algunos glifos muy dañados; cuando Octavio lo ensambló, comprobó que faltaba la parte superior del altar. Había más ejemplos de este tipo, que también se conocen en otros sitios de las tierras bajas mayas, pero aún no sabemos explicarlos de manera convincente.

Después de que el equipo de restauración completó sus trabajos en la Estela 1, la noticia sobre el sitio se difundió por el INAH. Me informaron que querían enviar a un equipo que elaboraría un reporte sobre



el hallazgo para los medios; el INAH tiene, de hecho, una Dirección de Medios de Comunicación. El equipo llegó hacia el final de la temporada de campo y recopiló toda la información. Mientras tanto, el generador se averió y, como Aleš ya no podía transferir datos, todos salimos con los periodistas. Ya durante el trayecto hacia Xpujil comenzó a llover intensamente. Dos días después, el generador estaba reparado, pero la lluvia no cesaba y, cuando intentamos regresar el 4 de junio, el camión

La liberación de la Estela 14 reveló un muro adosado a su cara frontal.

de tres toneladas no pudo superar la primera —y la más pronunciada— subida en el callejón, debido al terreno remojado y resbaladizo. Después de varias horas de esfuerzos, tuvimos que admitir la derrota; los tramos enlodados más adelante habrían sido aún más difíciles de transitar.

Tarde en la noche regresamos a Río Bec Dreams y los trabajadores se fueron a casa a su pueblo; hasta que deje de llover, simplemente no podemos volver. Aún no hemos terminado los trabajos y la mayor parte del equipo se quedó en el campamento; por lo tanto, tendremos que regresar sin falta. Pero, ¿y si la lluvia no para? Con el camión grande no vamos a llegar muy lejos, y en mi camioneta no cabe todo...

La situación se volvió crítica. Los costos de reparación de los vehículos han sido inusualmente altos esta temporada, y ahora además nos retrasamos y gastamos dinero sin avanzar en el trabajo. Hace tiempo solicité apoyo adicional a *National Geographic*, pero no obtuve respuesta. En mi institución, la situación financiera era precaria; de allí no podía esperar ayuda. La empresa austriaca Villas cofinanció la expedición; ¿podría destinarnos algo de recursos adicionales? ¿Podría interceder Martin Hobel? ¿Y Ken Jones? Hace semanas lo dejé plantado, pero aparentemente no me guardó rencor y quería venir más tarde; ¿tal vez estaría dispuesto a sacarnos del aprieto?

Les escribí a ambos, les expliqué la situación y resumí brevemente la importancia del sitio. Por supuesto, no olvidé adjuntar las fotografías más elocuentes.

Y una vez más, la suerte estuvo de nuestro lado. Ambos respondieron con ayuda financiera, suficiente para que pudiéramos concluir el trabajo adecuadamente, y también obtuvimos un vehículo que reemplazó al de tres toneladas: Lirio Suárez Améndola, directora del Centro INAH en Campeche —quien conocía nuestro trabajo, pues fue ella la que había enviado al equipo que realizó las urgentes intervenciones de restauración en la Estela 1—, gestionó que nos prestaran una camioneta pick-up con tracción en las cuatro ruedas.

No pudimos regresar al campamento hasta el 10 de junio. Con nosotros estaba también Ken Jones, quien había anunciado su visita y llegó justo a tiempo. Ahora pudimos mostrarle el sitio y explicar los resultados de nuestro trabajo mucho mejor que si hubiera venido al inicio de la temporada. Me alegró poder corresponderle, y aún más porque su entusiasmo no era menor que el nuestro. Después de que también nos visitaran Rick y Diane, concluimos los trabajos el 15 de junio.

Pozo profundo

El comunicado de prensa sobre Chactún publicado por el INAH dio la vuelta al mundo en pocos días: no solo fue retomado por los medios mexicanos, sino también por los principales medios internacionales. La noticia tuvo tanto impacto sobre todo porque a mucha gente le parecía inconcebible que el ser humano ya hubiera llegado a la Luna y que cada vez explorara más el espacio, pero todavía no conociera todos los rincones de la Tierra. El hecho de que una ciudad maya tan grande permaneciera tanto tiempo sin ser descubierta también hizo saber al público en general que la selva aún guarda muchas sorpresas y que futuras investigaciones en un territorio tan extenso e inexplorado podrían conducir a hallazgos de igual importancia. Así, nuestros patrocinadores anteriores se entusiasmaron de nuevo por financiar la siguiente temporada de campo, sumándose algunos nuevos (Ken Jones, Martin Hobel, Aleš Obreza, las empresas Villas de Austria y Ars Longa y Adria Kombi de Eslovenia), mientras que Rick y Diane nos apoyaron ofreciéndonos alojamiento y comida gratuitos en su hotel siempre que nos encontrábamos en la civilización por compras o diversos trámites.

En la temporada 2014 teníamos planeado inspeccionar dos sitios al sur de Chactún. Por el callejón que habíamos abierto el año anterior, condujimos hasta el cruce desde donde nos habíamos encaminado hacia Chactún el año pasado, y luego seguimos el camino hacia el suroeste. El bosque era alto y el callejón no estaba muy cubierto, por lo que pronto llegamos al punto desde donde, según las coordenadas que había determinado con ayuda de las fotos aéreas, el primer sitio se encontraba a unos 700 metros de distancia.

Aquí instalamos el campamento. En el equipo estaban nuevamente Octavio, Atasta y Aleš. Ciriaco no nos acompañó esta vez, porque era demasiado imprescindible para el equipo alemán en Uxul, pero volvió a reunir a un buen grupo de trabajadores para mí; entre ellos estaban otra vez Enrique, Miguel y la cocinera Magda, así como Cristóbal, Gaspar y Crescencio, quienes nos acompañaban por primera vez, pero no fueron menos eficientes. Al igual que Magda, Gaspar y Cristóbal hablaban chol y tenían sus antepasados en Chiapas. Cristóbal incluso

era trilingüe: trabajando un tiempo en los Estados Unidos, también había aprendido inglés. De su propia manera destacaba también su hermano menor Gaspar. En una ocasión, cuando Enrique y yo estábamos por salir de compras a Xpujil, Gaspar echó un vistazo por casualidad a un papel que estaba sobre la mesa y en el que Magda había anotado los artículos de comida que había que comprar. Mientras leía la lista en voz baja, comentaba aquí y allá, más para sí que para los demás, que tal o cual se escribía de otra manera o que faltaba alguna letra. Lo escuché y, medio en broma, medio en serio, le encargué que de ahí en adelante siempre revisara la lista. Gaspar se sintió un poco apenado, mientras que la siempre jovial Magda —que cada vez preparaba la lista con mucho cuidado y nunca nos faltaba nada, pero no precisamente brillaba en ortografía— aceptó mi propuesta con risas; de este modo, enriquecimos nuestra expedición con un pequeño programa educativo.

Al primer sitio lo llamamos *Tamchéén*, que en lengua yucateca significa ‘pozo profundo’, pues lo más notable del lugar eran los chultunes, algunos de ellos muy profundos: en un extenso espacio nivelado dentro del mismo núcleo urbano contamos más de 30. Como ya se mencionó, estas cámaras subterráneas, excavadas en la roca y a las que se accede por pozos verticales de sección circular, son muy comunes en los asentamientos mayas. Servían como depósitos de agua o como almacenes subterráneos para alimentos, aunque algunos quizá tenían otras funciones. Sin embargo, no es habitual que haya tantos en el mismo centro administrativo y religioso de una ciudad. Observamos que algunos estaban dispuestos en pares y, en sus partes inferiores, conectados por túneles. Sobre las bocas cilíndricas tenían construcciones cuadradas hechas con piedras trabajadas; una de ellas incluso tenía un surco tallado. Muchos alcanzaban profundidades de cinco o seis metros, como la mayoría de los chultunes conocidos en otros sitios, ¡pero en algunos medimos profundidades inusitadas de hasta 13 metros! ¿Eran depósitos para agua de lluvia? Es difícil imaginar un uso diferente; el agua podía sacarse con cubetas colgadas de cuerdas, pero si hubieran sido bodegas, habría sido difícil bajar hasta el fondo por los pozos muy estrechos. ¿Acaso servían no solo para fines prácticos, sino también —o incluso principalmente— para rituales? Esta hipótesis se sustenta no solo por su concentración en el centro mismo de la ciudad, sino también por las piedras cilíndricas

Estela en
Tamchén.



que encontramos junto a la boca de algunos chultunes; más que tapas, parecían altares.

Las estructuras más grandes del sitio, igualmente masivas que las de Chactún, delimitan dos grandes plazas cuadrangulares. El tiempo ha convertido la mayoría de los edificios en montones de escombros. Pero en el lado norte de la plaza oriente se alza un templo piramidal de unos 15 metros de altura, que conserva parcialmente los muros del santuario superior y la fachada norte revestida de bloques de piedra finamente trabajados. Gran parte del muro sur del santuario fue destruida por una trinchera de saqueo, excavada hace mucho tiempo: en las inmediaciones encontramos una botella de cerveza de la marca Carta Blanca, que desde hace varias décadas ya no se comercializa en el sureste de México.

Al inspeccionar la plaza, observamos al pie de esta pirámide una estela caída y casi completamente enterrada. En su superficie superior tenía dos glifos, de los cuales solo era reconocible la fecha 3 Ahau del ciclo de 260 días. Octavio, Gaspar y Crescencio desenterraron la estela con cuidado y la levantaron, pero ni en la cara inferior ni en sus lados había relieves. Lo inusual era que ambos glifos en la cara frontal estaban tallados muy cerca del borde inferior del monumento, tan cerca que, al estar la estela erguida y parcialmente enterrada, apenas hubieran sido visibles. No es imposible, reflexionábamos, que la estela hubiera estado originalmente lisa y que los glifos se añadieran solo después de que hubiera caído. Este sería otro ejemplo de modificación, similar a los que ya habíamos observado en Chactún y que atestiguan que, tras un período de esplendor, aquí vivieron grupos que atribuyeron un significado diferente a los monumentos erigidos tiempo atrás.

Al norte de ambas plazas con los edificios más grandes se extiende un espacio nivelado, probablemente otra plaza, delimitada por el norte por una acrópolis con tres templos. Casi todos los conjuntos triádicos de este tipo son de la época preclásica y, de hecho, en esta acrópolis encontramos algunos fragmentos de cerámica del tipo Sierra Rojo del Preclásico Tardío. En general, a partir de la cerámica de superficie se puede inferir que este asentamiento fue importante sobre todo durante los periodos Preclásico y Clásico Temprano.

Mientras un grupo terminaba el mapeo y otros trabajos en Tamchén, los demás empezamos a abrir el callejón hacia el sitio que era el segundo objetivo de la temporada. Ken Jones, nuestro principal patrocinador, había anunciado su visita y queríamos mostrarle ambos

sitios. El callejón seguía hacia el sureste, pero ya en las fotos aéreas se veía que pasaba relativamente lejos del sitio al que queríamos llegar. El punto más cercano, al que era posible llegar con vehículos, estaba a unos cuatro kilómetros del sitio. Por lo tanto, allí habrá que montar el campamento y luego ir hasta el sitio a pie. Pero, ¿no será demasiado agotador caminar todos los días cuatro kilómetros con agua y todo el equipo, y luego también regresar por la tarde? Era una cuestión seria, pero por el momento no me preocupaba demasiado. Primero tenemos que ver el sitio: a lo mejor ni siquiera es tan grande y podremos hacer todo el trabajo en pocos días.

El último tramo del camino estaba cada vez más enmontado: los troncos de algunos árboles tenían ya un grosor de 20 cm o más, por lo que, además de los machetes, tampoco dejaba de trabajar la motosierra. Los 700 metros de un bajo que también cruzamos generaban especial preocupación, ya que varias porciones del terreno seco quedaron, después de una sola noche de lluvia, convertidas en pastoso lodo. Tras dos semanas de trabajo, finalmente llegamos al punto donde el camino se acercaba más a nuestro objetivo. Justo el día anterior habían llegado Ken Jones y su colaborador Dan Griffin, un estadounidense que vive en México y participa en proyectos arqueológicos; como excelente fotógrafo, también acompaña a Ken en sus recorridos por los sitios arqueológicos.

En las fauces del monstruo

Dejamos el callejón y empezamos a abrirnos paso por la selva hacia el poniente. Entre los árboles cercanos brincaban algunos tejones, observándonos con curiosidad, y un poco más tarde se reunió sobre nosotros una manada de saraguatos; estos normalmente no le hacen mucho caso a la gente, pero esta vez su actitud desafiante y sus aullidos ladrantes revelaban que no éramos muy bienvenidos.

Los dos primeros kilómetros los vencimos en la primera jornada, pero no fue sino hasta la tarde del segundo día que alcanzamos nuestro destino. Después de cruzar un bajo, el terreno comenzó a elevarse y finalmente llegamos a una plaza, limitada por el este por un montículo alargado, y por el norte por una pirámide con algunos muros expuestos. Este era el primer conjunto arquitectónico, pero en las fotos aéreas se veía que hacia el oeste había otro, más grande.

Desde el complejo este descendimos y, tras poco menos de media hora, alcanzamos la loma con el segundo conjunto. Enrique, seguido por Ken, Dan y los demás, giró a la derecha y siguió a lo largo de la base de la plataforma sobre la cual se alzaban montículos alargados, mientras que Atasta y yo seguimos de frente y, entre dos estructuras, subimos a una amplia plaza. Por sus cuatro lados estaba delimitada por imponentes edificios, aunque arruinados; no se veían muros expuestos, ni estelas ni altares. Recorrimos la plaza cada uno por su lado y, al encontrarnos de nuevo, nos detuvimos.

“¿Qué te parece? Son grandes, pero...”, dije.

“...en realidad nada especial”, completó Atasta mis pensamientos. Tampoco él mostraba entusiasmo. La escena era, al fin y al cabo, como tantas otras a las que nos habíamos acostumbrado durante todos los años de trabajo: arquitectura monumental, sin duda un centro importante, pero sin muros expuestos, sin estelas con inscripciones...

De repente nos estremeció un griterío lejano que llegaba desde el oeste. Respondimos y los gritos se repitieron. No pudimos distinguir las palabras, pero nadie gasta energía en gritar si no se trata de algo importante. ¿Habrán encontrado Enrique y los demás algo más emocionante que nosotros?

Nos dirigimos hacia el poniente, en la dirección de donde venían las voces. Llegamos a otra plaza, pero la vegetación era bastante densa, así que giramos a la derecha y buscamos la brecha que habían abierto Enrique y los demás. Seguimos la base de la plataforma de la que descendimos, y en su esquina noroeste giramos a la izquierda. Pronto los vimos: estaban parados en una empinada pendiente arriba de nosotros.

“¡Súbanse para acá!”, exclamó Enrique, agitando la mano energicamente, mientras Ken y Dan sonreían victoriosamente.

Arriba nos esperaba una escena que justificaba la emoción. Estábamos, literalmente, frente a las fauces abiertas de un monstruo colmilludo que nos miraba con ojos enormes y amenazantes. Una fachada ricamente decorada estaba perforada por una entrada de cuyas jambas sobresalían piedras curvas y puntiagudas, algunas aún cubiertas por una capa de estuco; a ambos lados había grandes cavidades decoradas con volutas que representaban pupilas. Una típica portada zoomorfa o teratomorfa, como las que abundan en la arquitectura de los estilos Río Bec y Chenes.

Se conocen muchas fachadas de este tipo; están especialmente bien conservadas en los sitios de Chicanná, Hochob, Hormiguero y Tabasqueño. En estos portales, el ser sobrenatural con las fauces abiertas se representa como un mosaico de piedra, de forma muy estilizada y desde tres lados a la vez: la vista frontal se complementa con ambos perfiles a los lados de las jambas. El dintel de la entrada y las jambas están equipados con dientes de la mandíbula superior; sobre el dintel se encuentran las cavidades oculares y una nariz prominente, mientras que la mandíbula inferior la representa una plataforma baja frente a la entrada, también bordeada por colmillos de piedra. A ambos lados de la fachada, junto a las jambas, aparecen además las dos vistas laterales de la criatura, con cuencas oculares y los colmillos en las quijadas superiores de la boca abierta.

Las opiniones sobre la identidad de la deidad representada en las fachadas de este tipo difieren, pero los investigadores coinciden en que se trata de entradas simbólicas al inframundo. Los dioses de la fertilidad estaban asociados no solo con la lluvia y el maíz, sino también con la tierra. De la tierra brotan los cultivos que aseguran la supervivencia, por lo que el inframundo también era el lugar del origen mítico del maíz; en la tierra terminan los difuntos, por lo que los antepasados también tenían un papel importante en el culto a la fertilidad. Y bajo la tierra está el agua, sin la cual nada crece. En las



Portada
zoomorfa de
la Estructura
II en el sitio
arqueológico
de Chicanná.

creencias mesoamericanas, los cerros eran especialmente significativos, considerados moradas de las deidades del agua, la fertilidad y la abundancia. En muchas comunidades indígenas aún se realizan rituales para pedir lluvia en los cerros. La creencia de que los cerros son depósitos de agua se basa, de hecho, en fenómenos naturales: de sus laderas brotan manantiales y alrededor de sus cimas se acumulan las nubes. Los templos mesoamericanos pueden entenderse como montañas artificiales, y sus entradas recrean cuevas, que son accesos naturales al inframundo y que desde la época preclásica se representaban como fauces abiertas de la deidad terrestre.

En las sociedades agrícolas, todo campesino sabe bien que el agua es tan importante como la tierra, por lo que no sorprende que los dioses o las diosas que personifican la tierra también controlen el agua y la fertilidad. Las criaturas grotescas y medio esqueléticas que



adornan las fachadas de los edificios mayas simbolizan el cerro o la tierra, pero por ciertos rasgos también se asemejan a Chaac, dios de la lluvia y el rayo. Las deidades de la tierra y el agua, representadas no solo en Mesoamérica sino también en otras partes del mundo como seres temibles y monstruosos, reflejan la realidad que para las sociedades agrícolas es especialmente evidente: la tierra lo traga todo, pero también todo lo da; devora y descompone, pero al mismo tiempo genera nueva vida a partir de las semillas. Igualmente indispensable es el agua, que permite que los cultivos fructifiquen, aunque también puede causar estragos. El relámpago y el trueno anuncian la lluvia benéfica, pero a veces tormentas devastadoras.

Al igual que en otros estados antiguos, los gobernantes mayas personificaban deidades importantes. Con ello no solo exaltaban su poder y legitimaban su autoridad, sino que también asumían responsabilidades divinas en la Tierra. Muy ilustrativo es el dato registrado por el cronista español Francisco López de Gómara en el siglo XVI: durante la ceremonia de entronización, el gobernante mexica tuvo

Portada zoomorfa en Lagunita, vista hacia el noreste. Sobre la cuenca del ojo se conserva un dintel de madera.

que jurar que haría que el Sol se moviera con su luz, que de las nubes cayera la lluvia, que los ríos fluyeran y que la tierra produjera todo tipo de alimentos. Si el emperador azteca tenía el deber de controlar fenómenos naturales tan importantes, es decir, mantener el orden cósmico y garantizar así el bienestar de su pueblo, es evidente que era considerado la encarnación de una poderosa deidad. Que los gobernantes mayas tenían la misma responsabilidad lo revelan los emblemas de dioses que adornan sus atuendos, así como sus nombres: el creador Itzamná, Chaac y otras divinidades forman parte de muchos nombres reales.

Y precisamente en este sentido podemos comprender las portadas zoomorfas: por lo general adornan las entradas a templos o palacios, pero en nuestro caso se trataba evidentemente del acceso al centro de la ciudad, a la zona sagrada de la élite gobernante, que mantenía el equilibrio en la naturaleza y, por tanto, merecía sus privilegios. Mediante rituales mágicos y ofrendas a los dioses y ancestros, aseguraba la abundancia y evitaba las desgracias que podrían ser provocadas por las volubles y a menudo amenazantes fuerzas divinas.

Que encontráramos una fachada de este tipo no fue sorprendente, pues es una de las características más destacadas del estilo arquitectónico Río Bec, que se utilizaba en la zona cercana hacia el sur. Sin embargo, pocos ejemplares están tan bien conservados: en nuestro caso, el dintel de la entrada con la parte frontal superior del monstruo está derrumbado, pero la mandíbula inferior probablemente se oculta bajo los escombros, sobre los que vimos varios dientes de piedra y otros elementos decorativos que se habían desprendido.

Después de los primeros comentarios y expresiones de entusiasmo, de pronto se me vino a la mente:

“¡Esto podría ser Lagunita!”

Explicué que mi colega austríaco Karl Herbert Mayer me había mencionado varias veces un sitio con ese nombre; según decía, el arqueólogo estadounidense Eric von Euw lo había visitado décadas atrás, pero nunca publicó su hallazgo. Solo dejó algunos dibujos, custodiados en el Museo Peabody de la Universidad de Harvard en Estados Unidos, incluyendo el de una fachada zoomorfa.

“Karl Herbert tiene copias de esos dibujos y me las envió; las tengo en la computadora. Vamos a verlas en la noche en el campamento, para verificar si esto es Lagunita. Pero recuerdo que en algunos dibujos

también hay monumentos con inscripciones. Vamos a revisar un poco más este sitio, tal vez encontramos alguna estela o altar.”

El sol ya estaba bajo y no nos quedaba mucho tiempo para seguir explorando. La entrada zoomorfa miraba hacia el oeste, donde el terreno descendía abruptamente; era evidente que aquí había existido una escalinata que desde el oeste ascendía al edificio con la portada zoomorfa. Atravesándola, ahora entramos a una extensa plaza, rodeada de estructuras monumentales. En una de ellas se conservaban muros de considerable altura y, en el interior, algunos cuartos abovedados. Más hacia el este había otra plaza, aún más grande —la misma que Atasta y yo ya habíamos recorrido—, pero en ninguna parte encontramos estelas o altares.

Esa noche en el campamento, antes de que Magda sirviera la cena, encendí la computadora. Todos se reunieron con impaciencia. De la cámara transferí las fotografías de la fachada tomadas horas antes y

Parte norte
de la fachada
zoomorfa de
Lagunita.



busqué los dibujos escaneados que me había enviado Karl Herbert Mayer. Mostraban algunas estelas y altares con diseños parcialmente conservados y textos jeroglíficos, pero en uno de ellos estaba esbozada una fachada zoomorfa. La comparación de los detalles en el dibujo y mis fotografías pronto dispó las dudas: nuestra fachada era la que había dibujado Eric von Euw.

“¡Así que encontramos Lagunita!”, concluyó Ken. “Pero, ¿dónde están las estelas y los altares?”

“Sí, muy raro; no vimos ningún monumento”, respondí. “¿Será que los saqueadores se los llevaron todos? Aunque también es cierto que hoy no hemos revisado todo...”

Parte sur de
la portada
zoomorfa de
Lagunita.

Después de la cena, Ken y yo nos quedamos conversando y tomando ron hasta tarde en la noche. Desde luego, él estaba muy contento de haber presenciado un descubrimiento tan importante. Pero de repente, con un énfasis especial y una sonrisa significativa, declaró:



“This was a great find. But I know it was all staged.”

“Un hallazgo magnífico, sí. Pero, ¿qué fue lo que montamos? ¿Qué me tratas de decir?”

“Tú ya habías encontrado la fachada antes y luego le pediste a Enrique que me llevara allí; seguramente querías darme el gusto de que fuera yo quien la descubriera.”

Me quedé atónito.

“¿¡Qué! No puede ser que estés hablando en serio. Al segundo grupo de ruinas llegamos juntos. Admito que en ese momento sí pensé: si por aquí hay algo especialmente interesante, que sea Ken quien lo encuentre. Al fin y al cabo, eres nuestro patrocinador. Y probablemente recuerdas que te propuse que fueras primero, pero lo rechazaste. Así que Atasta y yo seguimos derecho y recorrimos la primera plaza, mientras tú te fuiste a la derecha con Enrique y los demás. A lo largo de la base del complejo llegaron a su lado oeste y ahí encontraron la fachada. ¿Cómo podría yo haber llegado antes? Y aun si lo hubiera hecho, ¿cuándo podría haber informado en secreto a Enrique? ¡Si tú estuviste con él todo el tiempo!

Evidentemente, a Ken le pareció totalmente increíble que él, que llevaba con nosotros solo unos días, hubiera sido uno de los primeros en llegar a algo tan importante. Tuve que repasar todos los detalles para que finalmente me creyera. Pero las últimas dudas se las disipó Cristóbal. Medio dormido en su hamaca, había escuchado (y, con su dominio del inglés, entendido) nuestra conversación, y por la mañana, cuando la plática volvió a tocar la duda de Ken, él también le recordó que habían caminado hacia la fachada todos juntos todo el tiempo y que yo, aun si la hubiera encontrado antes, no se lo podría haber dicho a nadie.

Ken y Dan tuvieron que concluir su visita y los llevé a Xpujil. Atasta se dio cuenta de que había perdido su GPS el día anterior. Mientras el resto del equipo regresó a trabajar en Tamchén, Atasta, Enrique y Gaspar volvieron a Lagunita para buscar el aparato perdido. En esta búsqueda no tuvieron suerte, ¡pero encontraron todas las estelas y altares que alguna vez había dibujado Eric von Euw!

La historia de Lagunita

Karl Herbert Mayer, con quien establecí contacto hace muchos años, vivió en Graz, Austria, hasta su lamentable deceso en 2025. Aunque un investigador aficionado, era un excelente conocedor de la cultura maya y gozaba de gran reputación entre los expertos. En varias ocasiones me mencionó Lagunita, animándome a que intentara relocalizarla. Me envió los dibujos de von Euw, pero los datos sobre la ubicación del sitio eran muy deficientes.

Karl conoció a Eric von Euw, quien trabajó durante varios años para el proyecto *Corpus of Maya Hieroglyphic Inscriptions* (CMHI) en el museo Peabody, en abril de 1980 en la Ciudad de México. Durante la conversación, von Euw le mostró dibujos de muchos monumentos inéditos, entre los cuales había estelas y altares que había documentado aproximadamente dos años antes en un sitio llamado Lagunita, en Campeche. Varios años después, Karl obtuvo, con permiso del legendario Ian Graham —entonces director del proyecto CMHI— copias de muchos dibujos custodiados en el museo Peabody; entre ellos se encontraban los que von Euw había realizado en Lagunita. Durante sus frecuentes viajes a la región maya, Karl intentó en repetidas ocasiones encontrar Lagunita, pero sin éxito. Solo sabía que estaba cerca de Xpujil; entre los lugareños no halló a nadie que supiera más al respecto, y desde hacía tiempo tampoco se sabía dónde estaba Eric von Euw, quien años atrás había abandonado los estudios mayas y la arqueología. Finalmente, en 2009, el colega estadounidense de Karl, Lee Jones, logró localizarlo y sostuvo varias conversaciones telefónicas con él para obtener más información sobre su descubrimiento de Lagunita. Von Euw relató que había estado allí en 1977 o 1978, acompañado por dos lugareños; uno tenía el apodo ‘El Negro’, pero no recordaba el nombre del otro. Desde el sitio arqueológico de Chicanná, ubicado a la orilla de la carretera Escárcega–Chetumal, se dirigieron hacia el norte y, tras ocho horas de camino, llegaron a una aguada rodeada de árboles de ramón. Según su estimación, la distancia de Chicanná a la aguada era de entre 10 y 12 kilómetros, y desde allí hasta las ruinas habrían caminado aproximadamente otros dos kilómetros y medio.

Lee Jones y Karl Herbert Mayer intentaron localizar a los dos hombres que habían acompañado a von Euw, pero se enteraron de que ‘El Negro’ había fallecido y que el otro hombre se había mudado. En su ayuda acudió el guía turístico Nicolás Feldman, quien vive en el poblado de Valentín Gómez Farías, al este de Becán. Se dirigieron hacia el norte, encontraron unas ruinas hasta entonces desconocidas que nombraron Kichpampak, pero la búsqueda de Lagunita no dio resultado.

De todo eso, Karl me mantenía informado. A partir de lo que había contado von Euw, se podía suponer que Lagunita se encontraba a unos 15 kilómetros al norte de Chicanná. Sin embargo, ese dato era demasiado vago. La distancia de 15 kilómetros no era más que una estimación, y así también la dirección hacia el norte. Considerando el posible margen de error, sería necesario rastrear varios kilómetros cuadrados de terreno completamente cubierto de vegetación, lo cual podría tomar varias semanas. Es cierto que años atrás tuvimos suerte al encontrar Altamira, pero todas las demás experiencias indicaban que deambular de esta manera podría resultar costoso o hasta totalmente infructuoso. Por ello, al igual que en temporadas anteriores, también este año preferimos apoyarnos en fotografías aéreas, que nos ayudaron a descubrir dos sitios arqueológicos. Que uno de ellos era Lagunita lo supimos apenas cuando comparamos la fachada encontrada con el dibujo de Eric von Euw.

Nosotros llegamos desde el oriente: abrimos más de 17 kilómetros del callejón abandonado y luego caminamos otros cuatro kilómetros. Sin embargo, hace más de tres décadas, Eric von Euw y sus dos acompañantes llegaron desde el sur. Si viajaron a caballo, debieron utilizar caminos abiertos y lo suficientemente cómodos. Pero después de haberse protegido el área como Reserva de la Biosfera Calakmul, en 1989, los caminos se enmontaron y, como ya no había conocedores del terreno, Karl Herbert Mayer y sus ayudantes, quienes también entraron desde el sur, no tuvieron éxito en su búsqueda. Afortunadamente, sin embargo, fue precisamente gracias a estas circunstancias que Lagunita se salvó de los saqueadores; como comprobamos más tarde al examinar detalladamente el sitio, nadie había llegado allí desde hacía mucho tiempo: entre los relativamente pocos saqueos, no había ninguno reciente.

En la primera oportunidad, le informé a Karl sobre nuestro descubrimiento, y él a su vez avisó al arqueólogo estadounidense Joseph

W. Ball, uno de los mayores especialistas en cerámica maya. Ball, quien años atrás había estudiado la cerámica de Becán y estaba muy interesado en nuestra zona, pronto aportó nuevos datos: Eric von Euw no fue el primer arqueólogo en visitar Lagunita.

Un día de 1972, Joe Ball estuvo en una cena en Mérida, Yucatán, con Ian Graham y Jack D. Eaton, el arqueólogo que en 1969 descubrió Chicanná y al año siguiente realizó excavaciones allí, así como prospecciones de campo en los alrededores. Según Ball, durante ese encuentro Eaton mencionó varios sitios que había visitado, entre ellos Lagunita. También comentó que uno de sus acompañantes era ‘El Negro’. Eaton, empleado en el *Middle American Research Institute* de la Universidad de Tulane, en Nueva Orleans, EE. UU., alrededor de 1974 tuvo un conflicto con la institución y la abandonó, llevándose consigo todas sus notas de campo y perdiéndose todo rastro de él. Joe Ball intentó localizarlo e incluso contrató una agencia de detectives para tal fin. Encontró a varias personas llamadas Jack D. Eaton, algunas incluso de la edad adecuada, pero ninguna era la correcta. Como dice Ball en uno de sus mensajes, Jack Eaton simplemente desapareció de la faz de la tierra, y con él también muchos datos valiosos. Supone que estuvo en Lagunita en 1968 y que posteriormente informó de ello a Ian Graham; si le mencionó monumentos con inscripciones, probablemente fue por esa razón que Graham, quien dirigía el proyecto epigráfico, intervino para que, unos años después, Eric von Euw volviera a visitar el lugar.

Y ahora llegamos nosotros. Tendremos que documentar con todo detalle la portada, las estelas y los altares, y por supuesto hacer un plano del núcleo urbano. Habrá mucho trabajo. ¿Y tendremos que caminar cada día durante las próximas semanas desde el campamento en el callejón?

Nueva adquisición

Como no se vislumbraba otra solución, empezamos a arreglar el sendero hacia Lagunita. Para que las caminatas fueran menos fatigosas, queríamos limpiarlo mejor y enderezar las curvas innecesarias.

En las fotografías aéreas vi que había una aguada justo al sur de nuestra brechita y aproximadamente a kilómetro y medio al este del sitio. Si esa era la aguada por la que había pasado Eric von Euw con sus acompañantes y si, además, inspiró el nombre del sitio, cabía esperar que tuviera agua: según la terminología de los lugareños, las depresiones que no retienen agua durante todo el año se llaman aguadas, mientras que los cuerpos de agua que no se secan suelen designarse como lagunas. Le sugerí a Atasta que verificara el asunto y le proporcioné las coordenadas. Cuando, durante la limpieza, llegamos a un punto adecuado, él y Enrique se desviaron del camino hacia el sur. Regresaron al cabo de unas horas.

“Nada; seca”, dijo Enrique, acompañando sus palabras con una cara abatida. Atasta asintió con seriedad, luego sacó una cámara de la mochila, la encendió y me la extendió.

“Así se ve.”

Había visto muchas aguadas secas, llenas de pasto alto y arbustos. Sin mucho ánimo tomé la cámara, pero mi humor cambió en un instante:

“¿Qué?! ¿Así está?!”

¡En la foto se veía un lago lleno de agua! No podía más que alegrarme por semejante broma. Ante mi exaltación, Enrique respondió con una carcajada estruendosa, y Atasta comentó con satisfacción:

“Es grande, muy bonita.”

“Esta nunca se seca; y el agua es muy limpia”, añadió Enrique.

Así que mis esperanzas no eran en vano. Es muy probable que esta sea realmente la laguna que mencionaba Von Euw y por el cual el ‘reinado’ cercano recibió el nombre de Lagunita.

En cuanto al abastecimiento de agua, entonces, los problemas serán menores. Pero las preocupaciones no terminaban: teniendo el campamento en el callejón, todavía tendremos que caminar más de ocho kilómetros cada día, además de los esfuerzos que nos esperan en



Cargando la
cuatrimoto
durante la
mudanza.

el propio sitio. Sería ideal si pudiéramos montar el campamento cerca de la laguna. Pero, ¿cómo trasladar todo el equipo, aprovisionarnos de alimentos...? Por la noche, mientras reflexionábamos juntos sobre la mejor solución, Enrique comentó:

“Si tuviéramos una cuatrimoto, todo sería mucho más fácil.”

¡Una cuatrimoto! Ya me cayó el veinte. Enrique se refería, por supuesto, a un vehículo todoterreno, en inglés llamado *quad* o *ATV* (*all terrain vehicle*). En otros entornos, estos vehículos se usan más para diversión y deporte, pero allá conocen sobre todo su utilidad práctica: como puede andar por casi cualquier terreno, con este ‘juguete’ se puede llegar a muchos lugares e incluso cargarlo.

“Para una cuatrimoto sería suficiente despejar una brecha estrecha entre los árboles; podríamos poner el campamento más cerca del sitio,” continuó Enrique.

“¿Y la carga, todo el equipo...?”

“Podemos llevarlo todo, solo habría que hacer varios viajes...”

“¿Y el generador? Ese es grande y pesado...”

“Lo amarramos, eso no es ningún problema”, aseguró Enrique con voz y gesto de conocedor. Miguel y Cristóbal asintieron de inmediato.

“¿Conoces a alguien que tenga una? ¿Y cuánto va a querer por rentarla?”, pensé en voz alta, pero después me acordé: ¡la administración de la Biósfera de Calakmul tiene varias cuatrimotos!

A la mañana siguiente, subí a los muros del templo superior de la pirámide más alta de Tamchén; solo allí era posible captar señal de telefonía móvil. Llamé al director de la biósfera. Era el ingeniero José Zúñiga Morales, a quien había conocido el año anterior, cuando estábamos colaborando en relación con la propuesta para que la parte sur de la biósfera fuera declarada por la UNESCO como patrimonio mixto, natural y cultural. Me pidió ayuda para fundamentar los aspectos culturales de la propuesta, ya que fueron precisamente nuestras

También el generador llegó sano y salvo al campamento.



expediciones de años anteriores las que descubrieron casi todos los sitios arqueológicos en el territorio que se planeaba incluir en la lista del patrimonio mundial (en ese momento aún no sabía que esta declaración se haría realidad en junio de 2014, en la conferencia de la UNESCO en la ciudad de Doha, en Catar). Pepe Zúñiga respondió a mi pregunta sin dudar: va a prestarnos dos cuatrimotos.

Fue una verdadera salvación: el campamento lo podremos montar mucho más cerca del sitio. Junto al camino que habíamos despejado, elegimos un lugar adecuado bajo árboles altos, a apenas medio kilómetro al norte de la laguna. Todavía nos separaba kilómetro y medio del sitio, pero cualquier punto más hacia el oeste habría sido menos conveniente, porque el terreno comenzaba a descender a un bajo, y además nos alejaríamos del agua.

En la primera oportunidad, cuando fuimos a Xpujil a hacer compras, trajimos las cuatrimotos y, al terminar los trabajos en Tamchén, trasladamos el campamento. Primero llevamos todo el equipo y los víveres hasta el final del callejón abierto y los descargamos; después Enrique condujo el camión de tres toneladas unos dos kilómetros atrás y lo dejó al otro lado del bajo de 700 metros de ancho: si nos sorprendía una lluvia prolongada —y las semanas anteriores ya habían traído una cantidad inusual de lluvias para esa época del año—, ese bajo podría convertirse en un obstáculo infranqueable para el camión grande. Finalmente, transportamos todo el equipo al nuevo campamento con las cuatrimotos, lo cual, por supuesto, requirió varios viajes.

Enrique fue el maestro principal en esta operación y, como en varias ocasiones anteriores, demostró sus habilidades e ingenio. Para amarrar la carga, compramos dos cámaras de tractor viejas y las cortamos en tiras largas. Las tiras de hule eran mucho más adecuadas que las sogas, porque no se clavaban en las cajas de cartón y podían tensarse mucho más. Al distribuir la carga entre los portaequipajes delantero y trasero, también había que cuidar el equilibrio. Lo que más me preocupaba era el transporte del generador eléctrico, que pesaba casi 100 kilos, pero también este llegó sin mayores problemas al nuevo campamento. Los muchachos lo amarraron firmemente y, en los tramos más difíciles del camino, lo sostenían para que no volcara el vehículo.

Manejar las cuatrimotos era algo que requería especial atención. Para adecuar la brecha para las cuatrimotos, la ensanchamos un poco, suavizamos algunas vueltas innecesarias y la limpiamos más a fondo:



El lago al oriente
del sitio de
Lagunita.

había que eliminar todos los chuzos de la vegetación cortada que podrían ponchar las llantas, así como los troncos de los árboles caídos, sobre los cuales podíamos caminar pero no conducir. Aun así, el camino distaba mucho de ser liso y fácil: para no perder tiempo y energía, solo despejamos una vereda estrecha, lo suficientemente ancha para las cuatrimotos. Serpenteaba entre árboles grandes, que no quisimos —y en la reserva natural protegida tampoco debimos— derribar, y en el suelo se retorcían innumerables raíces. Además, el camino cruzaba varias albarradas —otroza cercas de los campos de cultivo—, restos de antiguas casas convertidas en montículos, terrazas artificiales... Estas huellas de la vida pasada, revelando que el territorio alrededor del núcleo urbano de Lagunita había estado densamente poblado, estaban esparcidas por todas partes, de modo que era imposible evitarlas.

Debido a todo esto, cada recorrido por ese camino en cuatrimoto fue una experiencia singular. La cuatrimoto rugía y brincaba constantemente, había que sujetar firmemente el manubrio para que los golpes de las ruedas contra raíces y piedras no se lo arrancaran de las manos al



conductor y desviarán el vehículo hacia algún árbol cercano. Además, había que asegurarse de que la carga, apilada en los portaequipajes delantero y trasero, no terminara en el suelo por chocar con algún tronco en la orilla del camino. Aparte de los muchos viajes durante la reubicación del campamento, que duró dos días, más adelante también hubo tráfico regular por este sendero. Como siempre, de Xpujil traíamos ocasionalmente las provisiones en la camioneta que quedaba estacionada al final del camino abierto; de allí al campamento las llevábamos en cantidades más pequeñas en cuatrimotos. Aunque el conductor principal era Enrique, yo también aprendí y llegué a la conclusión de que, en comparación con este eslabón de obstáculos que requería concentración total en todo momento, cualquier parque de adrenalina era más bien un jardín de niños.

Pese a todas las precauciones, tuvimos que parchar llantas ponchadas varias veces. Como era imposible evitar muchos golpes contra piedras y vegetación, también se rasgaron los protectores plásticos del chasis, que a menudo tuvimos que reparar y sujetar con alambres. Por suerte, no tuvimos ningún accidente mayor.

La cocinera
Magda junto a
su 'estufa' en el
campamento
cerca de
Lagunita.

Desde el campamento también abrimos un camino bastante cómodo hasta la laguna para poder transportar agua en las cuatrimotos. El tamaño del lago, de forma más o menos ovalada, seguramente varía según las lluvias; durante nuestra estancia medía unos 100 metros de largo. Como de costumbre, para recoger el agua lo más limpia posible, construimos sobre la orilla fangosa una estructura sencilla con troncos de árboles delgados y, cerca de allí, acondicionamos un pequeño espacio para lavar ropa y para bañarnos. Con tal uso de este espacio, pudimos ser francamente derrochadores con el agua y, al mismo tiempo, redujimos las cantidades que tuvieron que ser transportadas al campamento. Es cierto que lo romántico de bañarse junto al lago se veía estropeado por enjambres de tábanos o —según la hora— mosquitos, por lo que cada quien también arregló su propio espacio para la higiene en el campamento. Aun así, la cercanía de una fuente permanente de agua dulce significaba —en esas condiciones— un verdadero lujo. Los muchachos incluso aprovecharon la primera oportunidad para conseguir anzuelos, pues además del cocodrilo que de vez en cuando salía a la orilla, la laguna estaba llena de peces, con los que nuestra cocinera Magda pudo enriquecer su menú.

El campamento era agradable, pese a la inusual cantidad de alacranes, tan abundantes como el año anterior en Chactún. También detectamos algunos ejemplares de las desagradables chinches besuconas y una que otra serpiente coralillo. En los últimos días, al intensificarse las lluvias, proliferaron las ranas; en el campamento se sintieron cada vez más en su casa, además de que amenizaban las noches con sus estridentes conciertos.

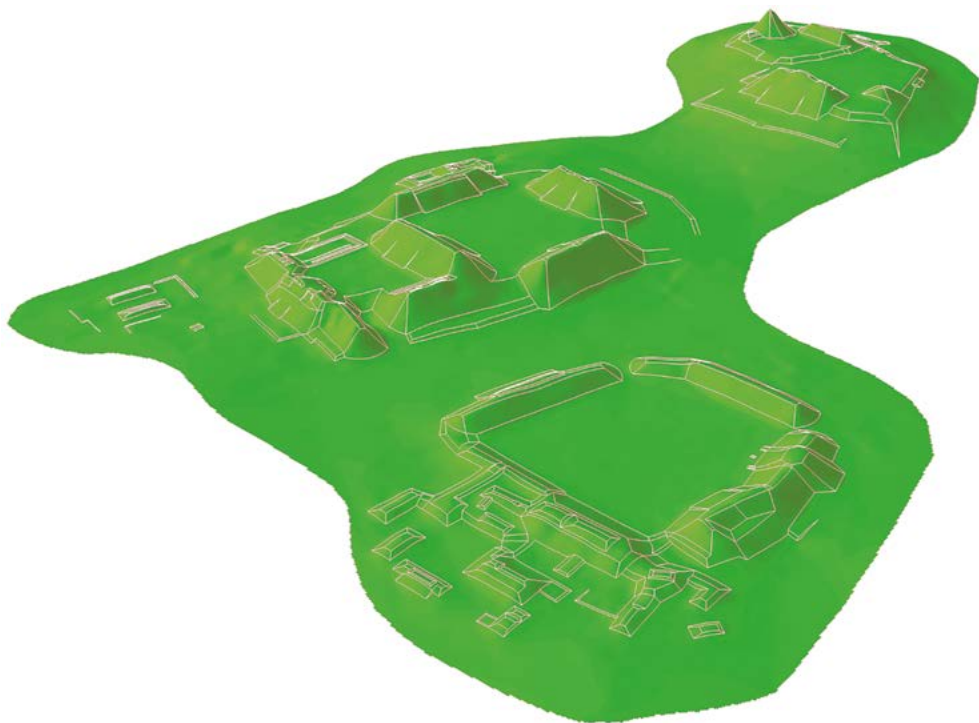
Ya antes de trasladar el campamento, Atasta nos dejó. Con el equipo canadiense de arqueólogos había acordado participar en sus investigaciones en Yaxnohcah. Lo reemplazó Arianna Campiani, arquitecta italiana que lleva varios años viviendo en México, donde se ha dedicado al trabajo arqueológico y obtuvo su doctorado sobre arquitectura maya. Así que, en lugar de Atasta, ahora Arianna ayudaba a Aleš en el levantamiento topográfico, además de documentar también el portal zoomorfo y otros detalles arquitectónicos. Durante las mediciones, hay que colocar los prismas en múltiples puntos y prácticamente peinar toda el área de mapeo; no es de extrañar, entonces, que los muchachos encontraran, de paso, ¡también el GPS de Atasta!

Los mayas conocidos y desconocidos

El núcleo urbano de Lagunita está compuesto por tres conjuntos de edificios monumentales, dispuestos alrededor de cuatro plazas y varios patios menores. La portada zoomorfa, ubicada en el borde oeste del conjunto noroeste, muy probablemente marcaba la entrada principal al centro administrativo y religioso. Buscábamos indicios de alguna calzada, que pudo haber conducido a la portada desde el oeste, pero solo encontramos un espacio plano, quizá artificialmente nivelado, en el que en muchos puntos había piedras trabajadas y algunas estructuras bajas y, al norte, dos montículos alargados y paralelos, es decir, los restos de un juego de pelota. La ubicación de la cancha cerca de la supuesta calzada recordaba al conjunto occidental de Chactún: también allí el juego se localiza en un terreno más bajo, fuera de la mayor concentración de edificaciones, y a un lado está un *sacbé* que conduce hacia el conjunto sureste.

El complejo oeste de Lagunita es el más grande y está construido sobre terrenos elevados. Durante la primera visita no caminamos hacia el sur, ya que el terreno en esta dirección descende, la vegetación es más densa y no imaginábamos que, unas decenas de metros más adelante, hubiera otra plaza amplia con varios edificios. Por lo tanto, tampoco vimos las estelas y los altares que se encuentran precisamente allí y que, años atrás, había dibujado Eric von Euw. Apenas Atasta, Enrique y Gaspar encontraron estos monumentos cuando, sin éxito, buscaban el GPS extraviado.

El edificio en el extremo oriente del conjunto noroeste tiene una escalinata en el talud poniente y la otra en el oriente. Desde esta última probablemente partía un camino hacia el conjunto este, situado a unos 100 metros de distancia. En el terreno intermedio, más bajo, encontramos dos estelas lisas, tiradas en el suelo; es probable que originalmente estuvieran paradas junto al camino. El complejo este se asienta sobre una elevación modificada artificialmente, dando la impresión de una acrópolis con dos niveles. El templo piramidal en el lado norte alcanza más de 15 metros de altura sobre el terreno natural



y es el edificio más alto de este conjunto; en su talud norte permanece expuesto un segmento de la fachada con piedras finamente labradas.

A juzgar por la cerámica que encontramos en la superficie, Lagunita estuvo habitada desde el periodo Preclásico, a partir de mediados del primer milenio a. C., y tuvo su auge durante el Clásico Tardío.

Además de las cinco estelas con relieves y los tres altares que ya había dibujado Eric von Euw, encontramos también algunos monumentos lisos. Las inscripciones en las estelas y los altares están bastante dañadas, y Octavio solo pudo descifrar algunos glifos calendáricos. La más interesante es la Estela 2, con la fecha 9.14.0.0.0 6 Ahau 13 Muan, que corresponde al 1 de diciembre del año 711 d. C. La fecha de la Cuenta Larga no se conserva completa, pero Octavio pudo reconstruirla con certeza a partir de otros datos calendáricos. En vista de que las fechas en Chactún, ubicado a 10 kilómetros al norte, corresponden a los años 731 y 751, es posible inferir que ambos sitios alcanzaron su máximo esplendor durante la primera mitad del siglo VIII. ¿Casualidad?

Núcleo urbano de Lagunita, vista hacia el noreste (modelo tridimensional: Aleš Marsetič).

Probablemente no. Recordemos que todas las fechas grabadas en las estelas de Oxpeul abarcan un período relativamente corto, de 731 a 830 d. C., y los textos acompañantes sugieren que el auge de Oxpeul estuvo relacionado con el declive de la dinastía Kaan. Como ya mencionamos, Calakmul, sede de esta dinastía durante el Clásico Tardío, fue vencido en el año 695 por el ejército de Tikal. Además de que esta derrota debió debilitar considerablemente a los gobernantes de Calakmul, sufrieron otra más, la definitiva, en 736. Probablemente fue a raíz de estos acontecimientos que algunas zonas del territorio previamente controladas por Calakmul se liberaron de su yugo, y los gobernantes locales comenzaron a erigir sus propios monumentos.

La fachada zoomorfa de Lagunita, por supuesto, nos alegró mucho; hasta ese momento no habíamos encontrado arquitectura tan bien conservada. Sin embargo, este hallazgo no fue del todo inesperado: las portadas de este tipo son una de las características más destacadas de los sitios ubicados un poco más al sur, donde predomina el estilo arquitectónico Río Bec. Lo que sí nos sorprendió fue que no encontramos otros elementos típicos de este estilo. En lugar de palacios con piedras finamente labradas y decoración en mosaico, tanto Lagunita como Tamchén y Chactún se caracterizan por edificaciones voluminosas dispuestas alrededor de grandes plazas, así como por numerosos templos piramidales y monumentos de piedra con inscripciones. En contraste, en Becán, Chicanná, Hormiguero, Xpujil y otros sitios de tipo Río Bec, los complejos arquitectónicos suelen ser más pequeños y constan de menos edificios; las estelas con inscripciones son escasas, y en lugar de templos piramidales predominan palacios con torres esbeltas que no eran funcionales. Aunque Chactún y Lagunita florecieron al mismo tiempo que los asentamientos con el estilo Río Bec, se asemejan más a la tradición Petén, extendida por un amplio territorio circundante en las tierras bajas centrales de la península de Yucatán.

¿Cuál es el significado de las particularidades por las que se distinguía el área Río Bec durante el Clásico Tardío? ¿Cómo podemos explicar que una arquitectura similar se utilizara también unos 100 kilómetros al norte, en la región de los Chenes, mientras que en Chactún, Lagunita y Tamchén, ubicados en el territorio intermedio, esta nueva moda tuvo poca acogida? ¿En qué medida reflejan estas diferencias regionales la organización política y las relaciones comerciales u otras conexiones entre las distintas unidades territoriales de la época? Todavía no tenemos respuestas convincentes a estas preguntas.



¿Y qué significan los monumentos que en algún momento se erigieron, pero después fueron rotos y reubicados? Estos casos son especialmente frecuentes en Chactún, pero también una de las estelas de Lagunita fue recortada, es decir, modificada. Por ahora solo contamos con tres fechas grabadas en estelas: dos en Chactún y una en Lagunita, todas de la primera mitad del siglo VIII. Podemos suponer que este fue un período de esplendor, cuando los gobernantes locales erigían monumentos de piedra para exaltar su poder, quizá posibilitado por el declive de Calakmul y de la dinastía Kaan, aunque su gloria fue efímera. Para el cercano Becán, objeto de extensas excavaciones años atrás, los análisis de cerámica mostraron que, durante unas décadas a partir de mediados del siglo VIII, la población disminuyó y muchas construcciones fueron abandonadas; el sitio vivió una especie de renacimiento apenas en el siglo IX, cuando aparecieron nuevos tipos de cerámica, indicando la llegada de pobladores foráneos. Si ocurrió algo similar en nuestras tres ciudades, es posible entender por qué tantas

Enrique, Gaspar
y la Estela 6
en Lagunita.



El Altar 2 de Lagunita presenta una forma inusual, semejante a un clavo.

estelas fueron quebradas, modificadas, trasladadas a otros lugares o incluso colocadas al revés. Casos de reutilización de estelas y altares se conocen también en otros sitios mayas, pero aún ignoramos qué sucedió exactamente, qué pasó con los habitantes que originalmente erigieron estos monumentos y de dónde llegaron los nuevos. Estos fueron los últimos decenios antes del colapso definitivo de la cultura clásica maya en las tierras bajas centrales y meridionales, un período que todavía guarda muchas incógnitas.

Chactún, Lagunita y Tamchén también cuentan con algunas peculiaridades que hasta ahora no conocíamos. Como los mayas generalmente escribían en columnas dobles, de izquierda a derecha y de arriba hacia abajo, las inscripciones en los monumentos suelen tener un número par de columnas; sin embargo, en la Estela 2 de Lagunita hay solo tres. Además, la fecha de la Cuenta Larga en esta estela no está completa; hay datos suficientes para reconstruirla, pero aun así resulta extraño que falte el número de días. Los altares mayas

son normalmente cilíndricos, algunos cuadrangulares, pero dos de Lagunita presentan una forma inusual, parecida a un clavo: la parte inferior, que probablemente estaba enterrada, es más larga y estrecha que la superior. En Tamchén, decenas de chultunes están dispersos en el núcleo urbano. Aunque varios están derrumbados o rellenos con material acumulado a lo largo de los siglos, algunos siguen teniendo más de 10 metros de profundidad. Los chultunes son muy comunes en los sitios mayas, pero en ningún otro lugar son tan profundos; otra peculiaridad de Tamchén es la gran concentración de estos rasgos en el mero centro administrativo y ceremonial de la antigua ciudad. Por último, recordemos que Chactún es el único sitio conocido hasta el momento donde se han hallado monumentos de piedra con motivos elaborados en estuco adherido, no solo en la Estela 1, que destaca por sus grandes glifos, sino también en la Estela 14 y en un fragmento muy deteriorado de otro monumento.

¿Fueron Tamchén, Lagunita y Chactún realmente algo especial dentro del mundo maya? ¿O tal vez nos parecen tan singulares simplemente porque vastas zonas de las tierras bajas mayas permanecen arqueológicamente inexploradas? La arqueología maya ha avanzado a pasos acelerados en las últimas décadas, pero todavía hay muchas incógnitas que solo futuras investigaciones podrán resolver.

Diluvio

Toda la noche estuve dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Sobre el techo de lámina retumbaba la lluvia, que caía sin tregua desde la tarde anterior; de vez en cuando, el aguacero se convertía en una tormenta furiosa que con relámpagos y truenos ensordecedores azotaba el paisaje.

Estaba en una cabaña que Rick y Diane me asignaron en su hotel. Me levanté al primer albor y me dirigí hacia Chetumal. Era el 2 de junio de 2014 y nuestro trabajo en Lagunita estaba llegando a su fin. Para pagar a los trabajadores, tenía que ir por dinero a Chetumal, ya que en Xpujil no había banco. No pensé en el desayuno; ese mismo día quería regresar al campamento. ¿Cómo les habrá ido con ese aguacero?

Al haber manejado unos kilómetros, la lluvia amainó un poco. Antes del poblado de Nicolás Bravo, había una fila de vehículos parados en la carretera. Al acercarme, también vi la causa: la carretera estaba inundada a lo largo de unos 70 metros. No solo inundada; ¡a través de ella corría perezosamente un río! Mientras sopesaba la situación, escuché decir a un hombre que estaba en la orilla del camino:

“Esta sí pasa”, señalo mi camioneta. “Es alta. Una igual acaba de pasar”.

Le agradecí la sugerencia y me subí de nuevo al vehículo, cuando se me acercó corriendo una mujer joven, cargada con varias bolsas; de la mano llevaba a su hija de unos cinco años:

“¿Nos da un aventón? ¡Por favor, señor! Me urge llegar a Chetumal. Vine en esa combi, pero no puede pasar”.

Abrí la puerta y ayudé a ambas a subir. Activé la doble tracción, pisé el gas y me lancé al agua. La profundidad aumentaba, el agua ya casi llegaba a las puertas y la camioneta, a pesar de que pisaba el acelerador a fondo, perdía velocidad. Apenas en estos momentos se me vino a la mente lo imprudente que había sido al ofrecerles transporte a la madre y la niña; también a ellas las puse en peligro. Cambié bruscamente a primera, llegué más o menos a la mitad, donde estaba lo más profundo, y finalmente sentí que el vehículo empezaba a recuperar velocidad.

“Ya pasamos”, tranquilicé con alivio a mis acompañantes y a mí mismo. Pero era demasiado pronto para celebrar. A pocos kilómetros,

más allá de Nicolás Bravo, nos esperaba otra fila de vehículos. De inmediato quedó claro que la situación aquí era mucho más desesperanzadora. Delante de nosotros había otra vez un río cruzando la carretera, pero esta vez tenía más de 150 metros de ancho. Ni siquiera camiones grandes, incluidos dos tráilers, se atrevían a cruzarlo.

Me acerqué a unos hombres que estaban junto a los vehículos frente a nosotros, conversando y observando impotentes la escena.

“Ese autobús se metió hace unos minutos”, comentó uno, señalando con la mano. “El agua lo arrastró a la orilla de la carretera. Tuvo suerte de no volcarse”.

El autobús estaba en el agua a unos cien metros de nosotros, fuertemente inclinado, aparentemente justo sobre el borde del terraplén de la carretera.

Estuvimos elucubrando sobre qué hacer, por qué caminos sería posible encontrar un desvío, pero cualquier intento parecía muy arriesgado: si está inundada esta carretera, que es la principal y está pavimentada, ¿qué nos podría esperar en los caminos que conectan pueblos pequeños?

¿Ahora qué? Estaba atrapado entre dos ríos que cruzaban la carretera, mientras desde el oriente, tras un breve respiro, las nubes negras se acercaban de nuevo con amenazante rapidez.

Tengo que regresar, no hay otra solución. Una vez ya superé el primer obstáculo, supongo que puedo hacerlo otra vez.

“Allá el agua seguramente ya bajó un poco”, alguien trató de darme ánimo. “En las últimas dos horas casi no ha llovido”.

Cuando regresamos hasta allí, quedó claro que la predicción había sido demasiado optimista. El agua no había bajado ni tantito. Mis acompañantes seguían conmigo, pues no les quedaba de otra. Alentado por la primera victoria, volví a meter la camioneta al agua, pero enseguida me di cuenta de que me había precipitado: desde el otro lado acababa de entrar en el agua un enorme tráiler que se estaba acercando de manera amenazante. No podía girar demasiado el volante para no salirme de la carretera, que no se veía. La mujer a mi lado gritaba: “¡Vamos a chocar! ¡Vamos a chocar!”, y su hijita la secundaba con un llanto nada menos fuerte. Manteniendo el pie en el acelerador, giré ligeramente el volante a la derecha. Afortunadamente, también el camión viró un poco; pasó por mi izquierda a un metro o dos de distancia, inundándonos con el agua que sus ruedas arrojaban tan violentamente que los golpes de las olas casi nos detuvieron.

En primera velocidad, presionaba y aflojaba el embrague según era necesario para que el motor no se apagara, hasta que, después de unos segundos que parecieron una eternidad, la camioneta venció la resistencia de la masa de agua en movimiento y, acelerando, logró avanzar hasta el otro lado del tramo inundado.

La señora a mi lado se fue calmando poco a poco; los tonos agudos de su voz bajaron, aunque no dejó de hablar y de darle gracias a Dios. Yo también asentí. ¿Nos ayudó la suerte o la providencia divina? No lo sé, pero me parecía arrogante creer que salimos del peligro solo gracias a mis habilidades...

En Xpujil me detuve en la terminal de autobuses. Ahí bajaron mis acompañantes, pues dijeron que por ahora se quedarían con unos familiares, mientras que yo necesitaba informarme sobre las condiciones de la carretera hacia Escárcega, ya que esta era la segunda localidad más cercana con bancos, a 150 kilómetros hacia el oeste. Busqué al chofer de un autobús que acababa de llegar desde allá y que se dirigía a Chetumal. Dijo que ya estaba enterado de la carretera inundada hacia Chetumal y que iba a tener que hacer un desvío de varios cientos de kilómetros, pasando por la localidad de Peto en el estado de Yucatán, pero agregó que la carretera a Escárcega estaba transitable sin problemas.

Continué mi camino hasta Río Bec Dreams, donde Diane, a quien había llamado unos minutos antes, ya me esperaba con el desayuno. Estaba a punto de salir de compras a Chetumal, pero mi historia la convenció de que hoy eso no iba a ser posible.

Media hora después estaba de nuevo en la carretera, esta vez en dirección contraria. Estaba lloviendo de nuevo, y unos kilómetros antes de llegar a Conhuás, noté que la temperatura del motor estaba subiendo. Había suficiente agua en el radiador, el ventilador funcionaba y la banda estaba bien tensada. ¿Será que está fallando el clutch del ventilador, que por eso no alcanza las revoluciones necesarias?

Llamé a Ciriaco. Su pueblo, Constitución, no estaba lejos, unos veinte kilómetros más adelante. Seguro que ahí hay algún mecánico. Por suerte, Ciriaco en esos momentos no estaba en Uxul con el equipo alemán, sino de compras en Escárcega. Arregló que en Constitución me esperara su amigo Pancho; aunque no es mecánico, sabe bastante de estas cosas. Tampoco Pancho logró detectar la falla, pero sí organizó una solución: mi camioneta se quedaría allí, para que la revisara un mecánico, y mientras tanto alguien me llevaría a Escárcega. Pensó en

el vecino Víctor, no solo porque tenía auto, sino también porque su hermano Enrique trabajaba con nosotros. Primero encontramos a su padre; inmediatamente mandó llamar a Víctor, quien pronto llegó, dispuesto a ayudar.

Nos fuimos a Escárcega, donde saqué dinero, y regresamos a Constitución; todo ese tiempo, la lluvia no paró. El mecánico descubrió que efectivamente estaba dañado el embrague del ventilador. No pudo repararlo porque no tenía la refacción, pero dijo que, si no me excedía en la velocidad, seguramente llegaría a Xpujil. En efecto llegué, poco antes de las cinco de la tarde, justo a tiempo para encontrar al mecánico en el taller. Pronto quitó el clutch, pero no me pude relajar todavía: aunque Pata de Jaguar, la principal ferretería y refaccionaria de Xpujil, tiene muchas cosas, siempre hay problemas con las piezas para mi camioneta importada. El vendedor tomó el embrague viejo, lo revisó y, callado y sin dar esperanza alguna, desapareció en el almacén. Pero ese día, a pesar de tantos inconvenientes, finalmente resultó ser un día afortunado: regresó con la pieza correcta, que pronto quedó instalada en el vehículo.

Ya era demasiado tarde para regresar al campamento ese mismo día. Pasé la noche en Río Bec Dreams y salí de madrugada. Durante el trayecto por la carretera, los pensamientos me daban vueltas en mi cabeza sin orden alguno. Había más que suficientes motivos para preocuparme. La lluvia había cesado apenas durante la noche. ¿Cómo estará el callejón? ¿Cómo les habrá ido en el campamento? ¿Terminaron el trabajo? ¿No habrá ocurrido algún accidente? Hace unos días, durante las mediciones, se toparon con una cantil, muy venenosa, y después de la lluvia brotan más sabandijas de todo tipo...

Engrané la doble tracción y puse el reductor, salí de la carretera y me metí enérgicamente en el lodo, que no faltaba desde el inicio del callejón. La corriente de agua que lo cruzaba tras el primer kilómetro ya estaba alarmantemente alta, pero la camioneta logró superarla. ¿A lo mejor no va a ser tan difícil?

A través de las elevaciones que siguieron, el avance fue fluido. El primer bajo estaba inundado, pero era corto y tenía poca agua; aquí tampoco hubo problemas. El siguiente era más largo y con agua más honda. Me detuve para evaluarlo, pero por el camino sinuoso no se veía hasta dónde llegaba el tramo inundado. Tomé carrera, pisé el gas y también lo crucé. La camioneta me pareció invencible, pero solo por unos instantes. El siguiente bajo inundado se extendía por varios

cientos de metros; el motor rugía, la camioneta brincaba y patinaba sobre el lodo de un lado a otro. Girando el volante sin parar, apenas lograba mantener la dirección y esquivar los árboles a los lados del camino; los chorros de agua lodosa se estrellaban ferozmente contra el parabrisas; por momentos la camioneta se hundía de manera peligrosa, parecía que iba a sucumbir, el motor se ahogaba, y al agua no se le veía fin...

Pero, curiosamente, no sucumbió. Superó todos los tramos inundados, incluso los que parecían intransitables. Solo entonces me quedó realmente claro lo importantes que son las llantas adecuadas. Justo el año pasado compré unas nuevas, especialmente para lodo; las anteriores eran de tipo *all terrain*, pero por experiencia sé que con ellas no habría llegado lejos. Es cierto que la camioneta también tiene *winch*, pero de haber quedado atascado, yo solo hubiera batallado mucho con las maniobras; además, los tramos inundados son precisamente los humedales, donde hay pocos árboles idóneos para amarrar el cable.

Llegué al lugar donde estaba estacionado el camión de tres toneladas. Sobre él estaba tendida una lona, y ya estaba cargado con parte de nuestro equipo; es decir, ya empezaron con la mudanza. Pero, ¿por qué amarraron la lona a los árboles de tal manera que me bloquearon el paso? ¿Porque no había otra forma? ¿O acaso quisieron decirme que no siguiera adelante? A solo unos metros comenzaba el bajo más grande. Seguramente, todos los 700 metros del camino a través de él están profundamente bajo el agua, que llegaba casi hasta el camión. ¿Debería desatar las cuerdas e intentarlo de todos modos?

Justo estaba pensando en eso cuando escuché el ruido de un motor. En unos momentos apareció, saliendo de una curva, Enrique sobre una cuatrimoto, cargada y medio sumergida. El camino parecía un arroyo, del cual emergía lentamente el vehículo.

La lona amarrada a través del camino era, en efecto, un mensaje.

“Todo el bajo está lleno de agua. No lo hubieras pasado”, dijo Enrique.

“¿Y dónde están los demás?”

“Ahí vienen ya, caminando. La otra cuatrimoto la trae Cristóbal.”

En efecto, pronto llegaron vadeando, cada uno con su equipaje, cargando lo que podían, empapados, pero todavía de buen humor; una aventura más, pues. También llegó Cristóbal en la otra cuatrimoto. Sin duda alguna, las cuatrimotos eran una verdadera bendición; ningún obstáculo era demasiado difícil.

Como contaron, ayer terminaron el trabajo en Lagunita. Además, Enrique hizo varios viajes para trasladar parte del equipo al camión grande. Hoy muy temprano, desmontaron el campamento y se pusieron en camino. Como no llegué ayer, me esperaban hoy, pero en cualquier caso, aun si no hubiera llegado, tenían que recoger todo y largarse lo más pronto posible, porque aquí también había llovido a cántaros y el campamento quedó invadido por caudales de agua.

La pregunta era, por supuesto, cómo saldrían ellos solos con el camión de tres toneladas. Les dije que el regreso iba a ser todo menos fácil. Vamos a ver hasta dónde llega el camión en cada lodazal; luego lo vamos a remolcar con mi camioneta, amarrándola con el cable del cabrestante a algún punto firme.

Cargamos todo el equipo en los vehículos y lo cubrimos bien, porque de nuevo empezaba a llover. Esperamos a Cristóbal, que regresó al campamento en la cuatrimoto por algo del equipo restante; lo cargamos también y emprendimos la marcha.

Las primeras horas avanzamos bastante bien. El camión grande detrás de mí quedaba atascado en casi cada tramo de lodo, pero lo amarrábamos a mi camioneta y lo sacábamos. El primer intento, sin el *winch*, fracasó, como era de esperar: la pick-up de una tonelada y media simplemente no pudo sacar del barro al camión de tres toneladas completamente cargado. Menos mal que el año pasado compré un buen cabrestante, con cuatro toneladas de fuerza de arrastre. Así que, cada vez que el camión grande quedó atorado, desenrollamos el cable y lo atamos a un árbol suficientemente alejado delante de nosotros o alrededor de varios más pequeños. Con la ayuda de las buenas llantas, la tracción en las cuatro ruedas y el cable enrollado por el motor eléctrico, la pick-up con el camión grande amarrado atrás avanzaba lento pero seguro. Enrique, que manejaba el camión de tres toneladas, también pisaba el acelerador moderadamente, de modo que las ruedas traseras, a pesar de patinar constantemente, reducían un poco la fuerza necesaria para jalar.

El avance fue lento y pausado. Si el tramo inundado era largo, al haberse enrollado casi todo el cable, había que desatarlo, desenrollarlo y volver a asegurarlo a algún árbol más alejado. Además, frecuentemente había que interrumpir el remolque para que el motor eléctrico del *winch* no se sobrecalentara.

Después de unas horas, por primera vez tuve la impresión de que el *winch* estaba perdiendo fuerza; y poco después, en medio

Al principio
el remolque
avanzaba bien...



de un lodazal, también se apagó el motor y ya no arrancó. ¿Batería descargada? Evidentemente. Tenía cables de puente, pero eran demasiado cortos para alcanzar la batería del camión grande detrás de mí. Además, si el cabrestante agota tanto la batería, con el remolque no vamos a llegar lejos.

La situación era extremadamente grave. Ya era bien pasado el mediodía y todavía estábamos a ocho kilómetros de la carretera. Los muchachos andaban constantemente en agua y lodo; en cualquier momento puede aparecer alguna víbora. Tenemos que hacer algo. Y rápido. ¿Podría ayudarnos el ejército? Quizá pueda llamarlos. Aquí no hay señal, pero en la pirámide de Tamchén normalmente sí...

Hicimos un plan y cada quien se puso a su tarea. Tamchén ya quedaba a varios kilómetros atrás. Con Gaspar nos subimos a una cuatrimoto, regresamos por el callejón y luego caminamos hasta la pirámide más alta de Tamchén. Pronto logré comunicarme con el comandante, quien me había dado el número de su celular al inicio de la temporada cuando fui a presentarme al cuartel de Xpujil. No estaba en la base, pero prometió ayudar si algún Hummer estaba disponible y no ocupado en otras zonas afectadas por las inundaciones. Me recomendó que, aun así, también llamara al mayor que lo sustituía en el cuartel. No lo localicé, pero llamé al ingeniero Zúñiga, director de la biósfera, y le pedí que acudiera personalmente a la base militar y transmitiera nuestra solicitud de ayuda, y que además enviara con los soldados a alguien de la administración del parque, ya que solo ellos conocían el acceso. Pepe Zúñiga me aseguró que haría todo lo que estuviera en su poder. Y así lo hizo.

Con Gaspar regresamos. Durante nuestra ausencia, los demás habían trasladado del camión grande la batería y el equipo más esencial a mi camioneta. Como no podemos simplemente esperar ayuda, ya que ni siquiera sabemos si realmente llegará, vamos a seguir avanzando solo con mi camioneta y las dos cuatrimotos. Por lo pronto vamos a dejar el camión grande, ya que sin remolque de todos modos no lo podemos mover.

Ahora no me preocupaba tanto si mi camioneta se atascaba en algún lugar; entre todos ya la sacaremos. Pero una vez más demostró su valía; ni siquiera fue necesario usar el *winch*. Solo nos separaban unos kilómetros de la carretera cuando un Hummer nos bloqueó el paso.

¡Salvados! Allí estaban los soldados, listos para la acción, acompañados por Ernesto, un joven de la administración de la biósfera a quien

conocía desde hacía varios años. Inmediatamente nos organizamos: Enrique, Cristóbal y Crescencio regresarán con Ernesto y los soldados hasta el camión y también se quedarán con una cuatrimoto. Yo voy a llevar a los demás a Xpujil y luego regresar para ayudar, mientras que Miguel se llevará la otra cuatrimoto para devolverla a la administración de la biósfera.

Así procedimos. Sin mayores dificultades, logramos llegar a la carretera y, al anochecer, arribamos a Xpujil. Miguel devolvió la cuatrimoto y se unió a los demás frente a una tienda donde compramos tequila. Todos estaban empapados y con mucho frío, excepto Magda y Arianna, quienes iban en la cabina conmigo. Con Magda fuimos a comprar unos pollos asados, cerveza y otras bebidas para los soldados y nuestros colegas que todavía luchaban en la selva. A los demás les dije que tomaran un taxi y se fueran a Río Bec Dreams, donde Diane —a quien acababa de llamar— ya los esperaba.

La valiente Magda dijo que me acompañaba:

“Voy contigo, pues hay que atender a la gente”.

Nos fuimos de regreso por la carretera. Un poco antes de llegar a la entrada al nuestro callejón, vimos una cuatrimoto que se acercaba, con el chofer del Hummer y Ernesto a bordo.

“Tengo que regresar al cuartel por un gato”, dijo el soldado. “Nos atascamos. ¿O lo tienes tú?”

¡Ah, qué a toda madre! El Hummer se atascó. Y ni gato tienen...

“Claro, tengo dos...”

“¡Y también tienes *winch*! Súper, nos vas a jalar”, se emocionaba el conductor, mientras a mí el buen humor se me estaba esfumando. ¿Yo voy a remolcar al Hummer militar? ¿El vehículo que iba a sacar nuestro camión?

No había alternativa. Nos metimos al callejón, pero pronto noté que mis faros iluminaban cada vez menos. Al principio pensamos que solo se había descargado la batería por el uso constante del malacate. Pero no: evidentemente tronó el alternador.

El Hummer estaba hundido en un lodazal a apenas uno o dos kilómetros del lugar donde nos habíamos encontrado unas horas antes. Cuando llegamos, la luz de mis faros ya era tan débil que primero tuvimos que recargar la batería. Los soldados la pasaron al Hummer, donde tenían dos, y mientras se recargaba repusieron fuerzas con todo lo que Magda y yo habíamos traído. Enrique ya estaba muy gruñón, pues llevaba trabajando duro todo el día sin probar bocado; ahora

se calmó un poco. Pero lamentablemente, la recarga de la batería no fue lo suficientemente efectiva: de nuevo la pasamos a la camioneta y amarramos el cable del *winch* al Hummer, pero éste no se movió.

Ya eran como las nueve; el teniente al mando pidió ayuda a la base por radio, y después de una hora y media, llegó otro Hummer con su tripulación. Los soldados primero abrieron un desecho, es decir, un camino de desvío, por donde un Hummer pudiera jalar al otro. La maniobra duró más de una hora y al fin funcionó, pero ya era evidente que ni siquiera llegaríamos a nuestro camión grande. Todos los esfuerzos se enfocaron en salir del lodo y regresar a la carretera. Las siguientes horas las pasamos con los soldados —que ya eran casi veinte— ocupados únicamente en sacar del barro primero un Hummer y luego el otro, porque se atoraron varias veces, y de vez en cuando también había que recargar mi batería.

Si antes el Hummer militar me parecía el vehículo ideal para nuestras condiciones, ahora tuve que cambiar de opinión; era obvio que no daba el ancho para situaciones tan extremas. Por fin logramos salir a la carretera y, alrededor de las cuatro de la mañana, llegamos a Xpujil. Desde luego, les agradecí a los soldados por su esfuerzo, aunque mi problema seguía siendo exactamente el mismo que unas quince horas antes, cuando llamé al comandante.

Llegamos a Río Bec Dreams y, mientras seguía lloviendo sin piedad, descargamos el equipo en mi cabaña. Nadie nos esperaba; y para qué lo hubiesen hecho, si no podían ni ayudar ni siquiera saber si íbamos a llegar. Enrique llamó a su hermano Víctor y le pidió que viniera por ellos. Les pagué y me quedé con ellos hasta que llegó Víctor. Estábamos exhaustos, completamente empapados, sin palabras, derrotados. La despedida fue bastante triste. Acordamos que los llamaría cuando descansáramos y pensáramos sobre una posible solución, pero en ese momento no tenía la menor idea de cuál podría ser.

Me fui a mi cabaña, encontré algo de tequila y me serví un trago. A pesar del cansancio, las preocupaciones no me dejaban dormir; la situación parecía desesperada. En el camino quedó todo tipo de equipo: el generador prestado, el trípode para el teodolito, muchos dejaron su ropa, Octavio hasta olvidó su cartera. Y ahí estaba, en medio del agua y el lodo, la camioneta por la que estaba pagando la renta. ¿Cuánto tiempo habrá que esperar para sacarla? Yo no puedo quedarme indefinidamente, así que tendré que arreglarme con los

trabajadores para que se encarguen de ello. Tendré que pagarles, por supuesto. ¿Cuánto costará todo esto?

Mientras me estaba rompiendo la cabeza con todos los problemas, empezó a amanecer y alguien tocó la puerta. Eran Miguel y Gaspar, que también se habían quedado. Dijeron que todos nos habían esperado hasta las tres de la mañana, y luego se fueron a dormir. Ahora escucharon mi relato y me ofrecieron su ayuda en lo que fuera necesario. No dudaba de su disposición. Igual que los demás, ellos también habían demostrado en múltiples ocasiones no solo dedicación al trabajo, sino también una amistad desinteresada. Les di las gracias y les pagué.

“Ya está amaneciendo. Nos vamos aquí nomás a la carretera, seguramente conseguimos algún aventón.”

Nos despedimos y por fin el sueño me venció. Me desperté hacia el mediodía y fui al restaurante, donde estaban sentados Aleš, Octavio y Arianna. Diane también andaba corriendo de un lado a otro. Durante el desayuno les resumí nuestros esfuerzos fallidos de la noche anterior. Nadie estaba de humor para bromas, que normalmente nunca faltaban.

Salvados

La batería no estaba completamente descargada todavía y pude manejar hasta Xpujil. El eléctrico cambió el alternador y así resolvió el primer problema. También volvió a poner mi batería en lugar de la que habíamos sacado del camión de tres toneladas. Después empecé a preguntar a conocidos sobre las posibilidades de sacar el camión. Encontré a un joven que tenía un tractor con doble tracción; muy amable, pero me dijo que no podía garantizarme el éxito.

“Sería más efectivo un *trifarmer*. En Zoh Laguna tienen dos”.

¿Trifarmer? Hace un rato llamé a Ciriaco y también me mencionó ese vehículo. Como avanza despacio y consume mucho combustible, agregó, el costo va a ser alto si hay que traerlo desde lejos. Pero ahora parece que lo tienen en Zoh Laguna, un pueblo que está a menos de 20 kilómetros de nuestro callejón. La administración de la Biósfera de Calakmul tiene oficinas no solo en Xpujil, sino también en Zoh Laguna. ¿Seguramente saben algo de esas máquinas?

De nuevo me echó la mano el amable Pepe Zúñiga. Al día siguiente me dirigió a dos hombres; uno supuestamente tenía su propio trifarmer, y el otro estaba a cargo del que era propiedad de la comunidad. Este último no estaba en perfectas condiciones porque se le salía el agua del radiador. Con el otro no había problemas y empecé a platicar con el dueño sobre cuánto costaría semejante hazaña y cuándo podríamos emprenderla.

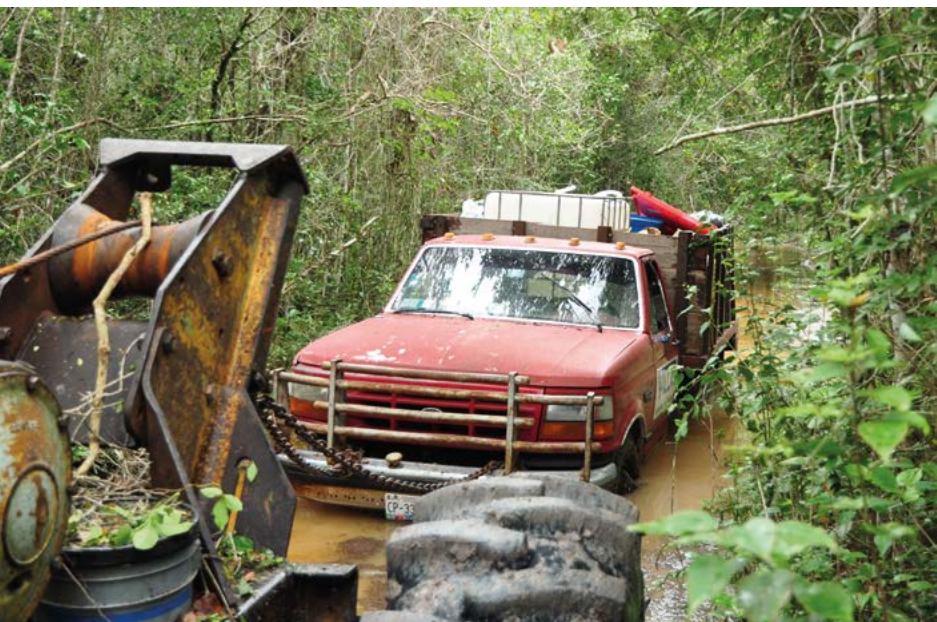
“No no, ahora no se va a poder”, dijo.

Ya Ciriaco no mostraba mucho optimismo y yo tampoco esperaba una solución inmediata; seguramente el hombre me va a decir que hay que esperar al menos unos días, hasta que baje el agua; si es que deja de llover.

“Hoy ya es tarde, es la una”, añadió. “Pero mañana temprano sí, si quiere”.

“¿Mañana?”, quedé sorprendido, pero aún incrédulo. “¿Y usted cree que será posible?”

“Ah sí, cómo no”, me aseguró.



...pero después
tuvo que entrar
en acción el
trifarmer.



El hombre ha de saber lo que está diciendo, pensé. Me llenó de esperanza: viviendo aquí, ha de estar consciente de cómo está el terreno después de tanta lluvia.

Quedamos en el precio y en la hora a la que el vehículo con el chofer nos estaría esperando. Llamé a Enrique y le expliqué el plan.

“Está bien”, me respondió. “A las 7 llego a tu hotel; y me llevo a Pancho, que es bueno para la mecánica... por si se necesita algo”.

A la mañana siguiente tomamos la batería del camión de tres toneladas, algo de comida y partimos. A las 9 nos encontramos en la carretera, al norte de Zoh Laguna y cerca de la entrada a nuestro callejón, con la máquina que se suponía iba a salvarnos. El *trifarmer* (del inglés *tree farmer*) es un vehículo *heavy-duty* que se utiliza principalmente para arrastrar troncos; tiene ruedas enormes, un gran cabrestante atrás, una cuchilla delante y casi no necesita camino. Avanza literalmente por el bosque, derribando árboles a su paso. Que tuvieran dos en Zoh Laguna no era casualidad, pues hasta hacía poco la explotación maderera había sido la actividad más importante en ese pueblo.

Entramos al callejón, primero yo con mi camioneta y luego el *trifarmer*. Dejé mi pick-up a un kilómetro de la carretera, antes del arroyo que cruza el camino. Ahora había hasta más agua que hacía dos días. Esta va a ser la primera prueba para nuestro *trifarmer*, pensé, y Enrique también movía la cabeza con escepticismo. El *trifarmer* no tiene espacio para carga y en la cabina apenas cabe el conductor; de alguna manera nos acomodamos detrás, alrededor del *winch*, y el chofer —un señor agradable de mediana edad— arrancó sin titubear. El vehículo ya estaba oxidado en varias partes y la cabina encerrada con rejillas de alambres gruesos, muchos ya muy doblados; seguro habían aguantado golpes severos. El motor rugía, el vehículo chirriaba terriblemente, las enormes llantas con dibujo marcado se hundieron en el agua y el lodo hasta más de la mitad, pero jalaban sin resbalón alguno; despacio, pero con paso firme, llegamos al otro lado.

Ahora sí, quedamos más tranquilos: al parecer, este monstruo podrá con su tarea. Unas horas después llegamos al camión. El *trifarmer* dio la vuelta y de paso tumbó algunos árboles a ambos lados del callejón. El chofer desenrolló el grueso cable del *winch*; amarramos el camión, le pusimos la batería y Enrique se sentó al volante. El *trifarmer* arrancó con moderación, el cable se tensó y el camión empezó a moverse, sin que Enrique apretando el acelerador contribuyera gran cosa. En el trayecto, antes de cada tramo de terreno firme, Pancho

lo desataba, porque así ambos vehículos avanzaban más rápido, y lo volvía a amarrar donde el remolque era indispensable.

A las tres de la tarde ya estuvimos en la carretera. Cuando le pagué al chofer, le estreché la mano y le di las gracias, solo se rio ampliamente: “No hay de qué”. Lo que había hecho, para él evidentemente no era nada especial, pero yo me sentía como si me hubiera salvado la vida.

Cuando llegamos triunfalmente al hotel, todos nos recibieron —cómo no— con entusiasmo. Los problemas no estaban olvidados, pero el mundo a nuestro alrededor ahora tenía otros colores; a pesar de las nubes pesadas que aún cubrían el cielo, el día era más claro. Todavía ayer todo parecía desesperante, pero ahora también este problema quedó superado.

Y lo más importante, nadie fue mordido por una víbora, nadie resultó herido, todos estábamos vivos y sanos.

* * *

Así fue como el 6 de junio de 2014 concluimos la novena temporada de prospecciones de campo en el sureste del estado mexicano de Campeche. A lo largo de varios años, recorrimos extensas zonas con un rico patrimonio arqueológico, sobre el cual antes no sabíamos casi nada. Descubrimos vestigios de numerosos asentamientos, prósperos en su tiempo, pero abandonados siglos atrás. Hoy sabemos que el área de nuestras investigaciones, arqueológicamente inexplorada hasta hace apenas unas décadas, estuvo densamente poblada durante el periodo Clásico de la cultura maya, al que pertenecen varios centros importantes dentro de la antigua jerarquía política. Pero también encontramos algunas ciudades preclásicas, como Mucaanah y Yaxnohcah. En las tierras bajas del norte de Guatemala, mucho mejor estudiadas, se conocen desde hace tiempo grandes centros del primer milenio a. C., como El Mirador y Nakbé, cuya arquitectura monumental se consideraba la expresión más temprana de la organización estatal de los mayas. Ahora, sin embargo, está claro que un desarrollo similar tuvo lugar de manera paralela en las regiones vecinas hacia el norte. Las características de la arquitectura y las trazas urbanas revelan contactos con las regiones colindantes en la actual Guatemala y el noroeste de Belice, lo que permite comprender las redes comerciales y otras formas de relación en distintos periodos. La distribución de los centros mayores refleja tanto los condicionantes ambientales como

la organización política, sobre la cual los textos jeroglíficos aportan abundante información nueva.

Nuestro relato aquí termina, pero no así la historia de la búsqueda. En años recientes hemos continuado el trabajo en áreas previamente inexploradas, tanto en la región de Chactún como en el área hacia el poniente. Los resultados nos han acercado a la solución de algunas de las cuestiones mencionadas a lo largo de este escrito, pero por ahora el lector interesado solo podrá encontrarlos en publicaciones de carácter más académico.

No está de más agregar, finalmente, que nuestras exploraciones, enfocadas en el reconocimiento de superficie, representan tan solo la primera fase de las investigaciones arqueológicas. Después de haber sido visitadas y examinadas, muchas ruinas cubiertas de vegetación vuelven a quedar en soledad. Solo pacientes excavaciones podrán arrancarles los secretos que aún guardan celosamente en sus entrañas.

Sobre el trabajo y la vida en la selva, el mapeo de ciudades mayas e Iván

Aleš Marsetič

Desde muy pequeño me interesaba explorar lo desconocido. Me emocionaba descubrir nuevos temas que se me iban abriendo a través de la lectura y viendo la televisión. Pero, sobre todo, me fascinaba el bosque, los rincones inexplorados de las selvas africanas o amazónicas, donde en mi imaginación rondaban los dinosaurios y reinaba el mismísimo Tarzán. En la primaria me propuse que, cuando fuera mayor, sería explorador. Me adentraría en la selva en una canoa, en busca de nuevas especies de plantas y animales.

Como suele pasar con muchos sueños juveniles de este tipo, en los años siguientes este objetivo fue desvaneciéndose un poco, pero quedó la semilla de la curiosidad, que me llevó a una nueva pasión: la historia. Como adolescente, me vi envuelto en el torbellino de las nuevas tecnologías digitales y la vida ‘guiada por computadoras’, pero mi interés por la historia permaneció. Lo que más me atraía era la Edad Media, el llamado ‘período oscuro’ de la historia de la humanidad, en el que, sin embargo, ocurrieron muchas cosas interesantes. Fue también en esa época cuando florecieron las misteriosas civilizaciones americanas, que construyeron imponentes pirámides y hermosos palacios. Leí numerosos libros y artículos y vi varios documentales sobre estas civilizaciones. Y como, aun después de años de estudio, seguían guardando tantos secretos, parecían invitar a mirarlas más de cerca, a intentar descubrir algún detalle más y saciar la curiosidad.

Durante mis estudios viajé dos veces a Centroamérica. Visité los sitios arqueológicos más famosos de México, Guatemala y Honduras. En su mayoría, se trataba de pirámides y palacios parcialmente restaurados, o bien de simples montículos de piedras. Pero los pocos edificios completamente restaurados eran tan impresionantes que me dejaron fascinado. Fotografíé casi todas las piedras que sobresalían del

nivel del terreno. Fue apenas en esos viajes cuando tomé conciencia de cuántas antiguas ciudades abandonadas, o incluso estructuras aisladas o agrupadas, siguen sin ser investigadas o permanecen ocultas bajo la densa vegetación.

La inspiración de esos viajes también la llevé a mi entorno local. Me encantaba visitar exposiciones relacionadas con las antiguas culturas de la zona que los arqueólogos denominan Mesoamérica, y disfrutaba especialmente de las conferencias especializadas. Un día asistí a una charla en el Museo Nacional de Eslovenia sobre los calendarios mesoamericanos. El ponente fue el doctor Ivan Šprajc, experto esloveno en culturas mesoamericanas, que tras terminar sus estudios de licenciatura se fue a México, donde obtuvo el doctorado y trabajó, para luego regresar a Eslovenia. Yo me preguntaba qué lo había llevado a México y luego de vuelta a Eslovenia, pero lo que más me cautivó fue la excelente conferencia, en la que presentó un tema tan complejo con gran claridad. Se notaba que el conferencista tenía un amplio conocimiento, no solo sobre los calendarios, sino sobre las culturas mesoamericanas en general. En aquel primer encuentro, el Dr. Šprajc me pareció una persona bastante seria e inaccesible, de esas que rara vez bromean o incluso sonrín. Solo años después me di cuenta de lo mucho que me había equivocado.

La historia terminó siendo mi pasatiempo, ya que estudié geodesia. Además de ser un trabajo interesante que satisfacía mi interés por las nuevas tecnologías, incluso las espaciales, también ofrecía mejores oportunidades laborales. Para mi tesis de licenciatura elegí el tema de la percepción remota (observación de la Tierra mediante el uso de satélites). Con el lanzamiento de satélites comerciales de muy alta resolución a principios del siglo XXI, este campo científico floreció. En Eslovenia, se dedicaban a él en el Instituto de Estudios Antropológicos y Espaciales del Centro de Investigaciones de la Academia Eslovena de Ciencias y Artes (ZRC SAZU). Para entonces, esta institución ya había llevado a cabo varios proyectos que combinaban investigaciones antropológicas, arqueológicas y espaciales. Estos proyectos incluían el trabajo con imágenes satelitales de radar y ópticas y los Sistemas de Información Geográfica (SIG), que, entre otras cosas, también ofrecían apoyo a aplicaciones arqueológicas.

En aquel tiempo, el instituto ya se había consolidado como la principal institución eslovena dedicada al trabajo con imágenes satelitales de todo tipo. Mi director de tesis provenía de este instituto,

al frente del cual estaba nada menos que el conferencista del Museo Nacional: Iván.

Después de terminar mis estudios de licenciatura, me contrataron en el Departamento de Percepción Remota de dicho instituto. Mi primera tarea estuvo relacionada con un proyecto arqueológico dirigido por Iván. Como durante la preparación de mi tesis había adquirido conocimientos sobre la creación de modelos digitales tridimensionales de elevaciones a partir de datos de teledetección, pude elaborar esos modelos a partir de fotografías digitales que cubrían una zona de selva tropical en México. Con los modelos creados, Iván intentaba identificar las protuberancias en la selva que podrían representar edificios mayas y convertirse así en objetivos de investigación de campo.

Durante el trabajo, conocí mejor al jefe y pronto descubrimos que teníamos intereses similares en lo que respecta al trabajo científico. Poco después me propuso colaborar en su proyecto de reconocimiento de la parte sureste del estado mexicano de Campeche, en el corazón de la península de Yucatán. En el proyecto, como geodesta, me encargaría del levantamiento cartográfico de los sitios arqueológicos recién descubiertos, utilizando una estación total, es decir, un teodolito electrónico.

Acepté la invitación sin dudarle. Así comenzó mi trabajo geodésico y, más tarde, arqueológico en las expediciones a la misteriosa tierra de los mayas. En aquel momento no tenía ni idea de adónde me llevaría todo aquello, ni de que ese sería el inicio de una larga y fructífera colaboración con Iván. Hasta el día de hoy le estoy profundamente agradecido por la confianza que depositó en mí, por su guía y por las inolvidables aventuras que vivimos.

Mi primer viaje de trabajo a México fue a principios de mayo de 2007, durante la temporada de campo que resultó ser una de las más interesantes. Debía incorporarme en la segunda parte de la expedición, cuando se realizaría principalmente el levantamiento cartográfico de los sitios recién descubiertos. Además de una mochila con la ropa, llevé conmigo el equipo de medición: un teodolito electrónico prestado y una vara con prisma. Aunque antes de partir habíamos tenido una reunión sobre el equipo necesario para el trabajo, debido al tamaño limitado de la mochila y a mi falta de experiencia, solo llevé lo básico; incluso las botas de campo me las compré a última hora en la Ciudad de México.

Me reuní con Iván en el aeropuerto de Chetumal, donde me estaba esperando, ya que acababa de hacer trámites y compras de víveres para el campamento, que se encontraba en lo profundo de la selva, en la parte sur de la Biósfera de Calakmul. Antes de salir de la ciudad, fuimos al mercado a comprar una hamaca y unos machetes. En el camino hacia la ciudad de Escárcega, que era la última parada en la ‘civilización’ antes de entrar en el bosque, viajábamos en nuestra nueva adquisición de esa temporada: una pick-up Toyota roja, de segunda mano. Con el calorón que hacía, en vez de aire acondicionado llevábamos las ventanas abajo. En el estéreo sonaban canciones de un CD que más tarde se convertirían en el repertorio infaltable de todas nuestras expediciones, mientras nosotros conversábamos animadamente sobre los descubrimientos de la temporada. Estas expediciones son realmente divertidas, pensaba yo, ingenuamente, mientras avanzábamos por la carretera. El golpe de realidad no tardó en llegar.

La primera nunca se olvida. La temporada 2007 fue para mí algo imborrable. Entre esos recuerdos inolvidables caben tanto los buenos momentos como los malos, marcados sobre todo por las condiciones que imperan en la selva tropical y por la convivencia con el pequeño grupo de personas que trabajan codo a codo en ese entorno. En todas las vivencias, las más intensas son las sensaciones en el primer encuentro con las nuevas condiciones en las que de pronto te toca moverte. Todavía recuerdo los primeros días en el campo que, en lugar de dedicarlos a medir los sitios recién descubiertos con el teodolito, los pasé cortando la maleza con machete. Desde el inicio, sin saberlo, me topé con el tipo de arbusto más desagradable, de madera dura y espinas, que los lugareños llaman *catzín*. Me costó mucho trabajo cortar la madera dura, pero también aprendí a manejar el machete e incluso me ganó la aprobación de los lugareños, que se encargaban precisamente de ese trabajo. Aún no me queda claro si el reconocimiento se debía a que me animé a hacer un trabajo tan pesado o a que, al hacerlo, no me corté.

También recuerdo muy bien la primera caminata larga a través del monte tupido. Nos propusimos llegar al destino que Iván había marcado en la fotografía aérea y que podría ser un conjunto de edificios mayas. Salimos temprano por la mañana con mochilas llenas de todo lo necesario para una jornada completa: agua, latas para el almuerzo, cubiertos, libretas, instrumentos de orientación y un botiquín de primeros auxilios que incluía antídoto para la mordedura

de ciertas especies de serpientes. Los trabajadores iban abriendo una vereda angosta, Iván los guiaba con la ayuda de la brújula y el mapa, mientras los demás (los arqueólogos y yo) observábamos y de vez en cuando revisábamos la selva alrededor, por si aparecía algún vestigio interesante. Ese día efectivamente descubrimos un nuevo complejo, al que llamamos Los Hornos, por la aguada cercana.

Aunque era difícilmente comparable con sitios más grandes y conocidos, como Chichén Itzá, para mí fue... el primero. Tras el entusiasmo inicial y la exploración del sitio, al final de la tarde nos esperaba una larga caminata de regreso al campamento, a paso rápido por un camino improvisado. Por supuesto, el agua se me acabó antes de regresar y, para rematar, mis nuevas botas me dejaron algunos recuerdos en forma de ampollas. Así que pueden creerme que me alegré enormemente de la pequeña lata de cerveza que me esperaba en el campamento. No recuerdo la marca de la cerveza, pero sí recuerdo que fue una de las mejores que he tomado en mi vida; tenía como 30 grados centígrados, pero en ese momento ese era un detalle totalmente insignificante.

El refrigerador no es lo único que no tenemos en el campo. He acampado muchas veces en mi vida, pero vivir y trabajar en la selva difícilmente se compara con unas vacaciones en la playa o con los campamentos scouts. Uno puede estar a más de diez horas de camino de la civilización y cada suministro de productos básicos para la vida cotidiana requiere mucho tiempo y una logística nada sencilla. Por eso, uno decide salir apenas cuando es absolutamente necesario.

El primer campamento de mi primera temporada estaba literalmente en medio de la nada. Para reabastecernos de víveres, el viaje de ida y vuelta requería al menos tres días, siempre y cuando no saliera nada mal. Además, quienes iban por suministros dejaban de trabajar, lo que retrasaba aún más las labores. Recuerdo un día en que ya estábamos prácticamente al borde de quedarnos sin provisiones; llevábamos varios días esperando un envío de comida y agua. No sé cuántos días llevábamos comiendo tortillas con frijoles al mediodía y arroz con frijoles en la noche. Eso todavía lo sobrellevaba, lo que más me costaba era la bebida, que en aquellos días consistía en agua sacada de una aguada, filtrada y desinfectada de manera provisional, con café instantáneo, que solo servía para oscurecer aún más el líquido parduzco y cambiarle un poco el sabor. Aunque normalmente no tomo café, aquello sabía mejor que el agua estancada con varios potenciadores

naturales de sabor. Con un poco de estímulo mental, te convencías de que esa bebida era totalmente buena y saludable y que la sed no tenía por qué ser un problema. Es difícil describir la oleada de entusiasmo que se desataba cuando por fin llegaron las provisiones, tanto aquella vez como en tantas otras. Si ocurría en plena noche, todos salíamos disparados de las hamacas y recibíamos con euforia al proveedor —que la mayoría de las veces era Iván— y las delicias que traía consigo.

Un capítulo especial de la vida en la selva lo constituyen la fauna y flora del bosque. Tanto los animales como las plantas son, en igual medida, fascinantes, interesantes y también peligrosos. En la selva es muy raro ver animales grandes, pues, siempre que pueden, evitan al ser humano. En todas mis expediciones, nunca he visto en persona a un jaguar. El animal más grande con el que me topé fue el tapir, el más curioso el armadillo, y el más peligroso la serpiente coralillo. Pero sin duda, los animales más molestos son los insectos, especialmente los que se alimentan de sangre.

En la selva a veces parece que todos los insectos existen únicamente para darse un festín contigo. Sobre todo después de los aguaceros, estos bichos son increíblemente activos. Imagínense a una persona casi inmóvil detrás del teodolito, intentando visar el punto deseado en la cima de una pirámide a través del follaje de árboles y arbustos, mientras una multitud de mosquitos y tábanos trata de saciar su apetito de sangre. A veces las condiciones eran insoportables, así que aprovechaba cada momento libre entre mediciones para espantar a esos animales con manoteos y otros movimientos que debían parecerse a algún tipo de baile. Cuando era posible, los trabajadores encendían cerca del teodolito restos de termiteros, que al arder lentamente producen mucho humo y ahuyentan a los insectos con bastante eficacia. El efecto secundario de este remedio era un olor desagradable que se impregnaba en la ropa y el cuerpo y te acompañaba hasta que te tocara un baño decente.

También descubrí que el humo no espanta en lo más mínimo a las garrapatas. Estas pequeñas criaturas son increíblemente ingeniosas y eran muy raros los días en que uno no encontrara al menos una garrapata pegada al cuerpo. No recuerdo la cifra exacta, pero creo que mi récord diario fue de alrededor de veinte garrapatas incrustadas. Por suerte, las garrapatas mexicanas no transmiten enfermedades desagradables, cosa que no puede decirse de otros insectos, activos sobre todo durante la noche. Aunque uno duerma protegido por



El equipo inicial de la temporada de 2014, fotografiado en los alrededores de Tamchén. Una mañana, antes de salir a trabajar, nos dimos tiempo para tomarnos una foto de grupo junto a nuestra fiel pick-up roja. Para la nueva temporada la habíamos equipado con llantas nuevas para lodo y un winch.

un mosquitero, a menudo ocurren visitas nocturnas, que hasta te despiertan y llenan de adrenalina. Ya me pasó que, en plena noche, sentí un alacrán caminándome por el brazo, o una de esas chinches que, al alimentarse de sangre, transmiten la enfermedad de Chagas.

Los insectos encabezan la lista de los problemas más desagradables de la selva. Pero bastante arriba en ese mismo inventario figuran también algunas plantas con las que uno puede meterse en serios aprietos. Entre ellas se encuentra el árbol *chechén*, que es tóxico y puede provocar reacciones alérgicas bastante molestas con solo tocarlo. En la temporada 2017 me tocó padecer en carne propia una alergia de este tipo. Después de varios días de picazón, enrojecimiento y ampollas, decidimos que lo mejor sería mostrarle a un médico aquello que inicialmente me había aparecido en la muñeca. Iván amablemente se ofreció a llevarme a la civilización para ver a un doctor y conseguir medicamentos que habrían de devolverme la condición de persona apta para el trabajo. El médico me recetó algunos medicamentos, pero la alergia no mejoró; después de unos días, incluso empeoró. Siguió otra salida y la visita a otro médico, quien se indignó ante el tratamiento del primero, me recetó tres medicamentos diferentes y me mandó de incapacidad, que empecé a pasar en el hotel Río Bec Dreams. A pesar de tomarme las medicinas con regularidad y bañarme con una pasta

hecha de hojas del árbol *chacab*, tal y como me habían recomendado los lugareños para aliviar la alergia cutánea, mi estado no mejoró durante varios días. Finalmente acudí a un tercer médico en la ciudad de Chetumal, quien —no lo van a creer— también se escandalizó por los medicamentos anteriores y me recetó otros distintos. Al final me curé y pude seguir trabajando. Si me alivió el tiempo o si por fin dieron resultado los medicamentos, todavía no lo sé.

Esta fue una de las muchas anécdotas con las que amenizábamos nuestras mañanas y noches compartidas. La vida en un campamento en medio de la selva tropical es, en cierto modo, un interesante experimento social. Mucho depende del ambiente que se respire entre los miembros del equipo. Especialmente por las noches, cuando el cansancio ya pesa, la moral se vuelve un factor muy importante que influye en el estado de ánimo de cada quien. En esos momentos, ayuda mucho si los miembros del grupo saben relajarse y disfrutar de la convivencia. Sin duda, uno de los principales responsables del buen ambiente era Iván. En el campamento se sentía como pez en el agua y sabía transmitir su bienestar y alegría a los demás. Además de su capacidad para dirigir bien el campamento y organizar el trabajo, esa era su mejor cualidad.

A veces era muy difícil mantener el buen ambiente. En algunas temporadas trabajábamos durante semanas sin una sola salida a la civilización. Entre el trabajo cartográfico bastante monótono y otros rituales cotidianos, a veces el aburrimiento, el cansancio, el hastío y el mal humor se apoderan del grupo. En ocasiones el equipo quedaba bastante reducido, a menos de diez personas que convivían día tras día en los mismos espacios, sin nada que las distrajera, fuera de escuchar música de vez en cuando en teléfonos que en la selva no sirven para mucho más, y de conversaciones temáticamente limitadas, ya que los trabajadores locales provienen de entornos muy distintos. En esas circunstancias hubo algunas tensiones que tuvimos que desactivar con largas pláticas y paciencia. En la mayoría de los casos, Iván era el que resolvía las relaciones resquebrajadas, gracias a su autoridad como jefe de la expedición. A veces surgían problemas mayores cuando Iván se ausentaba por varios quehaceres en la civilización y yo me tenía que encargar del campamento de manera informal. En esas ocasiones, más de una vez los trabajadores se ‘relajaban’ demasiado y a mí me costaba trabajo controlarlos. Pero esas tensiones fueron más la excepción que

la regla. Incluso en situaciones difíciles, las relaciones eran amistosas, y ni en el campamento ni trabajando en campo faltaban las risas.

Más que con las relaciones interpersonales, las molestias estaban relacionadas con las condiciones de trabajo y de vida. La mayoría de las expediciones se realizan durante la temporada seca, porque las lluvias traen consigo inconvenientes adicionales. Sin embargo, algunas estaciones secas solo lo son de nombre, ya que también vienen acompañadas de varios días lluviosos. A veces, las nubes aparecen apenas en la tarde, después de una bonita mañana soleada, cuando uno anda a varios kilómetros del campamento y aún le queda un buen trecho para regresar. Durante fuertes aguaceros es imposible trabajar y lo único que se puede hacer es esperar a que mejore el tiempo o guardar todo el equipo de trabajo y regresar al campamento. Lo importante es proteger todo el equipo durante la caminata, sobre todo los aparatos electrónicos, por lo que lo más seguro es cubrirse con un impermeable. Desde el principio sabes que, para cuando llegues al campamento, vas a estar empapado de pies a cabeza. Lo que no hace la lluvia, lo terminará haciendo el cuerpo, que se cocerá en el sudor y el calor bajo el impermeable. Por lo general, días así son relativamente pocos, pero su frecuencia aumenta de manera notable conforme se acerca la temporada de lluvias.

Hay períodos en los que esos días suceden uno tras otro. Mi temporada más mojada fue sin duda la del 2014, especialmente hacia el final. Eran los últimos días de mapeo en Lagunita. El levantamiento del sitio avanzaba lentamente, porque teníamos que interrumpir el trabajo una y otra vez a causa de la lluvia, que llevaba ya varios días cayendo por intervalos. El campamento ya estaba en muy malas condiciones, ya que el agua y el lodo estaban por todas partes. Finalmente, logramos concluir el trabajo el 2 de junio hacia el mediodía. Emprendimos por última vez el regreso del sitio al campamento, preguntándonos si Iván había logrado regresar de Xpujil. Cuando llegamos, solo nos esperaba la cocinera Magda. Era evidente que algo había detenido a Iván y no nos quedaba más que esperar que llegara al día siguiente. La lluvia amainó, así que decidimos que lo mejor era empezar ese mismo día a trasladar el campamento con las cuatrimotos hasta el camión que nos esperaba al otro lado de un extenso bajo, que ya se estaba llenando de agua. En el campamento dejamos solo lo imprescindible para sobrevivir hasta la mañana siguiente, cuando partiríamos. Resolvimos tratar de salir solo con el camión, o caminando si Iván

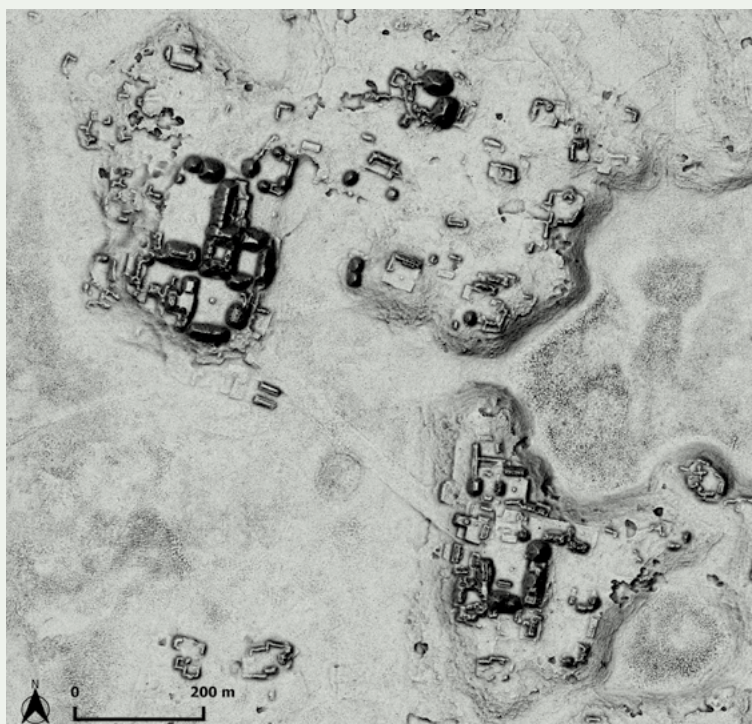
con la pick-up roja tampoco apareciera al día siguiente. Al camión envié también mi hamaca, pues ya estaba empapada, y decidí pasar la noche en la tienda de campaña que servía para guardar la ropa y los instrumentos de trabajo.

De nuevo se desató un fuerte aguacero, pero por suerte apenas cuando ya habíamos trasladado la mayor parte del equipo. El cielo se abrió y cayó una lluvia de esas que parecen vaciarse de un solo golpe. Por el campamento corrían verdaderos arroyos y cada quien encontró alguna pequeña elevación donde se sintiera más o menos a salvo del agua. El resto de esa tarde lluviosa la pasamos arrimados en la cocina improvisada, esperando a que terminara el diluvio. Por la noche, la lluvia disminuyó un poco. Saltando entre charcos y corrientes, cada uno se dirigió a su rincón para dormir. A mí me costó bastante acomodarme en la tienda, porque debajo de la parte delantera se había formado un charco que, durante la noche, con una nueva arremetida de lluvia, terminó convertido en un arroyo. Pronto me arrepentí de no haber dormido en la hamaca, aunque estuviera mojada. Pasé la mayor parte de la noche en vela, sobre mi ‘cama de agua’, y en la mañana, al primer albor, empaqué el resto de mis cosas y me dirigí con los demás a pie hacia el camión. Íbamos cargados como mulas y, tras caminar varios kilómetros por un sendero enlodado, llegamos jadeando al humedal. Este ya estaba lleno de agua turbia, que en algunas zonas nos llegaba por encima de las rodillas. Aun así, todos logramos cruzarlo sin percances y llegar al camión. Al otro lado ya nos estaba esperando Iván, que había llegado justo a tiempo. El resto de la historia de aquel día interminable ya lo habrán leído en uno de los capítulos de este libro.

A raíz de importantes descubrimientos arqueológicos en las difíciles condiciones tropicales, Iván, a quien los periodistas apodaron el Indiana Jones esloveno (lo cual, en realidad, no le entusiasma mucho), empezó a aparecer con mayor frecuencia en la prensa eslovena e internacional. La primera versión del presente libro fue publicada en esloveno en 2009 y la ampliada en alemán en 2015 (en Austria) y esloveno en 2019. Esta fue traducida también al inglés y publicada en 2020 en Estados Unidos, con el título *Lost Maya Cities: Archaeological Quests in the Mexican Jungle*. Aunque sus expediciones han descubierto numerosos sitios importantes, el hallazgo que más repercusión tuvo fue el de Chactún, que en 2013 lo catapultó entre los investigadores mayas más reconocidos a nivel mundial.

Por sus descubrimientos, que permitieron colocar tantos sitios previamente desconocidos en el mapa arqueológico del área maya, la Sociedad Arqueológica Eslovena le otorgó un reconocimiento en 2014. Pero además, Iván es conocido y respetado en los círculos científicos también por razones algo distintas. No es solo un trabajador de campo, sino también un científico de primer nivel. Desde sus años de formación se ha dedicado a la arqueoastronomía, disciplina que intenta descifrar, a partir de restos arqueológicos, cómo los pueblos antiguos interpretaban los fenómenos celestes y de qué manera los utilizaban para orientarse en el espacio y el tiempo. Sobre este tema, ha publicado varias contribuciones científicas de gran importancia, que explican sobre todo el papel de la astronomía en el diseño y la construcción de los antiguos edificios mesoamericanos. También destaca su monografía *La estrella de Quetzalcóatl: El planeta Venus en Mesoamérica* (México: Editorial Diana, 1996), publicada en versión eslovena en 2006. En 2002 recibió el Signo de Oro del ZRC SAZU, en reconocimiento a sus logros en la arqueoastronomía, y en 2015, junto con su coautor Pedro Francisco Sánchez Nava, obtuvo el Premio Alfonso Caso, otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, por su libro sobre las orientaciones astronómicas en la arquitectura maya de las tierras bajas. La comunidad científica volvió a quedar impresionada en 2023 con la publicación de un artículo que demuestra los orígenes muy tempranos del calendario y la astronomía en Mesoamérica.

Para la arqueoastronomía, las mediciones de campo precisas son muy importantes. En estas labores se utiliza principalmente el teodolito, que es también el dispositivo principal para cartografiar los sitios arqueológicos. Como geodesta encargado de levantamientos topográficos, lo utilicé en todas las expediciones. Desde la primera temporada trabajé con un teodolito electrónico que facilita y acelera considerablemente las mediciones. El aparato es relativamente fácil de usar si se conocen los fundamentos del manejo y el funcionamiento de instrumentos similares. En campo, con el uso del teodolito electrónico y dos prismas (reflectores montados en varillas que se colocan en puntos deseados), podíamos medir más de cien puntos al día, lo que, dadas las condiciones en que trabajábamos, no era poca cosa. Los datos de las mediciones quedaban almacenados en la memoria interna del teodolito, de donde, una vez terminada la jornada, se transferían a la computadora para ser procesados con Sistemas de Información



Modelo de relieve de Chactún, basado en los datos LiDAR. La calzada ceremonial que conduce del Complejo Oeste al Sureste se aprecia con claridad en este modelo, pero durante el reconocimiento de campo en 2013, antes de tener los datos LiDAR, no pudimos determinar su trazo exacto.

Geográfica y otros programas. Gracias a esta rutina diaria, era posible ir viendo en la pantalla el avance del levantamiento y cómo el sitio iba creciendo en su versión digital. Para que las mediciones diarias se desarrollaran sin tropiezos, era imprescindible contar con al menos dos baterías (una insertada y otra de repuesto), ambas completamente cargadas antes de comenzar el trabajo. La mayoría de los días de trabajo, las baterías se recargaban hasta muy entrada la noche mediante un generador eléctrico que zumbaba cerca del campamento y que solo nos falló una vez. En esa ocasión, tuvimos que llevarlo a reparar y el trabajo se paralizó durante varios días, ya que no se podían recargar ni las baterías ni las computadoras. Generalmente, yo supervisaba la carga, lo que en ocasiones me costó varias horas de sueño.

Para facilitar la orientación y determinar la ubicación geográfica, utilizamos dispositivos con receptores GNSS. Con ellos podíamos situar las mediciones con el teodolito en el espacio y ubicarlas en el mapa. Estos aparatos, que funcionan a partir de señales emitidas por satélites, se han vuelto indispensables también para el reconocimiento del terreno en la densa selva tropical y para marcar los hallazgos que no hemos registrado con el teodolito.



Modelo de relieve, derivado de los datos LiDAR, de una zona al sureste de Chactún. Además de estructuras menores, se observan terrazas agrícolas, albarradas que probablemente encerraban zonas de cultivo, algunas canteras y una red de canales en el bajo.

Resulta difícil imaginar la cartografía arqueológica en la primera mitad del siglo XX, antes de que existieran estos dispositivos. Karl Ruppert, quien recorrió estas regiones en aquellos años, determinaba la ubicación de los sitios y realizaba los levantamientos con métodos muy diferentes a los actuales. Las coordenadas geográficas de los sitios las establecía con base en observaciones astronómicas, que eran muy laboriosas y cuyos resultados eran bastante imprecisos, debido a la tecnología de fabricación de instrumentos de medición de aquella época. La mayoría de los sitios en ese entonces solo se esbozaban en croquis, y el uso del teodolito se reservaba únicamente para centros urbanos más importantes. Las mediciones requerían mucho tiempo y su precisión dejaba bastante que desear. Sin embargo, a pesar de estas dificultades y ciertas limitaciones, hay que reconocer que los planos de Ruppert son sorprendentemente exactos. En años posteriores aparecieron teodolitos mejores y, sobre todo, más precisos, con los que ya era posible medir con errores de apenas unos cuantos segundos de arco. Para esas mediciones aún se necesitaban varios instrumentos como estadales, y era especialmente laborioso convertir las mediciones en coordenadas de puntos y, a partir de ellas, trazar el plano.

Los teodolitos electrónicos, que comenzaron a utilizarse de forma masiva en la década de los ochenta del siglo pasado, representaron un enorme avance tecnológico y, en consecuencia, un progreso en la velocidad y precisión del trabajo cartográfico. No obstante, en las últimas décadas se ha consolidado una tecnología que desplazó incluso a los instrumentos electrónicos de medición más avanzados y cambió de manera significativa también nuestra forma de investigar. Esta tecnología se llama LiDAR (acrónimo de vocablos en inglés: *light detection and ranging*) y permite medir la distancia a un objeto mediante rayos láser. Con el LiDAR aerotransportado (utilizándose un avión que lleva el aparato) podemos escanear cualquier área de la Tierra y obtener una nube digital de puntos con coordenadas. Mediante filtros especiales, podemos clasificar la nube de puntos en puntos terrestres (los que se encuentran en el suelo o en edificios) y otros puntos (en su mayoría puntos sobre la vegetación). Con los puntos terrestres podemos crear un modelo digital de elevaciones en el que se aprecia claramente la configuración del terreno, incluidas las estructuras y otros elementos antropogénicos.

Esta tecnología es ideal para buscar restos arqueológicos bajo la densa vegetación de la península de Yucatán. También nosotros utilizamos el LiDAR en las cuatro últimas temporadas de campo, en 2017, 2018, 2023 y 2024, que no se describen en este libro. Primero se escaneó una parte considerable del norte de la Reserva de la Biosfera de Calakmul, junto con tres sitios que habíamos descubierto en temporadas anteriores. Este y el segundo escaneo, realizado a principios de 2023 en varias zonas al oeste, revelaron absolutamente todas las estructuras, que de otra manera habríamos podido buscar durante meses o incluso años. Todas las ruinas aparecían a escala y en sus coordenadas geográficas exactas. El LiDAR prácticamente eliminó la necesidad de medir con teodolito y, además, nos proporcionó la configuración completa del terreno. Resulta difícil imaginar algo mejor que pudiera sustituir esta tecnología. Como ya teníamos los modelos de los sitios, lo único que nos quedaba era la verificación en campo: comprobar la presencia de monumentos y elementos arquitectónicos que no pueden detectarse en los datos LiDAR, así como contrastar directamente el modelo generado con la realidad observable en el campo.

El LiDAR es una tecnología maravillosa; proporciona una enorme cantidad de información que sería muy difícil obtener únicamente

recorriendo el terreno. Permite detectar tanto zonas urbanas densamente pobladas como áreas modificadas y explotadas con fines agrícolas. El modelo generado muestra prácticamente todo el paisaje cultural maya, que incluye terrazas, caminos, grupos habitacionales y sistemas de captación de agua. Es cierto que ese vistazo anticipado, a través del modelo digital, le quita algo del encanto romántico de descubrir parajes desconocidos en el corazón de la selva tropical. Pero, aun así, el LiDAR no lo muestra todo. La tarea principal de los arqueólogos sigue siendo examinar las ruinas de las antiguas construcciones mayas, los monumentos ubicados en plazas de importancia ritual o a lo largo de caminos, así como los depósitos de agua o incluso las cuevas utilizadas por aquellos enigmáticos pueblos mesoamericanos. Aún queda mucho trabajo por hacer, especialmente en las excavaciones, que sin duda habrán de sacar a la luz más de un secreto.

Iván bromea diciendo que con el LiDAR ya no hacemos más que revisar aldeas y detalles periféricos. Quizá los descubrimientos de imponentes edificios, que de pronto se le aparecen al explorador en medio de la selva, sean cosa del pasado. Pero la espesura en las tierras bajas mayas sigue estando llena de misterios, y estoy convencido de que Iván y su equipo seguirán desempeñando un papel clave en revelarlos. Desde luego, retos no le faltan.

El Dr. Aleš Marsetič es investigador del Instituto de Estudios Antropológicos y Espaciales del ZRC SAZU. En el 2017 recibió el Signo de Plata del ZRC SAZU por sus innovadores logros de investigación en el campo de las correcciones geométricas de datos de percepción remota. Participa en las expediciones de campo de Iván Šprajc desde 2007 y también colabora en operación del primer satélite esloveno.



Sitio arqueológico

centro mayor

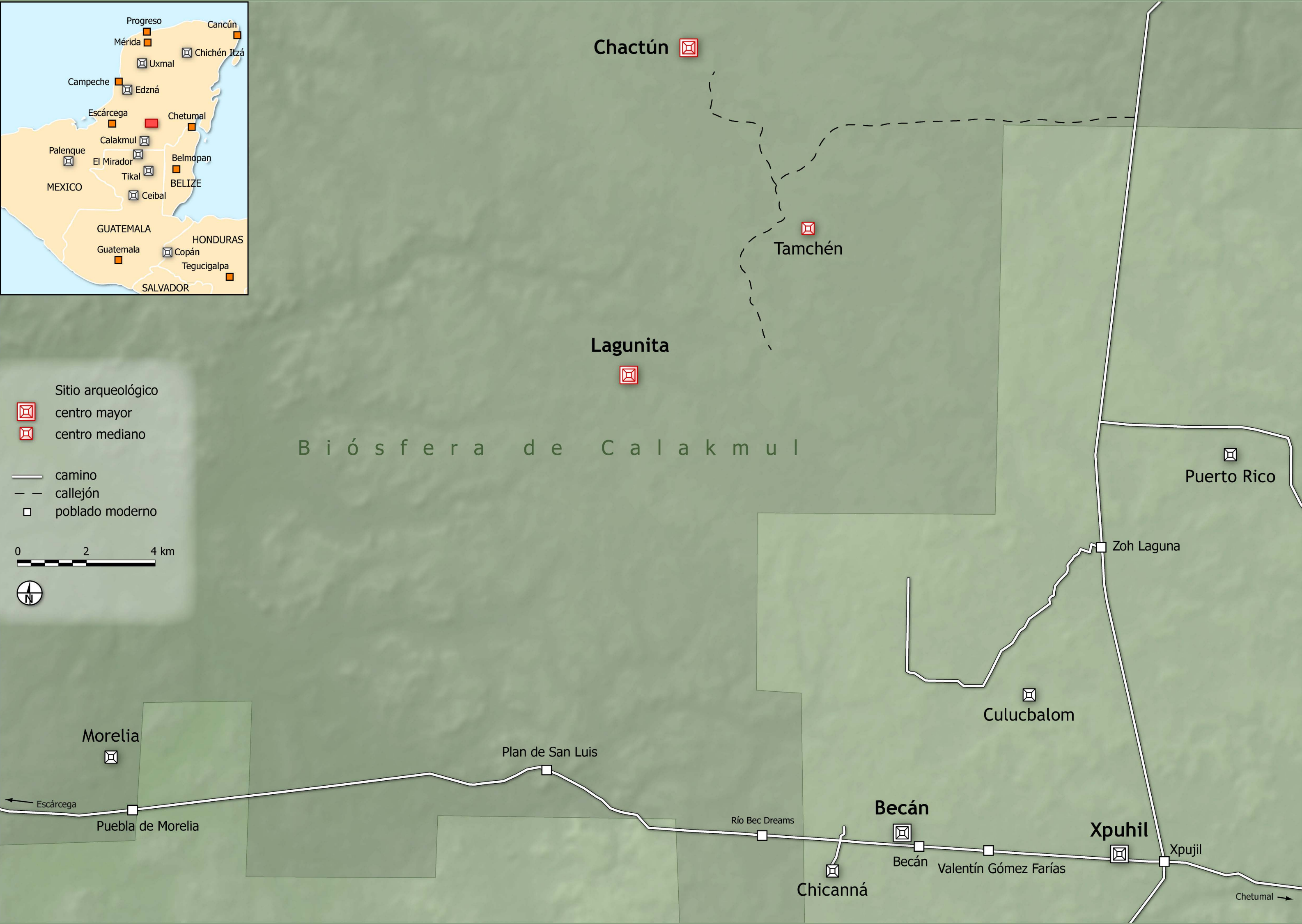
centro mediano

camino

callejón

poblado moderno

0 2 4 km



IVAN ŠPRAJC es uno de los principales especialistas mundiales en arqueología maya y arqueoastronomía mesoamericana. Este volumen ofrece un fascinante relato de las expediciones arqueológicas que dirigió en las selvas del sureste de México. Se trata de la traducción al español de una obra publicada previamente en esloveno, alemán e inglés.

<http://zalozba.zrc-sazu.si>



26 EUR